

ELDA. ARQUEOLOGÍA Y MUSEO

Ciclo Museos Municipales en el MARQ



MARQ



Organiza

Fundación MARQ
Diputación de Alicante
Ayuntamiento de Elda
MARQ, Museo Arqueológico de Alicante
Museo Arqueológico Municipal de Elda

Patrocina

ASISA

Director Gerente de la Fundación

Josep Albert Cortés i Garrido

Director Técnico

Manuel H. Olcina Doménech

Director de Exposiciones

Jorge A. Soler Díaz

Comisariado

Antonio M. Poveda Navarro

Coordinación

Juan Carlos Márquez Villora

PRODUCCIÓN EXPOSICIÓN

Diseño

José Piqueras

Llorenç Pizá

Producción en MARQ

Unidad de Exposiciones y Difusión

Juan A. López Padilla

José L. Menéndez Fueyo

Teresa Ximénez de Embún Sánchez

Lorena Hernández Serrano

Sabina Palomares Armengol

Producción en Museo Arqueológico

Municipal de Elda

Carmen Carreto López-Tofiño

M^a Esther Gil González

Juan Carlos Márquez Villora

Antonio M. Poveda Navarro

Restauración en MARQ

Silvia Roca Alberola

Elena Santamaría Albertos

Antonio Chumillas Sáez

Ester García Guixot

Restauración en Museo Arqueológico

Municipal de Elda

Araceli Llamas Alcaraz

Gustavo A. Olmedo López

Daniel Tejerina Antón

Textos

Juan Carlos Márquez Villora

Antonio M. Poveda Navarro

Fotografías

Archivo Museo Arqueológico Municipal de Elda

Sección de Arqueología del Centro

Excursionista Eldense

Serie *Paisajes Españoles*

Francisco Javier Jover Maestre

Araceli Llamas Alcaraz

Juan Miguel Martínez Lorenzo (fotos aéreas)

Alberto Navarro Pastor

Juan José Pagán (reproducción J. Laurent)

Tomás Palau Escarabajal

Jesús Peidro Blanes

Consuelo Poveda Poveda

Consuelo Roca de Togores Muñoz

Juan Rodríguez Campillo

Gabriel Segura Herrero

Jorge A. Soler Díaz

Actividades Didácticas

Gemma Sala Pérez

Rafael Moya Molina

José María Galán Boluda

María Briones Marín

Audiovisuales

Gerencia de Imagen Institucional.

Departamento de Imagen

Diputación de Alicante

Audioguía

Hachelius

Transporte y montaje de piezas

Viguer S.L.

Seguro

Aon Gil y Carvajal

Carpintería

Sebastián López Valero

Montaje mobiliario expositivo

Frasa2. Diseño y Montajes

Impresión grafismos / Impresión digital

Fotograbados

Instalación audiovisual

Signes y Pedrós S.L.

Mantenimiento

Francisco Guillén Vilaplana

Ignacio Andreu Asuar

Francisco Martín Díaz

Seguridad

Tomás Jiménez Pareja

Agradecimientos

Instituto del Patrimonio Cultural de

España (Ministerio de Cultura)

Margarita Acuña García (I. P. C. E.)

M^a Isabel Herráez Martín (I. P. C. E.)

Jesús Peidro Blanes

Blanca Santamarina Novillo (I. P. C. E.)

M^a Dolores Soler García

Juan Carlos Valero García

Museo Etnológico de Elda

Mosaico. Asociación de Amigos del

Patrimonio Histórico y Cultural de

Elda

MARQ - Museo Arqueológico y

Fundación MARQ

Unidad de Colecciones y Excavaciones

Miguel Benito Iborra

Julio J. Ramón Sánchez

Consuelo Roca de Togores Muñoz

Vanessa Alguacil Varona

Ana García Barrachina

Antonio Guilabert Mas

Adoración Martínez Carmona

Eva Tendero Porras

Enric Verdú Parra

Cristina Ibáñez Sarrió

Esther López Barceló

Biblioteca

Carmina Ferrero Valls

Remedios Gómez Llopis

Pilar Serrano Serrano

Miguel Ángel Viso Camenforte

Unidad Administrativa y Económica

Ana Gil Álvarez

M.^a Ángeles Agulló Cano

Rosario Masanet Rameta

Olga Manresa Bevià

M^a José Seva Rovira

Anabel Cortés Estela

Pilar López Iglesias

Yasmina Campello Carrasco

Francisco Praes Gonzalez

M^a José Varó García

Comunicación y Difusión

Marisa Botella Montoya

Aurora Cerdá Fuentes

Manuel Molina Martínez

Atención al Público

Juan José Ramos Sequeiro

Carlos Pascual Climent

Florentino Lecal Hita

CATÁLOGO

Textos

Rafael Azuar Ruiz

Miguel Benito Iborra

Miguel C. Botella López

M^a Esther Gil González

Juan A. López Padilla

Juan Carlos Márquez Villora

José Luis Menéndez Fueello

Jesús Peidro Blanes

Antonio M. Poveda Navarro

Antonio Porpetta Román

Consuelo Roca de Togores Muñoz

Joaquín Salmerón Juan

Jorge A. Soler Díaz

Héctor Uroz Rodríguez

Fotografías

Archivo del Museo Arqueológico

Municipal de Elda

Sección de Arqueología del Centro

Excursionista Eldense

Francisco Javier Jover Maestre

Juan Miguel Martínez Lorenzo (fotos

aéreas)

Jorge A. Soler Díaz

Diseño y maquetación

Publiasa

Impresión

Gráficas Díaz, S.L.

Depósito legal: A. I 258-2008

I.S.B.N.: 978-84-612-7888-6

José Joaquín Ripoll Serrano
Presidente de la Diputación de Alicante



2 / 3

Llega el turno de mostrar en el Museo Arqueológico de Alicante la exposición *Elda, Arqueología y Museo*, sexta del ciclo Museos Municipales en el MARQ, un programa de éxito que, iniciado en 2004, nos ha permitido contemplar en las salas temporales piezas del todo relevantes conservadas en los museos de *Crevillent, Xàbia, Novelda, Villena y Alcoy*.

Cumplidos cuatro años, quiero reconocer el intenso trabajo que hay detrás de cada una de estas exposiciones, donde el comisario es el director de cada museo y con su inestimable colaboración posibilita, conjuntamente con todo el equipo técnico del MARQ, que el diseño y la producción de cada una de ellas sea una realidad. Además se ha posibilitado la restauración de un buen número de objetos junto a la edición del catálogo y de una excelente guía didáctica completada con un audiovisual elaborado por el Departamento de Imagen de la Diputación, en definitiva, un modelo de colaboración ejemplar.

Ahora le corresponde al *Museo Municipal de Elda* el mostrar la importancia de los hallazgos de “Monte Bolón”, de “La Torreta”, del “Monastil”, del “Chorrillo” o de la “Casa Sempere”, yacimientos arqueológicos que pueden resultar familiares a los vecinos de la localidad, pero que seguramente son desconocidos para el público que visite esta exposición. Les invito a recorrerla, a descubrir los restos de un niño sobre una milenaria estera de esparto, la sirena ibérica o el fragmento de relieve romano con la historia de Jonás, entre otras muchas piezas de interés; y a leer y disfrutar de este catálogo, sexto volumen de una serie que, para satisfacción de todos, ya es referencia.

Me queda agradecer al Ayuntamiento de Elda, su participación en el ciclo de Museos Municipales en el MARQ, así como a ASISA, por su patrocinio y su constante apoyo.

Adela Pedrosa Roldán
Alcaldesa de Elda



El hecho de programar exposiciones como medio de transmisión cultural se ha consolidado como una de las mejores formas de difundir conceptos e información no siempre al alcance de todos los ciudadanos. En este sentido, la Diputación Provincial de Alicante y su excelente centro museístico, MARQ, han mantenido una línea cada vez de mayor calidad e interés en cuanto a la presentación de temas arqueológicos, que le viene deparando un gran éxito de público y la satisfacción de cumplir con las expectativas de difusión cultural.

Por todo ello, nuestro Ayuntamiento no podía dejar pasar esta magnífica ocasión de participar en su programa anual denominado *Museos Municipales en el MARQ*, pues el cada vez más rico patrimonio arqueológico de la ciudad de Elda bien merece por su valor, particularidades y calidad, un espaldarazo a nivel provincial, y una difusión pública de masas, que estoy segura dejará satisfechos a propios y extraños, pues la singularidad de algunas piezas halladas en parajes y yacimientos arqueológicos como los de El Monastil, Bolón, Camara, La Torreta, el Castillo, las villas romanas de los márgenes del río Vinalopó o los solares del Casco Antiguo de la ciudad, donde están las raíces medievales de nuestra actual población, no dejarán indiferentes a quienes se acerquen a contemplar la exposición de esa preciada selección de 170 piezas arqueológicas, muestra evidente de la importancia de los fondos conservados y parcialmente expuestos en el Museo Arqueológico de nuestra ciudad.

De muchos de ellos se ha ocupado la investigación especializada dejando patente su interés para poder explicar la evolución humana en las tierras de Alicante, incluso con aportaciones únicas a la arqueología del sureste peninsular y a la historia pasada de nuestras poblaciones.

Aprovecho también para transmitir mis felicitaciones a los técnicos de nuestro Museo Arqueológico de Elda y del MARQ, pues ellos saben como nadie el arduo trabajo y esfuerzo que se ha tenido que realizar para que pudiese presentarse esta magna exposición, que a todos nos debe enorgullecer, en primer lugar a los eldenses, que espero y confío en que acudan a visitarla.

Francisco Ivorra Miralles
Presidente de ASISA



“Elda. Arqueología y Museo” es una nueva exposición del ciclo de Museos Municipales que viene desarrollando el MARQ.

En esta ocasión, las salas temporales del museo, acercarán al público una selección de materiales procedentes de los fondos del *Museo Arqueológico Municipal de Elda*, que constituye, dentro del panorama arqueológico y patrimonial de la provincia de Alicante, un caso importante. Ejemplos, como el pantano construido en la época de los Austrias, su famoso castillo islámico-feudal o el yacimiento arqueológico de El Monastil, son claves para comprender la historia de toda la comarca y suficientes para justificar esta exposición que, junto a su guía didáctica, contribuyen a mostrar el trabajo desinteresado de algunas generaciones de personas empeñadas en conocer la historia de su propia tierra. Difundir esta labor, especialmente entre los más jóvenes es tarea obligada y un ejemplo a seguir, para todos.

Con esta muestra que patrocinamos, ASISA renueva su compromiso social y cultural con Alicante, cuyo rico patrimonio histórico arqueológico reivindica esta exposición.

Agradecemos, tanto a la Diputación Provincial de Alicante, como al Ayuntamiento de Elda, que a través del MARQ y el MAE, nos hayan permitido colaborar en el apasionante objetivo común, de hacer accesible a la sociedad en su conjunto, esta exposición que resalta la importancia de nuestra historia, cultura y patrimonio.

ÍNDICE

- 10** Saber mirar
Antonio Porpetta Román
- 16** Las investigaciones prehistóricas en el Valle de Elda
Francisco Javier Jover Maestre
- 38** Sepultura infantil de la Edad de Bronce de Monte Bolón
Jorge A. Soler Díaz
Juan A. López Padilla
Consuelo Roca de Togores Muñoz
Miguel Benito Iborra
Miguel C. Botella López
- 60** Los Iberos de Elda. El poder de las imágenes, las imágenes del poder
Héctor Uroz Rodríguez
- 78** El Valle de Elda, de los romanos al final de la Antigüedad
Jesús Peidro Blanes
- 96** Elda: un asentamiento campesino fortificado de época islámica
Rafael Azuar Ruiz
- 104** De nuevo sobre cerámica. Reflexiones sobre la colección de cerámicas medievales y post medievales del Museo Arqueológico de Elda
José Luis Menéndez Fueyo
- 128** Origen, desarrollo y significado del Museo Arqueológico Municipal de Elda
Antonio Manuel Poveda Navarro
- 138** Catálogo de piezas
- 181** Bibliografía

SABER MIRAR

museo arqueológico

mae

museo
arqueológico
de Tlida



mae museo
arqueológico
de Tlida



38

40

38
40

Antonio Porpetta Román

Con su habitual concisión expresiva –a veces un tanto exagerada- la Real Academia Española de la Lengua nos define el término “Arqueología” como: “Ciencia que estudia lo que se refiere a las artes, a los monumentos y a los objetos de la antigüedad, especialmente a través de sus restos”.

Y de “Museo” dice: “Lugar en que se guardan colecciones de objetos artísticos, científicos o de otro tipo, y en general de valor cultural, convenientemente colocados para que sean examinados”.

No son imaginables dos definiciones más exactas –semánticamente exactas- pero más profundamente deshumanizadas. Como si hubieran sido concebidas y expuestas desde una remota perspectiva.

Porque si la Arqueología, según la Docta Casa, se limita a “estudiar” artes, monumentos y objetos de la antigüedad, ¿dónde dejamos la vida, el palpito humano, la proyección anímica que se desprende de todo ello? ¿Dónde los reflejos, las huellas, los ecos de quienes crearon esas artes, usaron esos objetos, idearon, alzaron, o frecuentaron esos monumentos? No, la Arqueología, entiendo, es más, mucho más que eso. No es, no puede ser, una ciencia neutra y distante que tan sólo busca, descubre, analiza, data y clasifica. Ni creo que los arqueólogos se ciñan exclusivamente a esa pura mecánica ausente de cualquier tipo de sentimiento. Estoy seguro de que la emoción inmediata del hallazgo –esperado o no, más o menos original, más o menos valioso- va siempre unida a la emoción del aliento humano que ese mismo hallazgo les transmite desde épocas lejanas y que ellos deben experimentar, al mismo tiempo, en sus manos, en su mirada, y en su corazón.

Podría decirse que no hay por qué invadir los campos de la antropología o de la etnografía. Pero yo no hablo de ciencias ni de consideraciones científicas: quizás por mi oficio y condición de poeta prefiero referirme a reacciones y sensaciones afectivas, a toda la carga emotiva y anímica que los resultados de la labor arqueológica dejan traslucir o nos permiten presentir o conjeturar.

Bajo un árbol más que centenario, o bajo unas losas de soterrada memoria, se descubre un “tesorillo” de denarios romanos, unas pocas decenas de monedas de confusa pátina escondidas en una tosca orza de cerámica. Han permanecido allí, ignoradas, durante siglos. Los perfiles imperiales y las enmohecidas leyendas nos hablan de Antonino Pío, de Plautilla Augusta, de Macrino... Los reversos nos acercan a Júpiter, a la Libertad portando un cetro, a la Equidad estante junto a un altar... La plata es de aceptable calidad... No será difícil una limpieza adecuada, su catalogación, su correcta exposición en alguna vitrina museística.

Pero ahí no acaba todo. Mejor: ahí empieza todo. Porque esas monedas, reunidas o separadas, pertenecieron a un ser humano, o fueron propiedad, sucesivamente y a lo largo del tiempo, de varios y muy diferentes seres humanos. Y hay muchas preguntas que podríamos hacernos ante su contemplación. ¿Quién y por qué acumuló ese pequeño —o grande para su época— tesoro? ¿Qué temía quien se vio obligado a esconderlo? ¿Por qué nadie volvió a recuperarlo? Y todas esas monedas, ¿por qué manos pasarían? ¿Con qué alegrías o tristezas convivieron? ¿Qué comprarían o qué pagarían: cosas cotidianas, trabajos, favores, traiciones, silencios, palabras, ver-

dades, mentiras? ¿Quién depositó en ellas sus ilusiones, sus esperanzas? ¿Quiénes las acariciaron con avaricia, o las contaron minuciosamente mientras dejaban volar sus sueños?...

En un monte cercano a uno cualquiera de nuestros pueblos las excavaciones sacan a la luz un enterramiento. Son los restos de un niño de la Edad del Bronce que en su día fue cuidadosamente colocado sobre un lecho de esparto. Hay vestigios del lino de su sudario. Un pequeño ajuar acompañó su tránsito hacia las ignotas regiones: un anillo, una bolita de marfil, quizás algo parecido a un mínimo juguete... También, restos del banquete funerario o bien ofrendas de alimentos para que su tránsito le fuera más leve.

¿Cómo se llamó ese niño? ¿Quiénes sufrieron o quedaron inconsolables con su muerte? ¿Qué risas, qué juegos, qué alegrías dejó flotando su recuerdo en su casa, en su familia, en sus tristes amigos? ¿Qué ideas, qué afectos, qué inquietudes habitaron ese pequeño cráneo que ahora reposa su larga y petrificada dormición? ¿Qué vacío, quizás para siempre, dejó su ausencia? ¿Por qué esa vida tan tempranamente truncada? ¿Con qué acendrado dolor colocarían su

cuerpo en ese pobre enterramiento? ¿Qué lágrimas se derramaron en el adiós definitivo?...

En los viejos cimientos de una vieja casa del casco antiguo, entre otros materiales de relleno, aparece un candil de barro cocido. Muestra rastros de vidriado y una esfumada lacería de color verde lo adorna. Es, probablemente, de origen andalusí, siglo X. Todavía se puede percibir en él las huellas de humo que dejaron sus frecuentes usos. Es una pieza modesta, pero sumamente evocadora.

¿Qué noches alumbró ese pobre candil? ¿Qué pavores nocturnos ayudaría a superar su vacilante llama? ¿A quién acompañó con el pequeño sol de su mecha encendida? ¿Qué manos –jóvenes, adultas, viejas– lo trasladarían con cuidado de un sitio a otro? ¿Qué sombras en movimiento proyectó sobre las blancas paredes de qué estancias? ¿Qué odios, qué pasiones, iluminó desde su ardiente humildad? ¿De qué escenas familiares fue mudo testigo? ¿Qué momentos de alegría o de tristeza pudo contemplar? ¿Cómo se produjo su decrepitud definitiva hasta que ya inútil, desechado, terminó en una informe, casi humillante, masa de piedras, arcillas, restos de cerámicas, argamasa, puro olvido?...

Esas mismas preguntas, o muy similares, podríamos hacernos ante tantas reliquias de nuestro pasado que se muestran en los museos y que la arqueología, por medio de esos especialistas en taumaturgia histórica que la practican como profesión, pone al alcance de nuestro ojos o de nuestra capacidad imaginativa o evocadora.

Porque, sin duda alguna, en cada pieza arqueológica no sólo hay belleza, riqueza material, originalidad, calidad artística, antigüedad... hay, y creo que es lo más importante, estremecimiento, latido existencial, el hálito humano de los hombres o mujeres que las fabricaron, o convivieron con ellas, las utilizaron, fueron felices o desgraciados en su viva y cálida cercanía.

Por esta razón, tampoco puedo estar de acuerdo con la Academia cuando, como señalaba al principio, dice que en los Museos “se guardan colecciones de objetos artísticos (...) para que sean examinados”. Pregunto: ¿Sólo, simplemente, “examinados”, es decir: observados, mirados, escudriñados, contemplados? No. Ante cada objeto expuesto siempre cabe hacerse una pregunta, plantearse un dilema, dejar volar nuestra imaginación. Antepasados nuestros,

sin quererlo ni siquiera suponerlo, nos dejaron esas señales que han llegado hasta nosotros amorosamente recogidas, por las que podemos saber, o al menos intuir, cómo vivían, cuáles eran sus organizaciones sociales, sus costumbres, sus vicios o virtudes, sus obsesiones, en qué creían, qué esperaban, qué ideas tenían de la vida, de la muerte, del más allá... No debemos limitarnos a ver “cosas” tan sólo en esas señales, sino tratar de descubrirlas o imaginarlas, recibirlas con cariño, valorarlas, incorporarlas a nuestro acervo sentimental o intelectual. Porque cada uno de esos objetos contiene su secreta llamada, su íntimo grito que nos llega desde lo más lejano para darnos testimonio de lo que fue, y de lo que, a su través, por y para nosotros, sigue siendo.

Como verán, sólo me he referido a hallazgos humildes: unas cuantas monedas, un enterramiento infantil, un candil... (recuerdo ahora esos “primores de lo vulgar”, que Ortega supo apreciar en la precisa y siempre sugestiva prosa de nuestro Azorín). Pero de igual modo podíamos hablar de los grandes descubrimientos arqueológicos: asentamientos, templos, necrópolis, fortificaciones, pecios, complejos palaciales, ciudades enteras, que nos sobrecogen

el ánimo con su rotunda magnificencia, y ante los cuales también podemos revivir tantas sensaciones, alentar sin límites nuestra capacidad de arrobamiento y ensoñación.

Llegados a este punto, voy a tomarme la libertad de una autocita con este inicio de un poema –titulado “El secreto”– de uno de mis primeros libros:

Ya todos lo sabéis,
mas quiero recordaros
que el secreto es sencillo:
simplemente
hay que saber mirar,
aunque la luz nos duela en las pupilas...

Exacto: saber mirar. Pero sin nada que temer: ante una exposición arqueológica, ante esa venerable muestra de manifestaciones de vida –durmiente y lejana, pero siempre vida– jamás podremos sentir dolor en nuestras pupilas, por muy intenso que sea nuestro deslumbramiento. Asombro, sí. Admiración,

también. Nostalgia, quizás. Pero, sobre todo, ese nobilísimo sentimiento que tanto dignifica al ser humano, que nos hace crecer y desarrollar nuestras más íntimas capacidades espirituales, que nos justifica, en lo cordial y en lo racional, como personas. Ya lo saben ustedes: me estoy refiriendo, sencillamente a la emoción.

Para finalizar estas palabras, quisiera dejar aquí constancia de mi más efusiva felicitación al MARQ, auténtico orgullo de todos los alicantinos, por su iniciativa de acoger periódicamente los fondos de nuestros museos arqueológicos municipales, dando a conocer fuera de sus ámbitos sus piezas más emblemáticas y representativas. Ahora es el de mi pueblo, Elda, el que se muestra en estas salas, justo cuando se cumple el XXV aniversario de su creación oficial (aunque ya estaba en funcionamiento desde años atrás gracias al generoso entusiasmo de un grupo de aficionados). Me satisface que pueda constatarse de esta forma que un pueblo íntegramente industrial, absorbido por las preocupaciones materiales y por su diario laborar, ama y se enorgullece de su pasado, lo cuida y valora con esmero y se esfuerza en que su Museo Arqueológico, como centro de referencia cultural y humanística y bajo la

acertada dirección de sus responsables, sea cada vez más completo, más atractivo y, lo que es imprescindible, más asiduamente visitado.

LAS INVESTIGACIONES PREHISTÓRICAS EN EL VALLE DE ELDA: UN RECORRIDO A TRAVÉS DE LAS COLECCIONES DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO MUNICIPAL



Francisco Javier Jover Maestre

Dedicado a la Sección de Arqueología del Centro Excursionista Eldense

Vista general de la partida del
Chopo-Chorrillo. (foto archivo
Museo Arqueológico de Elda)

Investigar sobre la Prehistoria en el Valle de Elda y su relación con las comarcas del marco regional es una actividad a la que desde hace años nos venimos dedicando. Hace ya una década que publicamos junto a G. Segura Herrero (SEGURA y JOVER, 1997) un amplio trabajo de recopilación y síntesis sobre la cuestión y pocas cosas han cambiado, con la excepción de algún nuevo yacimiento como La Torreta-El Monastil (JOVER et alii, 2001) que tuvimos la oportunidad de excavar, aunque no con las mínimas condiciones deseables.

Al mismo tiempo, la reciente publicación de un buen número de trabajos concernientes al ámbito de la Historia Local, han servido para actualizar y sintetizar la información disponible hasta la fecha e, incluso, para plantear algunas nuevas hipótesis. Las magníficas ediciones de la Historia de Sax efectuada en 2005 y de la Historia de Elda en 2006, en la que tuvimos la suerte de contribuir gracias al ofrecimiento de Antonio M. Poveda Navarro, Director del Museo Arqueológico Municipal de Elda, contienen valoraciones sobre la Prehistoria en la zona, a las que poco más se puede añadir, mientras no se desarrollen proyectos de investigación en la zona.

Por este motivo, ante la invitación a participar en el presente catálogo, tanto por parte del director del Museo Arqueológico de Elda, Antonio M. Poveda Navarro, como del conservador del Museo Arqueológico Provincial de Alicante, Jorge Soler Díaz, he de manifestar que considero de antemano muy difícil realizar un nuevo texto que aporte novedades o nuevas hipótesis sobre el proceso histórico de aquellas primeras comunidades humanas.

Por este motivo, nuestra pretensión en este texto no puede ser otro que el de incidir en aspectos historiográficos sobre el desarrollo de las investigaciones prehistóricas en el valle de Elda y zonas próximas, y en sintetizar y matizar algunos aspectos de la hipótesis general que sobre el proceso histórico publicábamos en la recién editada Historia de Elda (JOVER, 2006).

El desarrollo de las investigaciones prehistóricas en el Valle de Elda

Aunque han sido muy importantes las aportaciones realizadas por un buen número de investigadores desde finales del siglo XIX, los cuales se referían a la Prehistoria por la presencia de “barros neolíticos en superficie” o de “cuevas empleadas como lugar de enterramiento”, la información con la que a fecha de hoy seguimos contando para el estudio de los tiempos prehistóricos se reduce a un simple compendio de yacimientos, ya sean asentamientos o posibles áreas de desecho, ya sean cuevas empleadas como espacios funerarios, de los que únicamente conocemos su localización y algunos restos materiales. Las únicas excepciones las constituyen el yacimiento calcolítico de la Torreta-El Monastil (JOVER *et alii*, 2000-2001; JOVER, 2006), excavado de forma parcial y como actividad arqueológica de urgencia y de algunos datos sobre la ocupación campaniforme y de la Edad del Bronce de El Monastil (POVEDA, c.p.).

No se trata tanto mostrar una postura pesimista al respecto, sino más bien de intentar evaluar y evidenciar las grandes carencias en la información disponible, impidiendo en gran medida la realización de comparaciones con respecto a las investigaciones efectuadas en otras comarcas próximas, como es el caso de la cuencas de los ríos Serpis o Albaida, donde la excavación y estudio de varios yacimientos en las últimas décadas ha permiti-

tido profundizar en numerosos aspectos económicos y sociales.

En cualquier caso, la primera referencia conocida de la existencia de restos arqueológicos en el valle del Vinalopó, al margen del amplio *corpus* referido al yacimiento de La Alcudia (IBARRA, 1879; RAMOS FOLQUES, 1953: 326-329), la debemos a Josep Montesinos (1745-1828), sacerdote y profesor en la Universidad de Orihuela, quien en su voluminosa obra, no impresa y redactada entre los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, *Compendio Histórico Oriolano*, más conocida como el *Manuscrito de Montesinos*, recoge abundantes noticias de carácter arqueológico. Hallazgos casuales de cerámicas, esculturas, mosaicos, epígrafes, monedas y bronceos descubiertos durante labores agrícolas, reformas edilicias, apertura de calles, etc, son frecuentemente, referidas en cada uno de los capítulos correspondientes a todos los pueblos integrantes de la diócesis de Orihuela.

Por tanto, y a pesar de ser una obra todavía no publicada en su conjunto, cuya valoración crítica resta por realizar, es innegable el valor que como fuente para el conocimiento histórico del espacio geográfico estudiado posee.

Durante la mayor parte del siglo XIX ningún otro autor se sintió atraído por hallazgos de época prehistórica. Únicamente en las últimas décadas del siglo XIX, volvemos a encontrar noticias e informaciones acerca de la existencia

Vista de las
Terrazas del
Pantano



18 / 19

de restos arqueológicos en el Valle de Elda y en el Campo de Elche. La primera de ellas, hacia 1873-74, la debemos al erudito eldense Lamberto Amat y Sempere (1983), buen conocedor de la historia local que se preocupó por el conocimiento y conservación de los restos antiguos. En este sentido, fue el primero que dedicó breves citas a un yacimiento con una amplia secuencia de ocupación como es El Monastil, donde distinguió estructuras de habitación y habló de otros restos, llegando a lamentarse de la incuria de sus paisanos “... *por no haber hecho hasta ahora alguna excavación (en el poblado de El Monastil) para descubrir la antigüedad...*” (AMAT, 1983).

De modo paralelo, aunque ya a nivel científico, Juan Vilanova y Piera (1821-1893), geólogo considerado como el padre de la Prehistoria española, inició a partir del verano de 1866 una serie de investigaciones y visitas a diversos yacimientos valencianos, tales como Cabezo Redondo,

Parpalló, Cova Negra o la Cova de la Roca. Una de estas estaciones prehistóricas será la cueva de enterramiento múltiple de la Serreta la Vella, en Monóvar, que excavó y estudió junto con el Dr. R. Berenguer con anterioridad a 1881 (VILANOVA, 1882; SEGURA y JOVER, 1997). En un artículo publicado en la revista *Valencia*, J. Vilanova (1882) expuso de forma amplia la documentación de restos humanos pertenecientes a siete individuos, entre los que cabía destacar la existencia de 3 cráneos braquicéfalos, acompañados de cuchillos de pedernal, huesos y dientes de mamíferos, conchas marinas, entre las que destaca la localización de *Pectunculus pulvinatus* trabajados y convertidos en brazaletes, hachas de diorita y otras rocas duras, alisadores o bruñidores, al menos una punta de flecha o lanza de cobre y diversos fragmentos cerámicos toscos algunos con “dibujos digitales y estrías angulares”. De esta noticia se hizo eco R. Menéndez Pidal (1947: 205-206)

en su *Historia de España*, comparando las características de los cráneos recuperados en la Serreta la Vella con los de otros yacimientos de zonas próximas como Alcoi o Murcia.

Con posterioridad, y durante las primeras décadas del siglo XX, otro ilustre geólogo, Daniel Jiménez de Cisneros llevó a cabo una serie de prospecciones geológicas por toda la provincia de Alicante. En el transcurso de su reconocimiento por la comarca del Medio Vinalopó detectó toda una serie de yacimientos arqueológicos.

En el Boletín de Historia Natural, Jiménez de Cisneros (1908:257; 1925) citaba las evidencias halladas en el Castillo de la Mola o de la Magdalena de Novelda. Indicaba que en el mismo se habían hallado profundos enterramientos y cuchillos de sílex. En esta misma línea recogía también noticias de los hallazgos de numerosos cuchillos de sílex y de un cráneo en la Loma de la Cruz del Salvador en Aspe, haciendo referencia a los barros neolíticos ya recogidos por A. Ibarra y conservados en su colección. El resto de yacimientos citados corresponden a evidencias de la Edad del Bronce o posteriores, entre los que merece la pena destacar la visita a Catí-Foradà, situado en Petrer, del que hizo referencia a los materiales arqueológicos existentes, publicando una azuela (JIMÉNEZ DE CISNEROS, 1925).

Por esos mismos años, el sacerdote Elías Abad Navarro de Novelda, mencionaba el hallazgo de varias cuevas de enterramiento múltiple en las laderas del cerro de la Mola en Novelda, de pequeñas dimensiones, en una de las cuales habían sido encontrados diez esqueletos con un ajuar de hachas pulimentadas, puntas de flecha, láminas de sílex y fragmentos de cerámica. (ABAD NAVARRO 1984: 15; HERNÁNDEZ PÉREZ, 1982: 17).

Por lo tanto, si hasta los primeros años del siglo XX la investigación estuvo capitalizada por geólogos y estudiosos locales, con la llegada de la década de los años 1930 se produjo una revitalización de la vida intelectual y cultural en las diferentes poblaciones de la comarca y de la provincia, destacando la inauguración del Museo Arqueológico Provincial de Alicante en 1932. En esta coyuntura será la, ya por entonces, ciudad de Elda, la que se convirtió, a causa de su despegue industrial basado en la industria del calzado que actuó como foco de atracción de población

de todo el valle, en uno de los núcleos catalizadores del interés por el pasado más antiguo de estas tierras. El gusto y la afición por los temas arqueológicos vendrán, en gran medida, de la mano de una serie de maestros nacionales, cuya labor se desarrolló en Elda a lo largo de la década. Entre este conjunto de personajes destacan las aportaciones de Antonio Sempere Rico (1933) y Juan Vidal Vera, junto a José Andrés Sinobas (1935) o Antonio González Vera (1933). Su preocupación e interés por los temas del pasado prehistórico quedó pronto reflejado, tanto en prospecciones arqueológicas por los relieves montañosos más cercanos, como en breves notas y artículos de divulgación en las revistas y prensa local del momento, donde dieron noticias de los mismos. De todos ellos, será Antonio Sempere quien lleve más allá su afición y consiga crear un pequeño museo o colección didáctica en las entonces Escuelas Nacionales Graduadas. Allí reunió, tanto las piezas procedentes de sus prospecciones en los yacimientos de la Edad del Bronce del Peñón del Trinitario y El Monastil, como todos los materiales arqueológicos de otros maestros, y algunos materiales aislados que obraban en poder de particulares.

Este creciente interés arqueológico que podría haber desembocado en la creación de una institución aglutinadora de la actividad arqueológica en todo el valle, se vio truncado fatídicamente por los acontecimientos bélicos que acabaron con un lustro prometedor. La Guerra Civil abortará los logros de estos aficionados, que acabarán por perder sus colecciones al ser convertido el edificio de las Escuelas Nacionales en Hospital de Sangre durante la Guerra Civil Española.

Durante el período de posguerra de los años 1940, la situación empezó a normalizarse y a surgir del ostracismo con la creación de las primeras instituciones museísticas que empezaron a desarrollar una labor de enriquecimiento de sus colecciones a partir de la excavación y recogida sistemática de un amplio número de evidencias arqueológicas. Es el caso de la creación del Museo Arqueológico de Elche en 1949, instalado en uno de los edificios del Parque de la Feria de Elche y cuyos principales fondos procedían de la colección de P. Ibarra y de las excavaciones de R. Ramos Folqués en La Alcudia.

En Villena, J. M. Soler García era nombrado Comisario Lo-



Vista de la entrada al Abrigo de la Sangre (Camara) y detalle de las pinturas rupestres. (Archivo Museo Arqueológico Municipal de Elda)



cal de Excavaciones Arqueológicas por la Dirección General de Bellas Artes, lo que a la postre sirvió para iniciar la creación del Museo Arqueológico que lleva su nombre. De este modo, el 3 de noviembre de 1957 fue inaugurada en los bajos del Ayuntamiento la deseada institución con una buena cantidad de fondos arqueológicos que se irían incrementado con los sucesivos trabajos de su director (HERNÁNDEZ PÉREZ, 2004).

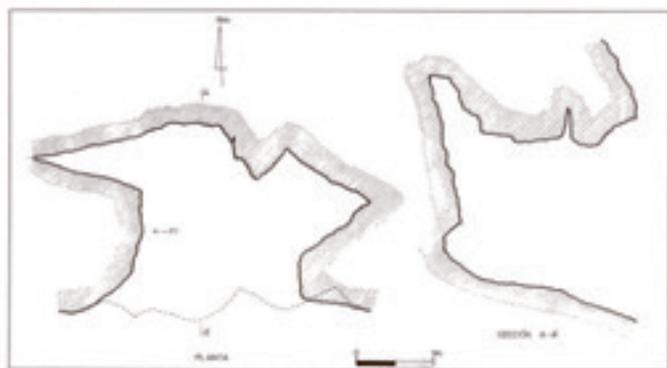
Al mismo tiempo que se documentaba un amplio número de hallazgos superficiales y de yacimientos en las comarcas de Elche (RAMOS FOLQUÉS, 1953) y Villena (SOLER GARCÍA, 1955, 1961, 1976), se empezaban a realizar algunas exploraciones arqueológicas en el Valle de Elda. Así vemos como durante estos años se puede ir rastreando en la prensa local eldense, e incluso provincial, noticias acerca de hallazgos arqueológicos (INFORMACIÓN 1954, NAVARRO PASTOR, 1955), controversias sobre el descubrimiento e interpretación de los hallazgos (NAVARRO PASTOR, 1954a; MARTÍNEZ AGUIRRE, 1954) y reflexiones acerca del pasado y futuro de la arqueología eldense (NAVARRO PASTOR, 1951).

El descubrimiento del enterramiento múltiple de la Cueva del Hacha en Petrer, en 1954, por parte de Joaquín Payá, Joaquín Ruiz y José Starli supuso la cristalización

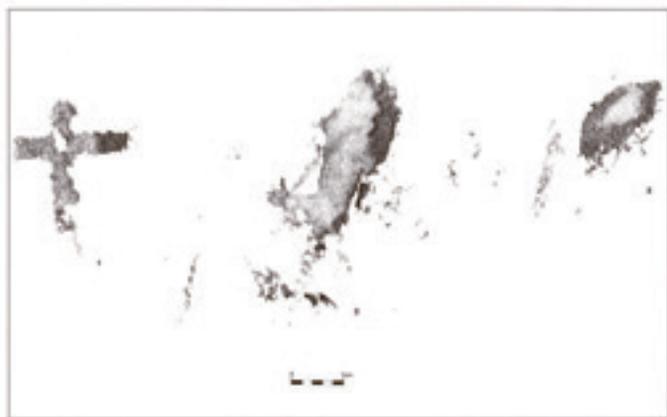
de la afición por la Arqueología de un nutrido grupo de jóvenes, que socios en su mayoría de la sociedad excursionista local de Elda, decidieron integrarse dentro del organigrama de la mencionada entidad deportiva, dando lugar al nacimiento de la Sección de Arqueología del Centro Excursionista Eldense.

Durante 25 años, desde su constitución en 1959 hasta la creación del Museo Arqueológico Municipal en 1983, la Sección de Arqueología vertebrará el interés en Elda por la Arqueología. Los miembros de la misma llevaron a cabo un intenso trabajo con una voluntad constante en, prácticamente, todas las vertientes de la Arqueología. La prospección superficial, excavaciones, visitas a museos y yacimientos de la región, conferencias en colegios y círculos culturales diversos, hasta la constitución de una modesta colección de piezas arqueológicas, con locales destinados a tal uso, fueron campos de trabajo de este grupo de aficionados, que centró su actividad en el Valle de Elda, dando a conocer yacimientos como El Monastil, Cuevas de Bolón, Cueva de la Casa Colorá, Terraza del Pantano y Cueva del Hacha, o también la Serreta de la Vella y Sambo, en Monóvar.

Todos los materiales hallados en sus innumerables prospecciones y excavaciones conformaron una colección



Planimetría del Abrigo de la Sangre y
reproducción de las pinturas rupestres
(dibujo E. Cortell). (SEGURA y TORREGROSA 1997)



arqueológica, sita en unas dependencias propias, abiertas al público y visitada, en numerosas ocasiones, por algunos investigadores y especialistas del momento, entre los que cabe destacar a Enrique Llobregat, director del Museo Arqueológico Provincial de Alicante y Domingo Fletcher, director del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, impulsores de la vocación arqueológica de estos aficionados. Además, los miembros del C.E.E. mantuvieron constante contacto con parte de los protagonistas de la arqueología provincial alicantina del momento: Alejandro Ramos Folqués, José M^a Soler García y Solveig Nordstrom y también con otros arqueólogos como Samuel de los Santos, o Martín Almagro Basch, quien habiendo recibido denuncia de las actividades ilegales por parte de la Sección de Arqueología, llegó a girar visita a Elda para cerciorarse de los hechos, quedando gratamente impresionado de los trabajos realizados y prestando todo su apoyo desde ese momento (SEGURA y JOVER, 1997).

Además, la Sección Arqueológica del C.E.E. llevó a cabo una meritoria labor al rescatar del olvido parte de los materiales de la colección de A. Sempere y otros materiales arqueológicos en manos de particulares, así como velar continuamente por los restos arqueológicos eldenses tan poco valorados por autoridades de la época. De igual modo, las actividades realizadas han quedado documentadas, en mayor o menor medida, en los partes o diarios de actividad diaria, semanal o mensual, confeccionados, sistemáticamente, por los miembros de la sección después de cada actividad. En ellos se recogen fechas, ubicaciones, croquis, descripción de sedimentos y características de los hallazgos, dimensiones de objetos y estructuras e, incluso, cotas de profundidad. Toda esta documentación en la que todavía es necesario realizar una profunda labor de investigación se convierte en valiosos documentos para el conocimiento de las actividades del grupo (SEGURA y JOVER, 1997).

Pero, lejos de limitarse a las labores de campo, los miembros de la Sección de Arqueología también publicaron los resultados obtenidos en revistas especializadas (CENTRO EXCURSIONISTA ELDENSE, 1972), como en numerosos artículos de carácter eminentemente divulgativo en revistas de carácter local (CENTRO EXCURSIONISTA ELDENSE, 1964; MARTÍ CEBRIÁN, 1981, 1982, 1983; RODRÍGUEZ CAMPILLO, 1980, 1981, 1982, 1983, 1984; SOLER GARCÍA, 1983).

Pero la Sección de Arqueología del C.E.E. no será el único grupo de aficionados existentes en la comarca en todos estos años. Producto de estímulos similares, enmarcados en los movimientos asociativos juveniles de la década de los años 60, a los que hay que sumar la evidente influencia de la Sección de Arqueología del C.E.E., será la creación en Petrer, en 1968, y en el marco del Club de la Juventud de Petrer, asociación vinculada a la O. J. E. (Organización de Juventudes Españolas), de un grupo de jóvenes aficionados a la Arqueología, al frente del cual figuraba Dámaso Navarro Guillén (AMAT y NAVARRO, 1991: 272). Este grupo, cuya actividad más intensa se sitúa entre fines de los años 1960 y la década de los 1970, será el catalizador de la afición arqueológica en la parte septentrional del valle. Llevarán a cabo prospecciones por todo el término municipal de Petrer, localizando la mayor parte de los yacimientos conocidos actualmente de la Edad del Bronce -Mirabuenos, Alt de Perrió, Puntal del Ginebre-, realizando pequeñas catas en algunos de ellos, como la efectuada, en colaboración con M.J. Walker, en el yacimiento de la Edad del Bronce de Catí-Foradà. El resultado de los trabajos realizados, permitieron al investigador australiano obtener una datación absoluta a partir de cereales carbonizados (WALKER, 1981: 87-89). Por su parte, los miembros del Grupo Arqueológico Petrelense también divulgaron parte de sus actividades en revistas locales (GRUPO ARQUEOLÓGICO PETRELENSE, 1976; NAVARRO GUILLÉN, 1977).

Sin embargo, tras las décadas de los años 1960 y 1970, en las que se incrementó de modo espectacular el interés por la Arqueología, la década de los años 1980 fue enormemente optimista como consecuencia del proceso de cambio político representado por la llegada a los poderes municipales de los primeros ayuntamientos democráticos y a la creación, también en 1979, de la Universidad de Alicante.

En este sentido, los hallazgos de yacimientos arqueológicos se multiplicaron, publicándose las primeras excavaciones efectuadas en yacimientos de la cuenca del Vinalopó, además de diversos estudios sobre conjuntos depositados en diversas colecciones y museos.

J. M. Soler García (1981) publicaba *El Eneolítico en Villena*, uno de los trabajos más completos sobre el período de

los realizados hasta la fecha, donde recogía toda la información y estudio de los yacimientos existentes en la comarca villenense, destacando las excavaciones que había efectuado en el yacimiento de La Macolla, en los poblados campaniformes del Puntal de los Carniceros y Peñón de la Zorra, además de un amplio *corpus* de cuevas de enterramiento -Cueva de las Delicias, de las Lechuzas del Alto nº 1, Oriental del Peñón de la Zorra, etc- excavadas por el propio Soler. Este trabajo suponía un avance destacado en la investigación al recoger un volumen de información ingente y sintetizar la labor de campo desarrollada durante décadas.

En la misma línea, se publicaban algunas de las cuevas de enterramiento de la comarca de Banyeres (APARICIO *et alii*, 1981) y, en especial, se editaba el primer número de la revista *Lvcentum* del Departamento de Prehistoria, Arqueología, Historia Antigua, Filología Griega y Filología latina de la Universidad de Alicante, donde se presentaba el yacimiento de la Cueva de la Casa Colorá de Elda (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1982), cuyos materiales estaban depositados desde los años 1950 en el Museo Arqueológico Municipal de Elda.

La publicación de la Cueva de la Casa Colorá supuso un salto cualitativo en las investigaciones que sobre la Prehistoria se habían efectuado en el valle de Elda. Por primera vez se publicaba toda la información obtenida de una cueva de enterramiento en la que se había actuado en los años 1950. M. HERNÁNDEZ PÉREZ (1982) realizaba un estudio pormenorizado del conjunto, lo relacionaba con otros hallazgos de la comarca y realizaba su contextualización en el marco regional. De este modo, la prehistoria en el valle de Elda entraba en el ámbito científico, aunque también se señalaba la necesidad de realizar estudios más exhaustivos de yacimientos y materiales de todo el valle del Vinalopó, dada la dispersión de las noticias y de las colecciones existentes (HERNÁNDEZ, 1982: 17).

Un año después, este mismo autor (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1983) publicaba un nuevo trabajo de síntesis sobre la metalurgia en el valle Medio del Vinalopó, incluyendo la información conocida y los materiales documentados en la Cueva de la Casa Colorá, cueva del Hacha (Petrer), Catí-Foradà y Pont de la Jaud (Elda), y valorando la importancia de la metalurgia prehistórica en la comarca. Éste

a su vez era uno de los primeros trabajos peninsulares que sobre metalurgia prehistórica se realizaba incluyendo análisis metalográficos.

Por todo ello, la década de los 1980 y principios de los 1990 constituyeron el afianzamiento de las investigaciones desde el ámbito universitario junto a la labor desarrollada desde los museos locales o comarcales. La potenciación de las memorias de licenciatura y de las tesis doctorales desde el departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Alicante supusieron un salto cualitativo en la investigación, por cuanto posibilitaron la revisión de importantes lotes de materiales depositados en museos y, especialmente, el desarrollo de una intensa labor de prospección con la puesta en práctica de las metodologías al uso.

Las cartas arqueológicas de carácter local o comarcal se constituyeron en una buena herramienta de trabajo para aproximarse, por primera vez, a aspectos como la evolución de la dinámica del poblamiento durante la Antigüedad en el Vinalopó. En este sentido, han sido numerosos los trabajos que se han realizado en el ámbito del Vinalopó, pero ciñéndonos al valle de Elda cabe citar el estudio que sobre los materiales de la Edad del Bronce en el valle Medio del Vinalopó fue realizado por F. J. Jover Maestre, J. A. López Mira y G. Segura Herrero (1989), a partir de una ayuda económica del Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, que sirvió a su vez, para que se publicaran trabajos más extensos como *El poblamiento antiguo en Petrer* (JOVER y SEGURA, 1995) o la publicación más específica sobre *El poblamiento prehistórico en el valle de Elda* (SEGURA y JOVER, 1997).

Estos trabajos de recopilación y síntesis se completaban con otros especializados sobre la metalurgia prehistórica en la Comunidad Valenciana (SIMÓN, 1998) o sobre las cuevas de enterramiento múltiple (SOLER DÍAZ, 2002), donde los yacimientos del valle de Elda constituían una parte significativa del *corpus* general de yacimientos.

En cualquier caso, toda esta serie de investigaciones, dirigidas en su mayor parte desde la Universidad de Alicante por M. S. Hernández Pérez, sirvieron para presentar toda una serie de reflexiones e hipótesis sobre las primeras comunidades agrícolas en las comarcas del Vinalopó (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1994; 1997; GUILBERT, JOVER y

FERNÁNDEZ, 1999), ya que por el momento, las evidencias correspondientes a grupos paleolíticos y epipaleolíticos son bastante escasas, por no decir que nulas en el Valle de Elda.

No obstante, a pesar de la intensificación de los trabajos de carácter territorial y la revisión de los fondos depositados en los diferentes museos, el conocimiento de las comunidades prehistóricas en estas tierras sigue adoleciendo de la falta de excavaciones arqueológicas sistemáticas efectuadas con el objetivo de mejorar el conocimiento histórico.

Este panorama está empezando a cambiar en los últimos años, aunque, por desgracia, como consecuencia de intervenciones de salvamento o urgencia que, en cualquier caso, no están permitiendo contestar a muchas de las cuestiones que desde la investigación se están formulando.

En este sentido, la excavación de urgencia efectuada en 1999 en el yacimiento calcolítico de la Torreta-El Monastil, del que ya se han publicado algunas notas (JOVER *et alii*, 2000-2001), y dos años más tarde en la Casa Colorá (ESQUEMBRE, 2001) no se puede contestar a muchas de las preguntas planteadas en la investigación actual. Ambos yacimientos fueron descubiertos como resultado de la realización de sondeos arqueológicos mecánicos en amplios solares en los que se iba a urbanizar. El escaso tiempo con el que se contó para realizar la excavación y la falta de medios para mejorar la calidad y estudio del registro material recuperado ha limitado considerablemente la calidad de la información que del mismo se podía haber obtenido.

Por último, como reflexión final, nos gustaría insistir en los cambios que se han producido desde la aprobación de la Ley 4/98 de Patrimonio Cultural Valenciano de 11 de junio. La multiplicación de los trabajos de prospección y excavación a cargo de empresas profesionales de arqueología es una constante en progresión casi geométrica que afecta, tanto al patrimonio arqueológico de épocas históricas, como prehistóricas. Esta situación está generando un volumen enorme de información difícilmente accesible, ya que los resultados no se suelen publicar, a la vez que el avance urbanizador desmesurado está facilitando la destrucción de un buen número de yacimientos sin que sepamos nada al respecto.

Vista del río Vinalopó y sus
riberas, desde el Pantano.
Al fondo puede divisarse
El Monastil (foto archivo
Museo Arqueológico de Elda)



24 / 25

Por este motivo, sería importante, para poder contestar a algunas de las cuestiones planteadas en la investigación, que la administración responsable en materia patrimonial exigiera a los promotores y empresas implicadas, como mínimo, además de la correcta documentación de los yacimientos que van a ser destruidos, el estudio de todos los materiales recuperados en el proceso de excavación de cualquier yacimiento (productos, fauna, sedimentos, restos carpológicos y antracológicos, y un largo etcétera) y que al mismo tiempo, entre las empresas y las demás instituciones públicas implicadas se establecieran acuerdos o convenios de colaboración que permitieran agilizar el proceso de estudio y planificaran con tiempo qué preguntas realizar al registro arqueológico.

No podemos olvidar que cada yacimiento excavado desde la actividad de urgencia o salvamento es un documento histórico que no se va poder registrar ni leer nuevamente y que el avance en la investigación y en el análisis del proceso histórico cada vez más va a depender más del desarrollo de este tipo de actividad arqueológica obligada,

no vinculante y escasamente planificada desde el ámbito de la investigación histórica.

Las primeras evidencias de la presencia humana en el Valle de Elda

A pesar de que la presencia humana en las tierras valencianas se puede remontar casi a cuatrocientos mil años, como muestran las excavaciones efectuadas en el yacimiento de la Cova del Bolomor en Tavernes de la Vallidigna (FERNÁNDEZ PERIS, 2001), poco podemos comentar sobre la existencia o no de grupos humanos de base cazadora-recolectora en el valle de Elda. La documentación de algunas raederas aisladas en las terrazas próximas a la rambla de los Colegiales (Petrer) (SEGURA y JOVER, 1997), corroborado recientemente en unas recientes prospecciones realizadas bajo la dirección de G. Segura Herrero de la empresa Arquealia S.L., y el posible yacimiento de la Casa Josefina en el Barranco de Chanele en Sax (HERNÁNDEZ PÉREZ, 2005) son las únicas evidencias que podrían



Lámina retocada de
la Torreta-El Monastil

relacionarse con la presencia de grupos de *Homo neanderthalensis* en la zona.

No obstante, aunque estas pruebas todavía hay que mantenerlas en cuarentena por la escasez de los restos, no podemos dudar de la presencia de neandertales en el corredor del Vinalopó. Yacimientos como el Barranco de la Coca en Aspe (FERNÁNDEZ, 1998) considerado como un área de aprovisionamiento y taller lítico (FERNÁNDEZ PERIS, 1998) o la Cueva del Cochino en Villena, único yacimiento excavado hasta la fecha por J. M. Soler (1956) son testimonios lo suficientemente significativos como para considerar que la presencia humana en esta tierras se remonta, como mínimo, a algo más de 35.000 años.

Por otra parte, los restos materiales documentados en Cova del Sol (Hondón de las Nieves) o Cueva Grande de la Huesa Tacaña (Villena), con evidencias de ocupaciones

del Paleolítico superior, atestiguan la presencia de los primeros seres humanos anatómicamente modernos en estas comarcas. No sería de extrañar que la realización de prospecciones sistemáticas en el Valle de Elda permitieran localizar algún yacimiento de similares características o al menos correspondiente a grupos predadores, pero, por el momento, los datos procedentes de las excavaciones efectuadas en la Ratlla del Bubo en Crevillente son prácticamente las únicas que muestran una ocupación de la cavidad a lo largo de una secuencia amplia -Auriñaciense evolucionado, Gravetiense y Solutrense- que puede remontarse a algo más de 26000 BP, en la que destaca la documentación de un hogar correspondiente a los niveles solutreo-gravetienses (SOLER *et alii*, 1990; Villaverde, 2001), aunque por desgracia la acción de los clandestinos, que también actuaron en la Cova del Sol, han imposibilitado un mejor conocimiento de estos depósitos.

La confirmación de que el corredor del Vinalopó siguió siendo ocupado por parte de grupos depredadores durante el VIII milenio a.C. en la Cova de Sant Martí en Agost, junto a las ya conocidas del Fontanal (Onil), La Cueva del Lagrimal (SOLER GARCÍA, 1991), Pinar de Tarruella y Arenal de la Virgen (FERNÁNDEZ *et alii*, 2008), en Villena, evidencian el hecho de que la presencia humana se mantuvo hasta la irrupción de las primeras comunidades agrícolas y ganaderas, como así parecen atestiguarlo yacimientos como Casa de Lara en Villena (FERNÁNDEZ, 1999).

Puntas de flecha integrantes
del ajuar de los individuos
inhumados en la Cueva de la
Casa Colorá.



Sobre las primeras comunidades agrícolas en el Valle de Elda

Aunque poco podemos decir sobre la presencia humana de grupos cazadores-recolectores en el Valle de Elda, algo más se puede señalar sobre los primeros grupos productores de alimentos. La ocupación humana estable de todo el valle se tuvo que producir milenios más tarde, aproximadamente sobre el 5200 a.C., con la llegada de comunidades campesinas, ya que por el momento, todos los estudios indican que todas las especies domesticadas (trigo, cebada, cabra, oveja, cerdo, etc.) y las técnicas de elaboración de los medios de producción asociados con las prácticas agrícolas y de transformación y almacenamiento de alimentos, fueron introducidas en la península ibérica por grupos humanos procedentes de otros lugares de la cuenca mediterránea, siendo el denominado modelo dual, la explicación más cercana a la realidad en la actualidad, al dar mayor contenido al registro arqueológico disponible (BERNABÉU, 1995; 1996).

Este modelo -el conocido como dual-, se ha ido enriqueciendo y perfeccionando durante más de veinticinco años, ya que sus primeras formulaciones cuentan ya con más de un cuarto de siglo (FORTEA, 1973; FORTEA *et alii*, 1987; BERNABÉU, 1993).

Hacia el 5500 BC en el norte de la provincia de Alicante

y sur de la de Valencia, se empieza a constatar la presencia de comunidades humanas con un modo de vida agropecuario, desconocido hasta el momento en estas tierras, que durante un período de tiempo algo impreciso convivieron con grupos indígenas con un modo de vida cazador-recolector.

En efecto, durante los primeros momentos del desarrollo de la fase neolítica (BERNABÉU, 1989), asistimos a la convivencia de dos grupos culturales con distintos modos de vida en el ámbito regional. Por un lado, el substrato indígena, compuesto por comunidades con un utillaje clasificado como epipaleolítico geométrico, se caracteriza por un modo de vida cazador-recolector y una economía predatoria. Yacimientos con estas características los tenemos en el corredor de Villena, en concreto en Casa de Lara (FERNÁNDEZ, 1999), no habiéndose constatado su presencia, por el momento, en el Valle de Elda.

Por otro, encontramos grupos con un modo de vida agropecuario, propio de las comunidades campesinas que llegaron, al parecer, a las tierras valencianas en torno al 5600 BC, ocupando buena parte del área del sur de la provincia de Valencia y del norte de la de Alicante, y cuyo yacimiento más cercano al Vinalopó es la Cova de la Sarsa en Bocarent.

Estos grupos agrícolas, una vez afianzados y consolidados en los territorios que inicialmente ocuparon, principalmente en la cuenca del río Serpis, comenzaron un proceso de expansión y colonización de nuevas tierras entre las que se encuentra la cercana cuenca del Vinalopó (JOVER y MOLINA, 2005). Evidentemente la expansión se produjo siguiendo los corredores naturales y las primeras tierras ocupadas, fueron los fondos de valles de las principales cuencas hídricas con el objeto de poner en explotación las mejores tierras disponibles, minimizando los riesgos ante el escaso desarrollo de las fuerzas productivas de aquellos grupos.

De este modo, empezamos a constatar la presencia de yacimientos neolíticos en las tierras de Vinalopó que carecen de indicios de ocupaciones del substrato geométrico anterior y que, por lo tanto, debieron crearse *ex novo*. Es el caso de los yacimientos del Chorrillo-Chopo en Elda-Petrer y l'Almortxó en Petrer (SEGURA y JOVER, 1997), Ledua en Novelda (HERNÁNDEZ y ALBEROLA, 1988), Calle Colón en Novelda (GARCÍA *et alii*, 2006), la Cova de Sant Martí en Agost (LÓPEZ SEGUÍ, 1996), La Cova dels Calderons (La Romana), la Alcudia en Elche (Ramos Molina, 1989) y la Cueva de la Araña del Carabassí en Santa Pola (Ramos Folqués, 1989).

Carecemos de evidencias constructivas claras para estos yacimientos, con la excepción de las documentadas en la Calle Colón de Novelda (García Atienzar *et alii*, 2006). Los sondeos practicados en una actividad arqueológica de urgencia efectuada bajo la dirección de A. M. Poveda en el Chopo-Chorrillo en el año 1997 no documentaron ninguna construcción, ni elementos de las mismas.

En este sentido, la lectura de los materiales cerámicos de estos yacimientos, con decoraciones con relieves, incisio-impresas y peinadas y de instrumentos pulidos con filo en el caso del Chopo-Chorrillo, les colocaría a partir de

momentos avanzados del neolítico antiguo. A un momento más avanzado, podríamos atribuir el yacimiento de las Terrazas del Pantano de Elda, ya que algunos materiales depositados en el Museo Arqueológico Municipal de Elda, en concreto algunos geométricos de pequeño tamaño y fragmentos de cerámica, plantean la posibilidad de su ocupación desde momentos neolíticos, aunque hasta la fecha, se ha considerado una cronología más tardía (SEGURA y JOVER, 1997).

Por todo ello, de especial relevancia es, en este sentido, la reciente documentación de diversas estructuras negativas asociadas a fragmentos cerámicos, productos líticos tallados y de molienda en la actuación arqueológica de urgencia realizada en el solar de la calle Colón nº 3 de Novelda (GARCÍA ATIENZAR *et alii*, 2006). La datación por C-14 obtenida a partir de una muestra singular de carbón procedente de la base de una de la cubetas, ha ofrecido una fecha media de 5370 cal BC (Beta-227572: 6410±40 BP), lo que refleja la antigüedad de la ocupación de las tierras del Vinalopó.

Por tanto, en un momento en torno al 5200 a.C. se produciría el inicio de la ocupación efectiva de la cuenca del Vinalopó, desde su cabecera hacia su desembocadura (HERNÁNDEZ, 1997), con asentamientos al aire libre, muy distantes entre sí, situados en las zonas de mayor potencialidad agrícola como es el caso de la zona del Chorrillo-Chopo en Elda-Petrer.

Quizás el aspecto más significativo de este proceso de expansión y ocupación de nuevas tierras sea la baja densidad demográfica constatada en los diferentes tramos en los que se divide la cuenca. Se puede apreciar la llamativa ubicación de cuatro de los yacimientos al aire libre en las tierras cuaternarias de los fondos de los valles, muy próximas al discurrir del cauce fluvial reproduciendo el mismo patrón observado en otros yacimientos al aire libre en la cuenca del Serpis (BERNABÉU *et alii*, 1989).

Otro de los aspectos importantes en los que actualmente empezamos a profundizar es el referente a sus prácticas funerarias. La documentación de evidencias funerarias de estos momentos, ya no se reduce a las parciales evidencias de la Cova de la Serreta la Vella en Monóvar (SEGURA

Estructura 9
del yacimiento de
la Torreta-
El Monastil.



28 / 29

y JOVER, 1997), algunos de cuyos materiales están depositados en el Museo Arqueológico Municipal de Elda, sino que, por primera vez, y a partir de las evidencias documentadas en la Cova de Sant Martí en Agost (TORREGROSA y LÓPEZ, 2004), podemos inferir que aquellas primeras comunidades neolíticas inhumaban a sus difuntos (adultos y niños) en cuevas y de forma colectiva.

Por tanto, una vez que aquellas primeras comunidades agropecuarias ocuparon los fondos de cada una de la cubetas que integran el curso del Vinalopó, durante los milenios siguientes -IV y el III milenio BC- iniciaron un proceso de consolidación demográfica y social, manteniendo sus asentamientos en las terrazas próximas al curso del río.

En este sentido, comparando con los momentos anteriores, entre el IV y el III milenio a.C. constatamos un aumento considerable de asentamientos al aire libre -que no en cueva-. La cifra se cuadruplica, pasando de 7 a 27 enclaves. Todas las cubetas geográficas están ocupadas en estos momentos. Los núcleos de hábitat se ubican en el fondo de las mismas, próximos al discurrir del río Vinalopó o en los márgenes de zonas endorreicas, emplazándose en las mejores tierras cuaternarias. Mientras en el corredor de Villena se observa una clara continuidad en el emplazamiento de los núcleos, y es posible que también pueda ocurrir lo mismo con respecto al Chopo-Chorrillo, ante el reciente hallazgo de materiales en superficie en la zona de El Barranquet; en la cabecera y desembocadura del

Vinalopó es donde se observa una ocupación de forma intensa, de las mejores tierras para uso agrícola de toda la cuenca.

Por otro lado, asistimos a la multiplicación de evidencias constructivas de asentamientos al aire libre cercanos al curso del río Vinalopó, destacando la documentación de algunas fosas (PASCUAL BENEITO, 1993), silos (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1982), posibles fondos de cabañas (Ramos Folqués, 1989) y segmentos de foso. Toda esta serie de construcciones han sido documentadas en las excavaciones efectuadas en el yacimiento de La Torreta-El Monastil (JOVER *et alii*, 2000-2001). Se trata de construcciones y estructuras a modo de fosos y fosas excavadas en el substrato pleistocénico, y levantadas con materiales muy endeble, hechas con barro y materiales fácilmente deleznable y con la necesidad de un mantenimiento constante.

En La Torreta-El Monastil, ubicado en una terraza de la margen derecha del río Vinalopó, una vez pasadas las estribaciones orientales de la sierra, pudimos contrastar la presencia de un amplio número de fosas de muy variada morfología, un posible fondo de cabaña, del que únicamente pudimos excavar la mitad y todas ellas, contenidas en un área delimitada por un foso o segmento de foso de gran tamaño –más de 28 metros de longitud, sobre 3 m de anchura y 1,20 m de profundidad–. Un carbón recogido en la unidad que rellenaba el foso en su base fue datado por C-14, obteniendo una fecha media de 2888 cal BC (Beta-139360; 4270±110 BP).

En prácticamente todas las estructuras existían materiales arqueológicos, aunque especialmente en el foso, destacando la presencia de un diverso repertorio de vasos cerámicos restituibles realizados a mano, alguno decorado en sus paredes con triángulos incisos rellenos de puntos, puntas de flecha de sílex, láminas retocadas, molinos y molederas, alisadores y pellas de barro de paredes o techumbre de construcciones, todos ellos integrados entre los fondos del Museo Arqueológico de Elda. No obstante, solamente pudimos documentar la presencia de semillas de trigo, cebada y de acebuche en la estructura nº 2, interpretada como fondo de cabaña, en la que además se documentó un fragmento de molino.

También contamos, a partir del estudio antracológico realizado por M. C. Machado Yanes, de los primeros datos sobre el paisaje durante el III milenio BC en el valle. Los diferentes taxones documentados nos muestran el uso y selección de pino carrasco en su mayor parte, encina/coscoja y carrasca, madroño, acebuche, lentisco, torvisco y sauce. Aunque la muestra es escasa, debemos señalar la diversidad y coherencia florística del conjunto de las especies que vienen a definir la existencia, a nivel paleoecológico, de dos medios claramente diferenciados: en primer lugar, la ripisilva caracterizada por la presencia de sauce, y claramente localizada en las márgenes del río; y, por otro lado, un matorral abierto dominante con el resto de las especies, donde el pino carrasco aparecería como un elemento integrante del encinar/carrascal o formando rodales.

En otro orden de cosas, a tenor de las evidencias de cultura material registradas, se podría inferir que en esta fase se produjo una reducción del uso de las cuevas como lugares de hábitat y su empleo casi exclusivo como lugar de enterramiento. Así, una de las características señaladas para estos momentos para las tierras valencianas es la generalización del uso de las cuevas como continentes funerarios y siempre con un ritual de carácter múltiple. Este aspecto, del que se ha ocupado de forma brillante J. Soler Díaz (2002), se constituye como una práctica social generalizada, donde los ajuares funerarios alcanzan un alto grado de normalización. Frente a las escasas evidencias de prácticas funerarias en la fase anterior, se han registrado más de 20 cuevas de enterramiento en el alto y Medio Vinalopó (ORTEGA y LÓPEZ, 1991; HERNÁNDEZ PÉREZ, 1982; SEGURA y JOVER, 1997; SOLER DÍAZ, 2002). Todos ellos se ubican en las proximidades de asentamientos al aire libre, por lo que sería fácil poder realizar una asociación entre lugares de hábitat y contextos funerarios.

Este es el caso de la Cueva de la Casa Colorá (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1982) y el yacimiento de La Torreta-El Monastil (JOVER *et alii*, 2000-2001). Al menos cuatro individuos fueron inhumados en estas grietas próximas al asentamiento, cuyos ajuares depositados en el Museo de Elda –vasos cerámicos de formas simples, diez puntas de flecha de sílex, una lámina retocada, una azuela y un hacha, un pún-



zón óseo de sección aplanada, dos valvas de *Glycymeris Glycymeris* y un punzón de cobre— corresponden a estos primeros momentos (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1982; SEGURA y JOVER, 1997). No obstante, la presencia de un punzón de bronce (Simón, 1998) permite deducir que algunos de los cadáveres acompañado del mismo, puedan corresponder a un segundo momento de uso de la cavidad durante la segunda mitad del II milenio BC y asociado a los pobladores del asentamiento de El Monastil.

Al mismo tiempo, frente a las comarcas septentrionales valencianas donde la presencia de arte rupestre Esquemático correspondiente a estos momentos es muy abundante, en las comarcas del Vinalopó está totalmente ausente. La única excepción la encontramos en la sierra de Camara en Elda, en concreto, en el denominado Abrigo de la Sangre (SEGURA y TORREGROSA, 1999). Las pinturas, integradas por un cruciforme de gran tamaño y unas

grandes manchas bastante degradadas, de tono rojizo y realizado con tinta plana, aparecen agrupadas en un solo panel. No obstante, las características de los motivos, con algunas diferencias con respecto a los prehistóricos, obliga, por el momento y mientras no se documenten nuevos abrigos con arte, a considerar la posibilidad de que no sea una manifestación prehistórica.

En definitiva, el conjunto de las proposiciones observables nos permiten plantear que a partir del 3500 BC se inició un proceso de consolidación y expansión demográfica de pequeñas comunidades campesinas que conllevó la ocupación plena de los fondos cuaternarios próximos al discurrir del río Vinalopó, proceso generalizado en otras cuencas del marco peninsular.

Es muy probable que estas evidencias de densa ocupación de los fondos del valle, se corresponda con la presencia de

diferentes comunidades familiares extensas, que estarían implantadas en cada una de las cubetas geográficas. Estos grupos basarían su subsistencia en el cultivo de diversas especies vegetales como el trigo, cebada y legumbres y la cría de una pequeña cabaña de vacas, cerdos, cabras y ovejas, jugando todavía un destacado papel la recolección y la caza.

El afianzamiento de las comunidades campesinas y el inicio de las diferencias sociales

Sobre el 2600 BC se constata en todo el ámbito regional una serie de transformaciones en el registro arqueológico que debemos poner en relación con cambios en las estrategias económicas y en las relaciones de producción de aquellos grupos en todo el ámbito regional.

En efecto, durante la fase campaniforme –2600/2200 a.C.– y después del amplio número de enclaves registrados en la fase anterior, se constata en el valle del Vinalopó una reducción del número de asentamientos, que muestran un patrón de distribución agrupado respecto de cada una de las cubetas geográficas. Ocupan, tanto enclaves en el llano cercanos al río o a zonas endorreicas –Terrazas del Pantano en Elda o Casa de Lara en Villena–, como diversas crestas en los umbrales montañosos existentes a lo largo del corredor – El Monastil o El Canalón en Elda, Peñón de la Zorra y Puntal de los Carniceros en Villena– que constituyen los primeros asentamientos en altura conocidos en el valle (HERNÁNDEZ PÉREZ, 1994). Algunos asentamientos como la Torreta-El Monastil, de gran importancia, fueron abandonados, trasladando su lugar de residencia, con mucha probabilidad, a la zona más elevada del yacimiento de El Monastil.

Estos enclaves, además, se hallan protegidos, en algunos casos constatados, por muros de considerables dimensiones que evidencian la necesidad de proteger sus bienes subsistenciales (JOVER y LÓPEZ, 2004). Este no parece ser el caso de El Monastil, aunque las transformaciones producidas por ocupaciones posteriores pudieron hacerlas desaparecer. Las únicas evidencias de su ocupación se reducen a algunas fragmentos cerámicos con decoración incisa y pseudoexcisa de estilo campaniforme, un conjunto de puntas de flecha de pedúnculo y aletas prolonga-

das documentadas en las excavaciones realizadas por el Grupo Excursionista Eldense y un conjunto de láminas de sílex documentado en las recientes excavaciones efectuadas en torno al área de la Basílica bajo la dirección de A. M. Poveda Navarro (c.p.).

También podemos asociar con estos momentos a una cavidad natural empleada como lugar de enterramiento: la cueva del Hacha (JOVER y SEGURA, 1995; SEGURA y JOVER, 1997). Situada en la margen izquierda del río Vinalopó, justo en el paraje conocido como Pantano de Elda, fue excavada en los años 1950 por un grupo de aficionados eldenses integrados posteriormente en la sección de Arqueología del Centro Excursionista Eldense.

Esta cavidad de escasas dimensiones, sirvió para inhumar al menos a cuatro individuos. Siguiendo la información ya publicada (SEGURA y JOVER, 1997, 43-44), todos los cadáveres estaban orientados con las cabezas situadas al fondo, colocando como ajuar, a los pies de los mismos, un hacha y una azuela de piedra pulida elaboradas sobre diabasas, una varilla-punzón de hueso y un punzón de cobre arsenicado (SIMÓN, 1998). Muy probablemente se pueda asociar por proximidad con los grupos asentados en las terrazas del Pantano o en el propio yacimiento de El Canalón.

En el Museo Arqueológico de Elda también se conserva una punta de Palmela adscrita a estos momentos procedente de un lugar indeterminado de las faldas de la sierra del Cid (SIMÓN, 1998). Este hallazgo fortuito, como muchos otros, no permiten asegurar la presencia de lugares de hábitat más allá de los ya conocidos.

Ahora bien, la aparición de los núcleos de hábitat *ex novo* en altura aludidos, a lo largo de la cuenca del Vinalopó, responde a toda una serie de transformaciones que desde finales de la fase anterior se pueden observar en el registro arqueológico del ámbito regional y que, consideramos que podemos relacionar con la definitiva consolidación del modo de vida campesino de base cerealista (JOVER, 1999).

La consolidación del modo de vida campesino de base cerealista y las evidencias de procesos de intensificación de la producción agrícola a partir de estos momentos, basados en la mejora de los medios de trabajo (JOVER, 1999; JOVER y LÓPEZ, 2004), generarán un aumento demo-

Distribución de
yacimientos del
Bronce Pleno en
el valle de Elda.



gráfico en las agrupaciones de asentamientos existentes en cada una de las cubetas que integran el corredor del Vinalopó.

Al mismo tiempo, la conformación hacia el 2200 BC de la sociedad argárica (LULL, 1983) al sur de la sierras Crevillente-Negra-Tabayá (JOVER y LÓPEZ, 1995; 1997) tuvo que repercutir necesariamente en la dinámica interna de los grupos ubicados al norte de la misma, especialmente en el valle del Vinalopó, con consecuencias no sólo en cuanto a la propia articulación del territorio, sino también en relación al acceso a los recursos metalúrgicos y otras materias foráneas como el marfil.

Ante la necesidad de intensificar una producción agropecuaria y desarrollar las fuerzas productivas, los grupos de la cuenca del Vinalopó se vieron abocados a superar esta situación, las cuales conducían, respectivamente, hacia la concentración poblacional —es decir, hacia la agrupación de la fuerza de trabajo y de los medios de producción— y hacia un nuevo nivel de jerarquización interno capaz de superar los instrumentos políticos desarrollados a través de las relaciones de parentesco que caracterizan a la sociedades de tipo segmentarias (JOVER y LÓPEZ, 2004).

Como expresión de la resistencia del grupo ante cualquier amenaza que suponga la particularización de la propiedad comunal de los medios de producción y, por

tanto, la aparición de disimetrías entre los distintos linajes o familias, la superación de estas dos contradicciones se dio, muy contrariamente a la concentración poblacional, mediante la división del grupo —comportamiento por otra parte característico de las comunidades de tipo segmentario— que paralelamente condujo a un cambio en el patrón de asentamiento y al desarrollo de un patrón de asentamiento característico de la fase arqueológica conocida como Edad del Bronce. Muchos de los asentamientos campaniformes se abandonaron. Es el caso de Les Morenes en Crevillente (GONZÁLEZ, 1986), Peñón de la Zorra y Puntal de los Carniceros en Villena (SOLER GARCÍA, 1981) y, con mucha probabilidad, El Monastil.

Las excavaciones efectuadas en Terlinques (Villena) (JOVER y LÓPEZ, 1999; JOVER et alii, 2001) y las dataciones aportadas por otros yacimientos (Jover, 1999), evidencian que en torno al tránsito del III al II milenio a.C. se produciría la fundación de toda una serie de enclaves estables, ocupando principalmente cerros y estribaciones montañosas distribuidas a lo largo del Vinalopó, que constituirían los núcleos a partir de los cuales se estructuraría el poblamiento durante la primera mitad del II milenio a.C.

Los núcleos de asentamiento, muy próximos a lo que actualmente podemos entender como *caseríos*, estarían integrados por viviendas, en donde se realizarían todo tipo de actividades productivas como expresión de una

comunidad autosuficiente y que, a través del intercambio o por medio de relaciones de reciprocidad diferida, obtendrían metal y algunos otros materiales foráneos (Jover y López, 2004).

Aunque en el Valle de Elda asistimos a la plena ocupación del territorio en estos momentos –El Monastil, Peñón del Trinitario, Pont de la Jaud, Sambo, Peña de la Zafra, Castell de Petrer, Alt del Perrió, Mirabuenos, Puntal del Ginebre, Catí-Foradà–, ninguno de ellos ha sido excavado, con la excepción de las escasas evidencias documentadas en las intervenciones llevadas a cabo en El Monastil y la cata practicada por M. J. Walker (1981) en Catí-Foradà. Ni tan siquiera sabemos si alguno de los asentamientos documentados en esta zona, especialmente, Catí-Foradà (Petrer) por su tamaño –0,20 Ha.– (Jover y Segura, 1995) o El Monastil (Poveda, 1988) podría estar habitado desde los momentos iniciales. Cabe la posibilidad de que el grupo humano que ocupó El Monastil durante el campaniforme, lo abandonase, a tenor de los conjuntos materiales de la Edad del Bronce documentados hasta la fecha, más propios del bronce tardío.

Hacia 1900-1800 BC se empiezan a observar algunos cambios en el registro arqueológico de yacimientos como Terlinques (Jover y López, 2004), que permiten extrapolar algunas consideraciones para la dinámica del poblamiento en todo el valle del Vinalopó.

Es probable que a partir de estos momentos se empezaran a crear nuevos asentamientos que, segregándose desde las unidades principales, constituirían grupos familiares más pequeños que llevarían a cabo la plena ocupación del curso del río Vinalopó. En este sentido, los yacimientos del Peñón del Trinitario y Pont de la Jaud, Mirabuenos, Alt del Perrió y Lloma de Castell de Petrer, pudieran ser fundados en este proceso.

Atendiendo al tamaño de los yacimientos eldenses del Peñón del Trinitario o del Pont de la Jaud, que no parecen superar los 500 m², estamos ante núcleos unifamiliares asentados en las proximidades del río Vinalopó, en cuyas terrazas cultivarían cereales y criarían un pequeño rebaño de cabras/ovejas, cerdos y vacas.

De todo el conjunto de yacimientos de la Edad del Bronce en el Valle de Elda, el único del que poseemos una

mayor cantidad de información es el de Catí-Foradà en Petrer (Jover y Segura, 1995; Segura y Jover, 1997). Podemos plantear que al menos estuvo ocupado en estos momentos, como así lo evidencia la fecha radiocarbónica obtenida a partir de cebada carbonizada -3500±150 BP/2202-1442 a.C.– (Walker, 1981; Jover, 1999). Es posible que en esas fechas, Catí-Foradà alcanzara su máximo tamaño –0,20 Ha.–. En ese núcleo de tipo *caserío*, además de las prácticas subsistencias agropecuarias, se realizarían actividades metalúrgicas –hay atestiguadas escorias de cobre (Hernández, 1983)– y de intercambio, constatado en la presencia no sólo de cobre cuyos afloramientos más cercanos se ubican en la Sierra de Orihuela, sino de cerámica con desgrasante de flogopita (Walker, 1981) para el que se señala una posible procedencia de la zona de Fortuna (Murcia), y de azuelas (Jiménez de Cisneros, 1911; 1925) elaboradas sobre una roca metamórfica, cuyo origen debemos relacionarlo con zonas del sudeste, alejadas del Vinalopó.

Por otro lado, esta serie de grupos de carácter familiar seguirían enterrando a sus difuntos en cuevas o grietas cercanas a sus lugares de hábitat, ritual propio de las comunidades no argáricas en tierras valencianas (Jover y López, 1997). Es el caso del Peñón del Trinitario y las cuevas nº 3, 4 y 6 del Monte Bolón, emplazadas en las proximidades del asentamiento y donde fueron localizados diversos restos humanos, entre ellos los de un individuo en edad infantil con una estera o capazo de esparto, además de algunos fragmentos cerámicos (Segura y Jover, 1997: 98-99).

Hacia el 1500 a.C. este panorama presenta una radical transformación. Esta organización social, que partía de unas relaciones, al menos en apariencia, de carácter igualitario, no pudo reproducirse con las mismas condiciones. Los cambios observados a nivel productivo, material e ideológico muestran que, o bien se integraron con el ámbito argárico, o bien constituyen una nueva entidad social, aprovechando un momento de crisis de los principales núcleos argáricos (Lull y Risch, 1995; Nocete, 2001). Todo ello imbricado en un proceso generalizable al menos a todo el Sudeste y que claramente se gestó y desarrolló a una escala macrorregional.

El abandono de gran cantidad de asentamientos y la con-

Panorámica del Peñón del Trinitario (Monte Bolón). Archivo del Museo Arqueológico Municipal de Elda



centración de la población en un número reducido de núcleos –algunos de ellos al parecer de nueva creación– generó un cambio sustancial en el modelo de explotación del territorio. En el valle del Vinalopó este proceso de nuclearización poblacional alcanza su mayor expresión, conformándose un asentamiento de gran tamaño en la cubeta de Villena –Cabezo Redondo– que sobrepasa las 2 Ha. de extensión superficial y desapareciendo prácticamente la totalidad de los asentamientos señalados en el Valle de Elda, con la excepción de El Monastil, que parece que vuelve a ocuparse.

Frente a las 2 Ha. de Cabezo Redondo, asentamientos como la Peña de Sax, de nueva creación (HERNÁNDEZ PÉREZ, 2005), Portitxol, El Negret o La Esparreguera no superarían los 3.000 m². Estos asentamientos de menor rango parecen seguir siendo plenamente autosuficientes en la esfera productiva, pues en casi todos se constata producción metalúrgica, textil y agropastoril.

El único asentamiento constatado en el Valle de Elda fue El Monastil, del que no podemos determinar sus dimensiones, pero la presencia de restos cerámicos en una amplia área de la meseta superior (POVEDA, c. p.), podría plantear un tamaño similar a los anteriormente señalados.

En este nuevo patrón de asentamiento, interesa ahora la ocupación no sólo de tierras de buen rendimiento agrícola, sino un control riguroso de los pasos y los corredores,

estableciéndose así una ocupación ordenada del territorio en la que ahora encontramos los asentamientos separados por distancias de entre 11 y 15 km. Paralelamente, el registro evidencia la llegada de un mayor número y variedad de productos alóctonos –cobre, estaño, oro, cuentas de pasta vítrea, marfil, ámbar– de lo que se deduce una notoria ampliación de los circuitos de intercambio a escala macrorregional.

Así mismo, se advierte un mayor grado de especialización laboral de carácter artesanal. Específicamente nos estamos refiriendo a la actividad metalúrgica, con un importante desarrollo de la orfebrería del oro y de aleaciones; y a la alfarera, distinguiéndose ya, con total claridad, la aparición de diversos tipos de producciones con varios grados de elaboración (SOLER GARCÍA, 1987).

Otro cambio fundamental se produce en este momento respecto a las prácticas funerarias, apareciendo las primeras evidencias claras de inhumaciones individuales en el interior de las áreas de habitación, de modo exclusivo, por el momento, en Cabezo Redondo (SOLER GARCÍA, 1987, HERNÁNDEZ PÉREZ, 2001). Aunque la práctica del enterramiento múltiple en covacha no se abandona, se constata la presencia de cistas de mampostería y fosas en el interior de las unidades habitacionales, así como enterramientos infantiles en urnas.

Por último, parece obvia la existencia de un acceso res-



Peñón del Trinitario y el investigador
eldense Antonio Sempere.
(NAVARRO, 1981)

tringido a determinados recursos y productos por parte de un grupo social dominante, residente en Cabezo Redondo, enclave que parece mostrar una capacidad de centralización incluso superior a la de los núcleos argáricos.

En este sentido, se advierte una notoria concentración –incluso por primera vez atesoramiento– de gran cantidad de adornos de oro en Cabezo Redondo (SOLER GARCÍA, 1987; HERNÁNDEZ, 1997), frente a otros asentamientos excavados como Tabayá en Aspe (HERNÁNDEZ y LÓPEZ, 1992), Peña de Sax (HERNÁNDEZ PÉREZ, 2005), o El Monastil (POVEDA, 1988) en donde no hay evidencias de oro, ni de los otros productos de alto valor social existentes en el yacimiento villenense.

Cabezo Redondo parece convertirse así en un centro redistribuidor asimétrico, donde un grupo dominante pasó a apropiarse del excedente de un buen número de comunidades campesinas ampliamente repartidas por estas tierras. Un centro, del tipo “puerta de entrada” propuesto por F. Nocete (2001), desde el cual se controlaría, además de la circulación de una amplia variedad de productos entre el sudeste y las zonas más septentrionales -la Meseta, norte peninsular y Levante–, una amplia red de caminos custodiada por una serie de enclaves distribuidos estratégicamente sobre el territorio, como es el caso de El Monastil. Junto a este último, la importancia que parecen cobrar enclaves costeros como la Illeta dels Banyets (So-

LER DÍAZ, 2006) evidencian además la intensificación de la circulación de productos en el Mediterráneo más occidental, alentada por la expansión de la esfera comercial micénica que implica ahora estrechos contactos con la península itálica y el mediterráneo central.

SOBRE EL FINAL DE LA PREHISTORIA

Sin embargo, hacia el 1100 BC parece producirse el colapso de Cabezo Redondo y del poblamiento en el valle Medio y Alto del Vinalopó. Aún lejos de poder explicar las causas que llevaron a su abandono, es evidente que no se trata exclusivamente de un reajuste en la organización territorial comarcal, sino que los cambios en el patrón de asentamiento afectaron a todo el sudeste peninsular. Factores como la intensificación de las rutas comerciales por vía marítima, el establecimiento de factorías semitas en el mediterráneo occidental, la configuración de *Tartesos* en el suroeste de la Península Ibérica, o la expansión de las poblaciones de Campos de Urnas desde la Europa continental, debieron incidir considerablemente.

Todos los yacimientos del Bronce tardío de la cuenca del Vinalopó fueron abandonados con la excepción de Tabayá en Aspe, que parece mantenerse durante la primera fase del Bronce final (HERNÁNDEZ y LÓPEZ, 1992). Es significativo que después de muchos años de prospeccio-

nes arqueológicas, los únicos yacimientos adscribibles al Bronce final se localicen exclusivamente en el tramo final del curso del río Vinalopó, bien en las estribaciones meridionales de la Sierra del Tabayá -Tabayá (NAVARRO, 1982; HERNÁNDEZ y LÓPEZ, 1992), Caramoro II (GONZÁLEZ y RUIZ, 1992)-, bien en las llanuras litorales -La Alcudia-, bien en el piedemonte de la Sierra de Crevillente -La Fonteta del Sarso (Simón, 1998), El Bosch (TRELIS, 1997) o Peña Negra (GONZÁLEZ, 1983)-, evidenciándose una clara articulación del poblamiento hacia las zonas litorales.

Esta nueva situación, que conllevó un cambio tan brusco en el patrón de asentamiento, se podría explicar si tenemos en cuenta que el intercambio por vía terrestre desde el Sudeste hacia La Meseta o el Levante, utilizando el Corredor del Vinalopó, pasó a ser secundario frente a la circulación por vía marítima.

Quizás, además de la cuenca del Serpis (GRAU, 2002) el territorio mejor estudiado sea la Vega Baja del Segura y el Camp d'Elx (GRAU y MORATALLA, 2001), espacio geográfico en el que se localiza, sin lugar a dudas, el yacimiento más importante del ámbito regional para estos momentos, tanto por su tamaño, como por las áreas de actividad localizadas. No estamos refiriendo a Peña Negra (GONZÁLEZ PRATS, 1983). Además, en su entorno se han localizado un amplio número de asentamientos en el llano, ocupando las tierras cuaternarias de la zona -El Boch, Camí de Catral, La Alcudia, Hacienda Botella, etc.-, y enclaves en altura en el entorno de Peña Negra, dentro de la Sierra de Crevillente. Se trata de núcleos pequeños y con evidencias de restos murarios de considerable tamaño -Les Barricaes, Cantal de la Campana (GRAU y MORATALLA, 2001), que vienen a mostrarnos la importancia del núcleo de Peña Negra, de sus recursos y del contingente poblacional existente en esos momentos en la zona.

Estaríamos por tanto, ante un proceso que supuso necesariamente un afianzamiento demográfico en las zonas litorales, para al mismo tiempo, iniciar la consolidación de Peña Negra y del grupo social dominante allí residente, convirtiéndose en el principal núcleo del ámbito regional, ya desde momentos previos a la creación del puerto comercial de La Fonteta. Los grupos dominantes consolidaron su situación, articulando en las zonas fértiles de su

entorno, a un amplio número de unidades agropecuarias de las que extraer excedentes, y creando una serie de fortines en sus proximidades, para asegurar el control de la población y del territorio.

La cuenca del río Vinalopó no fue ajena a este proceso, habiéndose constatado la ocupación de enclaves como La Alcudia, de especial transcendencia para fechas posteriores, asistiendo a la fundación en el Valle Medio del Vinalopó, de nuevos asentamientos: El Monastil en la Sierra de la Torreta y Camara en la sierra homónima (POVEDA, 1994; 2000).

Es muy probable que a partir de los siglos VIII-VII a.C. El Monastil vuelva a ser ocupado nuevamente, al tratarse de un lugar con excelentes condiciones para el desarrollo de prácticas agropecuarias y ser un punto de paso obligado en las comunicaciones entre la costa y el interior peninsular (POVEDA, 1994). Del mismo modo, el yacimiento de Camara se ubica en lo alto de la sierra de Camara, en un lugar de difícil acceso y con alto valor estratégico, desde donde se controla buena parte de las cubetas de Elda y Salinas.

En estos enclaves se constata una importante presencia de productos fenicios, en especial de ánforas -recipientes y contenido-, que serían redistribuidos con mucha probabilidad desde Peña Negra. A ello, debemos sumar las primeras evidencias de escritura en nuestras tierras. Se trata de grafías fenicias que aparecen incisas en las ánforas y que según los especialistas se trata de la inicial de un antropónimo, que se corresponde, bien con el nombre del propietario de las ánforas, bien con su contenido, o incluso, la posible marca numérica como medida del producto contenido (MEDEROS y RUIZ, 2000-2001).

Con todo lo expuesto solamente nos gustaría incidir en el hecho de que si queremos mejorar nuestras bases en el estudio de los momentos prehistóricos en el Valle de Elda, sería necesario emprender un amplio proyecto de investigación que contemple no sólo la prospección de algunas zonas, sino sobre todo la excavación de algunos enclaves. Esta sería la única forma de corroborar o refutar algunas de las hipótesis expuestas y avanzar en la investigación histórica.

SEPULTURA INFANTIL DE LA EDAD DEL BRONCE DE MONTE BOLÓN. UN
PROYECTO DE INVESTIGACIÓN DEL MARQ A PROPÓSITO DE LA EXPOSICIÓN
ELDA ARQUEOLOGÍA Y MUSEO



Jorge A. Soler Díaz
Juan A. López Padilla
Consuelo Roca de Togores Muñoz
Miguel Benito Iborra
(MARQ)
Miguel C. Botella López
(Universidad de Granada)

Sobre el enigma del niño del Monte Bolón

Muchos de los materiales que se recogen en los museos arqueológicos no disponen de la información suficiente para ahondar en su estudio y poder aproximarse, dentro del propio ejercicio de la investigación histórico-arqueológica, a las circunstancias y hechos que los generaron. Es el caso de los depósitos antiguos, de elementos que muchas veces aislados, forman parte de las colecciones fundacionales de las instituciones museísticas, cuyo acopio resulta en cualquier caso ajeno al protocolo que a día de hoy se establece en el marco legal que define a los museos y a sus funciones, desde una perspectiva que hace del Patrimonio Arqueológico un bien común, cuya tutela e investigación afecta a los organismos y poderes públicos. De manera evidente, la conservación de estos objetos en los museos resulta la mejor garantía para su estudio, aprovechando las vías que, desde la investigación, puedan abrirse para ahondar en un conocimiento, en cualquier caso siempre menoscabado por la ausencia de datos que refieran su encuentro de modo metodológico.

El estudio del enterramiento infantil del Monte Bolón de Elda, que de manera preliminar aquí se presenta, surge dentro del programa *Museos Municipales en el MARQ*, un programa que pretende dar a conocer lo más significativo de un Museo local en el ámbito de las exposiciones temporales del Museo Arqueológico Provincial de Alicante, mediante la realización de muestras monográficas de sus contenidos en un formato, donde el Comisario resulta el Conservador responsable de las colecciones. En el caso de esta muestra, *Elda Arqueología y Museo*, el Dr. Antonio Poveda Navarro, como Director del Museo y Comisario de la exposición, mostró todo un interés en dar a conocer la importancia de estos restos, si bien era plenamente consciente de la problemática que presentaban, toda vez que, aunque excepcionales, en su excavación no se habían guardado las mínimas garantías científicas. Desde el MARQ aceptamos gustosos el reto de su estudio, proponiendo enviar a datar una muestra del esqueleto humano a los efectos de asegurar su cronología. Los gastos de ese análisis radiocarbónico se han incluido en los propios de la exposición, por lo que debe agradecerse de una manera especial a la Fundación MARQ el patrocinio de su realización.

Del enterramiento del Monte Bolón ha trascendido escasa información en textos que, editados en la revista *Alborada*, recogen los contenidos del Museo Arqueológico Municipal. En las referencias consultadas (RODRÍGUEZ, 1980; VICENTE, 1987; PIDAL y PLANES, 2007, 126) queda adscrita la inhumación a la Edad del Bronce, como *pieza* o conjunto expuesto desde su ingreso en el Museo en una vitrina plana dispuesta en la sala de la exposición permanente. En el mismo sentido se referencia en los textos guía consultados¹.

¹ Puede consultarse el texto "Museo Arqueológico Municipal de Elda" en el monográfico *Los Museos de Alicante*, Canelobre. Revista del Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil Albert, 2000, Alicante, 2000, pp. 236-237 o *Elda, una historia para todos* A. Poveda (Coor), 1999, Elda.

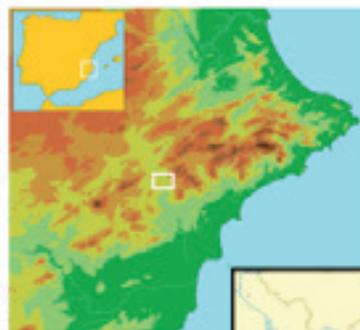


Figura 1. Vista general de Monte Bolón y su situación



En otros trabajos científicos se cita y describe mostrando lógicas reservas a la hora de incluir este enterramiento en la época (SEGURA y JOVER, 1997, 100), no tanto por el excepcional estado de conservación de los elementos textiles que la acompañan, sino por la escasa documentación de un hallazgo sumamente extraordinario, determinado en un conjunto cavernícola con materiales de cronología diversa. La coincidencia en el registro de materiales de diversas etapas históricas es una evidencia constatada en la cueva nº 1, con un enterramiento infantil localizado en 1959 y una relación material propia de la Edad del Bronce (C.E.E., 1972, 203), además de otros elementos como un vaso caliciforme realizado a torno con decoración geométrica, producción propia del Mundo Ibérico. Bien es cierto que en este caso la presencia de esa cerámica ha hecho proponer si no la adscripción ibérica antigua de esa inhumación (SEGURA y JOVER, 1997, 97), la reutilización de la cavidad como cueva santuario ibérica, tras su uso como lugar de enterramiento en la Edad del Bronce (ABAD, 1987; POVEDA, 1984 y 2006, 51).

Por lo datos que se disponen, y sin desestimar posibles utilidades previas, de algún modo estas cavidades, abiertas a unos 550 m de altura en la ladera meridional

del Monte Bolón se vinculan con el hábitat asimilado a la Edad del Bronce del Peñón del Trinitario, un asentamiento dispuesto en la misma vertiente en el que superficialmente se distinguen dos zonas de ocupación, distando la más alta un centenar de metros de las estas oquedades que, angostas y de escaso desarrollo se abrían ladera arriba; y aquí el uso del pretérito lamentablemente resulta del todo justificado, por cuanto que la erosión y las continuadas visitas han hecho de aquellas cuevas una realidad en buena parte irreconocible (SEGURA y JOVER, 1997, 85, 95 y 96).

Como el Peñón del Trinitario, las cavidades del Bolón fueron afectadas por las acciones del Centro Excursionista Eldense, institución que a partir de 1983 cedió los fondos producto de sus prospecciones y excavaciones al Ayuntamiento de Elda. Comentada la primera, de la nº 2 ha trascendido el hallazgo al inicio de la década de los sesenta del siglo pasado de un anillo de cobre, un arete de plata, retazos de esteras de esparto, dientes de hoz en sílex y un buen conjunto de huesos humanos, lo que permite considerar el carácter múltiple de ese enterramiento así como su segura asimilación a la Edad del Bronce (SEGURA y JOVER, 1997, 97; SIMÓN GARCÍA, 1998, 78)².

² Quizá, ante la abundancia de huesos, sea con esta cueva con la que halla que vincular la referencia del hallazgo de los restos de dos mujeres acompañadas de restos de tejidos (Vicente, 1987, 24).

En 1966, siempre según la documentación del Centro Excursionista Eldense (SEGURA y JOVER, 1997, 97-100), aficionados locales procedieron a la excavación sistemática de varias de las cavidades, hallándose en la nº 3 restos de un esqueleto humano incompleto; en la nº 4 huesos humanos sueltos, fragmentos cerámicos y de sílex; en la nº 5 un buen número de fragmentos de cerámica y de molinos en piedra; y en la nº 6 el esqueleto entero de un niño envuelto en una gruesa tela trenzada de esparto extraída incompleta, restos hoy no identificados entre los fondos materiales que se conservan en Elda. Luego, en 1968 se halló en la nº 7 el cráneo sin maxilar inferior de un individuo con semillas y conchas de *Marginella*; otra inhumación infantil mal conservada en la nº 8; y, finalmente, en 1975 los restos que aquí se exponen en la nº 9.

Del Centro Excursionista Eldense existe un *Informe de Actividad* de lo que aconteció en noviembre de aquel año, donde se hacía constar excavaciones en el Monastil, el hallazgo por parte de empleados de *Hidroeléctrica Española* de restos humanos de posible cronología romana o el cumplimiento de la apertura del Museo al público en el horario que éste tenía establecido. En el mencionado informe, suscrito por Juan Rodríguez, se detallan también las actividades de Francisco Castaños en cuanto a *la recuperación de unos restos humanos que corresponden a un niño entre 6-8 años, (que) estaba en posición encogida o fetal, envuelto en un tejido que aunque muy deteriorado pueden ser bien estudiado, y todo éste conjunto reposaba encima de un extraño capazo de pleita de esparto de forma acampanada muy bien construido. (El) capazo estaba plegado en forma de estera, (y) todo estaba cubierto por una capa de esparto y ramas secas. Con él había una porción de frutos del monte o silvestres parecidos a jinjoles y también bellotas.*

En el documento, puesto a nuestra disposición por A. Poveda, no se recoge más información, desconociendo entonces la forma de la cavidad y la localización que la tumba guardaba dentro de la misma. Tampoco hay datos de la propia intervención, de las características de

la boca de la oquedad, del sedimento o del tiempo que se invirtió en la realización de la excavación. En cuanto a la localización de la oquedad, por informe redactado por el Director del Museo de Elda³, conocimos que se trataba de la oquedad situada más al este del grupo de cuevas, en las proximidades de la senda que por la ladera suroriental permite el acceso a la cima del Monte Bolón, al punto donde se divisa una cruz levantada en esa misma zona del mismo.

A los efectos de comprobar sobre el terreno la información documental, uno de nosotros (J.S.D.) acompañado de A. Poveda, realizó una visita al Monte Bolón el 18 de octubre del corriente (Fig. 1). Tomando la senda antedicha y a la misma altura que la propia del Peñón del Trinitario se pudo identificar, como referencia más al este y a no más de un centenar de metros del mencionado peñón, una pequeña cavidad abierta sobre una elevación rocosa de apenas 1,10 m de fondo, con una boca oval, más ancha (1 m) que alta (0,60 m), totalmente vaciada y con el suelo aplanado y en ligera vertiente hacia el exterior (Fig. 2). Inmediata a la misma y dirección hacia el Trinitario se observó una segunda también vaciada, ésta con la boca más alta (1,10 m) que ancha (0,60 m) con el suelo aplanado y una profundidad de no más de 0,60 m también desprovista de relleno sedimentario. Por debajo de ambas y ganando cercanía con respecto a la del Peñón se disponen otras más irregulares, y cerca del mismo otras más grandes, con bocas redondeadas y dimensiones máximas entorno a los 200-250 cm que podrían corresponderse con aquellas nº 1 y 2 (Fig. 3), donde se hallaron restos materiales de distinta época (nº 1) o restos de más de un individuo con objetos atribuidos la Edad del Bronce (nº 2).

De manera obvia, sin mediar entrevista con alguien que conociera lo que se desarrolló en noviembre de 1975 es imposible asegurar la vinculación de estas cuevas con los hallazgos, aunque la observación directa de la primera de la serie contemplada (Fig. 1) hace pensar en una oquedad suficiente para acoger lo que se vincula con la cavidad nº

³ A. Poveda: Informe-estudio arqueológico del enterramiento con restos textiles de la Cueva nº 9 del yacimiento de la Edad del Bronce de "Monte Bolón" (Elda, Alicante). Archivo Museo de Elda, sin fecha



Figura 2. Cavity vaciada en el Monte Bolón. Se considera la posibilidad de que ésta contuviera el enterramiento

9, con un desarrollo interior sencillo de rellenar hasta sellar, una boca que, igualmente resulta muy fácil de excavar, abriéndose paso advertidos por la grieta que anunciara el relleno, sin dañar el contenido interior. Sí habrá que anotar la abundancia de esparto (*Stipa tenacissima* L.) en el terreno, circunstancia ya reconocida para el Sureste de la Península por distintos autores clásicos (ALFARO, 1980, 111), sugiriéndose que el área ocupada por el denominado *Campus espartarius* que en esos textos se referencia pudiera haber abarcado, en caso de que fuera paralela a la costa desde Santa Pola hasta Almería (VILA, 1982; SÁNCHEZ GÓMEZ ET ALII, 1995, 91-92).

Cuando se produjo la exhumación, el Centro Excursionista Eldense tenía su sede en la C/ Menéndez Pelayo nº 12 de Elda, luego en 1983, como puede consultarse en el artículo que suscribe A. Poveda en esta misma monografía, el Museo se dispuso en su actual sede de la C/Príncipe de Asturias. Por tanto, deben considerarse al menos dos traslados con los consiguientes montajes: el del yacimiento al Centro Excursionista, y el que se produjo desde ahí a la sede del mismo Museo Arqueológico. En consecuencia, la posición que ha guardado el esqueleto sobre la pleita de esparto en el Museo de Elda sólo resulta orientativa, siendo interesante indicar al respecto diferencias en cuanto a la disposición

Figura 3. Vista del Peñón del Trinitario y de cavidades próximas



Figura 4. Montaje de los restos humanos en el Museo Arqueológico de Elda. Archivo gráfico Museo Arqueológico de Elda

de los huesos en fotografías publicadas en fechas recientes que constatan la manipulación del esqueleto en la misma vitrina⁴, con la segura intención de dar más verosimilitud al montaje, modificando la posición de huesos que no guardaban una posición anatómica correcta. La pleita, estera o capazo, de esparto es de forma rectangular alargada -76 cm de longitud y 48 cm de anchura máxima-, quedando sobre la misma en sentido longitudinal y con una disposición en decúbito lateral. En el montaje se dispuso la tela de lino plegada en sobre el extremo superior izquierdo de la pleita apoyando sobre la misma el macizo facial o la mandíbula

del menor. Los elementos orgánicos como ramas, semillas carbonizadas y frutos se disponían por debajo de los huesos de las extremidades inferiores, identificándose junto a los mismos uno de los restos de fauna (Fig. 4).

La investigación de los restos óseos en el MARQ. Dataciones absolutas, examen antropológico y reconocimiento directo de los restos de fauna y vegetales.

Por petición del Director del Museo de Elda el esqueleto del niño de la Cueva nº 9 de El Bolón se trasladó

⁴A este respecto pueden compararse las fotografías editadas en artículos de J.C. Márquez (2005) y P.Pidal y J. Peidró (2007, 127). En la primera, reproducida virada en un artículo previo (Poveda, 1999, 13) la alineación de vértebras se dispone a un lado y las costillas, y huesos de los brazos y las piernas guardan una disposición distinta a la de fotografía editada en 2007. En el primer montaje las vértebras se disponían de modo aleatorio y artificial al encontrarse los cuerpos y los arcos vertebrales mezclados, el fémur se mostraba invertido y los cúbitos se observaban colocados en el lugar de los peronés y el peroné conservado quedaba junto a las ramas. En el segundo montaje (Fig. 4), reproducido en la portada del nº 51 de la Revista *Alborada* también se observan discrepancias con respecto al orden anatómico, como puede observarse en la disposición del todo artificial de las vértebras al encontrarse los cuerpos vertebrales a un lado y los arcos, todavía sin fusionar con los cuerpos, en el lado izquierdo. Sólo las cervicales guardaban una disposición más o menos anatómica. Otras incoherencias en cuanto a la posición son el cambio lateral observado en las escápulas y clavículas, la disposición extremadamente abierta de las costillas, la posición sobre las costillas de un húmero o la disposición del fémur derecho en conexión con la tibia izquierda y no con la derecha.

Figura 5. Extracción de muestra ósea del fémur para datación



al MARQ. Con el mismo se ingresaron otros huesos de fauna y varios elementos vegetales. Los restos de lino y esparto fueron enviados directamente desde el Museo de

Elda al Instituto de Patrimonio Español para proceder a su examen y restauración⁵.

a) Dataciones absolutas

Ante los problemas que, entre otros, suscitaba la cronología del hallazgo, una vez efectuado el depósito en el MARQ en primer término se extrajeron las muestras para datar por C14 AMS, seleccionando la extremidad distal del fémur derecho (CMB'97) por ser ésta la zona esquelética que conserva mayor cantidad de colágeno, y de la zona dorsal o posterior del mismo por ser la menos afectada estéticamente a los efectos de su futura exposición. Las muestras fueron: CMB'97 (1): fragmento de 20 x 14 mm (0,8 gr), CMB'97 (2): fragmento de 15 x 9 mm (0,3 gr.) y CMB'97 (3) fragmento de 29 x 10 mm (0,8 gr.). Tras su envío al laboratorio el 22 agosto del corriente⁶, este seleccionó dos de las muestras efectuando dos análisis cuyos resultados se recogen en la tabla I:

Muestra	MATERIAL	C13/C12 Ratio	Conventional Radiocarbon age	Analysis	Laboratory
CMB (97-1)	(bone collagen): collagen extraction: with alkali	-19.5 ‰	3.450 ± 40 bP 1.500 ± 40 bC	AMS-Standard Delivery	Beta 248323
CMB (97-2)	(bone collagen): collagen extraction: with alkali	-21.5 ‰	3.470 ± 40 bP 1.520 ± 40 bC	AMS-Standard Delivery	Beta 248324

Laboratory	Cal 2 sigma (95 % probability)	Cal (m) 2 sigma	Cal 1 sigma (68 % probability)	Cal (m) 1 sigma	Intercept of radiocarbon age with
Beta 248323	BP 3.830 - 3.620 BC 1.880 - 1.670	BP 3.725 BC 1.775	BP 3.820 - 3.800 BC 1.870 - 1.850 BP 3.730 - 3.680 BC 1.780 - 1.730 BP 3.660 - 3.640 BC 1.720 - 1.690	BP 3810 BC 1860 BP 3705 BC 1755 BP 3650 BC 1705	BP 3.700 BC 1.750
Beta 248324	BP 3.840 - 3.640 BC 1.890 - 1.690	BP 3.740 BC 1.790	BP 3.830 - 3.690 BC 1.880 - 1.740	BP 3.760 BC 1.810	BP 3.710 BC 1.760

Tabla I. Dataciones del Fémur del enterramiento de la Cueva n° 9 de Monte Bolón. (BC: antes de Cristo; BP: antes del presente. Cal: Calibración, Cal (m): media del intervalo de calibración a 1 ó 2 sigma).

⁵ Conforme a la información proporcionada por A. Poveda los numeros de inventario de los huesos humanos y restos, textiles y orgánicos según al registro del Museo de Elda son CMB-88 a CMB-104 y CMB 120 a CMB 123.

⁶ Beta Analytic Inc. 4985 SW 74 Court, Miami, 33155, Florida, USA. El envío se gestionó a través de la empresa ARPA Patrimonio. Las muestras se recibieron en el Laboratorio estadounidense el 22 de agosto de 2008. Los análisis se recibieron el 29 de septiembre de 2008 (CMB' 97-1) y el 6 de octubre de 2008 (CMB' 97-2)

La extracción y remisión de dos muestras óseas del fémur para su datación por radiocarbono obedeció a un expreso interés por tratar de asegurar la obtención de una fecha fiable, en función de las características que el hueso pudiera presentar en cuanto a la proporción de colágeno y, sobre todo, a la posibilidad de contaminación de la muestra por ácidos húmicos. Y como a continuación veremos, resultó ser una decisión acertada a la vista de los resultados que ofreció el proceso de pre-tratamiento de la segunda de las muestras enviada –CMB-97-2–. La acción de los ácidos húmicos sobre distintos tipos de materiales orgánicos depositados en matrices sedimentarias puede provocar la alteración de su contenido original de carbono, modificando su composición mediante la adición de carbono más reciente que, por tanto, puede alterar la datación rejuveneciéndola en un porcentaje siempre difícil de precisar. A lo largo de los últimos años, sin embargo, los procedimientos empleados para atenuar los efectos provocados por este tipo de contaminaciones han experimentado un importante desarrollo y aunque todavía no es posible garantizar su completa eliminación, sí se puede determinar su presencia en función de distintos criterios de evaluación, tales como la proporción de carbono / nitrógeno o la ratio entre la cantidad de colágeno obtenida y la esperable (STRYDONCK, BOUDIN y ERVYNCK, 2005). El utilizado por el laboratorio de Beta Analytic es el más empleado para detectar la presencia

de contaminaciones por ácidos húmicos, y se refiere a la ratio C13/12 del hueso tras la extracción del colágeno. En condiciones normales, una ratio superior a -21 ‰ puede considerarse susceptible de estar contaminada, circunstancia que como puede comprobarse en la tabla I se da en la muestra CMB-97-2.

Sin embargo, puesto que los valores estimados sólo superaban ligeramente los límites establecidos, se decidió seguir adelante con el proceso toda vez que la muestra primera –CMB 97-1– no presentaba problema alguno y podría proporcionar una datación perfectamente válida con la que ponderar y corregir, llegado el caso, cualquier anomalía que ofreciera la datación obtenida a partir de la segunda muestra. Sin embargo, como pudo comprobarse después, y tal y como se muestra en la figura 6, los intervalos temporales abarcados por una y otra fecha apenas difieren entre sí, arrojando fechas que, en el marco de la valoración estadística que proporcionan los programas de calibración más utilizados actualmente, como el Calib 4.0 o el OxCal 3.10, permiten considerar a ambas la misma fecha en un rango del 95% de probabilidad. De acuerdo con estos criterios, la calibración conjunta de las dos dataciones, realizada mediante el programa Calib 5.0.1, ofrece un valor de 3460 ± 28 BP, lo que en expresión calibrada a 2 sigma permite situar el enterramiento preferentemente en cualquier momento del intervalo 1880- 1730 A.C.⁷

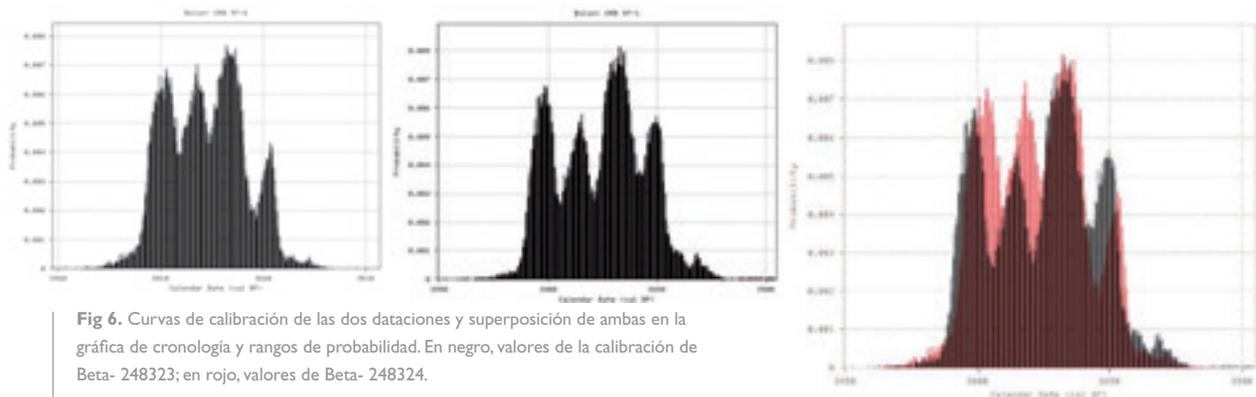


Fig 6. Curvas de calibración de las dos dataciones y superposición de ambas en la gráfica de cronología y rangos de probabilidad. En negro, valores de la calibración de Beta- 248323; en rojo, valores de Beta- 248324.

⁷ Desde hace ya más de una década, y siguiendo una convención de carácter internacional, la fechas radiocarbónicas calibradas deben publicarse seguidas de la expresión “cal. BC” –Before Christ, medida adoptada para distinguirlas de las fechas manejadas en la cronología convencional –expresadas siempre en valores “b. C.”– y que se mostraban, para el período que aquí nos ocupa, en torno a 300 años demasiado recientes. En el texto que sigue todas las fechas y referencias cronológicas se expresan en tiempo real de acuerdo con los intervalos resultantes de la calibración de fechas radiocarbónicas. Se expresaran con la siglas A.C. –antes de Cristo–.

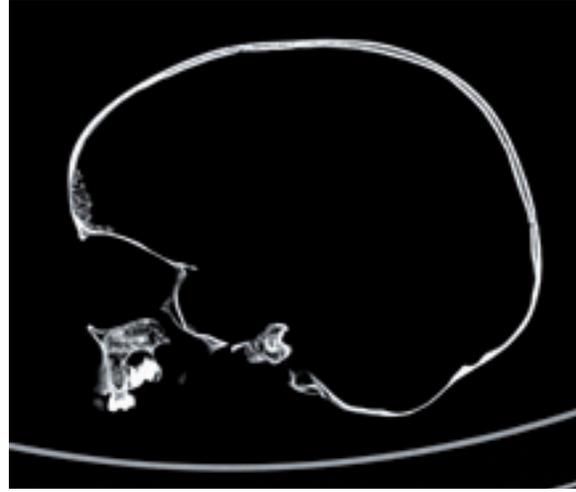


Figura 7.
- Cráneo.Vista frontal
- Corte sagital de la TAC realizada al cráneo

b) Examen antropológico. Avance sobre el estado de conservación del esqueleto, su disposición, determinación de edad y estatura, indicios de momificación y paleopatología.

Comenzado el estudio antropológico, del que aquí se realiza sólo un avance, lo primero que llama la atención es el excelente grado de conservación de los restos humanos, descubriéndose *de visu* restos de tejido sino del tejido que lo envolvía, posiblemente humano, de un individuo que no sobrepasaría los 3 años de edad, afectado, desde lo paleopatológico por una *cribra orbitaria*, susceptible de haber sido provocada por anemias o por algún proceso infeccioso.

El estado de conservación del esqueleto es excepcional estando todos los huesos completos, sin presentar roturas ni pérdidas óseas, siendo su preservación igualmente notable ya que se han llegado hasta nosotros la práctica totalidad de los restos óseos. Por lo que respecta al cráneo (neurocráneo, esplanocráneo y mandíbula) se conserva conexo en perfecto estado, es decir, sin disociación de los huesos entre sí por las suturas craneales. No se encuentra pérdida alguna de hueso, así como ningún deterioro o marca *postmortem*, así como no se detecta marca alguna producida por animales roedores o carnívoros, como tampoco marcas dejadas por raíces. Únicamente presenta una coloración más oscura en el hemicráneo derecho producida por los procesos tafonómicos que

afectan al individuo tras su muerte. Además se han evidenciado restos de tejido orgánico (que serán analizados para conocer su origen) en la zona parietoccipital izquierda que tienen relación con el mismo hecho de la conexión de todos los huesos craneales, rasgos que se tratarán más adelante.

Respecto al esqueleto postcraneal se conservan casi todos los huesos largos, a excepción del fémur y peroné izquierdos, casi todas las vértebras (cuerpos y arcos vertebrales) faltando el atlas, 5 cuerpos y 4 arcos dorsales y 3 cuerpos y 3 arcos lumbares, casi todas las costillas del lado derecho, faltando la 2ª, 3ª y 12ª, mientras que las del lado izquierdo sólo se conservan cinco (1ª, 4ª, 5ª, 6ª y 8ª), algunos huesos de las manos y pies, y de la cintura pélvica únicamente se conserva el íleon izquierdo, faltando el derecho los dos isquion y ambos huesos púbicos.

En lo que atiene a la disposición del individuo en la pleita de esparto, la detenida observación de los huesos hace verosímil la posición observada en la vitrina del Museo de Elda, así como la descripción del CEE que menciona que el esqueleto del niño presentaba una disposición “encogida o fetal”. A través del estudio antropológico y tafonómico de los restos óseos se comprueba que se trataba de una deposición primaria a juzgar por el hallazgo de la práctica totalidad de los huesos del esqueleto incluyendo los huesos de las manos y pies, que son los primeros que

Figura 8.
Restos momificados
en vértebras



se hubiesen perdido en el caso de tratarse de un enterramiento secundario. La posición en la que debió colocarse fue en decúbito lateral derecho, a juzgar por la tonalidad del cráneo, ya que muestra en el hemicráneo derecho unas tonalidades más oscuras y otras de tonalidad verdosa, en forma de manchas, claro indicador de que se apoyaba sobre ese lado, donde van acumulándose los restos de la descomposición cadavérica y que en contacto con la estera de esparto en que apoyaba iría adquiriendo el hueso esa coloración. Las extremidades tanto superiores como inferiores posiblemente presentarían una posición flexionada, aunque ahora no se puede precisar el grado de flexión.

Resulta de alto interés la recuperación de tres puparios de insectos entre los huesos del esqueleto, dos hallados en el interior del cráneo (nº2 y nº3) y uno entre los huesos largos (nº1), que están relacionados con la fauna cadavérica y que deberán ser estudiados por entomólogos forenses a los efectos de determinar la época del año en la que el niño falleció.

En el estudio osteológico (morfología y antropometría) se ha seguido el manual de J.E. Buikstra y D.H. Ubelaker (1994) así como el de L. Scheuler y S. Black (2000), en el que vienen recogidos hasta la fecha todos los métodos más utilizados en el estudio del desarrollo osteológico infantil y juvenil.

Para la determinación de la edad de muerte se han utili-

zando dos métodos: las tablas de desarrollo morfológico de los huesos de M. Stloukal y H. Hanakova (1978) y los esquemas y tablas dentarias de C.F. Moorrees et al. (1963 y 1963a). Asimismo, se ha tenido en cuenta que aún no se había producido la soldadura de los cuerpos a los arcos vertebrales, excepto en dos casos (1ª vértebra lumbar y 7ª vértebra cervical), hecho que acontece aproximadamente alrededor de los cuatro años de edad, lo cual proporciona un *terminus ante quem* para la determinación de la edad de muerte del individuo. Mediante la identificación y desarrollo morfológico de las piezas dentarias, este individuo, según los esquemas de desarrollo dentario de C.F. Moorrees et al. (1963 y 1963a) se obtiene una formación dentaria del primer molar permanente de tipo Ri, (3 años +/- 1 mes).

46 / 47

	Lado derecho	Lado izquierdo
Maxilar superior	<u>55</u> 54 53 52 51	61 62 63 64 <u>65</u>
Mandíbula	<u>85</u> 84 83 82 81	71 72 73 74 <u>75</u>

84	PIEZA CONSERVADA <i>IN SITU</i>
52	PIEZA PERDIDA <i>POSTMORTEM</i>
64	GERMEN CONSERVADO <i>IN SITU</i>
65	GERMEN PERDIDO <i>POSTMORTEM</i>
73	AGENESIA

Tabla II. Representación de las arcadas dentarias.



Figura 9. Disposición del esqueleto según descripción de los descubridores y guardando una conexión anatómica correcta

Todos los dientes emergentes pertenecen a la dentición decidual o de leche. A través del estudio mediante TAC se observa que todos los dientes deciduales muestran cerrado el apex de la raíz, los gérmenes de los primeros molares de la dentición permanente no tiene completamente formada la corona, y el segundo molar no se observa en la TAC, lo que indica que el germen era muy pequeño y se ha debido de perder. Presenta agenesia de los caninos deciduales inferiores, pero a través de la tomografía se puede ver la presencia de los gérmenes de los caninos permanentes.

Tomando la longitud de los huesos largos del esqueleto se observa que tendría aproximadamente 3 años, lo que coincide con la edad de desarrollo de la dentición. Asimismo, se ha tenido en cuenta que aún no se había producido la soldadura de los cuerpos a los arcos vertebrales, excepto en dos casos (1ª vértebra lumbar y 7ª vértebra cervical), hecho que acontece aproximadamente alrededor de los cuatro años de edad. Y también hay que tener en cuenta que antes de terminar el tercer año de vida se produce por lo general la unión entre las partes laterales y la *pars basalis* del hueso occipital, que en este caso todavía no se había producido. Estos criterios proporcionan un *terminus ante quem* para la determinación de la edad de muerte del individuo (FEREMBACH ET ALII, 1979, 25).

Se ha calculado la talla a través de las tablas de Stewart (en G. OLIVIER, 1960:259) para la longitud del fémur. Ob-

servando la tabla de la relación longitud diafisaria-talla, este individuo tendría una estatura media de 105,5 cm.

Estos criterios que se siguen son aproximados, ya que no es infrecuente ver niños, en los que sin padecer ningún tipo de enfermedad, la maduración ósea se adelanta o bien se retrasa. Factores como la dieta materna, problemas genéticos, alteraciones hereditarias o posibles patologías maternas que pueden producir modificaciones pueden dar lugar a una variabilidad en el crecimiento óseo desde el periodo fetal como en el post-natal. Asimismo distintas poblaciones pueden tener una ligera diferencia en la temporalidad de la erupción dental. Todo ello puede dar lugar a errores en la determinación de la edad, por lo que siempre hay que tomar los resultados aproximados (KROGMAN, 1962). Por tanto y considerando que el desarrollo dentario es el método fundamental y del que se obtiene mayor fiabilidad para la determinación de la edad, el niño falleció a la edad de 3 años +/- 1 mes.

Establecer el sexo del individuo se hace extremadamente difícil ya que en los huesos infantiles no se han establecido aún los caracteres sexuales secundarios. Sin embargo, autores como B.J. Boucher (1955 y 1957) consideran que la diferenciación sexual tiene ya lugar en el esqueleto antes del nacimiento. Este autor estableció un índice mediante las medidas tomadas en la escotadura ciática de la pelvis fetal. Otros autores, se basan en las diferencias

Figura 10. *Cribrá orbitalia*
en ambos techos
de las órbitas



sexuales en los íliones de esqueletos fetales e infantiles, pero los resultados sólo son significativos para el grupo de 6 meses de edad post-parto. Por el contrario, otros autores señalaban que en el feto no había diferencia sexual en la longitud del pubis. Asimismo la longitud de la diáfisis femoral en esqueletos inmaduros ha sido muy discutida, no se han hallado diferencias sensibles sexuales en esta longitud hasta la pubertad. Además, al igual que se ha comentado anteriormente, son muchos los factores que pueden dar lugar a una variabilidad en el crecimiento óseo del feto en el periodo fetal y/o post-natal, dando lugar a errores en la determinación del sexo, por lo que se ha optado por no establecer un diagnóstico sexual en este individuo.

En cuanto a la morfología craneal, se advierte, en norma superior, un perfil ovoide con una ligera asimetría lateral. Todas las suturas craneales se encuentran abiertas exo y endocranealmente. Se observan huesos wormianos de mediano tamaño en la sutura temporoparietal derecha, presencia de hueso epiptérico en ambos lados y dos lambdoideos, uno en cada hemisutura. Éstos son rasgos epigenéticos, también denominados caracteres no-métricos, discretos o discontinuos, que son variantes anatómicas de huesos y dientes. El carácter hereditario de este tipo de variantes ha hecho que pueda ser muy útil para identificar correlaciones entre individuos emparentados como herramienta para observar distancias

entre poblaciones (BERRY y BERRY, 1967). Será pues interesante en un futuro analizar otros restos óseos que se hayan conservado de este periodo en la zona de Monte Bolón con el fin de poder sugerir o no alguna posibilidad de parentesco.

Todos los huesos conservan una cortical muy endurecida, así como el canal medular, que conserva todas las trabéculas óseas, todos ellos con unas condiciones excelentes, que no pueden darse si no es porque el cuerpo sufrió un proceso de desecación natural permitiendo así la deshidratación parcial del cadáver. Ratifica esta afirmación el hecho de que se hayan documentado en el cráneo, en el área de la hemisutura lambdática izquierda restos momificados adheridos al hueso que podrían pertenecer a partes blandas de la cabeza del infante o a restos orgánicos procedentes del tejido que lo envolvía. Asimismo se han conservado restos de partes blandas momificadas en los cuerpos vertebrales de algunas vértebras cervicales, así como en casi todos los arcos vertebrales, también se encuentran en el área articular del proceso espinoso del acromion de ambas escápulas. Además se han recuperado momificadas cinco placas epifisiarias, es decir, el cartílago hialino que durante la niñez y la adolescencia se encuentra entre la diáfisis y las epífisis de los huesos largos como entre los cuerpos vertebrales, y que posteriormente se convierte en cartílago articular.

Para poder examinar las posibles patologías que presentase el esqueleto y, en su caso, determinar la causa de muerte, se han examinado macroscópicamente todos los huesos del esqueleto y se han realizado radiografías a algunos huesos largos. También se ha empleado la técnica de cortes seriados mediante TAC sobre el cráneo y se ha obtenido una ortopantomografía de los maxilares a través de la misma técnica.

Muestra agenesia (inexistencia) de ambos caninos inferiores de la dentición decidual o de leche, pero a través de la tomografía se observa que sí tenía incluidos los gérmenes de los caninos permanentes. Se documenta en ambos techos orbitarios *cribra orbitalia* porótica de tipo C, sin presentar signos de curación antes de la muerte del infante. Este tipo de alteración ósea, la mayoría de los autores la relacionan con las anemias ferropénicas o con otras enfermedades relacionadas con una dieta alimentaria inadecuada, como también pueden indicar procesos infecciosos locales. Las radiografías realizadas a ambas tibias indican presencia de *líneas Harris*, que significa que este individuo tuvo parones de crecimiento por causas infecciosas o anémicas.

Es conocida la importante mortalidad infantil durante la prehistoria, especialmente la perinatal y la de edades comprendidas entre los dos y tres años, cuya mayor frecuencia se debió a procesos sépticos agudos, básicamente broncopulmonares y gastrointestinales, y en otros casos fue causada por patologías provocadas por deficiencias de nutrición. En este caso no se ha podido detectar ningún tipo de anomalía o enfermedad que haya quedado registrada en los huesos, que indicase la causa del fallecimiento. Por otro lado, tampoco se encuentran signos de violencia que hagan sospechar de una muerte intencionada. Ello permite sugerir, al igual que en el caso del infante hallado en la tumba 121 de Galera (MOLINA ET ALII., 2003), que tuvo que ver con una patología infecciosa aguda, ya que en la antigüedad las infecciones suponían el 90% de las causas de defunción. La edad de muerte, 3 años +/- 1 mes, está relacionada con el incremento de las infecciones y baja de defensas en el periodo de destete, hecho documentado no sólo en numerosos yacimientos argáricos sino también reflejado a lo largo de toda la prehistoria.

c) Reconocimiento directo de los restos vegetales

Ya se ha indicado que los restos humanos se acompañaban de restos de naturaleza vegetal, paleocarpológicos y arbustivos. Según la reconstrucción planteada en la exposición del Museo de Elda, estos restos pudieron hallarse fundamentalmente a los pies del niño, esto es, sobre la estera de esparto, pero nítidamente separados del cuerpo. Ahora se adelanta una primera identificación, resultado de su observación directa.

Con la referencia CM-122 han llegado al MARQ 5 conjuntos separados: 1) restos carpológicos amalgamados con algunos fragmentos de esparto. A simple vista no puede realizarse su reconocimiento taxonómico. Un posible fragmento de piña de *Pinus* sp. (posible *Pinus pinea* o pino piñonero); 2) acúmulo de restos carpológicos con sedimento conformando un mazacote. Integra fragmentos de bellotas (*Quercus* sp.); 3) tres fragmentos de bellotas de encina o carrasca (*Quercus* cf. *ilex coccifera*), un fragmento vegetal indeterminado en forma de zarcillo, un fragmento de piñón de pino piñonero, una semilla del fruto de rosácea (posible cereza-*Prunus* cf. *avium*-) y una pequeña semilla esférica carbonizada de posible *pisum sativum* o similar (arveja, etc.); 4) un fragmento de esparto (*Stipa tenacissima*) y bellotas (*Quercus* sp.) y 5) nueve fragmentos de bellotas, probablemente de encinas (*Quercus* cf. *ilex*).

Además se reconocen 21 fragmentos de ramaje arbóreo-arbustivo. Tres de ellos, por su morfología y colorimetría parecen pertenecer al enramado de una rosácea (tipo cerezo, ciruelo, etc.). Los otros no han sido determinados por el momento, aunque no se descarta que fueran de carrasca. Además se identifica un fragmento de hebra de *Stipa tenacissima* (esparto).

El conjunto analizado resulta propio de un medio ambiente de bosque mediterráneo con un clima algo más cálido y húmedo que el actual. En la actualidad la vertiente de solana donde se ubican las cuevas de enterramiento del Monte Bolón se halla poblada por un espartal, resultado de la degradación del bosque original. Los datos polínicos y antracológicos que de manera general se mantienen para la región mediterránea en el periodo Subatlántico del Holoceno (III y II milenio a.C) hacen considerar una expansión del pino combinado con los carrascales en los

Figura 11. Restos paleocarpológicos de frutos y semillas y ramajes arbústivos



Figura 12. Mazacote de sedimentos con restos de bellotas



pisos termomediterráneos (CARRIÓN, 2005) donde se halla el enterramiento del Bolón. En consecuencia, el ambiente vegetal del entorno de esa montaña, se muestra perfectamente en consonancia con los restos vegetales depositados como ofrenda. El hecho de la aparición de las cúpulas de bellota junto con su fruto, de un fragmento de piña y piñón de *Pinus pinea*, de los huesos de *prunus* y de la perfecta conservación de los ramajes recuperados y su adscripción taxonómica, parece concluir con la posible asociación de los frutos a sus ramas.

De las especies recolectadas identificadas se conoce la presencia de frutos en los registros paleocarpológicos de yacimientos de la Edad del Bronce. Puede destacarse que como en el ajuar del Monte Bolón en el yacimiento granadino de Cuesta del Negro de Purullena se han identificado cúpulas de bellotas de coscoja (*Quercus coccifera*). Puede recordarse que los *prunus* (cerezos, endrinos) son conocidos desde el Epipaleolítico en el Levante mediterráneo (BUXÓ, 1997, 118 y 119). En lo que afecta a las especies cultivadas se recuerda que el guisante está presente en registros propios del Neolítico -Cova de les Cendres, Moraira, Teulada (BUXÓ, 1997, 114)-, señalándose en yacimientos de la Edad del Bronce como el de Castellón Alto de Galera, Granada (BUXÓ, 1997, 114).

También los restos vegetales recuperados pueden permitir proponer la estacionalidad de la inhumación del menor a tenor de la estación de la recolección de los

frutos más perecederos. Guisantes y cerezas maduran hacia el mes de junio; bellotas y piñones, lo hacen en el invierno, si bien tras su recolecta pueden preservarse todo el año. Por todo ello cabría considerar que la inhumación se produciría a finales de la primavera o comienzos del verano.

d) Examen de la fauna recuperada

Sólo dos fragmentos de huesos de animales se asocian al enterramiento del Monte Bolón. El primero es un maxilar de un ave de gran tamaño, esto es, el segmento superior del pico. Posiblemente se trate de *Corvus corax* (cuervo común). El fragmento presenta algunas concreciones sedimentarias y pérdidas postdeposicionales de tejido óseo en su zona medio-proximal, por otra parte la más endeble, dentro de la lógica tafonómica. Sus medidas se aproximan a los 6 cm de longitud de base a pico. Este córvido es una de nuestras aves mayores, pudiendo medir 60 cm de longitud. Nidifica frecuentemente en cantiles a finales del invierno y es una especie muy extendida en el ambiente alicantino actual.

El segundo fragmento es un maxilar izquierdo de un quiróptero, seguramente de murciélago de herradura (*Rhinolophus ferrumequinum*) según su osteometría, morfología y fórmula dentaria. Esta especie se localiza en cualquier medio, pero es más frecuente su actividad en zonas arbo-

Figura 13.
Disposición del esqueleto y los
restos carpológicos y faunísticos
que le acompañaban según los
descubridores

ladas con claros de vegetación. Se refugia en cavidades. Su distribución abarca desde los ambientes costeros hasta altitudes de unos 1.600 m.

Es cierto que ambas especies son frecuentadoras de las cuevas en momentos de abandono antrópico, lo que posibilita el carácter intrusivo de los dos restos. No obstante, considerando que se trata de dos unidades anatómicas idénticas no debiera descartarse formaran parte del ritual funerario.

Primeras conclusiones sobre el enterramiento de la cueva n° 9 del Monte Bolón

Los resultados de las dataciones absolutas efectuadas sobre el fémur revelan que el niño hallado en 1975 en la Cueva n° 9 del Monte Bolón se adscriben preferentemente al intervalo ca. 1880- 1730 A.C, o lo que es lo mismo, a un momento situado en plena Edad del Bronce. Su estado de conservación es del todo excepcional. De una parte, cuando se extrajeron las muestras del fémur para el análisis radiocarbónico resultó sorprendente la extrema solidez y resistencia del periostio o membrana que rodea la superficie del hueso, con todas las trabéculas óseas perfectamente conservadas y endurecidas. De otra, no resulta en absoluto habitual identificar rasgos de momificación o desecación natural del esqueleto, como fenómeno que, previo a la descomposición, permite la mi-



neralización de partes de tejido corporal, como las que aquí se observan en el área parietoccipital (aunque ahí no debe desestimarse que pertenezcan al sudario), entre los cuerpos y arcos vertebrales, entre las espinas (acromion) de ambas escápulas y en cinco placas epifisiarias.

Incluso la falta de algunos huesos va en consonancia con el carácter sorprendentemente bien conservado de estos restos humanos de casi dos milenios de antigüedad, pues la desaparición de una serie de huesos próximos entre sí, como el fémur izquierdo, y los huesos de la cadera: ilion derecho, ambos isquion, ambos pubis y vértebras sacras, todos con conexión anatómica entre ellos permite proponer la posibilidad de que hubiesen estado unidos, momificados, en el momento de su pérdida, como suceso acontecido en tiempos remotos o acaso durante la extracción o en el transcurso del traslado desde el yacimiento a su primer depósito.

La buena conservación de los restos óseos y la detección de evidencias de momificación va en consonancia con la conservación de los restos textiles y otros elementos orgánicos, hecho que solamente se explica por las condiciones ambientales excepcionales que se dieron en el lugar de enterramiento. Aunque no se dispone de una localización segura de la cueva nº 9, la observación sobre el terreno permite considerar la posibilidad de que se tratara de una cavidad de tamaño reducido que fuera tan fácil de sellar como de excavar sin dañar en exceso el contenido. Desde esa perspectiva se considera factible se tratara de la cavidad aquí reproducida (Figura 2) localizada en las cercanías del Penón del Trinitario, hábitat con el que se debe relacionar la inhumación de un menor con una ofrenda consistente posiblemente en ramos de frutos del entorno donde vivió: piñas, bellotas, cerezas y guisantes; restos vegetales cuyas evidencias también nos llegan en un sorprendente estado de conservación.

La observación fotográfica de la pleita antes de su traslado al Instituto de Restauración de Madrid permite descubrir asas que acaso sirvieran para su transporte. Extendida en la cavidad, encima de ella quedaría el menor, guardando una posición en decúbito lateral derecho con las extremidades flexionadas, el traje o el sudario plegado en un lado y las ofrendas, una suerte de semillas y ramas, junto a los pies (Fig. 13). El descubridor indicó que fue validado por encima de este niño fallecido entorno a los

3 años por una causa no precisada y en cualquier caso no violenta, se dispondría una capa de esparto y ramas secas, separando el cuerpo de la tierra que lo cubriría hasta colmatar y sellar la cavidad, de forma que ahí se dieran unas condiciones ambientales estables y del todo favorables para que se mineralizaran tejidos humanos y se conservaran los elementos textiles y orgánicos que acompañaban al difunto.

Dentro del panorama peninsular la primera mención de restos momificados y de elementos textiles y otros de naturaleza orgánica se encuentra dentro de los sorprendentes hallazgos de la Cueva de los Murciélagos de Albuñol (Granada) que en 1868 refiere Manuel de Góngora en sus *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía*, texto cuyo contenido en su momento fue puesto en entredicho, pero que en la actualidad se considera una referencia fundamental en el panorama científico de su época (PASTOR y PACHÓN, 1991, 55) y que fue puesto en valor por los estudios realizados posteriormente por C. Alfaro (1980) sobre los elementos de esparto hallados en el conjunto, el estudio de los restos cerámicos y líticos (LÓPEZ GARCÍA, 1980) y la datación radiocarbónica que, sobre muestra de los mismos, publicaría M. Almagro (ALFARO, 1980, 139). No será necesario referir aquí los hallazgos que efectuaran mineros en una prospección realizada en 1857, sino tan solo indicar la enorme riqueza de todo lo hallado, auténtico corpus para comprender el uso del esparto para el calzado, vestimenta, adorno y realización de objetos como cestas y esteras susceptible de realizarse desde una fase propia del Neolítico medio – final andaluz atendiendo a la fecha antes mencionada -CSIC -246: 5400 ± 80 BP (ALFARO, 1980, 139) / 4256 cal. A.C 1 σ (m) (CASTRO, LULL y MICÓ, 1996)- con la que puede resultar acorde la serie cerámica y lítica (NAVARRETE, 1976, I: 405, II: 307; LÓPEZ GARCÍA, 1980), producto de la prospección directa que realizara M. Góngora hasta la etapa precampaniforme o más avanzada que venga a referenciar la diadema áurea (HERNANDO, 1983, 103) que se halló en un esqueleto que, según M. Góngora, vestía una corta túnica finísima de esparto (GÓNGORA, 1868, 31).

Por lo que respecta al Sudeste peninsular, en las sepulturas 11 y 38 de Los Millares se documentaron fragmentos de tejido de lino (ALFARO, 1984: 121), si bien la presencia de restos textiles resulta relativamente más frecuente en las sepulturas argáricas de época posterior, por lo gene-



Figura 14.
- Estera de esparto y
"sudario" de lino
- Estera de esparto. Detalle

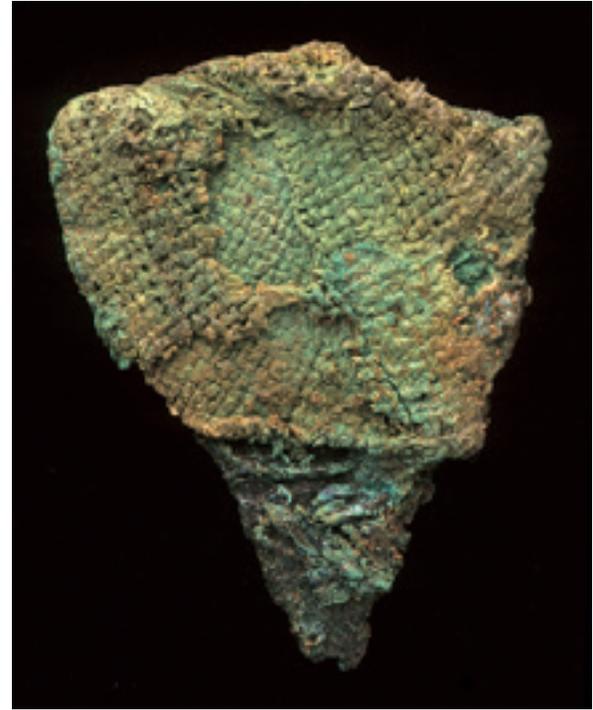
ral conservados merced a la acción de las sales metálicas desprendidas durante el proceso de corrosión de las hachas, puñales y alabardas que formaban parte del ajuar funerario. De este hecho se ha inferido que muchos de los trozos conservados pudieron pertenecer a fundas o de lienzos que envolverían las armas al ser depositadas en las tumbas (ALFARO, 1984,123).

Los Siret (1890: lám. XIX. 17- 21) proporcionan varios ejemplos en los que pueden apreciarse diferentes partes de tejidos de distintos tipos de trama y urdimbre procedentes de diversas tumbas de El Argar, a las que se pueden añadir, entre otros, los ejemplares de El Oficio analizados con posterioridad (ALFARO, 1984, 122- 123) y los de otros yacimientos argáricos que no detallaremos aquí por resultar excesivamente prolijo. Baste con indicar que también en la colección del MARQ se conservan algunos ejemplos de fragmentos de telas adheridos a objetos de metal, como el cuchillo que ilustra la figura nº 15 y que procede de las excavaciones de J. Furgús en el yacimiento Laderas del Castillo de Callosa de Segura.

Pero dejando aparte estas pequeñas porciones de tejido adheridas a instrumentos metálicos, la conservación en el registro arqueológico de restos textiles resulta mucho más excepcional, básicamente en forma de improntas sobre arcillas o materiales similares, procesos de carbonización puntuales o en virtud de condiciones medioambientales extraordinarias que han impedido o interrumpido el proceso natural de descomposición de la materia

orgánica. Por lo que respecta al primero de los casos, según nos refieren los hermanos Siret (1890: 201) en la sepultura 797 de El Argar se detectó la presencia de unas improntas de tejido sobre el barro, en las que además se apreciaban "películas de cinabrio", de lo que dedujeron la existencia de al menos una tela en la tumba, que por lo demás debía haber estado teñida de rojo. Lamentablemente, los restos de estas improntas se han perdido, pero constituyen sin duda un claro precedente del caso registrado en la sepultura en urna III de Fuente Álamo, en la que se realizó la inhumación de una mujer joven, de 16 -18 años de edad, depositada en decúbito lateral derecho, a la que acompañaba un importante ajuar cerámico y metálico compuesto por una pequeña vasija carenada, una copa y un pie de copa, un puñal de remaches y un gran número de adornos metálicos de bronce y plata, entre ellos doce aretes y doce cuentas de metal (SCHUBART, 2004: 60). Dejando a un lado la calidad del conjunto de objetos localizado, a efectos de lo que aquí nos interesa el elemento más sobresaliente es la impronta en arcilla de un trozo de tejido conservado entre las piedras que constituían la cubierta de la sepultura, analizado a partir de una copia realizada en material sintético que fue enviada al *Archäologische Forschungslabor*, en Schleswig, Alemania. El estudio de esta impronta, llevado a cabo por I. Hägg (2004: 141) ha permitido establecer que se trata de un trozo de lienzo de hilo muy fino, posiblemente de lino, con una trama y urdimbre de aproximadamente 7 y 5-6 hebras por cm, respectivamente. Para I. Hägg (2004: 141)

Figura 15. Cuchillo envuelto en tela. Laderas del Castillo Callosa de Segura. MARQ



la localización de la impronta en la sepultura –dentro de la fosa excavada para el enterramiento, pero entre las piedras situadas fuera de la urna– hace pensar que podría tratarse de restos de una ofrenda funeraria, a modo de una túnica plegada, o constituir la envoltura de algún otro elemento del ajuar, como por ejemplo frutos o comida, dispuestos al exterior de la sepultura.

En otros casos, han sido las especiales condiciones medio ambientales en que se ha mantenido el receptáculo funerario las que han permitido la conservación de materias orgánicas, lo que ha supuesto siempre que han podido ser registradas en condiciones adecuadas y bajo criterios metodológicos apropiados, la obtención de datos de singular importancia, no sólo en lo referente a las características del atuendo de los individuos enterrados y de diversos elementos incluidos en el ajuar, sino también a aspectos del ritual funerario imposibles de documentar de otro modo. Entre esos casos sin duda uno de los más excepcionales es el enterramiento 121 de Castellón Alto de Galera, Granada, poblado con una cronología en términos de C14 calibrado en torno al 1900-1600 a. C. sito en un espolón desde el que se domina una amplia extensión de

terreno, donde en 2001 y 2002 y a resultas de trabajos de excavación planteados en una vivienda se descubrieron restos de varias sepulturas, entre las que se encuentra la nº 121 con restos parcialmente momificados de un adulto y un niño (MOLINA ET ALII, 2003, 156). En este caso se trata de una pequeña cámara oval, más ancha que alargada, excavada en el talud de la terraza sobre la que se asienta la vivienda con un espacio justo para acoger las inhumaciones y el ajuar, que fue sellado con un muro de mampostería y, hacia el interior, tablonos de madera de pino salgareño bien escuadrados y enlucidos con una capa de barro. De esta forma pudo aislarse herméticamente la sepultura produciéndose unas condiciones ambientales secas y estables que permitieron la conservación del tejido corporal en el cráneo y el esqueleto postcraneal de un adulto inhumado en posición de decúbito lateral izquierdo, con las piernas y brazos fuertemente flexionadas sobre el pecho, al que acompañaba un individuo de edad infantil.

Del menor también se han conservado restos de tejidos blandos, observándose en ambos fragmentos del vestido de lino, una redecilla de esparto en la pierna derecha del mayor y restos de lana en los dos, consistiendo en el caso



Figura 16.
Vista del
Peñón Trinitario

del niño en un gorro de lana recubierto por cuero. Para la excavación de estas inhumaciones, con un ajuar que en lo perezado conserva elementos de madera y cuero, se dispuso de una caseta construida expresamente de forma adosada a la terraza, con el objetivo de crear un laboratorio de campo donde resultara posible mantener las condiciones medioambientales de una sepultura cuya investigación puede resultar trascendental para nuestro conocimiento de la nutrición, el trabajo, enfermedades y de las condiciones de vida en general de las poblaciones de la Edad del Bronce en esta zona de la Península. Por el momento, del estudio forense de los parásitos intestinales, microorganismos y fauna cadavérica registrados entre los restos se ha inferido que el momento del óbito se produjo probablemente en verano y que el cadáver debió permanecer cierto tiempo en exposición antes de su depósito (MOLINA ET ALII, 2003), circunstancia que, merced a otros tipos de indicios, hace ya tiempo que se sospechaba (LIESAU, 2001).

Desde el punto de vista del ritual, llaman poderosamente la atención las similitudes que ofrecen dos hallazgos que resultan perfectamente equiparables en cuanto a su excepcionalidad, como son los enterramientos de Cueva Sagrada I, en la Sierra de la Tercia, en Lorca, y el enterramiento de la cueva número 9 del Bolón, del que aquí tratamos. En la Cueva Sagrada I, acaso porque resultara fácil el sellado y en cualquier caso por el carácter complejo del acceso a la cavidad que constituía la cámara funeraria, se produjeron unas condiciones ambientales que favorecieron la conservación de restos de naturaleza perecedera como esparto, lino, madera, bellotas, semillas y un ramo de flores hallados por aficionados (AYALA, 1987). Una excavación posterior realizada en la cavidad permitió la recuperación de más fragmentos de tejido, cuero o piel y esparto y fibras vegetales (EIROA, 1987, 65), resultando de un fragmento de esparto la datación I -15.319 que ofreció un valor de 3870 ± 100 BP (EIROA, 1990, 46), correspondiente, en expresión calibrada, al intervalo 2472- 2201 cal A.C (1 σ)⁸.

⁸ Calibración realizada mediante el programa CALIB 5.0.1

En lo que afecta a la inhumación infantil de Cueva Sagrada I, dejando aparte el hecho de que en el yacimiento lorquino los restos óseos recuperados no correspondían a un esqueleto completo, como en el caso del Monte Bolón, sino que básicamente se componían de los restos craneales de un individuo infantil de unos 8 años de edad (AYALA ET ALII, 1999: 17; DOMENECH, 1987, 29) y soslayando por ahora la distancia cronológica que los separa en virtud de las dataciones radiocarbónicas obtenidas en uno y otro yacimiento, no puede considerarse en modo alguno casual las sorprendentes analogías que se aprecian entre ambos en cuanto al tratamiento de los restos humanos y la disposición de los ajuares que los acompañan.

En primer lugar, tanto en uno como en otro caso los restos descansaban sobre esteras de esparto, y en los dos se hallaron, a tenor de las reconstrucciones realizadas en ambos casos, junto al lado derecho del cráneo, prendas de lino plegadas, que en la cueva de Lorca se encontraban, además, bajo un plato de madera de roble conteniendo restos de comida. En Cueva Sagrada estas prendas resultaron ser dos túnicas que se ajustarían al cuerpo abrochándolas mediante el atado de flecos, piezas que se exponen hoy en el Museo Arqueológico de Lorca. En cambio, de la hallada en la sepultura del Bolón no parece posible por el momento precisar el tipo concreto de atavío que pudieron, en su caso, constituir los lienzos de tejido plegados.

Por otra parte, también llama la atención la presencia de un ramo de flores secas en Cueva Sagrada, que de acuerdo con las descripciones proporcionadas por los descubridores del enterramiento, se encontraba junto a la parte inferior del cráneo. Del mismo modo, a los pies del enterramiento de la cueva 9 del Bolón se localizó un conjunto de restos pertenecientes al enramado de una rosácea de tipo cerezo o ciruelo. Por tanto, en uno y otro se da la presencia de frutos y de ramos, de prendas plegadas dispuestas junto al cráneo, siempre a la derecha del mismo, y de una cama o estera de esparto sobre la que se depositan los restos. Por otra parte, también es destacable como dato que puede avalar el hecho de que el niño de El Bolón estuviera cubierto por esparto, la circunstancia determinada en una segunda cavidad de Lorca, la Cueva Sagrada II, donde también a resultas de rebuscas no controladas se hallaron rollos de pleita de

esparto trenzado, con 7 y 8 vueltas cada uno, atados con una tira de esparto para evitar que se abriesen sobre los huesos de la cabeza y el hombro, y manojos de esparto suelto sobre los del tronco y el abdomen de un individuo inhumado guardando una posición en decúbito supino, cerca de la entrada al abrigo de una pared de roca (AYALA, 1987, 24).

Naturalmente, hay otros aspectos en que difieren notablemente: en Cueva Sagrada I, al enterramiento infantil le acompañaban restos de cuatro individuos más, dos de ellos también de edad infantil, mientras que en la Cueva 9 del Bolón se practicó un único enterramiento. Además, en la cueva lorquina se registraron entre el ajuar ciertos artefactos como el ídolo oculado, las varillas planas de hueso o las puntas de flecha de sílex, que hacia finales del primer tercio del II milenio A.C, momento en que se llevó a cabo el enterramiento del Bolón, habían desaparecido ya del registro arqueológico. Además existe así mismo una cierta diferencia en relación con la edad de los dos individuos inhumados, pues si el infante de Cueva Sagrada contaba al menos 8 años de edad (DOMENECH, 1987, 29), la criatura enterrada en la cavidad del Bolón rondaba los 3 años.

Con todo, y a pesar del lapso temporal que los separa y que sin duda podría explicar algunas de las diferencias que acabamos de enumerar, somos reacios a atribuir sólo al azar las sorprendentes similitudes que en otros aspectos fundamentales del enterramiento guardan entre sí estos dos excepcionales casos de conservación de restos óseos y ajuares funerarios de naturaleza perecedera. Muy al contrario, a nuestro juicio dichas similitudes se avienen a corroborar, de manera bastante ajustada, algunas de las proposiciones teóricas que desde fechas recientes se vienen postulando en relación con el desarrollo histórico acontecido en el ámbito del Sudeste y del área centro- meridional del Levante peninsular entre inicios del III y mediados del II milenio A.C. (LÓPEZ PADILLA, 2006; 2008).

En ese sentido, ya se han apuntado las diversas evidencias que posibilitan relacionar la expansión progresiva de los grupos tribales de economía agropecuaria en el tercio oriental de la Península –a lo largo de un intervalo cronológico que sólo de forma difusa parece coincidir con el V milenio a.C.– con la constitución de una serie de

territorios “neolíticos” que, en lo concerniente a las prácticas funerarias, se expresan en el registro en forma de sepulturas de inhumación múltiple en cavidades naturales de escogida localización y ocasionales enterramientos en las zonas de hábitat, de carácter individual la mayoría de las veces (LÓPEZ PADILLA, 2008, 379).

La equiparación de los espacios donde se ha constatado el rito de inhumación múltiple en cuevas con el área de distribución del denominado Arte Levantino no es novedosa en absoluto (JORDÁ, 1958, 57), como tampoco lo es el reconocimiento de aquél como una realidad en contraste con las tradiciones megalíticas documentadas en otros ámbitos más meridionales y occidentales (PERICOT, 1950; TARRADELL, 1965). En tales términos, el valle del Guadalentín constituyó, hacia inicios del III milenio A.C., un área de contacto entre ambos grupos arqueológicos: por un lado aquéllos que representaban la pervivencia y desarrollo de una economía y unas relaciones sociales análogas a las documentadas contemporáneamente en el centro y sur del Levante peninsular, reflejadas en lo funerario en el empleo preferente de cavidades naturales y en la amortización en ellas de un mismo elenco básico de artefactos; y las comunidades integradas en el denominado “grupo millarense”, responsables de las construcciones funerarias de tipo megalítico de esta zona, y a las que cabe atribuir un carácter netamente expansivo, unas superiores capacidades productivas y un mayor grado de desarrollo social. La expresión en el registro arqueológico de este contacto entre ambos grupos se da, en lo que respecta a las prácticas funerarias, en la constatación de una serie de áreas de enterramiento que combinan conceptos de raigambre indudablemente “megalítica” con un afán por permanecer fieles a los ritos funerarios tradicionales, dando así lugar a un “megalitismo atípico” (LOMBA, 1999, 72) que, como ya uno de nosotros ha apuntado, debe interpretarse como la concreción material de la paulatina imposición de la “ideología millarense” en esta zona, que trata de absorber y suplantar las prácticas locales (LÓPEZ PADILLA, 2006, 221).

La transformación del entramado social millarense y la superación de las contradicciones que, en el marco de relaciones sociales establecido, impidió la progresión de su movimiento expansivo más allá del valle del Segura, dio como resultado la creación de las bases sobre las que, hacia el último cuarto del III milenio A.C., se

gestaría y consolidaría el Grupo Argárico, definiendo un ámbito territorial perfectamente distinguible en el espacio (JOVER y LÓPEZ, 1999), al interior del cual la práctica del enterramiento múltiple en megalitos o en cavidades naturales se abandonó casi por completo, reemplazada por la inhumación en el interior del recinto habitado. En estas circunstancias es en las que se da razón de ser, como ya se ha apuntado, a la inexistencia del llamado “fenómeno megalítico” a oriente de la cuenca del Segura y también a la pervivencia del enterramiento múltiple en cavidades naturales en las áreas del centro y sur del Levante peninsular, emplazadas fuera de los límites del territorio argárico (LÓPEZ PADILLA, 2008).

Así podría explicarse, a nuestro juicio, el que los ritos de Cueva Sagrada I y de la Cueva nº 9 del Bolón, equiparables en su excepcionalidad, muestren analogías tan estrechas aun separados en el tiempo por medio millar de años, pues ambas pueden concebirse como expresión de unas tradiciones funerarias ancestrales que, destruidas y suplantadas por otras bien distintas en el ámbito del Guadalentín y del Segura a consecuencia de las transformaciones sociales que conllevó la aparición y consolidación del Grupo Argárico a finales del III milenio A.C., pudieron pervivir y mantenerse vigentes en sus aspectos más esenciales en los territorios de la periferia argárica durante prácticamente todo el II milenio A.C.

De acuerdo con la datación radiocarbónica ofrecida por el enterramiento de la Cueva nº 9 y la localización geográfica de las cavidades exploradas, al menos la inhumación infantil que nos ocupa debe ponerse en relación con el asentamiento del Peñón del Trinitario, un espolón rocoso que cobijó a un enclave habitado durante el II milenio A.C. (SEGURA y JOVER, 1997, 94) y que, según los materiales hallados, debió abandonarse hacia mediados del II milenio a. C. Por las características del poblado y su ubicación en los relieves del valle, se le ha atribuido el desempeño de funciones logísticas de vigilancia y control visual del territorio de la Cubeta de Elda (SEGURA y JOVER, 1997, 144-148), similares a las que al parecer desarrollaron contemporáneamente otros pequeños núcleos dispuestos sobre relieves prominentes del valle del Vinalopó, como el Peñón de la Moneda o Barranco Tuerto, en Villena, éste último excavado hace ya más de una década y que puede tomarse como paradigma de este tipo de enclaves (JOVER y LÓPEZ, 2005).

Las evidencias que permiten reconocer la práctica del enterramiento en cavidades naturales durante el II milenio A.C. en el Vinalopó son abundantes (JOVER Y LÓPEZ, 1997) y, como ya se ha mencionado, constituyen una manifestación de la pervivencia de unas prácticas funerarias que quedan bien identificadas en el Eneolítico como se constata en la Cueva de la Casa Colorá y otras de la comarca (HERNÁNDEZ, 1982; SOLER, 2002) y que incluso cabría remontar al V milenio A.C., como podría hacer pensar la datación obtenida a partir de un resto óseo humano procedente de la Cova San Martí, en Agost (TORREGROSA Y LÓPEZ, 2004, 107).

Sin embargo, se dispone de mucha menos información para valorar la presencia de individuos infantiles en estos ámbitos de inhumación múltiple, toda vez que en la mayoría de los casos registrados no ha sido posible discernir los restos pertenecientes a la plena Edad del Bronce de los que pudieron depositarse en momentos previos o de los pertenecientes a enterramientos realizados en fechas más recientes, durante el Bronce Final, cuya existencia se ha constatado en cavidades sepulcrales como la Cova d'En Pardo, en Planes (SOLER ET ALII, 1999).

Sin duda, los restos esqueléticos de individuos infantiles conservan una información esencial para aproximarnos al conocimiento de las circunstancias y condiciones de desarrollo de los individuos y su importancia como parte esencial de la sociedad a la que pertenecieron, cuestión que sólo en fechas relativamente recientes ha comenzado a despertar un verdadero interés en el campo de la arqueología (POLITIS, 1998; CHAPA, 2003; BAXTER, 2005). Pero las deplorables condiciones en que se encuentran la inmensa mayoría de las cavidades de esta zona empleadas con fines funerarios, casi todas ellas destruidas o sumamente alteradas (SOLER, 2002), nos impide valorar al mismo nivel en que se ha hecho en otros territorios como el argárico (LULL ET ALII, 2006) el papel jugado por las inhumaciones infantiles en el marco de la reproducción social y en el ámbito socioideológico de los grupos humanos del Prebético Meridional valenciano.

A pesar de ello, de los contados casos que han podido registrarse adecuadamente se infiere que durante la Edad del Bronce se consolida en amplias regiones del Sudeste peninsular y también de su entorno regional periférico un papel cada vez más relevante a los individuos pre-

adolescentes, en contraste con lo que parece evidenciar el registro funerario del IV y III milenio A.C., muy rara vez se identifican infantes menores de 7- 8 años de edad, y en donde en general el enterramiento de individuos sub-adultos resulta siempre el segmento de edad menos representado.

Sin duda el estudio de los conjuntos funerarios de las cuevas del Bolón podrían en un futuro aportar más datos en relación con estos aspectos, a pesar de que lamentablemente se han perdido para siempre datos preciosos relativos a los contextos arqueológicos en que se hallaron. Por consiguiente, los análisis deberán centrarse en los restos antropológicos y en los artefactos que se conservan en el Museo de Elda. La presencia de otros restos textiles y la mención de otros enterramientos infantiles, como aquel perdido y envuelto también en esparto de la cueva nº 6, hace del rito de la tumba 9 una característica inherente a la cultura de aquellos que, al menos durante buena parte del II milenio A.C., reclamaban para sí la posesión y el disfrute de las tierras del Valle de Elda cobijando entre sus resquicios las reliquias de los antepasados. Aun sin disponer de las posibilidades que ofrecería de haberse excavado guardando el máximo rigor y la metodología empleada en casos como la sepultura de Galera, con su exhaustivo estudio se conseguirá uno de los mejores documentos para el conocimiento de las sociedades que se articularon en torno al río Vinalopó antes de los trascendentales cambios que se producirían hacia mediados del II milenio A.C.

LOS IBEROS DE ELDA.
EL PODER DE LAS IMÁGENES, LAS IMÁGENES DEL PODER



Héctor Uroz Rodríguez

Un acercamiento a la cultura ibérica de Elda, en un marco incomparable como el de los Ciclos de Museos Municipales en el MARQ, una más de las felices ideas de los responsables del Museo Provincial de Alicante, se convierte no tanto en un ejercicio de *revisión* como de *revisitar*, debido, en gran medida, a la labor de Antonio Manuel Poveda Navarro. Mis reflexiones sobre su figura están del todo privadas de objetividad, pero no por ello son menos honestas. La identificación de este investigador y profesor con el Museo Arqueológico Municipal de Elda y el yacimiento de El Monastil está fuera de toda duda. No obstante, su intervención directa en otros yacimientos de España y de Italia, y la variedad de campos, materias y culturas difícilmente parangonable que ha alcanzado su producción científica, han afectado y enriquecido notablemente sus estudios de Arqueología eldense y del Vinalopó, quedando estos exentos de manidos localismos.

El termómetro que mide la importancia del *oppidum* de El Monastil cuenta con dos factores básicos: su extensión, muy superior al resto de enclaves del Medio y Alto Vinalopó, y su dilatada continuidad cultural, que arranca en el Calcolítico y se extiende hasta el Medioevo. En los recurrentes mapas con los Polígonos de Thiessen se coloca a El Monastil junto a La Serrera, El Tossal de Manises, La Vila y La Alcudia como uno de los centros dominantes del actual territorio alicantino. Su trascendencia en su entorno directo sólo sería superada por La Alcudia de Elche, la auténtica capital económico-cultural del Sur de la *Contestania*. Así todo, dicha trascendencia en algún aspecto es más fruto de la intuición que de un contraste positivista. En cualquier caso, y siendo constructivos, en apoyo de la tesis de la hegemonía de El Monastil puede ayudar, y mucho, la lectura iconográfica de los restos de sus monumentos escultóricos y la pintura vascular, que abarcan prácticamente toda la etapa ibérica del enclave. La revalorización de las imágenes en el estudio de esta cultura lleva más de dos décadas en plena fertilidad, y puesto que este prólogo ha adquirido tintes de homenaje, no podemos dejar sin citar la responsabilidad y el impulso activo de algunos autores, entre ellos R. Olmos, T. Chapa, A. Ruiz, M. Almagro, T. Tortosa, o J. Santos, a los que se siguen sumando continuamente otros con nuevas aportaciones. Los peligros no son pocos, como caer en historicismos, obviando así lo profundamente alegórico que es lo representado en estas esculturas y cerámicas, y lo restringido a una determinada clase social, la dominante; o en paralelismos actuales, desde nuestra óptica de la sociedad de la imagen que nos ha tocado vivir. En todo caso, el riesgo, al menos en el caso de la cultura ibérica, merece la pena.

El Monastil y el interior del Vinalopó en época ibérica

La vida de las cuencas Media y Alta del Vinalopó se encontraba en la Protohistoria determinada por la situación hegemónica del enclave eldense de El Monastil, situado a tan sólo 35 km de la actual línea de costa, y a 25 km de la antigua. El yacimiento se ubica en las estribaciones orientales de la Sierra de La Torreta, controlando el mejor vado del río en la zona, lo que lo erigía como un lugar de paso obligado de la cañada ganadera tradicional que llegaba por el corredor de Almansa desde la Serranía de Cuenca, y continuaba hasta la costa una vez atravesada la Sierra de Crevillente. En la temprana iberización del sur de la *Contestania* mucho tuvo que ver el fenómeno orientalizante, del que El Monastil fue partícipe, sin duda influenciado por la desembocadura del Segura, que en aquellos tiempos evacuaba junto al Vinalopó. Y hablar de dicho fenómeno en este particular territorio del Sudeste alicantino es hablar de la colonia fenicia de La Fonteta (Guardamar del Segura), fundada a mediados del s. VIII a.C., y que actuaría como un verdadero *foco de orientalización* (GONZÁLEZ PRATS, 1998, 210-211), lo que tendría como consecuencia directa la gestación de la fase orientalizante del yacimiento algo más alejado de la Peña Negra, en la Sierra de Crevillente, igualmente excavado por A. González Prats; un período (PN II) que vería la luz con el paso del s. VIII al VII a.C., y que presenta a una ciudad, que

se ha identificado con la *Herna* de Avieno (*Ora maritima*, 460-465), en la que habitó una comunidad mixta, en virtud de la implantación artesanal fenicia en uno de sus barrios periféricos. Todo ello, sumado a la disminución del tradicional *factor heleno*, al quedar abandonada la idea de ubicar la colonia griega de *Alonis* en la desembocadura del Segura (Santa Pola) gracias, entre otras cosas, al desarrollo de las investigaciones en La Vila, dirigidas por A. Espinosa, explica la presencia del fenómeno orientalizante en el yacimiento eldense. Es más, la relación (¿filiación?) económica, y todo lo que ello conlleva, con la Peña Negra (a 25 km de El Monastil) en los siglos VII y VI a.C. -horizonte IIB- se puede rastrear por el registro material, sobre todo cerámico, pero también en el metálico (POVEDA, 1994).



Mapa con dispersión de los yacimientos citados y los enclaves principales de su entorno

Existen serias dificultades a la hora de distinguir el epílogo del orientalizador de la génesis del iberismo en la zona (SALA, 1996). El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio), en uso desde finales del s.VI hasta el tercer cuarto del s.V a.C. (ABAD y SALA, 1993; Abad *et alii*, 2001), es el mejor ejemplo de esta espinosa época de transición, dejando sentir todavía ese *horizonte orientalizador* en su urbanismo (ABAD y SALA, 1993, 191-195), así como en otros detalles con huella arqueológica, como la presencia en un “edificio singular” de un lingote chipriota o *keftiu* (ABAD y SALA, 1997), en una raigambre que quedaría fosilizada igualmente en algunos materiales de la vecina necrópolis de Cabezo Lucero (UROZ RODRÍGUEZ, 2006). A ello habría que sumar el polémico edificio enclavado en el sector 10A de La Alcudia de Elche, cuya primera fase se dató en su momento a finales del s.VI a.C. (RAMOS FERNÁNDEZ, 1991-92), y que habría albergado un “recinto sacro” al que se le ha querido atribuir cierto semitismo (Moneo, 2003, 113-117, 279-281). Este yacimiento se convertiría a partir del s.V a.C. en el nuevo *foco de culturización*, ya filogriega en las formas, como se observa en el excepcional conjunto de fragmentos escultóricos recuperados en el yacimiento, relacionados con un hipotético conjunto de *heroa* intraurbanos (RAMOS FERNÁNDEZ y RAMOS MOLINA, 2004). Es en ese momento del paso del s.VI al s.V a.C. cuando en el Medio Vinalopó, y de forma exclusiva en el yacimiento de El Monastil, se produciría, según Poveda (1988; 1996b; 1998), la aparición del sistema urbano del *oppidum*, aunque algunos autores lo ponen en duda (GRAU y MORATALLA, 1998, 111; Sala, 2007, 62). Y es en ese período cuando, a tan sólo 1'5 km de aquél, se ha documentado una primera fase en el yacimiento de El Chorrillo (Elda-Petrer-Sax), que controlaría y explotaría el mismo territorio, pero dependiente del grupo aristocrático de El Monastil, en virtud de las improntas de una edificación de madera (MÁRQUEZ, POVEDA, SOLER y TORRES, 1999, 334).

En el siglo V a.C., sobre todo en sus postrimerías, y a lo largo del s. IV a.C., el territorio regado por el Vinalopó, como muchos otros del universo ibérico, conocería un florecimiento de los asentamientos ubicados tanto en zonas de llanura como de montaña (aprovechándola como elemento defensivo), distribuidos de un modo jerarquizado, con la intrínseca expansión demográfica, aumen-

tando la explotación del territorio, tanto en producción como en productividad, y controlando las mejores vías de comunicación, intensificando así el flujo comercial al que irían a parar los excedentes derivados de lo anterior, controlados por una nueva oligarquía ya consolidada (POVEDA, 1998, 417-418; GRAU y MORATALLA, 1998, 111). Sólo en la cabecera y en el Alto Vinalopó (dos zonas muy diferenciadas y diferenciables, por cierto) se registran en torno a una quincena de yacimientos (GRAU y MORATALLA, 1998, 113), entre los que tenemos que destacar, por encontrarse en el entorno de influencia de El Monastil: El Puntal y La Molineta en Salinas, y el Zaricejo y La Tejera en Villena. En el Medio Vinalopó, junto a El Monastil y El Chorrillo, encontramos el Bolón en Elda, El Mirador y Caprala en Petrer, La Torre en Sax, El Charco en Monóvar, y más al sur, El Campet-La Algualaja (Novelda-Monforte), el Castillo en Monforte del Cid, y el Castillo del Río en Aspe (POVEDA, 1998, 417). De todos ellos, el yacimiento más extenso es el *oppidum* de El Monastil, que supera las 3'5 ha, seguido de lejos por El Puntal de Salinas, con 0'4 ha, mientras que el resto basculan entre 0'1 y 0'3 ha (POVEDA, 1998, 417). No en balde son esos dos enclaves los que se ubican en los accesos más privilegiados del territorio, y ambos se encuentran fortificados: El Monastil –como El Charco– con un pequeño muro perimetral (POVEDA, 1998, 417), y El Puntal con una verdadera muralla con torreonnes y foso exterior (HERNÁNDEZ ALCARAZ, 1996; *id.* y SALA, 1996). Un elemento arquitectónico clave para comprender el fenómeno de concentración político-económica en El Monastil es el complejo excavado en su parte baja, un edificio singular con funciones, ante todo, de almacén de los excedentes que controla la clase dominante, y quizá religioso-palaciegas a modo de *regia*, como se ha querido ver a partir de algunos elementos como una basa de columna (POVEDA, 1996b, 417; *id.*, 1998, 418; *id.*, 2006, 54).

La hegemonía de El Monastil y su cuerpo oligárquico extendería sus tentáculos por al menos un radio de 20 km, actuando como gran centro organizador económico-administrativo, contando con El Puntal como *oppidum* complementario para garantizar dicho control, especialmente por lo que se refiere a la explotación de la sal; mientras que, en el extremo septentrional, El Zaricejo y La Tejera quedaban ubicados en un terreno cerealístico y clave para la introducción del ganado en el corredor del Vinalopó,

Plano topográfico de El Monastil

Vistas de las estructuras ibéricas
del almacén de El Monastil

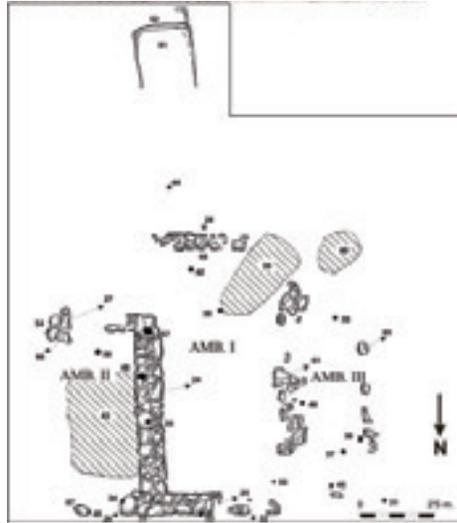


como lo es algo más al sur La Torre. Por lo que refiere al extremo meridional, en un valle de similar potencial agrario, allí donde se asienta El Campet-La Agualeja, se erigen dos centros vigías, el Castillo del Río y, más al sur, El Castillo de Monforte, este último tutelando el acceso desde el río hacia la mitad oriental de Alicante. En el control del viario más próximo a El Monastil, y que comunicaba el Alto con el Medio Vinalopó, tuvieron que ver dos pequeñas atalayas, El Mirador al este y el Monte Bolón al sur, mientras que El Charco hacía lo propio con la encrucijada de caminos de Murcia con el que desciende hacia Elche y la Vega Baja del Segura (POVEDA, 1998, 418-419).

Mención aparte merece El Chorrillo, que en esta fecha del s. IV a.C. contó en la cima del cerro con un peculiar edificio erigido sobre la roca madre (MÁRQUEZ, POVEDA, SOLER y TORRES, 1999). La construcción excavada, hallada muy arrasada y completamente aislada, cuenta con una estructura tripartita, de 9'3 m de longitud por 11 m de anchura y orientación al Este. El hallazgo de restos óseos animales (como dos astas de toro) y de una campanilla de bronce junto a hogares y a orificios no relacionados con elementos sustentantes ha hecho pensar a sus excavadores en la celebración de actos rituales, como sacrificios y libaciones. Es más, T. Moneo (2003, 143) relaciona la estructura documentada más al Sur, una plataforma rectangular y una cubeta recortada en la roca, con los *bamoth* bíblicos, que tendría en la edificación tripartita su consi-



Planta y vista del
edificio de
El Chorrillo



guiente almacén y zona de banquetes rituales, y otorga a todo este complejo unitario la categoría de santuario comunitario de control territorial. Otro posible lugar de culto, esta vez más asociado a la *religiosidad*, se encuentra en el Bolón, quizá una cueva-santuario en virtud de su situación junto a antiguos manantiales de agua y la presencia de algunos materiales como un vaso caliciforme o un exvoto de bronce que representa a una figura masculina oferente, tonsurada y con túnica corta, posiblemente un sacerdote (POVEDA, 1988, 64, fig. 21a), que, junto a la figurita femenina encapuchada (¿sacerdotisa?) de El Monastil (POVEDA, 1988, 64, fig. 21b), ha hecho pensar en contactos con el territorio jienense.

El tránsito del s. IV al s. III a.C., viene marcado por una situación de crisis generalizada en toda la *Contestania*, que se ha relacionado con las luchas entre las aristocracias locales, la crisis comercial y agraria, y la injerencia púnica, desde el Tratado romano-cartaginés del 348 a.C. -y que alcanzará su punto más álgido con la conquista y fundación de *Qart Hadasht* en el 209 a.C.-, pero de la que algunos yacimientos, como es el caso de El Monastil, salieron reforzados, mientras que otros de su entorno directo, como el mismo Chorrillo, El Mirador, El Bolón, Caprala, La Torre, así como El Puntal, La Molineta, El Zaricejo o La Tejera, desaparecen, en una clara reorganización del territorio que implicó la extinción de dos tercios del hábitat de esta zona del Vinalopó (POVEDA, 1998, 419). En

este contexto es en el que el sector más antiguamente ocupado de El Monastil, la zona baja, se abandona igualmente, destruyéndose el almacén ibérico allí ubicado, en un proceso ya consumado en el s. II a.C., no sin haber tenido lugar un importante desplazamiento de la población a la parte alta del asentamiento (POVEDA, 1996b, 416), en una suerte de *encastillamiento* en el contexto de la II Guerra Púnica (218-209 a.C.) y la consiguiente expansión romana, lo que explicaría, según Poveda, que cuando sólo se conocía esta zona del yacimiento, se propusiese una datación para su origen en el s. III a.C. (FLETCHER, 1983, 94), o a lo sumo remontable a la centuria anterior (LLOBREGAT, 1972, 113; UROZ SÁEZ, 1981, 101). En este panorama no todo es abandono, puesto que a finales del s. III a.C. se levantaría un poblado en la cima de San Cristóbal o Salvatierra, en Villena (GRAU y MORATALLA, 1998, 79-82), que alcanzaría cierta relevancia en los siglos II y I a.C., perdurando hasta el s. I d.C. A su vez, en el entorno más meridional de El Monastil, se afianzó el asentamiento de El Campet-La Algualeja, como zona de explotación agraria y de concentración de la población, perdurando hasta la Tardoantigüedad, mientras que se mantendrán El Castillo de Monforte y El Castillo del Río en Aspe (POVEDA, 1998, 419) en las centurias del Ibérico Final (ss. II-I a.C.), momento en el que El Monastil alcanzaría sus mayores cotas de poder, en lo que incide la mayoritaria concentración de hallazgos monetarios de este período frente al resto de yacimientos, sobre todo procedentes de *Saiti* (Játiva),

Arse (Sagunto), Kese (Tarragona) e *Ipolka-Obulco* (Porcuna) (Poveda, 1988, 70 y 87, fig. 39; *id.*, 1996b, 416; *id.*, 1998, 421), así como de importaciones de ánforas greco-italicas del s. II a.C. (Molina, 1997, 91-92) y de cerámica de barniz negro (Tordera, 1996, 481-492).

Las Fases Antigua y Plena y la escultura

Al aproximarnos a un universo como el ibérico, más que deficitario en fuentes documentales, la cultura material se convierte, en sus diversas aplicaciones, en el escaparate fundamental para el conocimiento de estas sociedades. Dentro de éste, el mundo de las imágenes debe ser explotado en tanto en cuanto puede “relatar” un universo económico, político-social y cultural, todos ellos aspectos indivisibles en la Antigüedad, ya sea o no de forma deliberadamente intencionada, en origen a través de la escultura del mundo funerario y los grandes programas monumentales, y más tarde con la pintura vascular. Así todo, debe tenerse presente que ésta es una información parcial (en esto no se diferencia de las fuentes literarias), puesto que el uso de la imagen se limita al poderoso, es su *instrumento*, mediante el que se diferencia del resto, se identifica como tal y legitima su poder, pudiendo servir como exponente de cambios en su aparato ideológico (SANTOS, 2003, 157; *id.*, 1996, 126). Esa identificación podría explicar al menos una parte de las recurrentes destrucciones estatuarias, que, en una suerte de *damnatio*, pondrían de manifiesto la trascendencia de estos monumentos como elementos de manifestación, y narración simbólica, del poder de las oligarquías, de su consecución y su mantenimiento. No obstante, el tema de la destrucción estatuaria, tan largamente debatido, requiere de estudios individualizados, partiendo de replanteamientos metodológicos como, de hecho, ya se está produciendo en la investigación española (ZOFÍO y CHAPA, 2005).

En el enorme salto dado por la Arqueología ibérica en los últimos treinta años, esperemos que no de forma definitiva, han participado activamente un conjunto de programas iconográficos que resultan clave a la hora de reconstruir la imaginería del poder de estos grupos privilegiados. Por lo que respecta a las Fases Antigua y Plena, contamos, principalmente, con esa suerte de libro

en imágenes que representan los programas escultóricos de, por un lado, Pozo Moro (Chinchilla, Albacete –ca. 500 a.C.–), estandarte del lenguaje de las monarquías sacras y su relación privilegiada y directa con la divinidad de carácter sancionador de su poder, y, por otra parte, de el Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén –s. V a.C.–) y de El Pajarillo (Huelma, Jaén –s. IV a.C.–): en ambos se representan los mitos e imaginería propia de un sistema de oligarquías guerreras, en el primer caso sobre la conquista del poder y el orden natural y, en el segundo, en torno a la ampliación de fronteras del *oppidum*. Estos conjuntos pétreos han encontrado, en diferente soporte, a un fiel aliado en el lote de pequeñas matrices de bronce para la fabricación de joyas halladas en la “Tumba del orfebre” de Cabezo Lucero (Guardamar de Segura) que recientemente hemos estudiado en conjunto (UROZ RODRÍGUEZ, 2006) –y que el visitante del MARQ puede contemplar en parte-, al quedar patente un comparable lenguaje de fertilidad y heroísmo. Todos ellos manifiestan influencias externas claras, fenicias en el caso albacetense, helenas en los conjuntos jienenses, y de nuevo fenio-púnicas, como no podía ser de otro modo, en el de Guardamar. Y es que las características *estilísticas*, en sentido amplio y por sí mismas, de la manifestación visual, pueden ofrecer información preciosa acerca de los contactos económicos y políticos de la oligarquía ibérica y su evolución. Así, la constatación de huellas de lujosos monumentos funerarios en El Monastil, como pilares-estela o plataformas escalonadas, indican la existencia, el enriquecimiento y la asunción de formas helenas, de sus grupos aristocráticos. Estas oligarquías fomentarán, al mismo tiempo, la aparición de otros productos suntuarios y de prestigio, como las cerámicas y el vino griego, llegados a través del comercio ya fuera heleno o púnico, y relacionados con actos sacro-sociales, de banquetes y libaciones rituales, con una clara intención de prestigio y diferenciación social. Pero si tenemos en cuenta que del entramado arquitectónico de esta fase temprana, supuestamente ya desarrollada en el V a.C., no se conoce nada (POVEDA, 1998, 416-417), los restos escultóricos de la aristocracia adquieren todavía un mayor relieve como herramienta para adentrarnos en su orden ideológico.

La necrópolis perteneciente a este *oppidum* hegemónico debería haberse ubicado entre la parte baja del poblado

Escultura de sirena



66 / 67

y el río, si bien lo único (y no es poco) que se ha podido documentar hasta la fecha son una serie de elementos arquitectónicos fragmentados de arenisca blanquecina que debieron haber pertenecido, en su mayor parte, a monumentos funerarios del tipo pilar-estela, aunque las dimensiones de uno de ellos lo podría poner en relación con los del tipo turriforme (POVEDA 1997, 365). El problema es que, como suele ser habitual, son hallazgos descontextualizados, a lo sumo reutilizados en estructuras posteriores, lo cual plantea serias dudas en torno a su cronología. El conjunto, en cualquier caso, ha sido datado por Poveda entre el s.V y el IV a.C., y lo componen un fragmento de gran sillar de gola con voluta de tipo jónico en su ángulo; dos volutas aisladas que debieron formar parte de dos de esas esquinas; un pequeño fragmento de gola decorado con una flor de loto estilizada, a base de ovas y puntas de flecha; y parte de dos sillares con restos muy erosionados de decoración en bajo relieve.

Coronando uno de estos monumentos funerarios del tipo pilar-estela, tuvo que estar en origen el cuerpo de sirena hallado fuera de contexto. Las sirenas son esos seres monstruosos con cuerpo de ave y cabeza femenina que se extienden a lo largo y ancho del aparato mitológico del Mediterráneo antiguo, desde el Próximo Oriente hasta Iberia, relacionadas con el mundo de ultratumba. Se con-

sidera que su iconografía surge en Grecia a finales del s. VIII a.C., no empleándose en sus monumentos funerarios hasta las postrimerías del s.V a.C., pasando de su consideración como démones dañinos (recuérdense sus cantos mortales en la *Odisea*), hasta convertirse en los vehículos y acompañantes del alma del difunto al más allá (Izquierdo, 2003, 266-267), que es como debe interpretarse su –escasa, eso sí– aparición en las tumbas oligárquicas ibéricas (CHAPA, 1985, 232).

El ejemplar de El Monastil (POVEDA, 1993; *id.* 1997) es un cuerpo con las alas plegadas, al que le faltan la cabeza, las patas y el extremo de la cola de plumas, realizado, como el resto, en arenisca blanquecina. Su tendencia es muy estilizada y rectilínea, frente a la tendencia curva del cuerpo de las del Corral de Saus en Mogente. Poveda dató la escultura, de claro signo heleno y adscribible al taller del Vinalopó con centro en La Alcudia, por paralelos y criterios estilísticos en el s.V a.C., si bien F. Sala (2007, 62) ha bajado recientemente la cronología al Ibérico Pleno al considerarla muy próxima a la de Mogente –al admitir el momento más bajo del arco cronológico propuesto para ésta (IZQUIERDO, 2000, 311)–, y al no aceptar la Fase Antigua del *oppidum* eldense. Y por si fuera poco también se duda de que los cuerpos del Corral de Saus pertenezcan a sirenas, sino sencillamente a aves (OLMOS, 1999, 48.5.1).



Relieve de Póthnia con
équido y serpiente

Entre el mundo funerario y el netamente religioso se encuentra un conjunto de relieves de similar procedencia descontextualizada. Estos podrían haber formado parte de un (o varios) *herôon*, la gran tumba-santuario del linaje de corte propagandístico, como los de Pozo Moro, Porcuna y El Pajarillo ya citados, aunque en este caso, al ser relieves, pertenecerían a uno del tipo turriforme, como el primero de aquellos (MONEO, 2003, 332-334), si bien en el caso de El Monastil debió tratarse de un *herôon* intraurbano (aunque la unión de ambos conceptos resulta más que discutible), del que nos ha llegado sólo parte de su programa iconográfico. El primero de estos relieves, y que más información ofrece, es una placa de, una vez más, arenisca blanquecina, con una escena en bajorrelieve difícilmente identificable debido a la erosión, pero que parece representar a una figura femenina con larga túnica hasta los pies, que se dirige hacia un animal, posiblemente un équido, al que toca la cabeza -desproporcionada respecto al cuerpo- con su mano derecha, mientras que con la izquierda podría sujetar una serpiente (POVEDA, 1997, 356-357). La serpiente es susceptible de vincularse a tres ámbitos de acción: el mundo ctónico, el de la resurrección y el universo salutarífico (VÁZQUEZ HOYS, 1996, 330-331), aunque este último es terreno exclusivo de la deidad masculina. La información más rica sobre el simbolismo de la serpiente la encontramos en los conjuntos escultóricos de los *heroa* más antiguos del citado trío, y que ayudan notablemente a interpretar el *pasaje* figurado en

el bajorrelieve de El Monastil. Así, en un relieve de Pozo Moro (ALMAGRO GORBEA, 1983, 205, taf. 27a) -ca. ante 500 a.C.-, dos seres híbridos, humanoides con cuerpo de serpiente, surgen de la tierra enroscándose en las patas de un jabalí bifronte, en un claro escenario ctónico (R. OLMOS 2002, 109-110), basándose en la creencia antigua que concebía a la serpiente como “hija de la tierra” (Heródoto, I, 78, 3), ha remarcado el valor de este reptil como símbolo de autoctonía, lo que lleva a considerar el relieve de Pozo Moro como la recreación del nacimiento del ser primigenio, de la “nueva dinastía”, como la génesis, en definitiva de ese programa dedicado a los orígenes míticos del “príncipe” y su linaje (OLMOS, 1996, 113). Ya en la segunda mitad del s.V a.C., se representa, en una escultura de Porcuna (González Navarrete, 1987, n° 17, 111-114), un personaje femenino cubierto por túnica y manto, como el del relieve de El Monastil, sobre cuyo hombro y avanzando hacia el pecho asoma la cabeza de una serpiente, que parece encaminada a comer del cuenco que la figura habría sostenido supuestamente en su mano izquierda. Como ha señalado Olmos (2002, 114), la imagen bien podría responder al prototipo de diosa de la salud (la griega Hígia), aunque se decanta por el antepasado mítico (OLMOS, 2004, 36), reforzado por la “autoctonía” que confiere la misma serpiente, y sumándose así a otras esculturas interpretadas como la familia del dinasta (CHAPA, 2003, 106). Otro fragmento es el formado por un ser híbrido con palmeta y serpiente (GONZÁLEZ NAVARRETE, 1987, n° 30, 165-172). Dicho ser es

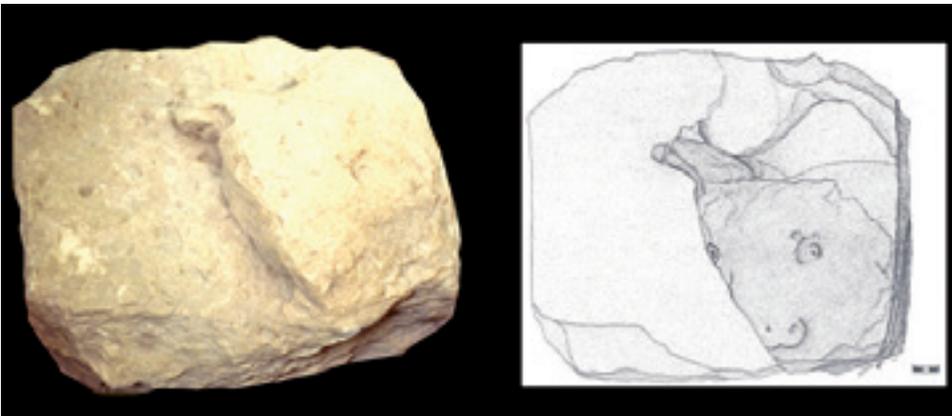
doblemente híbrido, puesto que se asocia tanto al león como al grifo, que constituye a su vez una combinación de león -el cuerpo- y de ave -la cabeza-. El animal se encuentra protegiendo de forma feroz una palmeta, mientras que una serpiente se le enrosca por el cuerpo para acabar deslizándose por el elemento vegetal sagrado, que surge de la tierra al igual que aquélla, sin existir evidencias de una lucha entre el reptil y el león-grifo, tal y como se ha presentado tradicionalmente la pieza. Así, la combinación de palmeta y serpiente se debería concebir como un “jardín sagrado y de autoctonía” (OLMOS, 2002, 109), del “espacio aristocrático”, del cual el animal fantástico se erige como custodio (RUIZ y SÁNCHEZ, 2003).

Para encontrar una asociación de serpiente con équido debemos volver a Pozo Moro. Y es que en un fragmento de otro relieve (ALMAGRO GORBEA, 1983, 206-207, taf. 28a) se puede observar parte de un cuadrúpedo, bajo cuyos cuartos traseros surge una serpiente enroscada con cabeza felina, y sobre el que aparece parte de un brazo empuñando de forma poco convencional una espada recta. Las posibilidades interpretativas de la escena apuntadas en un primer momento por M. Almagro Gorbea consistían en la lucha de un caballero con un infante o en la más comprometida que captaba una heroización ecuestre, a las que se sumarían la de otros autores, como Blázquez y García y Bellido, que veían la lucha del hombre con una quimera. Si aceptamos la opción de la heroización ecues-

tre, y la aceptamos, resulta apropiado traer a colación lo remarcado por Poveda (1997, 363) en este sentido, y que no es otro que la sustitución de los genitales del équido por la serpiente, lo que ahondaría de forma explícita en la relación del caballo y dicho reptil con la fecundidad presente de un modo más críptico en el relieve de El Monastil, en el que este autor vio desde un principio a una Gran Diosa a la manera de una *Póthnia Hippôn* o *Therôn*. El carácter primigenio de la figura de Elda, incluso de tratarse de un antepasado mítico como en Porcuna, creemos que queda fundamentado en los programas escultóricos citados. Ello nos lleva también a posicionarnos, aun con los pertinentes alfileres, respecto a su datación, que Poveda estableció entre el s.V y el IV a.C., y que pensamos, como él mismo, que debería estar más cerca de la primera de esas dos centurias. Con respecto al gesto de la divinidad tocando la cabeza del caballo, y no cogiéndole de la bridas, como es más habitual en esta vertiente *Hippôn*, Poveda (1997, 361) hacía notar la existencia de un vaso ático del Museo de Florencia, y la de un bronce del Pice-no, conservado en el Museo de Ancona, con datación del s. VI a.C. La conveniente asociación en el Mediterráneo antiguo de la *Póthnia* y el *Despótes Therôn* con caballos y serpientes ya fue precisada en su momento por Blázquez (1977, 42-68, 99-113), en una alegoría de la heroización ecuestre. Volvemos a trazar, pues, otro lazo de unión con la narración escultórica jienense.

68 / 69

Relieve con
cabeza de toro



El domador-civilizador y la
heroización ecuestre en la
pintura vasculare de El Monastil

Otro buen elemento de unión, esta vez entre materiales del mismo *oppidum* eldense, podría llegar de la más que problemática identificación de otro relieve de los hallados reutilizados, en esta ocasión en el umbral de una puerta de la muralla. Si en este bloque de piedra se vislumbra la presencia de parte de una figura femenina alada (Poveda, 2006, 51-52), podríamos acaso encontrarnos ante una nueva pieza del rompecabezas argumental de la *interpretatio* de la *Póthnia* originaria con la Tanit púnica y su evolución romana en la *Dea Caelestis*, que tan bien ha estudiado Poveda, y que cuenta con un excepcional y aglutinante ejemplo en una conocida pintura vascular de La Alcudia (POVEDA, 2008, fig. 2.3), que muestra a la divinidad alada en posición central surgiendo en una hierofanía con una pareja de caballos. A estos temas volveremos más adelante a propósito de la iconografía vascular de las cerámicas de El Monastil.

Un complemento ideal a la Gran Diosa primigenia es lo que aparece en el último de estos relieves. Se trata de un gran sillar rectangular, de nuevo muy erosionado, en cuyo ángulo inferior derecho aparece en relieve la cabeza de un toro, y que Poveda dató en el Ibérico Antiguo (POVEDA, 1997, 357). La sintonía toro-divinidad femenina es algo común en el Mediterráneo (DELGADO, 1996, 323 ss.). El cuidado por mostrar de forma explícita el sexo del animal en las esculturas de toros más antiguas (CHAPA, 1986, 154) es sólo un síntoma más de un poder fecundante que, unido al astral, ponen a este animal en estrecha relación con el mundo funerario y con el agua (LLOBREGAT, 1981). Todo ello ha conducido a la deducción de la función desempeñada por el toro en las necrópolis, erigiéndose en el símbolo de la perduración constante de la vida (CHAPA, 1986, 156).

Resulta ahora del todo apropiado hacer mención a la escultura exenta tradicionalmente conocida como “Toro de Sax”, que en realidad procede de El Chorrillo (SEGURA y JOVER, 1995). La pieza, de paradero actual desconocido, presentaba una factura muy esquemática y se encontraba en posición echada, pero con la dentadura amenazante. Pertenece al Grupo I de Chapa (1986, 144 ss.), que se localiza en el entorno de la desembocadura del Segura (El Molar, Elche), llegando al interior del Vinalopó (Monforte, El Chorrillo), alcanzando la costa centro-norte alicantina

(La Albufereta, Villajoyosa) y el Levante (Sagunto, La Carencia). Esta misma autora ha revisado recientemente estas esculturas (Chapa, 2005-2006), proponiendo una datación para todo el conjunto de finales del s. VI a.C., conjunto que cuenta con unas características especiales. Estamos ante unas piezas extrañamente bien conservadas, en comparación con el común de la estatuaria ibérica, quizá relacionado con su aparición a gran profundidad (como en el caso del de El Chorrillo), de factura esquemática, contrastando con el mayor naturalismo del resto de ejemplares conocidos, en las que destacan la representación de los genitales entre las patas traseras, el gesto amenazante de su imponente dentadura, más propia de un carnívoro que de un herbívoro, y otros rasgos orientalizantes de lo más significativos como el “lingote chipriota” en la frente y el acto de doblar el cuello (actitud que parece estar presente, por cierto, en el relieve de El Monastil). Chapa (2005-2006, 253) considera, y resulta del todo argumentado, que los rasgos de estos toros hacen alusión tanto a las esferas del poder como a la fecundidad, y sólo deben concebirse en un contexto, ya apuntado más arriba en referencia a este período en el Vinalopó, de intensificación agrícola y dominio creciente de las vías de comunicación, sancionando la nueva colonización del territorio y la fecundidad de los campos, los animales y las personas. La procedencia de uno de estos toros de un yacimiento como El Chorrillo, que contaría con un santuario de control territorial, resulta, a todas luces, más que pertinente, así como la conveniencia de la aparición de este animal en el hipotético *herôon* intraurbano de El Monastil, lo que unido a la cronología del primero (finales del s. VI a.C.), y la -factible- algo posterior del segundo, debería ir despejando algunas dudas en torno a la existencia de la Fase Antigua de El Monastil y su yacimiento satélite más cercano.

Los iberos ante la romanización: la pintura vascular

El consorcio entre imagen y poder sólo experimentaría un mayor *aperturismo* a otros grupos sociales a partir del s. III a.C., cortesía de la pintura vascular (DOMÍNGUEZ, 1998, 203). Se trata de un bien mueble cuyo campo de actuación es más diversificado que el de la escultura en

la época anterior, de la que de todos modos el soporte cerámico hereda su carácter de instrumento al servicio de aquella (Poveda, 1985, 191), puesto que en ésta sigue representándose a la élite y su imaginario, a través de un código político-religioso en absoluto espontáneo, por lo que estas cerámicas debieron ser producto de encargos (OLMOS, 1987), ya fuera por demanda individual o colectiva. En todo caso, la pintura vascular ostenta el grado de ser el elemento más valioso de la “narrativa” ibérica, aunque su razón no venga por el hecho de que con ella aparezca por vez primera el “sentido narrativo”, puesto que éste es, precisamente, el mayor atractivo histórico de los monumentales programas escultóricos del Ibérico Antiguo y Pleno antes citados. Eso sí, la forma, el estilo, es más particular, *indígena* si se quiere, que en la escultura, lo que ya aporta información de *per se*. En esta época y en este soporte el oligarca se dota, por tanto, de un universo y un lenguaje propios, cuya máxima expresión es la pintura del Sudeste construida en torno al ave, el elemento vegetal y el lobo o *carnassier*.

Si tenemos en cuenta la definición que del *estilo* hace T. Tortosa (2004; 2006), y para la que tiene en cuenta la tríada temática-composición-trazo, podemos afirmar, de forma genérica, que el corpus de pintura vascular de El Monastil, mucho más numeroso que el escultórico recuperado hasta la fecha, protagonizado por figuras zoomorfas y elementos fitomorfos es en su mayoría adscribible, tanto en temática como en factura, al Estilo I ilicitano definido por esta autora y equivalente a lo conocido tradicionalmente como “Elche-Archena”, y por tanto obra de un taller de La Alcudia o su entorno directo, mientras el conjunto de protagonismo antropomorfo denota una temática más basculante entre lo ilicitano y la cerámica de Lliria, siendo su trazo más *local*, fenómeno éste del *localismo* al que Nordström (1969, 69) se refirió en su día como *Maître d’El Monastil*, y que Tortosa (2006) ha individualizado definitivamente como “Estilo Monastil”. Tanto las representaciones adscribibles a este último como las que denotan una total sintonía con las de Elche se ubicarían entre finales de ese mismo siglo II a.C. y el I a.C., pudiendo llegar en algunos casos al cambio de era. No obstante, una vez más, la contextualización precisa de estas cerámicas conservadas en el Museo Arqueológico Municipal de Elda se advierte inviable, puesto que proce-

den de las pretéritas incursiones del “Centro Excursionista Eldense”, aunque lo que sí se puede afirmar, a falta de una revisión documental más detallada, es que pertenecen al mismo poblado. La presencia de un conjunto cuantioso, variado y, en ocasiones, de producción propia, de pintura vascular con decoración compleja indica, de por sí, la centralidad de este *oppidum* en su comarca, todavía más si se tiene en cuenta que en su entorno directo ésta sólo se conoce de forma testimonial en el Castillo del Río (Llobregat, 1972, 115; Maestro Zaldívar, 1989, 251-252), San Cristóbal (GRAU y MORATALLA, 1998, fig. 26-28) o El Campet (Tortosa, 2006). En este sentido, resulta apropiado hacer referencia a la línea de investigación seguida por I. Grau (2007) a propósito de La Serreta, según la cual la pintura vascular figurada surge allí a finales del s. III a.C. en el marco de la creación de una identidad étnica en su territorio, legitimando un nuevo proyecto político. Así todo, no sería el caso de la cerámica del Estilo I ilicitano o la de El Monastil, de un siglo posterior, coincidiendo ya con la presencia efectiva romana, y respondiendo, por tanto, a otros estímulos.

Pintura con ánodos divino de una cerámica de El Monastil



En el terreno del “Estilo Monastil”, pero siempre entroncando con la temática del entorno ilicitano y de Lliria, encontramos cuatro representaciones que nos transportan al universo del domador-civilizador y de la heroización ecuestre. El primero de ellos (POVEDA y UROZ RODRIGUEZ, 2007, A.1) es un *kalathos* bastante completo, en el que se representó una escena de doma entre una exuberante vegetación, protagonizada por una figura masculina agitando una fusta y quizá sujetando con su otra mano las bridas de caballo, un carnicero y un segundo équido. La

consideración, simbólica o naturalista, del papel jugado por el carnicero se advierte clave para la interpretación del conjunto. Si acudimos al conocido *lebes* del Departamento 20 de Sant Miquel de Lliria (ARANEGUI, BONET, MARTÍ, MATA y PÉREZ BALLESTER, 1997, 166, fig. 7), de finales del s. III- principios del s. II a.C., en el que se incluye una escena de doma en la que los personajes se hacen acompañar por unos canes, se puede observar que estos nada tienen que ver con el animal de El Monastil. Según la interpretación espacial que ha hecho de la pieza edetana Olmos (1998, 156; *id.*, 2003, 89-91), la escena simbolizaría una iniciación doméstica, frente a la que se desarrolla en el campo con el toro; pero tampoco parece el de Elda ese lobo devorador que alude en la misma pintura de Lliria al territorio salvaje, frente al orden vigente en el *oppidum*, reflejado en un combate heroico. Así, el animal de El Monastil -que guarda alguna semejanza con el del “Vaso de los Guerreros” del Departamento F.I de La Serreta (OLMOS y GRAU, 2005)- no tiene ni mucho menos la monstruosidad del *carnassier*, pero tampoco es un perro doméstico, como ponen de manifiesto la ferocidad de sus fauces y su lengua sacada; es decir, que se encuentra a medio civilizar y, si ponemos en práctica una mirada espacio-territorial (RUIZ y SÁNCHEZ, 2003) que atienda más allá de su posible actividad asistente del domador, bien podría estar marcando una situación de apropiamiento de un territorio por parte de la ciudad o los límites de ésta. La pieza cuenta, además, con su versión tosca en otro fragmento de *kalathos* (POVEDA y UROZ RODRÍGUEZ, 2007, A.2), en el que se identifican, no sin dificultades, la figura del domador, del caballo y quizá, del lobo, destacando, por novedosa respecto al anterior ejemplar, la presencia de una roseta con estela que le está otorgando al episodio un carácter divino.

En un pequeño fragmento de un *kalathos* troncocónico (POVEDA y UROZ RODRÍGUEZ, 2007, A.4), encontramos a una figura humana que podría protagonizar una escena de heroización, no exenta de cierto esquematismo. La pieza muestra a un personaje que mira hacia la derecha con los brazos extendidos, montando un caballo del que sólo se conserva su parte trasera. En la mano derecha sostiene una lanza, mientras que la izquierda sujeta un extraño objeto en forma de estrella que podría figurar un elemento vegetal, como una palma. La lanza, orientada hacia detrás, la ostenta más que la usa, quizá querien-

do poner de relieve su pertenencia al grupo oligárquico, como sucede en la tinaja de la Hacienda Botella (TORTOSA, 2001), y al contrario que en su paralelo más claro en lo *formal*, una fragmentada tinaja de La Alcudia (MAESTRO ZALDÍVAR, 1989, 246-248), que presenta en ambas caras a sendos jinetes cazadores, cuyos rostros recuerdan a la figura de El Monastil. Por lo que refiere a la posible palma, conviene recordar un fragmento de una gran vasija del Tossal de Manises (LLOBREGAT, 1972, 188, fig. 106.1; MAESTRO ZALDÍVAR, 1989, 287-288, fig. 105a), en el que un jinete al galope luce uno de estos elementos vegetales frente a un *carnassier* gigantesco del que sólo se ve la cabeza y que logra infundir terror a éste y su caballo, actuando quizá como mediador con el más allá (OLMOS, 1988-89, 99). Lanza y palma al mismo tiempo es lo que porta un jinete de un *kalathos* del Castelillo de Alloza (LUCAS, 1981, 255, fig. 8.1), al que R. Lucas le confirió carácter divino, del mismo modo que Poveda (1996, 320) en relación a la de Elda, interpretándola por consiguiente como una heroización ecuestre. Y quizá en este sentido haya que considerar otro fragmento, en este caso perteneciente a una vasija globular de forma indeterminada (POVEDA y UROZ RODRÍGUEZ, 2007, A.3), que muestra a un guerrero que ostenta una especie de *caetra* en su mano derecha y una falcata en el cinto (aunque también podría tratarse de su brazo izquierdo), caminando por delante de un caballo que parece estar relinchando, sobre el que se posa un ave con las alas extendidas, existiendo la posibilidad de que un segundo animal asome por encima de éste; al mismo tiempo, un pez, del que se conserva parte del cuerpo y una aleta, se desplaza por debajo del caballo. En un primer momento, se relacionó la escena con la domesticación y el universo del *Despótes Hippôn* o “señor de los caballos” (LUCAS, 1981, 250; POVEDA, 1985, 185), aunque más adelante Poveda (1996a, 321) apuntó la posibilidad de que se tratase, una vez más, de una heroización del difunto, idea que cuenta a su favor con la presencia del pez como símbolo funerario así como del caballo desmontado (OLMOS, 2003, 91), y del ave como vehículo o idealización del alma del personaje fallecido; y más aún si se considera que a su paralelo más claro, la pintura vascular de La Alcudia del vaso llamado de “El campesino” -finales s. II - I a.C.- (TORTOSA, 2004, n° 15, 93, fig. 92), que presenta a un individuo ataviado con capa y

Dibujo pintado con ave, conejo y ¿pepona? en una cerámica de El Monastil



Fragmento cerámico con pareja humana en danza ritual

gorro que transporta de las riendas a un caballo bajo el que se explaya un ave, se le ha atribuido en alguna ocasión carácter funerario (OLMOS, 1999, 54.3). Pero cabe, todavía, una tercera interpretación, que haga hincapié en la alusión a todos los espacios naturales -aire, tierra y agua- y sus animales representativos, competencia de un *Despótes Therôn*, más que de un exclusivo “domador de caballos”, que, en cualquier caso, para este período avanzado podría haber evolucionado hacia la figura heroica de un guerrero, susceptible de identificación con el oligarca ibérico.

En la esfera más directa de la divinidad, en este caso femenina, debe concebirse lo representado, por un lado, en un fragmento de pared, actualmente en paradero desconocido (POVEDA y UROZ RODRÍGUEZ, 2007, A.7), y que no es otra que una cabeza de perfil, con la ceja unida al ojo dibujando una espiral y un tocado del que pende un mechón terminado en bucle; una cabeza que parece brotar, que está surgiendo de un elemento vegetal de cinco pétalos. Nos encontramos pues ante el ánodos, el surgimiento divino de la naturaleza, concepto de origen oriental que remite a representaciones hathóricas y que en cerámica se registra en algunos ejemplos ilicitanos, como el de las imágenes conocidas como “peponas”, a las que volveremos a continuación, o el de una cratera de temprana época augustea (RAMOS FERNÁNDEZ, 1992; TORTOSA, 2004, n° 74, 136-137, fig. 72 y 112), en la que la

72 / 73



Kalathos y Oinochoe con aves y hojas de hiedra



Fragmento cerámico con las esferas divinas de la naturaleza



Oinochoe con carnassier alado

divinidad, flanqueada por aves que le transmiten cosas al oído y que le están confiriendo carácter oracular, brota igualmente del elemento vegetal, simbolizando, según Olmos (2000, 67), un mito fundacional, en lo que tienen mucho que ver las dos cabezas masculinas que aparecen en la otra cara del vaso, como si de unos *dioscuri* se tratase, en una pieza que, en definitiva, conjugaría la tradición ibérica con la necesidad de una sanción mitológica propia. En un segundo fragmento de El Monastil, correspondiente a una forma cerámica indeterminada (POVEDA y UROZ RODRÍGUEZ, 2007, B.1), se vislumbra, acompañada por el ave con las alas extendidas, con una hoja de hiedra entre el cuello y el ala, y por la liebre, ambas constantes del Estilo ilicitano I, lo que podría ser algo menos de la mitad de una cabeza de frente; de ésta se discierne una trenza, de la que emerge un pequeño tallo con hoja, el contorno de la cara, parte del ojo y, lo que es más importante, lo que bien pudiera ser un arrebol a la altura de la mejilla, elemento que nos obliga a traer a colación, de nuevo, la célebre figura de la bautizada como “pepona” o “tonta del bote”, apodos ya superados, dada a conocer por su presencia bajo sendas asas en cinta de un gran *kalathos* de La Alcudia de finales s. II-I a.C. (TORTOSA, 2004, n° 22, 99-101, fig. 56 y 96), una de ellas, la indiscutiblemente femenina, brotando de una flor de loto, representando pues el *ánodos* de la divinidad. Estas divinidades y su surgimiento de la naturaleza se asocian directamente a rosetas y a hojas de hiedra, y

son el elemento central de un conjunto floral en el que campan aves y lobos, todo ello en un conjunto que se ha concebido como una cosmogonía, como una “eclosión de los orígenes” de la población (OLMOS, 1999, 69.7).

La pintura vascular de El Monastil que, posiblemente, ha tenido un mayor eco en la tradición historiográfica ha sido la perteneciente a un fragmento de una vasija de forma indeterminada (POVEDA y UROZ RODRÍGUEZ, 2007, A.6) en el que se observa a una figura masculina de factura tosca que une su mano a otra femenina identificada como tal por la trenza o coleta que le cae por el lado visible, personajes ambos que parecen desplazarse hacia la derecha. Al mismo tiempo, un pez asciende entre ellos, haciendo aparición, asimismo, esos elementos geométricos tan comunes que constan de una línea cruzada perpendicularmente por otras muchas, y que encontramos en más representaciones de El Monastil y del conjunto de la pintura vascular ibérica (SALA, 1992, 128, motivo 14). La escena ha sido interpretada como una pequeña porción de una danza ritual en la que intervendrían personajes femeninos y masculinos y que contaría con un sentido propiciatorio de la fecundidad y fertilidad. En el universo de la pintura vascular ibérica existen varias representaciones que en mayor o menor medida se han relacionado con danzas, aunque las que muestran claramente una en la que participan tanto hombres como mujeres las encontramos en Lliria en el s. II a.C., en el

kalathos hallado en el Departamento 12 llamado “de la sardana o de la danza bastetana” (OLMOS, 1999, 86.1; BONET e IZQUIERDO, 2001, 287, fig. 4.3) y en el *lebes* del Departamento 14 denominado “de los bailarines u hombre de la sítula” (OLMOS, 1999, 86.2; BONET e IZQUIERDO, 2001, 289, fig. 5.1).

Es en el universo de las representaciones animales y vegetales en el que las pinturas cerámicas halladas en El Monastil muestran una total concordancia con el anteriormente conocido como “Estilo Elche-Archena”, actualmente Estilo I ilicitano. Un claro ejemplo lo encontramos en dos de las piezas más completas de todo el conjunto eldense: un *kalathos* y un *oinochos* en los que el ave adquiere todo el protagonismo. En la primera pieza, de grandes dimensiones (POVEDA y UROZ RODRÍGUEZ, 2007, B.2), el ave se representa de perfil preparada para emprender el vuelo, y de ella destacan dos aspectos: la *pseudoepigrafiá* que presenta el vaso en el labio, y el tipo de hoja enmarcada bajo las asas de implantación horizontal, con claros paralelos en la cerámica ilicitana (TORTOSA, 2004, 139, n° 78, fig. 74 y 113.2), quizá reemplazando a la divinidad, puesto que dicho elemento vegetal parecía salir de la figura anterior con arrebol. Por su parte, en la jarra de boca trilobulada (POVEDA y UROZ RODRÍGUEZ, 2007, B.3) se representa, como es también común, sólo el prótomo del ave. Ambas piezas comparten elementos característicos de la cerámica de Elche y Archena, como es el friso inferior a base de una serie de “SSS” (TORTOSA, 2004, 74), que se ha relacionado en alguna ocasión con esquematizaciones de serpientes (Vázquez Hoys, 1996, p. 329 ss.), y la presencia de la característica hoja de hiedra o zarzaparrilla entre el cuello y el ala del animal. En ocasiones, como sucede en otro *kalathos* (POVEDA y UROZ RODRÍGUEZ, 2007, B.4), a estos elementos se les puede unir la roseta. Este último ejemplar, además, luce una decoración fitomorfa a base de un tallo serpenteante con espirales y brotes reticulados que constituye un fósil director de la pintura vascular del Estilo I ilicitano de finales del s. II- primera mitad del I a.C., difundiéndose por el Sudeste y alcanzando, incluso, la *Oretania*, tal y como ponen de manifiesto los recientes descubrimientos del contemporáneo barrio industrial ibérico de *Libisosa* (UROZ SÁEZ, POVEDA, MUÑOZ y UROZ RODRÍGUEZ, 2007, fig. 19). Otro componente zoomorfo

de frecuente aparición en la pintura vascular de este *oppidum* contestano es la liebre (POVEDA y UROZ RODRÍGUEZ, 2007, B.5), siempre asociada con la vegetación, y con una factura netamente similar a la de sus homólogas de La Alcudia (RAMOS FOLQUÉS, 1990, 159, lám. 62, fig. 94-96). Y si la hiedra, como planta que no se marchita, simboliza la perduración del ciclo vital, la liebre bien podría hacer referencia a lo oriundo, ya que al igual que la serpiente es un animal que vive bajo tierra, surge de ésta, o bien a la faceta cazadora del oligarca. Teniendo esto en cuenta toma más cuerpo la asociación ave-hiedra + liebre (que se alimenta de lo primero) + divinidad femenina con tallo de la pieza con la hipotética “pepona” tratada anteriormente. Por último, no podemos dejar de mencionar un fragmento cerámico del todo esclarecedor, en el que se dan cita las 3 esferas de la naturaleza (POVEDA y UROZ RODRÍGUEZ, 2007, B.8): la acuática, a través del pez, la terrestre, por medio del *carnassier*, del que se conserva parte del lomo y el cuello y una pata (o zarpaleta), y la aérea, mediante un ave de alas explayadas, todo ello en un universo en el que la divinidad femenina está presente, como así se deduce de la aparición de diversas rosetas. Una vez más, es en la cerámica ilicitana donde encontramos estas eclosiones de una naturaleza diversificada con connotaciones divinas, como en la conocida tinaja de la “tienda del alfarero” de finales del s. II a.C. (SALA, 1992, 39, fig. 17, 55 y 72; TORTOSA, 2004, n° 21, 99, fig. 55 y 95), en la que asistimos a una escena mítica, al nacimiento de un *carnassier*, seguido de una liebre y un carnicero, el ave explayada y un pez, escenario en el que no podía faltar la roseta. O en la si cabe más célebre tinaja de “la bailarina” (OLMOS, 1999, 72.1; TORTOSA, 2004, n° 2, 80, 91-93, fig. 45 y 86), datada en torno al s. I a.C., en la que el universo que rodea a una danza sagrada entre un personaje femenino y al menos otro del que se conserva la mano, se compone igualmente de aves, peces, liebres y, por supuesto, rosetas. Los puntos de contacto con la cerámica ilicitana en la pieza de El Monastil no se agotan ahí, sino que se dejan notar en la presencia de un elemento vegetal que no es otro que el brote del que salía uno de los rostros frontales de Elche anteriormente comentados, y que podría identificarse como flor de loto, símbolo de la divinidad femenina reminiscente del orientalizante.



Fragmento
cerámico con
cabeza de lobo
en relieve

Pero todavía falta por abordar la pieza cerámica con la decoración pintada más excepcional del conjunto, y que no es otra que una jarra, presuntamente de boca trilobulada (POVEDA y UROZ RODRÍGUEZ, 2007, B.6), protagonizada por el tipo iconográfico del *carnassier* alado, presente también en La Alcudia y en el Cabezo del Tío Pío de Archena, y que ha merecido un estudio monográfico reciente (UROZ RODRÍGUEZ, 2007). Este ser híbrido surge de un friso inferior con la típica serie de “SSS”, y lo hace mirando hacia la izquierda, en la misma dirección en que se despliega su ala; tiene las orejas puntiagudas y erizadas, el hocico dentado, la lengua saliente, y el pelaje señalado. Asimismo, se logra vislumbrar cómo la figura aparece flanqueada en su parte superior por sendos roleos, y que, frente a ella y junto a su ala se ha dibujado, a su vez, un elemento vegetal ramificado que bien podría constituir un árbol. De entre la maraña restante se vislumbran al menos tres alas, que podrían contar con carácter independiente o estar naciendo de la vegetación, como de hecho sucede en algunos ejemplares de La Alcudia, o bien constituir parte de un ave. Considero que no se puede considerar grifos a estos animales de la pintura vascular, pese a que tengan algunos rasgos con ecos de un lenguaje “lejano”, aunque los argumentos de R. Ramos Fernández (1996) en este sentido eran afortunados, pues prestando atención a las cabezas de estos seres que de ser así debieran lucir pico de ave pero que en cambio cuentan con un hocico dentado, recuerda otros casos

anteriores en el mundo ibérico de reconocidos grifos que lucen dentadura, siendo el caso más cercano la cabeza escultórica del s.V a.C. de Cabezo Lucero (León, 1998, 57, nº 6), expuesta en el MARQ. Sin embargo, éste último es un pico dentado, no así en los casos de las pinturas vasculares de El Monastil, Elche y Archena, que lucen hocicos de carnicero y sus cabezas en nada remiten a un ave. Ahora bien, no sería conveniente obviar el hecho de que ya desde su origen oriental, el tipo iconográfico del grifo estuvo sometido a variantes relativas también a la cabeza, el elemento más discordante en las representaciones ibéricas, pudiendo ser ésta de león, con o sin cuernos, y que este animal resultaba a los ojos de un ibero -no así el lobo- tan extraño como cualquier otro ser producto de leyendas y fantasías. Y, por otro lado, cabe un segundo recordatorio, y es la faceta del grifo como protector-generator de la vegetación; de ahí que ver en la composición de Elda una reminiscencia o un eco del “árbol sagrado”, transfiguración vegetal del Principio femenino de la Diosa de la Fertilidad, y que en las monarquías sacras atañía a la sanción del poder político, no resulte del todo infundada, y que aquí sustituiría a la roseta quizá por buscar esa “antigüedad mítica” de raíces orientales, inherentes al *oppidum* eldense y a todo su entorno, como se ha visto. Pero tampoco considero del todo apropiado colocar la etiqueta de *lobo* a esta figura de El Monastil y a sus homólogas de Elche y Archena. Aun así, la figura, ciertamente trascendente, del lobo en

el mundo ibérico y otras sociedades mediterráneas, no está exenta de una buena carga de ambigüedad. Y es que a este animal se asocia un doble sentimiento, el de desprecio y temor, infundido por su carácter depredador y las consecuencias negativas que ello comporta para la economía de una sociedad agrícola y ganadera, pero también el que despierta la admiración y el respeto por su alto grado de eficiencia (GONZÁLEZ y CHAPA, 1993, 169 y 172). De este modo, su astucia, ferocidad y su capacidad organizativa lo elevaban, en estas sociedades guerreras, a la categoría de modelo mítico (Almagro Gorbea, 1999, 25). Es en este sentido en el que habría que interpretar el fragmento cerámico con cabeza de lobo en relieve del mismo yacimiento eldense, presente en esta Exposición, o algunas estampillas del Cerro de las Cabezas en Ciudad Real (FERNÁNDEZ, VÉLEZ y PÉREZ, 2007, fig. 8). Pero es justamente el vocablo *carassier* el que me parece el más apropiado para hacer referencia al tipo iconográfico que conforman esas figuras lobunas de la pintura vascular, recogiendo el término que los eruditos franceses escogieron para definir un tipo iconográfico del que para entonces se tenía muy poca capacidad de contraste, y que dotaba de un carácter más genérico a un ser que era, ante todo, un cánido, muy próximo al lobo, pero que dejaba entrever algunos atributos felinos. Las acepciones negativas del vocablo *carnicero* dejaban, al mismo tiempo, una puerta abierta a la vertiente antinatural, monstruosa, de lo allí representado.

Por consiguiente, el elemento clave de estas figuras con alas es que no se trata de grifos, sino de creaciones ibéricas de seres míticos, aunque la figura del grifo puede ayudar a la comprensión del significado y funcionalidad de aquéllos. En este sentido, cabe mencionar la interpretación espacial de dicho ser que lo erige como protector del espacio aristocrático una vez conquistado (RUIZ y SÁNCHEZ, 2003, 141-143), así como su asociación a la naturaleza, con una relación privilegiada con ese “árbol sagrado”. Y si la temática de fecundidad y regeneración asociada al poder no es, ni mucho menos, una invención de esta época y esta cultura, en estos vasos se acompaña de un ser mítico, de un ser híbrido “autóctono”. Una rápida mirada al catálogo escultórico del Ibérico Antiguo y Pleno, y no sólo a éste (piénsese en la orfebrería, pero también en la numismática contemporánea a las cerámi-

cas), ratifica el hecho de que en el mundo ibérico se conocían, circulaban y se producían obras con seres fantásticos, de *formas* (y en algunos casos autoría) claramente importadas como las sirenas y los grifos ya mencionados. La aparición y desarrollo de nuevos seres híbridos en la pintura vascular, constituye, pues, una elección, que coincide en el tiempo con los primeros compases de la conquista romana.

Es, en conclusión, la pintura vascular ibérica de El Monastil, un conjunto configurado a partir de producciones locales e importadas, que se mueve entre el universo del guerrero, del héroe no sin tintes divinos, y del domador-civilizador, así como en un universo propio de la evolución de la *Póthnia* primaria, ya documentada en un relieve de la fase ibérica más antigua. Éste gira en torno a la fecundidad y al lobo, el modelo-oponente del héroe, en un marco sancionado por la divinidad, mediante su presencia simbólica, y a través de la creación-recreación de una mitología, con sus propios seres fantásticos autóctonos, como los *carassiers* alados, custodios de ese poder e insignia de determinados “valores” de la élite aristocrática. La temática se impregna, de este modo, y al igual que en la escultura, de la fecundidad de la naturaleza y de la exaltación mítica del ideal aristocrático. Creemos que se trata, en definitiva, del lenguaje de autoafirmación de la oligarquía ibérica (de su *virtus*), no por nacionalismo, sino para asegurarse su valía y su posición en el nuevo orden (UROZ RODRÍGUEZ, 2008). Por tanto, sería el arraigo a su situación privilegiada, más que a la tierra y sus costumbres, lo que propiciaría en la clase dirigente la búsqueda de sus orígenes míticos heroicos que justificasen dicha posición ante ese nuevo panorama en el que ellos ya no constituían la cúspide de la pirámide socio-política, que culminaría en un fenómeno del todo contrastable como el de la auto-romanización.

EL VALLE DE ELDA,
DE LOS ROMANOS AL FINAL DE LA ANTIGÜEDAD



Fotografía del valle de Elda tomada desde el yacimiento de Camara (archivo gráfico del Museo Arqueológico de Elda)

A la hora de acercarnos a la realidad del valle de Elda en época romana, contamos con datos de muy distinta procedencia. Por un lado, los testimonios que nos ofrecen las fuentes escritas y por otro, la información proporcionada por la Arqueología. De la conjunción de estos datos, de su análisis e interpretación, obtenemos los mimbres con los que elaborar una cesta que pretende mostrar el desarrollo histórico de las tierras de este valle desde época romana hasta el final de la Antigüedad.

Las vías de comunicación antiguas y el valle de Elda

El valle del Vinalopó, como corredor natural que conecta la costa alicantina con el interior, ha ejercido desde tiempos prehistóricos un papel fundamental en la vertebración del territorio. Los diferentes grupos humanos que la han habitado, han procurado situarse cerca del río, bien para explotar las tierras más fértiles en la misma margen, o bien encajándose a asentamientos situados en posiciones elevadas, de difícil acceso y fácil defensa, controlando así las vías de comunicación y el propio río. El Vinalopó, probablemente *el sonorus Alebus* que cita el historiador Avieno (*Ora maritima*, 462), no es un río navegable, ni especialmente caudaloso, pero ha servido tradicionalmente de nexo de unión entre la costa y la entrada a la Meseta. La existencia de esta vía de penetración explica que lugares situados en el interior, como es el caso de El Monastil, se hayan encontrado en las diferentes etapas históricas dentro de los circuitos comerciales que, de otra forma, habrían quedado al margen o al menos no se habrían manifestado tan claramente como luego tendremos ocasión de comentar.

Los geógrafos antiguos no sólo nos dejaron por escrito las referencias al *Alebus*, sino que también se han conservado itinerarios en los que se nombran las poblaciones situadas en las principales vías de comunicación. Una de las más importantes en la península Ibérica fue, sin duda, la *via Augusta*. El llamado "Itinerario de Antonino" recoge los nombres de las paradas o postas situadas en el camino que conducía desde Roma a *Gades*, uno de cuyos tramos atravesaba el valle del Vinalopó. Una de estas postas era la de *ad Ello*, una *mansio* o parada donde descansar, que se encontraría en un desvío de la vía, en dirección *hacia Ello* (Itinerario de Antonino, 401, 1). La ubicación de dicha posta es todavía incierta pero los especialistas no dudan en situar la población de *Ello*, hacia la que se dirigía el mencionado desvío, en el yacimiento de El Monastil (Roldán, 1975, 52, 141 y 209-210).

La llegada de Roma

En 218 a. C. estalló un conflicto entre las principales potencias mediterráneas del momento, Cartago y Roma, de imprevisibles consecuencias y duración. El primer objetivo romano fue el ataque conjunto contra los intereses púnicos, tanto en la península Ibérica como en propio territorio cartaginés. Aunque en un primer momento el periplo de Aníbal hacia Italia paralizó la estrategia romana, a finales del verano de ese mismo año, Cneo Cornelio Escipión desembarcaba en Ampurias.

Uno de los episodios más relevantes de la guerra en tierras peninsulares se produjo como consecuencia de la conquista de la ciudad de *Carthago Nova* a manos de Publio Cornelio Escipión en 209 a. C. El golpe de efecto romano se vio completado con la definitiva expulsión de sus últimos contingentes militares en 206 a. C.

Eliminado el problema cartaginés, el estado romano se planteó la posibilidad de establecerse en territorio peninsular, que había empezado a conocer merced a la intervención contra el enemigo púnico. Desde el principio del conflicto, los generales romanos habían procurado atraer hacia sus intereses a la oligarquía indígena, presentándose como liberadores del yugo impuesto por los cartagineses. Estas relaciones previas suavizaron los inicios de la presencia romana en la Península. Sin embargo, pronto se vieron claras las intenciones romanas de explotar econó-

micamente el territorio, sin tener en cuenta los intereses de las poblaciones autóctonas.

Las tensiones creadas entre dominadores y dominados se tradujeron en constantes revueltas de poblaciones descontentas con las nuevas reglas impuestas por los gobernadores romanos. En cualquier caso, no tenemos constancia de que estas revueltas se produjeran en territorio contestano. La realidad parece bien distinta de la que ofrecen las fuentes para otras zonas de la península Ibérica. Frente a las tensiones surgidas con celtíberos o lusitanos, los grupos dirigentes contestanos, acostumbrados a tratar con otros pueblos mediterráneos y recientemente con los cartagineses, tal vez vieron las posibilidades de mantener un buen entendimiento con los representantes de Roma en la Península. Durante la II Guerra Púnica los *régulos* ibéricos que describen las fuentes romanas se habían alineado indistintamente con uno u otro bando dependiendo del curso de la contienda, por lo que parecía consecuente que no se opusieran al vencedor.

En este contexto de finales del siglo III a. C., el poblamiento del valle de Elda se caracterizaba por la presencia de un núcleo principal fortificado (*oppidum*) que jerarquizaba el territorio, situado en el yacimiento de El Monastil, del que dependían otros enclaves igualmente ubicados en altura, de dimensiones más modestas. La llegada de Roma no parece alterar, en un primer momento, este patrón de asentamiento (POVEDA, 1996a, 417; 2006a, 59).

Lo que sí se ha documentado en el valle del Vinalopó es la temprana llegada de productos de importación de procedencia itálica, especialmente vino, que evidencia la pronta presencia de grupos o individuos itálicos o, al menos, culturalmente influenciados por Roma (POVEDA, 1996a; MÁRQUEZ, 2001, 118; 2006; MÁRQUEZ y MOLINA, 2001, 51 y ss.). Los primeros grupos llegados a la Península junto con los propios soldados fueron los recaudadores de impuestos y los hombres de negocios, que no han dejado pruebas materiales de su presencia en nuestras tierras. Por su parte, la existencia de tropas romanas en el valle de Elda tampoco se ha documentado, aunque existen elementos que inducen a plantear la presencia de ciertos individuos vinculados de algún modo a la milicia romana. En el caso de El Monastil, por ejemplo, se ha recuperado un conjunto de glandes de plomo, utilizados por el ejército romano en sus guerras de conquista en la Península, aunque resulta muy complicado demostrar que pertenecieran a un soldado romano (POVEDA, 1988, 92).

Ya en el siglo II a. C., Tiberio Sempronio Graco, pretor de la *Hispania Citerior*, intentó obligar a las poblaciones indígenas de la Península a dismantelar sus fortificaciones, así como prohibir la creación de nuevos núcleos amurallados. Estas medidas buscaban facilitar el aplastamiento de las revueltas contra el poder romano, especialmente endémicas en la Meseta.

En la práctica, la imposibilidad de mantener las murallas unida a otros factores, provocó que a lo largo del siglo II a. C. y especialmente el siglo I a. C., los lugares en altura se fueran abandonando, aunque la fuerza de la tradición y del patrón de asentamiento ibérico ralentizó este proceso (POVEDA, 1988, 92 y ss.; POVEDA y MÁRQUEZ, 2006, 65 y ss.). Así, El Monastil presenta en la parte alta del yacimiento niveles de ocupación más débiles a partir del cambio de era, en paralelo a una mayor actividad en el piedemonte y la zona más cercana a la margen del río. Los productos mediterráneos llegados a El Monastil son en estos momentos cada vez más abundantes, apareciendo no sólo ánforas vinarias, sino también cerámicas campanienses, boles helenísticos en relieve, cerámicas comunes romanas, etc. El conjunto de monedas recuperado a lo largo de las diferentes excavaciones realizadas en el yacimiento, indica un nivel relevante de circulación monetaria en esta época. El registro material constata de este modo la

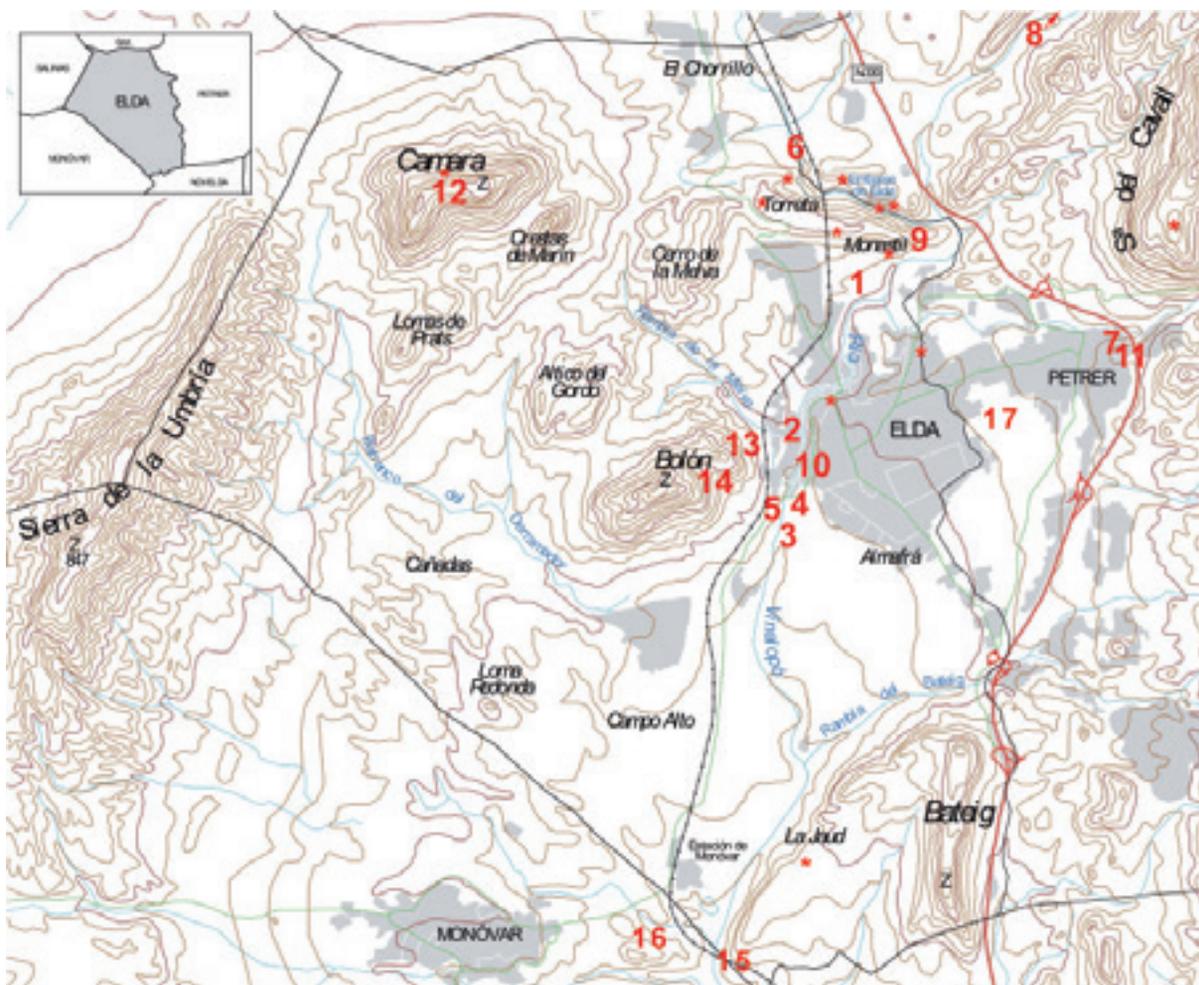
preferencia por productos de consumo inmediato como el vino y otros cerámicos de uso cotidiano e incluso de un cierto lujo, reflejo del nivel comercial y económico conseguido por el asentamiento (TORDERA, 1991; POVEDA, 1996a; POVEDA y MÁRQUEZ, 2006, 67).

El valle romano de Elda

La segunda mitad del siglo I a. C. y especialmente la época augustea fueron testigos de una serie de acontecimientos que se tradujo en profundos cambios en el patrón de asentamiento del valle del Vinalopó. El más relevante de todos fue sin duda la creación de la *Colonia Iulia Augusta*, que trajo consigo una importante población de soldados romanos licenciados, a los que el Estado en pago por sus servicios durante largos años, les concedía lotes de tierra en las provincias. El reparto entre los nuevos colonos ilicitanos se realizó mediante centuriaciones, tal como han demostrado diversos estudios (GOZÁLVEZ, 1974; GURT et alii, 1996; Frías, 2005; MÁRQUEZ, 2006, 77 y ss.).

La nueva ordenación del territorio se observa con cierta nitidez en el Bajo Vinalopó, mientras que en los valles Medio y Alto, su presencia es más difícil de comprobar, aunque ha sido propuesta y defendida por una parte de los investigadores que se han ocupado de esta cuestión (ROSELLÓ, 1980; PONCE, 1983; POVEDA, 1991, 74-76.; POVEDA, 2005, 170-173; MORATALLA, 2001; FRÍAS, 2005; MÁRQUEZ, 2006, 77 y ss.).

Sin embargo, más allá de las pruebas físicas de una eventual centuriación en esta zona, lo cierto es que a finales del siglo I a. C. y especialmente con el cambio de era, se observa una importante transformación desde el punto de vista de la explotación y ocupación del territorio. Así, al amparo del nuevo núcleo romanizador, comienzan a aparecer en las márgenes del Vinalopó asentamientos rurales dispersos, algunos de producción, tipo *villa*, mientras otros se interpretan como entidades de menor envergadura, como *vici* o *pagi*, en ocasiones, difíciles de identificar arqueológicamente (POVEDA, 1988, 100-101; 1991a; 1996a; MÁRQUEZ, 2006, 77). En este sentido, la intensa antropización del medio que puede observarse en los valles Medio y Alto del Vinalopó ha condicionado tradicionalmente la conservación de los restos, por lo que el conocimiento que tenemos de estos asentamientos es bastante limitado.



Mapa con la localización de los principales asentamientos romanos del valle de Elda:

1. Casa Colorá
2. Arco Sempere
3. Las Agualejas
4. Puente II
5. Puente I
6. El Chorrillo
7. Petraria
8. Caprala
9. El Monastil
10. Calle Marina Española
11. Castell de Petrer
12. Camara
13. Laderas de Bolón
14. Peñón de la Tía Gervasia
15. Puente de la Jaud
16. El Charco
17. IES Azorín-La Pedrera
(según MÁRQUEZ, 2006).

Nuevamente, el yacimiento mejor conocido para este momento es El Monastil. El progresivo abandono de la parte alta del cerro se hizo más evidente en época de Augusto, hasta resultar definitivo en época flavia, mientras que el piedemonte se ocupó con estructuras orientadas a actividades artesanales. Hasta la fecha, se han documentado dos hornos cerámicos y uno metalúrgico, dados entre el último cuarto del siglo I a. C. y el primer cuarto del siglo I d. C. (POVEDA, 1996a, 418; 1998; 1999, POVEDA y MÁRQUEZ, 2006, 70-72).

Tanto el horno metalúrgico como uno de los hornos cerámicos han sido excavados, conociendo su morfología y estructura. El destinado a la fundición de metales era

de fábrica en adobe, apareciendo colmatado por escoria de hierro. Asimismo, se documentaron tanto un hueco semiesférico excavado en el suelo para contener un crisol como sendos sillares vaciados, uno usado como pileta mientras el otro presentaba dos huecos de forma rectangular, para ser usado como molde, así como una gran maza de hierro.

El horno cerámico ya excavado había perdido la cubierta, aunque conservaba las paredes de tapial. La parrilla del *laboratorium*, de planta cuadrada y prácticamente completa, presentaba un total de veintisiete toberas, la mayoría de las cuales estaban taponadas por guijarros, con el fin de proporcionar mayor presión y por tanto

Horno cerámico romano
de El Monastil
(archivo gráfico del Museo
Arqueológico de Elda)



conseguir una mayor temperatura en el horno. El *prae-furnium* se encontraba en buen estado de conservación, así como la *spina* o tabique central que dividía en dos el *hypocaustum*. Todavía no se ha documentado el testar que suele asociarse a los hornos cerámicos, si bien el hallazgo de un nuevo horno alimenta las esperanzas de encontrarlo.

A pesar de ello, en la excavación del interior del horno se pudieron recuperar algunas de las piezas de la última hornada, que nunca llegaron a su destino. Se trata de un par de ladrillos cuadrados que aparecieron tal como se colocaron para ser cocidos, uno en posición horizontal y el otro en vertical, apoyado sobre el primero, mientras que un tercer ladrillo, rectangular, apareció al lado del horno. Igualmente, en la parte inferior de la parrilla se pudieron extraer varios fragmentos de un mortero de cerámica común incrustado entre los adobes, por lo que parece que este tipo de cerámica se fabricaba en el horno, al igual que sucede en otros hornos similares, así como una ánfora de tipo Lomba do Canho 67, datada en el tercer cuarto del siglo I a. C. Por otra parte, colmatando el horno destaca la presencia de ánforas Dressel I. Finalmente, sellando este nivel aparecieron varias piezas de cerámica *terra sigillata* aretina, destacando una con la marca ZOIL, de Zoilus, trabajador del conocido taller de Ateius, con una cronología que abarca del 10 a. C. al 15 d. C.

Una de las piezas recuperadas en la excavación arqueológica del interior del horno es un molde cerámico para fabricar lucernas, que presenta una marca incisa en la que se puede leer en negativo el nombre del alfarero, L·EROS, es decir, Lucio Eros. El nombre se ha relacionado con un esclavo o un liberto, de origen griego, que se encargaría del control de la producción cerámica en el horno, o en los hornos.

El yacimiento de El Monastil sigue dando sorpresas. En la intervención realizada en 2007 en las inmediaciones del horno conocido se ha documentado, inmediatamente al oeste, una nueva estructura de adobe, con toda probabilidad un nuevo horno cerámico, que será excavado próximamente y que parece encontrarse, *a priori*, en mejor estado de conservación que el mencionado anteriormente. Una vez excavado el posible nuevo horno, quedará por vislumbrar el papel ejercido por estas estructuras en el desarrollo económico del valle de Elda en general y del asentamiento en particular. Pero especialmente relevante es el esclarecimiento de la difusión de estas producciones, puesto que se ha tendido a considerarlas como de difusión local o comarcal, aunque en realidad hasta la fecha no se ha realizado ningún estudio concreto que tenga como objeto las producciones cerámicas fabricadas en El Monastil, si bien es evidente que no son hornos de grandes dimensiones (POVEDA, 1996a, 418; 1998; 1999; POVEDA y MÁRQUEZ, 2006, 70-72).

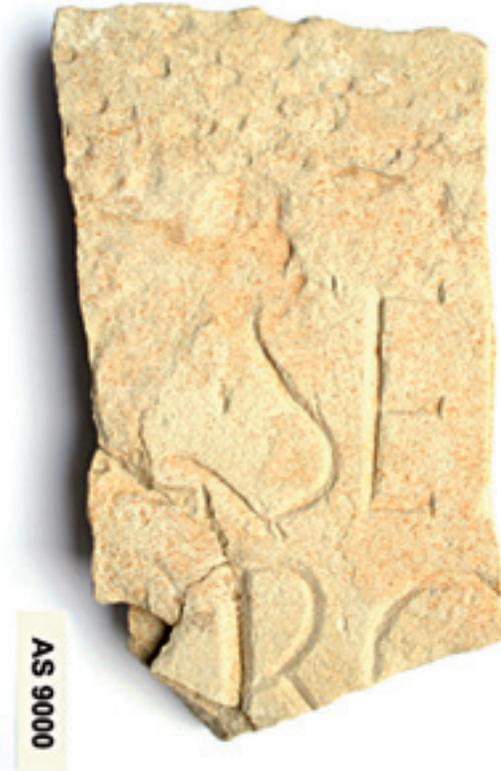
Ya a mediados del siglo I d. C., una vez el horno cerámico ha cesado definitivamente su actividad, se reordena el espacio en esta zona de llanura o piedemonte, pasando a tratarse no ya de una zona de producción, sino de habitación, al haberse documentado restos de una *domus* de época julio-claudia. Por tanto, el primitivo *oppidum* ibérico podría haberse transformado en un modesto *vicus* o una *mansio* romana, que vendría a configurarse como una más de las estructuras situadas en llano documentadas en época altoimperial en el valle Medio del Vinalopó (POVEDA, 1996a, 421; POVEDA y MÁRQUEZ, 2006, 72).

En paralelo al lento declinar de la ocupación en El Monastil y al amparo del nuevo núcleo romanizador situado en *Ilici*, aparecieron progresivamente a lo largo de finales del siglo I a. C. y especialmente a partir de la época de Augusto, una serie de unidades de explotación del territorio diseminadas a lo largo de las márgenes del Vinalopó. Se trata de asentamientos de tipología diversa, variando su tamaño y características, pero su existencia significa, en definitiva, la ocupación del llano, con el abandono de los lugares en altura (POVEDA, 1991a; MÁRQUEZ, 2006).

Los establecimientos documentados son tanto las típicas *villae* como otros de menores dimensiones. Estos enclaves aprovecharon las fértiles tierras cercanas en el fondo del valle, orientándolas especialmente a la producción oleícola, como tendremos ocasión de comprobar más adelante.

Los asentamientos de mayores dimensiones se han localizado en Arco Sempere y Las Agualejas, en Elda, mientras que en Petrer se encuentra la denominada *villa Petrarica*.

La primera de las *villae*, la de Arco Sempere, se sitúa entre la ladera oriental del monte Bolón y la margen derecha del Vinalopó, habiéndose localizado cinco ambientes rectangulares dispuestos alrededor de un posible patio, con restos de un mosaico, que pertenecería a la *pars urbana* de la villa, así como una acequia y una balsa revestida de *opus signinum*, con molduras de media caña en los ángulos (*pars rustica*). En esta villa se halló un fragmento de la inscripción funeraria de un personaje llamado *G(aius) Sem[pronius] PR[onius]*, por tanto perteneciente a la *gens Sempronia*, fenómeno habitual en esta zona. La inscripción se ha datado entre finales del siglo II y principios del siglo III d. C. (POVEDA, 1982; 1986; 1991a, 76; MÁRQUEZ, 2006, 83-84).



Inscripción romana procedente de Arco Sempere (archivo gráfico del Museo Arqueológico de Elda)

Al igual que ocurre en otras *villae* del entorno, en las proximidades de Arco Sempere se han documentado otros yacimientos que podrían estar íntimamente relacionados con esta *villa*. Se trata, por un lado, del Cerro de las Sepulturas, que podría haber funcionado como necrópolis del asentamiento en época tardorromana, mientras que en la llamada Finca de Félix, se han registrado muros de abancalamiento y delimitación parcelaria de época romana, en uso hasta la fase islámica. Destaca igualmente una cubeta de mortero y un canal de mampostería (MOLINA y ESQUEMBRE, 2002; MÁRQUEZ, 2006, 83-84). La actividad de la *villa* puede datarse desde mediados del siglo I d. C. hasta el siglo III, manteniendo posteriormente una segunda fase de ocupación y explotación del territorio entre los siglos V-VII, que en época islámica fue de nuevo reactivada (AGULLÓ y PEIDRO, 2006, 130).

En la margen izquierda del Vinalopó, cerca de los meandros del río, se encuentra la *villa* de Las Agualejas. La Arqueología ha proporcionado múltiples restos en una zona bastante extensa, por lo que al igual que en el caso de Arco Sempere, varios yacimientos conformarían una misma área productiva, económica y de ocupación. El enclave principal lo situaríamos en el yacimiento del que recibe el nombre la *villa*, que se encuentra en las terrazas próximas a los meandros del río, en una zona con terrenos muy fértiles. Los hallazgos en este punto son significativos, habiéndose documentado dos balsas en forma de herradura, revestidas de *opus signinum*, asociadas a una construcción de obra mixta de mampostería y ladrillo que presentaba un pilar de sustentación de ladrillos bipedales. Estas estructuras se han relacionado con la existencia de unas posibles termas privadas, es decir, con la *pars urbana* de la *villa*. Igualmente se documentaron varios muros de mampostería recibida con mortero de cal, restos de enlucidos, una basa de columna y restos de un sillar de arenisca, cuya función dentro del complejo de la *villa* se desconoce. El yacimiento parece mantenerse activo entre los siglos I y VI d. C. Asimismo, los hallazgos numismáticos registrados en la cercana partida de Lumbos se han vinculado a la actividad de la *villa* (MÁRQUEZ, 2004; 2006, 84-85).

Por otra parte, muy recientemente se han realizado excavaciones arqueológicas en la partida de El Melich, en el denominado Sector 9 del término municipal de Elda, donde se ha documentado la existencia de estructuras relacionadas con una zona de producción del último cuarto del siglo I a. C. y época altoimperial. Los restos señalan la presencia de un gran patio alrededor del cual se disponen diez estancias cuadradas, entre las que destacan almacenes, una cocina, un pozo de agua y dos pequeños hornos de leña. Estas construcciones están asociadas a los restos de una almazara, que conservaría dos balsas para la decantación de aceite. Las instalaciones productivas podrían pertenecer a la *villa* situada en Las Agualejas, de la que conocíamos la *pars urbana*, complementándose de este modo, con la *pars rustica* documentada en El Melich.

La llamada *villa* de Petraria (Petrer), por su parte, presenta niveles del siglo I d. C., aunque su fase más espectacular y conocida comenzó a partir del siglo IV. De época altoimperial se han recuperado materiales que indican la

actividad en la zona, pero se trata de datos muy parcos que siguen planteando muchos interrogantes acerca del papel jugado por este asentamiento.

Mención aparte merecen los yacimientos de Puente I, Puente II y los hallazgos situados al noreste y este de los anteriores, en la calle Marina Española y en el solar donde se ubica actualmente el templo de San Pascual, todos ellos vinculados entre sí, aunque en los dos últimos casos se trata de materiales residuales no asociados a ninguna estructura (Poveda y Peidro, 2003). El primero de ellos, Puente I, apenas ha aportado información, más allá de la presencia de unos muros muy arrasados, datados entre los siglos I-III. Por su parte, Puente II, a menos de un km. al norte de Las Agualejas, en la margen izquierda del río, conservaba una estructura rectangular con cisterna y balsa contigua, ambas revestidas con *opus signinum*; interpretada inicialmente como lagar para la producción de vino, aunque recientemente se ha replanteado esta cuestión, abriendo la posibilidad de que se trate de parte de una almazara. En el mismo yacimiento se ha registrado la existencia de una estancia cuadrangular y una dependencia con ábside. Desde el punto de vista de la cultura material, destaca la base de un pequeño pilar de piedra perteneciente a un altar asociado al culto doméstico. La ocupación del asentamiento podría haberse iniciado en el cambio de era, aunque, recientemente J. C. Márquez ha planteado una cronología de pleno siglo I d. C. para datar los comienzos de la actividad oleícola, con una continuidad hasta al menos el siglo III (MÁRQUEZ, 2006, 85). Ya en el siglo II se registran reformas en las estructuras, documentándose el abandono de la cisterna y la división en dos de la capacidad de la balsa, mientras que a principios del siglo III uno de los depósitos estaría ya en desuso, presentando materiales islámicos en los niveles de colmatación, por lo que no se puede confirmar una continuidad en la utilización de la misma. En cualquier caso, la interpretación de esta zona de producción, situada en Puente II y Puente I sigue planteando algunos interrogantes, bien por su posible vinculación a la *villa* de Las Agualejas, o bien por su carácter de *vicus* o pequeño asentamiento rural independiente situado en las proximidades de la citada *villa* (POVEDA Y SOLER, 1999; MÁRQUEZ, 2006, 85).



Vista parcial del yacimiento de
Puente II (archivo gráfico del Museo
Arqueológico de Elda)

Un caso parecido encontramos en el yacimiento de Casa Colorá, con unos niveles altoimperiales poco definidos, que permiten situar un momento de actividad inicial en torno al siglo I a. C. hasta el siglo II d. C. La fase más importante del asentamiento se sitúa entre los siglos IV y VII, como veremos más adelante (ROSELLÓ, 1986; ESQUEMBRE y TORREGROSA, 2001; MÁRQUEZ, 2006, 82-83).

Curiosamente, el único momento no representado en Casa Colorá es el siglo III d. C. Ese mismo fenómeno se ha documentado en otros asentamientos del valle que, o bien desaparecieron en el siglo III o bien no presentan materiales en esa centuria. En éste último supuesto, podría haber un problema de registro, en el caso de los yacimientos en los que no se han realizado excavaciones científicas. No obstante, resulta sugerente observar que Puente I desapareció en el siglo III, así como el cese de la actividad documentado en Arco Sempere. El asentamiento productivo documentado en Caprala (Petrer) donde se han registrado un par de balsas de *opus signinum*, únicamente estuvo en funcionamiento entre los siglos I y II d. C. Es posible que lo mismo ocurriera en El Chorrillo, que presenta materiales residuales de época altoimperial (JOVER y SEGURA, 1995, 76-90; MÁRQUEZ, 2006, 86 y 88). En cualquier caso, se observa en el valle un abandono de los núcleos más modestos, excepto en el caso de Arco Sempere, quedando activas las *villae*, que van a tener un momento de auge a partir del siglo IV.

Tal como hemos ido desgranando al revisar los diferentes yacimientos de época altoimperial, se observa la existencia de varias *villae* con un papel destacado a ambas márgenes del río, con una *pars urbana* que revela un cierto estatus económico y una *pars rustica* que evidencia la importancia de la producción oleícola de la zona. De todos modos, los datos con los que contamos en la actualidad llevan a pensar más en una producción dedicada al autoconsumo, con posibles excedentes, cuya salida sería en un ámbito reducido, quizás, a nivel comarcal (MÁRQUEZ, 2006).

La transformación de El Monastil de *oppidum/civitas peregrina* a *vicus* o *mansio* con estructuras vinculadas a la producción alfarera primero y a la habitación posteriormente, con la presencia de una posible *domus* en el piedemonte del yacimiento, comenzó a cambiar a partir del siglo IV, especialmente en la segunda mitad (POVEDA, 1996a; REYNOLDS, 1993; 1996; PEIDRO, 2005; POVEDA y PEIDRO, 2007). Y es que si durante el siglo III desaparecieron asentamientos, durante el siglo IV se produjo un fenómeno general de embellecimiento de las *villae*, al mismo tiempo que El Monastil recuperaba parte de la actividad en la zona alta del yacimiento.

El lento declinar de Roma y su repercusión en el valle de Elda

La crisis que afectó al Imperio durante el siglo III no ha dejado apenas evidencias en el valle de Elda. La ausencia de datos arqueológicos dificulta aún más la correcta interpretación del papel jugado por El Monastil en estos momentos. En este sentido, se había señalado la ausencia de materiales del siglo III en El Monastil (POVEDA, 1996a, 420-421; 2006b, 98). Sin embargo, a la luz de los materiales aparecidos en las últimas campañas de excavación, se ha registrado un pequeño conjunto de piezas con una cronología de la primera mitad del siglo III, aunque permanece de momento inédito a la espera de un estudio más pormenorizado. Ya en campañas anteriores se había documentado la presencia de materiales cerámicos de la segunda mitad del siglo III y de algunas monedas de Galieno y Claudio II. A finales del primer tercio del siglo IV se observa una recuperación en la ocupación del yacimien-

to, con mayor presencia de cerámicas finas, ánforas y un conjunto de monedas, que sugieren un cierto volumen de circulación monetaria (POVEDA, 1996a: 421; POVEDA y MÁRQUEZ, 2006, 73).

Simultáneamente, a partir de finales del siglo IV, se constata un cambio en el patrón de asentamiento general del valle de Elda, con la aparición de varios enclaves en altura, de pequeñas dimensiones, posiblemente vinculados a la voluntad de evasión fiscal de parte de la población, que huía de los núcleos habitados principales. Es el caso de yacimientos como Camara, reocupado tras un milenio, y Puente de la Jaud en Elda, así como Els Castellarets, Gurrama y Castell en Petrer, (POVEDA, 1992-1993; 1996a; JOVER y SEGURA, 1995). Estos yacimientos son conocidos por prospecciones, no habiéndose realizado excavaciones arqueológicas, que permitirían tener un conocimiento más profundo de su evolución. Esta coyuntura poblacional se mantuvo durante el siglo V incluso con la aparición de algún enclave nuevo, como es el caso del Peñón de la Tía Gervasia. Igualmente se conocen zonas de enterramiento o bien inhumaciones individuales aisladas, como el Cerro de las Sepulturas y la Plaza de la Torreta en el primer caso, y de los Llanos de Camara en el segundo.

Sin embargo, a pesar de la proliferación de los asentamientos de pequeñas dimensiones, a partir del siglo V, el núcleo vertebrador del territorio del valle de Elda, incluso del valle Medio del Vinalopó volvió a ser, una vez más, El Monastil. En un momento impreciso del siglo V se produjo la reconstrucción de la muralla, aprovechando en parte el trazado de la antigua fortificación del *oppidum* ibérico, que había caído en desuso siglos antes. Contemporáneamente, se constata una fuerte ocupación del yacimiento, tanto en la parte alta como en la ladera del cerro así como en el piedemonte, lo que indica la concentración de parte de la población del valle en El Monastil. El abandono de los asentamientos de Camara, Puente de la Jaud, Gurrama y Castell de Petrer, a lo largo del siglo V se ha vinculado precisamente con la posibilidad de un trasvase de población de estos enclaves al núcleo principal del valle (REYNOLDS, 1993; POVEDA, 1992-1993; 1996b; 2006b; PEIDRO, 2005; POVEDA y PEIDRO, 2007).



Tradicionalmente la investigación histórica había mantenido que la presencia de estas fortificaciones estaba reflejando una clara voluntad de defensa, relacionándose con los peligros que pudieron acarrear en la zona las invasiones de los pueblos germánicos. Recientemente se han buscado otras hipótesis, minimizando el impacto que tuvieron las correrías de alanos y vándalos en la provincia Cartaginense (Arce, 2005).

No obstante, a pesar de que las líneas de investigación en las que se trabaja actualmente son sugerentes, no se debe menospreciar la influencia que pudo jugar el factor psicológico en las poblaciones del Sureste respecto a los

acontecimientos que se iban precipitando a lo largo del siglo V.

El impacto de estas invasiones fue notable en la intelectualidad de la época, como reflejan los escritos de Hidacio o Isidoro de Sevilla, que narran las invasiones, dando su propia visión de los acontecimientos. En estos textos los invasores germánicos son presentados de forma peyorativa, como destructores de la civilización romana, incluso en el caso de Hidacio con una visión apocalíptica del futuro de la Península en manos bárbaras.

Lo cierto es que tanto los campesinos como los peque-

Fotografía aérea de la parte alta del yacimiento de El Monastil (según Martínez Lorenzo, 2006, 5)

ños y grandes propietarios del momento, conocerían que tanto alanos como vándalos recorrían por la mitad sur de la Península sin que el estado romano pudiera hacer nada por detenerlos. Estas noticias unidas a la visión negativa que parecían despertar entre los hispanorromanos los pueblos germánicos y la destrucción parcial de *Carthago Spartaria* a manos vándalas, pudieron ejercer una cierta presión psicológica en las poblaciones del Sureste. Por ello, aunque sin duda no fue el único factor, probablemente el temor a una *razzia* vándala o alana, por lejanas que estuvieran las “hordas bárbaras” en esos momentos, debía existir. En este contexto las pequeñas aristocracias rurales posiblemente intentaron proteger sus propiedades y su posición social, lo que explicaría la refacción de la muralla en El Monastil.

Sin embargo, la entrada de poblaciones germánicas y sus correrías por territorio peninsular no frenaron los intercambios comerciales con otros puntos del Imperio. Así durante el siglo V El Monastil recibió importaciones de alimentos procedentes de diferentes áreas del Mediterráneo en mayores proporciones de lo que se había producido hasta ese momento. Se trataba fundamentalmente de vino, aceite y salazones, pero también se aprecia la llegada de cerámicas finas y productos de lujo (REYNOLDS, 1993; PEIDRO 2005; POVEDA y PEIDRO, 2007).

En cuanto a los asentamientos diseminados a lo largo del curso del río, a diferencia de los situados en cerros o lugares de fácil defensa, vivieron un momento de esplendor. Se trataba, en definitiva, de las viviendas de los principales personajes de la zona, que invirtieron decididamente en su embellecimiento, como es el caso de las Agualejas, Petrería o Casa Colorá.

Precisamente fue en los siglos IV y V cuando la denominada *villa Petraría* gozaría de su fase de mayor relevancia desde el punto de vista arquitectónico. Situada en un lugar elevado próximo a la rambla de Puça, ocuparía un área de entre 1 y 2 hectáreas, en el actual casco antiguo de Petrer. Los hallazgos más significativos se vinculan a la *pars urbana* de la *villa*.

Por un lado, se ha documentado una estancia poligonal con restos de un mosaico de motivos decorativos geométricos, polícromo, asociado a la fase de ocupación

de la *villa* durante los siglos IV-V (Jover y Segura, 1995; Márquez, 2006, 85). Igualmente, se ha detectado un vertedero, en el que aparecieron materiales de construcción, especialmente *tubuli* y ladrillos cuadrados y circulares, que recuerdan los utilizados en los pilares de un *hypocaustum*, termas privadas de la *villa*.

Por otro, han aparecido unas construcciones interpretadas como un posible mausoleo familiar, de fábrica de adobes y cubierta de *tegulae* e *imbrices*, con una estancia dedicada a inhumaciones infantiles. El conjunto funerario estaría datado entre los siglos II y V destaca igualmente el hallazgo de dos fragmentos de mármol, asociados a estos enterramientos, que podrían pertenecer a la caja de un sarcófago paleocristiano, datado entre finales del siglo IV y principios del V, del tipo “*a porte di città*”, con la escena de la *traditio legis*. En ella se representaría con la figura de Cristo en el centro de la caja flanqueado por Pedro y Pablo, o bien por ambos y el resto de apóstoles, así como con la figura del difunto postrado ante Jesús, o el propio Cristo barbado en una esquina de la tapa (POVEDA, 2001; 2006b; MÁRQUEZ, 2006, 87). Otros hallazgos producidos en la zona del casco histórico de Petrer, merecen nuestra atención, ya que podrían tratarse de zonas bajo la influencia de la *villa*, o bien dependientes de ella. Es el caso de la zona de la Pedrera y el IES Azorín, con restos materiales superficiales dispersos.

El asentamiento de Casa Colorá, que había tenido su inicio en el Alto Imperio y que parece abandonarse en el siglo III, en época tardoantigua presenta un ábside, con restos de un pavimento en su interior, así como el enterramiento de un individuo, inhumado en una caja de ladrillos y *tegula*, ubicado en el lado oriental de un edificio de dimensiones desconocidas. Detrás del ábside se han hallado otros dos enterramientos, en este caso, expoliados, así como sendos silos. Estos hallazgos se han vinculado a un posible mausoleo e incluso recientemente se ha planteado la posibilidad de que el fragmento de sarcófago en el que aparece el ciclo de Jonás podría pertenecer al yacimiento de Casa Colorá y no a El Monastil, como hasta la fecha se había mantenido (POVEDA, 1990; 1998; 1999a; 2001; 2006b; MÁRQUEZ, 2006, 82). Asociadas a este edificio se han registrado otras estructuras de diversa tipología entre las que destacaría un pequeño horno.

A la luz de estos datos, Casa Colorá podría interpretarse como un posible *fundus*, en funcionamiento entre los siglos IV y VII, con *pars urbana*, un sector dedicado a la actividad artesanal a la que se asociaría el horno y una zona funeraria, relacionada con el ábside y los enterramientos anteriormente mencionados.

Como hemos visto, los primeros testimonios materiales de la entrada del cristianismo se vinculan a las *villae*, tanto en el caso de Petraría como de Casa Colorá, concretamente a sendos mausoleos. Se trata en ambos casos de sarcófagos de mármol con iconografía cristiana, productos de importación, de lujo, que únicamente podían permitirse los personajes más adinerados de la zona, lo que vendría a indicar que el cristianismo había calado al menos entre las capas altas de la sociedad.

El sarcófago del ciclo de Jonás, tal como hemos mencionado, se recuperó en el Castillo de Elda reutilizado en una cisterna de época moderna. Se trata de un fragmento de la tapa de un sarcófago de mármol de Carrara, por tanto, de procedencia itálica. En él aparece representado parte del pasaje bíblico de Jonás devorado por un monstruo marino, así como parte de la segunda escena, en la que el profeta es vomitado por el cetáceo. Simbólicamente, el ciclo del profeta Jonás se identifica con el estereotipo del fiel cristiano. Jonás es arrojado a las fauces del monstruo por sus compañeros de viaje, siendo posteriormente vomitado por el animal, apareciendo al final descansando

bajo una calabacera. Así, el buen cristiano tras su muerte es arrancado de las sombras de la muerte para reposar en el Paraíso. Se trata, pues, de un tema recurrente en un momento en el que el cristianismo estaba apareciendo con fuerza en la península Ibérica, mientras que en otras partes del Imperio ya se había consolidado como una de las principales religiones (POVEDA, 1990; 1998, 1999a; 2001).

Fragmento de tapa de sarcófago con representación del ciclo del profeta Jonás (archivo gráfico del Museo Arqueológico de Elda)



Bizantinos en el valle de Elda

La política conquistadora de Justiniano, emperador romano de Oriente, derivó a mediados del siglo VI en el envío de tropas a la península Ibérica con el fin de llevar a cabo su *Restitutio Imperii*, es decir, la recuperación de los territorios que formaron en su día el Imperio romano y que se encontraban en manos de diferentes reinos germánicos. Sin embargo, únicamente pudo conseguir el control de la parte meridional de la Península, con capital en *Carthago Spartaria*, un dominio con una frontera imprecisa, que se encuentra en continuo debate entre los historiadores.

El valle del Vinalopó en general y el valle de Elda, en particular, estarían incluidos en esta zona, siendo *Ilici* una de las ciudades más destacadas. Los centros urbanos estarían apoyados o resguardados, a su vez, por otros asentamientos ubicados en lugares estratégicos. En el caso de *Ilici*, el baluarte mejor situado para defenderla era, además del cercano Castellar de la Morera, a una cierta distancia, el propio El Monastil. Situado en un meandro del río Vinalopó, suponía un punto estratégico de primer nivel para el control del paso desde la propia *Ilici* hacia la meseta. De la misma manera, El Monastil estaría defendido por asentamientos fortificados en altura como Els Castellarets (Petrer) y El Zambo (Monóvar-Novelda). Es decir, el papel de El Monastil en el territorio circundante fue probablemente el de cohesionador del poblamiento y núcleo de referencia para las comunidades asentadas a lo largo del curso alto y medio del río. Cumpliría, de este modo, algunas de las funciones que debería asumir una ciudad, aunque no lo fuera propiamente, al no gozar de un estatus privilegiado (POVEDA, MÁRQUEZ y PEIDRO, 2008).

La administración bizantina, por tanto, estaría interesada en controlar el acceso hacia la meseta desde la costa y las eventuales arremetidas visigodas contra su territorio. Por ello se reconvertiría El Monastil en un *castrum*, o asentamiento fortificado, aprovechando las estructuras ya existentes, como es el caso de la muralla (POVEDA, 1992-1993; 1996a; 2006b; RIBERA, 2004). En otros casos, se detectan reformas y reestructuraciones en algunas zonas del asentamiento. Es el caso de la parte alta, donde sobre la planta originaria de poblado ibérico de calle central, se diseñó un urbanismo más vinculado a la representación, asociado a la iglesia, con construcciones de varias estancias y de

mayores dimensiones que cualquiera de las documentadas en el yacimiento hasta esta fase (POVEDA, MÁRQUEZ y PEIDRO, 2008).

Tras un profundo análisis de los datos arqueológicos con los que contamos en la actualidad, se ha replanteado la cronología de la iglesia situada en la parte alta del yacimiento. La propuesta actual mantiene que podría haberse erigido a finales del siglo VI o bien a principios del siglo VII (POVEDA, MÁRQUEZ y PEIDRO, 2008), en plena fase de dominación bizantina.

Por otra parte, asociados a este edificio religioso se han documentado materiales interpretados como mobiliario del templo, todos ellos con paralelos en contextos litúrgicos y en su mayoría, de época bizantina. Concretamente se trata de una basa de columna octogonal; un fragmento de píxide o relicario de marfil con la representación de una cierva, que se ha relacionado con uno de los trabajos de Hércules (personaje mitológico que se asimila a Cristo en contextos litúrgicos de esta época); varios fragmentos de una mesa de altar polilobulada de mármol egeo que pudo haber estado formada por nueve lóbulos en total. Finalmente, debemos señalar la existencia de una piedra rectangular vaciada, que podría haberse utilizado en la iglesia como pila de agua. (LLOBREGAT, 1977a; POVEDA, 2000b; 2003; 2006; 2007; MÁRQUEZ, 1994-1995; 1996; 2000; MÁRQUEZ y POVEDA, 2000).

Igualmente, se ha recuperado un pequeño conjunto de ponderales o *exagia* así como una pequeña balanza de bronce. Se trataría de un pequeño conjunto de pesas oficiales, que coinciden con las utilizadas por la administración bizantina, representando una libra y una uncia. La presencia de estos elementos de la administración oficial vendría a indicar el ya mencionado papel administrativo y comercial de El Monastil, aunque siempre a la sombra de la ciudad de *Ilici* (POVEDA, 2003; 2006b; 2007).

Asimismo, a apenas doscientos metros de este asentamiento se localizó parte de una necrópolis, que ha sido datada entre finales del siglo VI y principios del siglo VII. Se recuperó un total de dieciséis individuos, en doce sepulturas. También se documentó la existencia de silos asociados a la necrópolis y una zona para la realización de ágapes funerarios en honor del difunto. En el interior



Enterramiento múltiple
de la necrópolis del Camino
de El Monastil (archivo gráfico del
Museo Arqueológico de Elda)

de las sepulturas se recuperaron varios pendientes de bronce en forma de ocho, anillos de hierro, bien con una sigma mayúscula grabada, bien con una cruz; igualmente se hallaron collares de diferentes tipos y una pulsera de bronce con la representación de la cabeza de unos ofidios o reptiles en los extremos. La presencia de este tipo de zoomorfos en la decoración es muy común en estos contextos culturales. Todo ello induce a pensar en una comunidad de influencias orientales, o al menos en la importación de estos elementos de ajuar, aunque no se puede afirmar con rotundidad (POVEDA, 1996c; 2006b, 100-104; SEGURA y TORDERA, 1997; 1999; 1999a; 2000).

En cuanto al territorio circundante, los asentamientos que conocemos en el valle Medio del Vinalopó son *villae*

situadas en el llano, junto al río, que ejerce su papel de elemento vertebrador del territorio. Al margen de los establecimientos ya mencionados del valle de Elda, más al norte, hacia Sax y Villena, la situación se repite, encontrando múltiples asentamientos en el llano. Recientemente se han realizado prospecciones sistemáticas en Villena, en la zona de la partida de El Campo, en la cubeta central de Villena-Caudete (POVEDA, 2005; PÉREZ y HERNÁNDEZ, 2006) y se han recuperado materiales de época tardoantigua, que vienen a indicar la existencia de una ocupación de las zonas llanas, con poblamiento disperso y, al mismo tiempo, su dependencia respecto del núcleo principal de los valles Medio y Alto del Vinalopó, esto es, de El Monastil.

El poder visigodo y el enfrentamiento con los bizantinos

Con la llegada de Leovigildo al trono visigodo en 569 se produjo un cambio en la política del reino de Toledo respecto a los territorios peninsulares que quedaban al margen de su control, es decir, los ocupados por suevos, vascones y bizantinos. Se llevaron a cabo varias campañas militares fruto de las cuales se consiguió la conquista de la Oróspeda, región situada entre las fuentes del Guadalquivir y la parte oriental de sierra Morena (VALLEJO, 1993, 173). Con posterioridad, continuaron las acciones militares contra territorio bizantino, momento en el que probablemente el valle de Elda quedó bajo dominio visigodo. El papel estratégico jugado por El Monastil en momentos anteriores no debió pasar por alto a los visigodos, por lo que en un momento indeterminado de finales del siglo VI y principios del siglo VII podrían haber conquistado el enclave, con el fin de avanzar hacia la definitiva expulsión de los bizantinos.

Sin embargo, ante la imposibilidad de conseguir su objetivo último, el avance militar visigodo se vio frenado y necesitado de administrar los nuevos territorios ganados al enemigo. Es posible que en ese contexto se enmarcara la creación de una sede episcopal nueva, la elotana - de *Elo* - que vendría a sustituir a la tradicional en la zona, la de *Ilici*, que estaba en manos bizantinas. Precisamente las fuentes tardoantiguas nos remiten a la población de *Ad Elle*, según Esteban de Bizancio (s. V d. C.); mientras el denominado Anónimo de Rávena (ss.VII-VIII d. C.) menciona la de *Edelle* o *Eloe* IV, 42 (304, 11) y V 3 (343, 3). Finalmente, la *Guidonis Geographica* 82 (515, 10), la más tardía, del siglo XII, presenta el topónimo *Edelle* (ROLDÁN, 1975, 52, 141 y 209-210), todos ellos identificados con El Monastil.

Habría, por tanto, un obispado bizantino en *Ilici* y otro visigodo en *Elo*, tal como aparece citado en los textos: “*Sanabilis sanctae ecclesiae elotanae episcopus subscripsi*” (VIVES, 1963; MARTÍNEZ y RODRÍGUEZ, 2002). El estado visigodo aprovechó las infraestructuras utilizadas por los bizantinos, manteniendo la muralla, el urbanismo de la parte alta y añadiendo al mobiliario de la iglesia una *fenestella confessionis*, de la que se conservan algunos fragmentos, con decoración arquitectónica y zoomorfa (Poveda, 1988,

134; 1988a, 27; 1991, 613; 2000b, 575; 2006b, 112; 2007, 182; REYNOLDS, 1993, 76; MÁRQUEZ y POVEDA, 2000).

Sin duda, los visigodos no tenían la certeza del tiempo que necesitarían para anexionarse el resto del territorio bizantino, pero lo cierto es que apenas tardaron unas décadas en conseguirlo. Por ello, tras las conquistas de *Ilici* y *Carthago Spartaria*, así como con la definitiva expulsión de los bizantinos de la Península a manos de las tropas del rey Suintila, se produjo la coexistencia, al menos nominal, de ambas sedes episcopales, la ilicitana y la elotana. Esta situación implicaba que un mismo obispo regía ambas sedes, firmando en varios de los concilios del siglo VII conservados como “*episcopus ecclesiae ilicitanae qui et elotanae*” (VIVES, 1963; MARTÍNEZ y RODRÍGUEZ, 1992; 2002).

La nueva coyuntura, en la que *Ilici* recuperaba su papel predominante en la zona desde el punto de vista político, administrativo y religioso, implicaba la práctica desaparición de los elementos de prestigio y representación hasta la fecha presentes en El Monastil, para pasar nuevamente a *Ilici*. El cambio en la ubicación del poder político y religioso supuso un duro golpe para El Monastil, presentando un profundo descenso en el volumen de materiales a partir de mediados del siglo VII (PEIDRO, 2005, 155; POVEDA y PEIDRO, 2007, 344).

De este modo, una vez que el problema con los bizantinos estaba resuelto, el poder administrativo había cambiado de lugar y los lugares fortificados no eran ya necesarios, se produjo un acusado abandono del asentamiento, volviendo a encontrar un poblamiento rural disperso a lo largo del valle.

Asimismo, el canon IV del III Concilio de Toledo establece que “*ut liceat episcopo unam ex parrociis basilicam monasterium facere*” o bien “*ut episcopo liceat unam de parrociis ecclesiis monasterium facere*”, según versiones, es decir, que cada obispo podía convertir en monasterio una de las iglesias bajo su control (VIVES, 1963, 126; MARTÍNEZ y RODRÍGUEZ, 1992, 104 y 106), por lo que se ha planteado la posibilidad de que El Monastil se convirtiera en un *monasterium* (LLOBREGAT, 1973, 49; 1977a; 1985, 390; Poveda, 1988a, 21; 2003, 122; 2006b, 117; 2007; Poveda, MÁRQUEZ y PEIDRO, 2008). Lo cierto es que el obispado de *Ilici* tendría varios motivos de fuerza para convertir la vieja *Elo* en un monasterio.

Iglesia de El Monastil tras
las labores de consolidación
efectuadas en 2008
(archivo gráfico del Museo
Arqueológico de Elda)



En primer lugar, mantener una estructura relacionada con el poder religioso en la zona, que haría las veces de elemento cohesionador de las comunidades rurales circundantes en torno al cristianismo. Asimismo, es posible que El Monastil siguiera ejerciendo ciertas funciones fiscales, puesto que ante la ausencia de una ciudad en un entorno de poblamiento disperso, la única expresión del poder político y religioso, más allá de la propia *Ilici*, podría haberla representado El Monastil, pero ahora como monasterio.

La irrupción musulmana: una nueva cultura en el valle

La invasión bereber de principios del siglo VIII y la progresiva llegada de comunidades de cultura islámica no alteró, en un primer momento, el patrón de asentamiento de la última fase visigoda. En cuanto a El Monastil, todo parece indicar que aquel pequeño monasterio fue denominado por los nuevos pobladores *al-munastir*, del que en época medieval cristiana derivaría *monestir* o *monasteri* y finalmente Monastil (POVEDA 1988a, 21; 2003, 122; 2006b, 117).

Un *al-munastir* se definiría por la presencia de una pequeña comunidad de monjes-soldado, localizada en la zona noroeste de la parte alta del yacimiento, alrededor de la antigua iglesia cristiana. De este modo, para A. M. Poveda,

el ábside de la iglesia podría haber sido utilizado como *mihrab* por los musulmanes, mientras que el resto de la estructura de la iglesia fue desmontada parcialmente, tal como indican sendas fosas de expolio de material arquitectónico, en las que aparecieron materiales cerámicos de época emiral (siglos VIII-IX) (POVEDA, 2007).

En cualquier caso, la presencia musulmana en el asentamiento fue reducida, de menor envergadura que en el caso de las fases anteriormente descritas, tanto en la parte alta como en la llanura, prolongándose hasta época almohade. El final del yacimiento vino marcado por la construcción a finales del siglo XII-principios del XIII del castillo de Elda, cuando buena parte de la población rural dispersa del valle se concentró alrededor de la fortaleza, modificando así el patrón de asentamiento existente en los últimos cuatro siglos.

Por su parte, Els Castellarets presenta un abandono no bien conocido en el siglo VIII, reactivándose a partir del siglo X hasta el XV, cuando cesó su ocupación definitivamente (POVEDA, 1992-1993). Una situación diferente encontramos en El Zambo, que mantuvo su papel como asentamiento desde época tardoantigua hasta el siglo X. En cuanto al territorio, la dinámica poblacional continuó siendo la de pequeñas comunidades rurales diseminadas a lo largo del valle, dedicadas a la explotación agropecuaria y de las que se conocen múltiples ejemplos en los valles Medio y Alto del Vinalopó (AGULLÓ y PEIDRO, 2006).

ELDA: UN ASENTAMIENTO CAMPESINO FORTIFICADO DE ÉPOCA ISLÁMICA



Vista aérea del castillo de Elda
(J. M. Martínez Lorenzo)

Agradezco a Antonio M. Poveda el que me haya invitado a participar en esta miscelánea de trabajos que pretenden construir a gruesas pinceladas, una historia de Elda desde la arqueología, cuyas ilustraciones se pueden disfrutar en la exposición que se exhibe en las salas del MARQ, museo que pretende ser el espacio de las arqueologías y del patrimonio arqueológico de Alicante.

Desde aquel, ya amarillento, capítulo que dediqué al castillo de Elda en mi iniciático libro al mundo de la “*Castellología Medieval Alicantina*” (Azuar, 1981: 107-114), hasta estas páginas escritas a finales del 2008, no sólo han transcurrido más de veinticinco años sino, y lo más importante, que ha evolucionado cualitativamente la investigación.

Todo ello, gracias a las intervenciones arqueológicas que, de forma continuada, y durante años se han llevado a cabo en el castillo y sus alrededores (Segura, 1995; 2001; Agulló y Peidro, 2006).

A esta importante aportación de la arqueología que ha permitido generar documentación histórica sobre Elda y su castillo; hay que añadir el impresionante desarrollo expansivo de las intervenciones que, durante estas dos últimas décadas, se han llevado a cabo en casi todos y cada uno de los castillos que surcan y cierran los valles que vertebran el cauce del exiguo Vinalopó, como ya tuve ocasión de poner de manifiesto en el prólogo de “*Castillos y torres en el Vinalopó*” y en el que proponía una reflexión sobre si los veinte años de excavaciones se podrían considerar como veinte años de investigaciones (Azuar, 2001: 9-16). Estas excavaciones han ido construyendo un mosaico de informaciones, a veces de difícil interpretación y casamiento, pero que en conjunto conforman un panorama mucho más completo y complejo de nuestro pasado medieval, plenamente vinculado en su formación a la dinámica y evolución de los antiguos territorios castrales; lo que nos permite afrontar esta necesaria revisión y actualización del origen islámico del castillo de Elda.

I.- Del origen islámico del castillo de Elda

En aquel primer capítulo que dediqué al castillo de Elda en el año 1981 y a la vista de los restos de sus murallas, paramentos y ruinas, - nunca mejor dicho porque en aquel momento el castillo era una verdadera ruina arqueológica, lo interpreté, desde el punto de vista castellológico, como de un origen del primer cuarto del siglo XIII, atendiendo a la fábrica de tapial del lienzo norte y de algunos de sus cubos macizos en saliente (AZUAR, 1981: 111).

Pocos años después, amplí esta información al analizar los restos arqueológicos y cerámicos conservados en el museo, que provenían de los primeros trabajos de excavación llevados a cabo en el castillo y en cuyos niveles profundos aparecieron, entre otros restos, fragmentos de la panza de una tinaja decorada con la técnica del estampillado y con motivo de ciervos entrelazados, que se puede ver en la exposición, junto con un dirham de plata de época almohade, sin más precisión. Estos datos nos llevaron a revisar y proponer un origen del castillo como de fines del siglo XII y principios del siglo XIII (AZUAR, 1983: 366). Datación que hemos mantenido en las publicaciones de divulgación sobre el castillo de Elda aparecidas en el libro *“Castillos de Alicante”* (AZUAR y NAVARRO, 1995: 42-3) y en aquel algo más general sobre *“Castillos de España”* (1997: III-1440).

Tras las excavaciones llevadas a cabo en el próximo Castillo del Río (Aspe), entre los años 1979 y 1987, y la publicación posterior de los resultados de las investigaciones en la obra *“El castillo del Río (Aspe, Alicante). Arqueología de un asentamiento andalusí y la transición al feudalismo (siglos XII-XIII)”* (AZUAR et alii, 1994), conseguimos identificar un tipo de asentamiento concentrado, de nueva planta, de carácter fortificado, en pequeñas elevaciones próximas a los ríos, y levantado por los campesinos para habitar de forma continuada, como única defensa de las aljamas ante la continua presión de las mesnadas de los feudales reinos cristianos. Estos asentamientos de campesinos fortificados fueron presentados por primera vez en el *Simposio Internacional de Castelos*, celebrado en el año 2000 en Palmela (Portugal), en el que considerábamos al Castillo de Elda como fruto de esta nueva dinámica poblacional, sin precedentes, y sólo explicable dentro de la dinámica de reorganización que experimentó la sociedad andalusí en

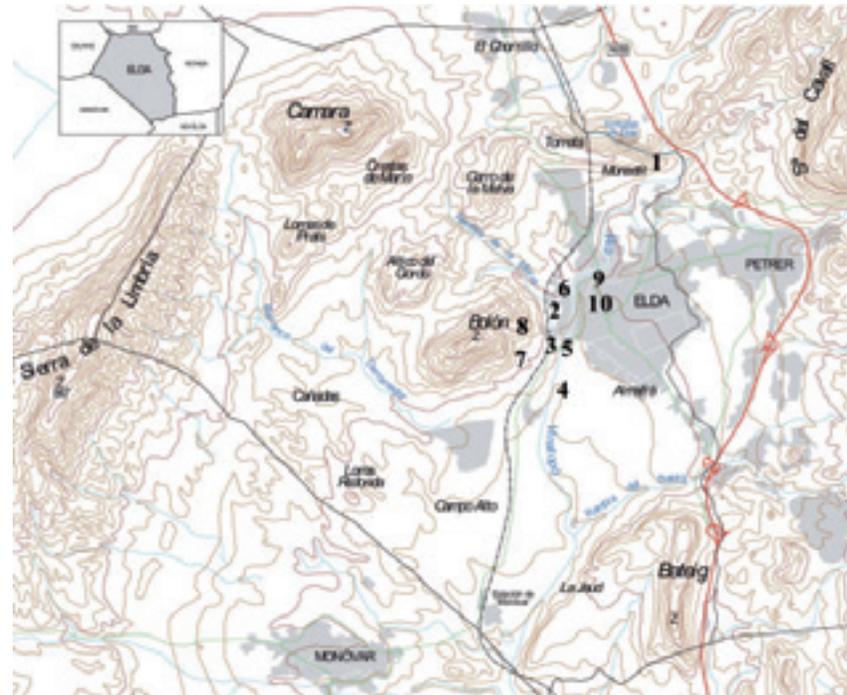
la segunda mitad del siglo XII, a consecuencia de la primera expansión feudal (AZUAR, 2002).

Esta atribución quedó perfectamente expresada en nuestro trabajo más reciente y específico, presentado en las *II Jornadas de Arqueología Medieval*, celebradas en Petrel-Novelda en el año 2003, y en el que tuve la oportunidad de volver a revisar mis planteamientos sobre el poblamiento islámico de última época en el Vinalopó, y en el que intenté desarrollar una secuencia del proceso de fortificación de las comunidades campesinas musulmanas, experimentado durante los siglos XII y XIII, ante la presión de los conquistadores cristianos. Es por lo que insistí en el reiterado título de *“Campesinos fortificados frente a conquistadores feudales en los valles del Vinalopó”* (AZUAR, 2004), con el fin de que nos acostumbremos a que la sociedad islámica no es una sociedad de castillos, al uso de la tradicional visión que tenemos de nuestros pasado medieval de “moros y cristianos”, sino una sociedad de campesinos que vivieron durante siglos en sus alquerías en los valles y próximos a los ríos y que, por los avatares de las razzias y las guerras, les llevó a la necesidad de protegerse, concentrarse en el interior de recintos fortificados.

Siguiendo este texto, consideraba al castillo de Elda, por sus características morfológicas como uno más de estos poblados fortificados, cuyo paradigma sería el Castillo del Río (Aspe), cuyo origen se enmarcaría dentro:

“de una dinámica más general, documentada en la Andalucía Oriental y en concreto en los territorios de Almería (Cara, Rodríguez, 1998) o en las sierras meridionales de Jaén (Quesada, 1998). Más próximos son los casos del castillo de Yecla y del castillo de Puentes en Lorca. Las nueve excavaciones en extensión llevadas a cabo en el primero han documentado un asentamiento estable, perfectamente urbanizado y fortificado, con unos rasgos físicos y materiales muy similares a los documentados en el castillo del Río y por supuesto de cronología similar, es decir de los siglos XII-XIII como ha dado a conocer su director Liborio Ruiz Molina en una extensa monografía sobre el antiguo “Hisn Yakka” de las fuentes árabes (Ruiz Molina, 2000) Igualmente, las recientes excavaciones en extensión efectuadas en el castillo de Puentes (Lorca) han sacado a la luz una interesante y compleja trama urbana

Mapa del término municipal de Elda con los yacimientos de época islámica.



YACIMIENTOS ISLÁMICOS EN EL TÉRMINO MUNICIPAL DE ELDA

1. EL MONASTIL
2. LA MELVA
3. GALERÍA DE JESÚS
4. AGUALEJAS
5. PUENTE II
6. ARCO SEMPERE
7. LADERAS DE BOLÓN
8. PEÑÓN DE LA TÍA GERVASIA
9. CASTILLO
10. CASCO ANTIGULO

98 / 99

que denota una estabilidad en el asentamiento, así como en el interior de la fortificación se han documentado por primera vez los espacios o depósitos para el grano o almacén colectivo, separados de los espacios de residencia (Pujante, 2002); lo que supone un argumento irrefutable y contundente que anula el pretendido debate maniqueo de que los recintos fortificados son los graneros de las comunidades campesinas, las cuales residían de forma continuada en las alquerías (Torró, 1998; Torró, Segura, 2000). Ejemplos todos ellos de una primera geografía que, indiscutiblemente, se irá ampliando al ritmo de las investigaciones arqueológicas y que cimientan la hipótesis de que nos encontramos ante un proceso de concentración de poblaciones campesinas en asentamientos fortificados, enmarcable en el segundo tercio del siglo XII, y que, a la vista de su incipiente geografía, no es algo puntual sino la manifestación de un movimiento más generalizado y de mayor calado. La aparición de estos poblados campesinos no se puede atribuir como una segmentación de las antiguas alquerías del lugar, ya que se levantan o establecen en territorios sin población anterior o muy escasa y por tanto resulta difícil explicar la aparición de estos poblados

desde el crecimiento natural de las comunidades o como fruto de la segmentación de las mismas; más aún, ya manifesté mis dudas (AZUAR, 2000) sobre que respondan a un proceso de reagrupación o concentración de las aljamas de la zona, ya que son grupos de población nuevos y no responden a comportamientos o experiencias anteriores, si nos atenemos a los documentos arqueológicos: aportan la urbanización de los poblados, un nuevo tipo de vivienda, unos hábitos artesanales no documentados anteriormente y no dejan huella toponímica de tipo tribal o antroponímica” (AZUAR, 2004: 269-70).

2.- El castillo y la población de Elda, a la vista de los recientes descubrimientos arqueológicos

La lectura del anterior capítulo, permite constatar cómo existe una evolución en mis planteamientos sobre el origen del castillo, con una clara revisión hacia atrás de su primigenia cronología: de la primera mitad del siglo XIII, pasamos a considerarlo como del segundo tercio del siglo XII. Es decir, casi he rebajado en un siglo su



Vista de la cisterna de época almohade del interior del Castillo, transformada en estancia de almacenaje tras la conquista cristiana (archivo Museo Arqueológico Municipal de Elda)

cronología fundacional. Asimismo, de aquella primera hipótesis de atribución del castillo de Elda de origen almohade, he pasado a considerarlo en mi reciente investigación, anteriormente mencionada, como un castillo fruto de la dinámica generalizada de concentración de poblaciones campesinas, experimentada por las comunidades musulmanas en el segundo tercio del siglo XII, a consecuencia o como respuesta a la presión ejercida por los reinos cristianos en su primera fase de la expansión feudal.

Indiscutiblemente, estos cambios tan radicales en mis hipótesis de trabajo, aunque responden a un cuarto de siglo de investigación en el poblamiento islámico en general y en particular en los valles del Vinalopó, necesitan de una reflexión para el caso concreto que nos ocupa, que es este castillo de Elda, y ello sólo podemos realizarla desde la revisión de los resultados de las excavaciones y de los

estudios publicados. Por desgracia, de aquellos primeros trabajos de limpieza y desescombro del castillo, así como de las excavaciones realizadas en la década de los años ochenta y primeros años del noventa, no se han publicado estudios en extenso de los materiales hallados, sólo disponemos de las noticias aparecidas en los trabajos de síntesis de Antonio M. Poveda, como en su detallado artículo “*Aproximación al urbanismo medieval de Elda*”, aparecido en la obra de conjunto “*Urbanismo medieval del País Valenciano*” (AZUAR, GUTIÉRREZ, y VALDÉS, 1993: 105-133) en el que dedica unas páginas para detallar los trabajos de excavación, haciendo especial hincapié en las tareas de recuperación arquitectónica de los elementos constructivos del castillo, pero sin mencionar noticia alguna sobre los restos arqueológicos aparecidos en el transcurso de las mismas. En esta línea, se pueden enmarcar los trabajos y publicaciones posteriores, a cargo de Gabriel Segura Herrero, en los que se aporta información interesantísima sobre las intervenciones de restauración, llevadas a cabo en el castillo entre los años 1992 y 2000, con detalle de sus fases y áreas de actuación, pero que adolecen de una ausencia absoluta de información sobre los materiales hallados en el transcurso de estas intervenciones (SEGURA, 1995; 2001).

Con este panorama, difícilmente puede progresar la investigación y ante esta ausencia de información creo de máximo interés esta exposición porque, con toda segu-

Tesorillo formado por catorce fragmentos de monedas de plata (dirhames) procedente del Peñón de la Tía Gervasia, en la zona de Bolón (ss. X-XI) (archivo Museo Arqueológico Municipal de Elda)



ridad, la exhibición de importantes fondos cerámicos y su estudio, a cargo de José Luis Menéndez, permitirán avanzar en el conocimiento del pasado medieval de Elda. Por lo que aprovecho esta disquisición para volver a demandar a mi amigo Gabriel Segura el que por fin publique los datos de sus excavaciones en el castillo.

Toda vez dicho esto, sigamos con nuestro análisis. Esta falta de información de primera mano se compensa con algunos estudios referenciales de determinadas piezas muy significativas provenientes de las excavaciones del castillo y que nos aportan datos cronológicos. Me estoy refiriendo al caso de la excepcional pileta de abluciones doméstica que fue estudiada y dada a conocer por Julio Navarro en su estudio sobre *“Formas arquitectónicas en el mobiliario cerámico andalusi”*, aparecido en el número 23, de *Cuadernos de la Alhambra* (NAVARRO, 1987: 21-65) y que daría lugar a la pileta que denominaba tipo “Elda”, por su forma de arqueta o caja con tapaderas, como así aparecerá en publicaciones posteriores y siempre con una cronología del siglo XIII (NAVARRO y JIMÉNEZ, 1993; 1995).

A esta pieza, podríamos añadir la información del famoso dirham almohade encontrado en el castillo y que fue estudiado por Carolina Doménech en su documentada obra *“Dinares, dirhames y feluses. Circulación monetaria islámica en el País Valenciano”* (2003: 66-7, nº 77) y que ratificaba la cronología almohade de la primera mitad del siglo XIII.

En resumen, apenas disponemos de información de contadas piezas, de valor excepcional, de las excavaciones y, por tanto, se hace necesario la publicación en extenso del resultado de las excavaciones. Por suerte, disponemos de un reciente trabajo de síntesis, muy bien documentado, debido a Irina Agulló y Jesús Peidro, en la reciente *“Historia de Elda”* (POVEDA, 2006), sobre la islamización del territorio, en el que se hace una revisión de los yacimientos arqueológicos documentados y su vinculación con el castillo. Los autores, tras su revisión, confirman la continuidad de los asentamientos de época califal hasta el siglo XII, emplazados todos ellos en la margen derecha del cauce del Vinalopó y extendiéndose de forma dispersa a los pies de la sierra de Bolón (AGULLÓ y PEIDRO, 2006, 129). Asentamientos que pervivirán tras la fundación del castillo. Siguiendo sus palabras: *“... ya que desde la fundación del castillo (finales del siglo XII) hasta el primer tercio del siglo XIII, se observa la continuidad del poblamiento en las zonas rurales que habíamos descrito anteriormente. Tanto Agualejas como Puente II, Arco Sempere y la Melva, presentan materiales que marcarían la transición del siglo XII a inicios del siglo XIII, momento en el que dejan de aparecer materiales en los dos últimos yacimientos, por lo que podemos decir que desaparece la presencia de estas comunidades. Asimismo, asistimos a la aparición de materiales de época almohade en El Monastil (...) Igualmente, en este momento se documenta la mayor actividad en el yacimiento de Galería de Jesús”* (AGULLÓ, y PEIDRO, 2006, 129-130).

Sin embargo, esta información se contradice, parcialmente, cuando plantean la hipótesis de la fundación del castillo y la formación a sus pies del actual núcleo poblacional de Elda, en la margen opuesta al asentamiento originario islámico. Así, a la vista de los recientes e importantes hallazgos arqueológicos de época islámica, documentados en diversos puntos de la ciudad y de los que se dan cuenta en esta exposición, desarrollan la siguiente hipótesis: *“Con la construcción del castillo se observa una tendencia general en los asentamientos del valle a la concentración del poblamiento en las faldas del mismo. Yacimientos como el Monastil, Arco Sempere, La Melva y Galería de Jesús, se abandonan en el tránsito del siglo XII al siglo XIII, es decir coincidiendo con la erección de la fortaleza. De este modo, se forma un pequeño núcleo poblacional alrededor del castillo, que dará origen a la primitiva villa de Ella (Elda)”* (AGULLÓ, y PEIDRO, 2006: 132).

Estas ciertas contradicciones, sólo ponen de relieve la dificultad de desarrollar modelos de asentamientos cuando la información arqueológica es escasa y, en la mayoría de los casos, pendiente de rigurosos estudios en extenso de los materiales. Sin embargo, creo que con estos autores, podemos extraer unas conclusiones, con las que coincido plenamente.

En primer lugar, resulta evidente, tras la publicación del tesorillo de dirham del Bolón (DOMÉNECH, 2003: 67, nº78) y de los restos arqueológicos dispersos por sus laderas, que el primer hábitat islámico de Elda, a partir del siglo X, se concentra claramente en esta zona, entre las laderas de la montaña y las tierras que descienden hasta el margen derecho del cauce del río.

En segundo lugar, las excavaciones efectuadas en distintos solares de la ciudad, confirman que nos hallamos ante un asentamiento de nueva planta, no sólo geográficamente, sino también cronológicamente, ya que los materiales encontrados son de clara cronología almohade o de fines del siglo XII y principios del siglo XIII. Es decir, es un asentamiento nuevo, desvinculado del tradicional a los pies de Bolón, en la margen izquierda del río y que parece se desarrolla y convive con algunos de los asentamientos de la margen derecha del río. En tercer lugar, parece claro que la cronología fundacional del castillo y del nuevo asentamiento, en el solar de la actual ciudad de Elda, coinciden

plenamente, considerándolos como de fines del siglo XII y, por lo tanto, se entiende que el nuevo asentamiento, en origen, se establece en este lugar buscando la protección del recinto fortificado.

Por último, y lo que plantea más dudas, es saber si la construcción del castillo y la formación del nuevo asentamiento es fruto de la desaparición y abandono de los antiguos asentamientos en la margen derecha, cuyos pobladores se desplazarían y concentrarían en el nuevo asentamiento a los pies del castillo. O si, por el contrario, el castillo y el nuevo asentamiento se desarrollaron al margen de los antiguos asentamientos, conviviendo en el tiempo con ellos.

Es decir, nos encontramos ante la dialéctica de si la aparición del castillo y del nuevo asentamiento es fruto de un proceso de concentración de la población de las antiguas alquerías que serían abandonadas. O más bien, responde a un proceso nuevo, al margen del poblamiento antiguo, vinculado al establecimiento de nuevas poblaciones en el valle que necesitan protegerse en recintos fortificados de nueva planta y como fruto de un crecimiento poblacional totalmente desvinculado de la segmentación de la sociedad tribal.

No tenemos todas las respuestas, pero creo que, a la vista de estas nuevas informaciones, el origen del castillo de Elda y del nuevo asentamiento a sus faldas, origen de la actual ciudad de Elda, se puede emparentar directamente con el caso del Castillo del Río y en general responde a las características de estos nuevos poblados fortificados: de nueva planta, en pequeñas elevaciones próximas a los ríos, con una toponimia no tribal, ni islámica, - como es la denominación de Elda-, que se levantan o establecen en territorios sin población anterior o muy escasa y por tanto resulta difícil explicar la aparición de estos poblados desde el crecimiento natural de las comunidades o como fruto de la segmentación de las mismas.

El Castillo de Elda reúne y cumple todas estas características, lo que nos permite ratificarnos en nuestra última hipótesis expuesta anteriormente y que lo considera como un asentamiento fortificado levantado con anterioridad a la llegada de los almohades, es decir antes

Vista del interior del yacimiento subterráneo de Galería de Jesús, donde se aprecia parte del pasillo que da acceso a los nichos (archivo Museo Arqueológico Municipal de Elda)



del 1172, y por tanto en el segundo tercio del siglo XII. Sin embargo, mientras no se realicen excavaciones en los niveles fundacionales del castillo y en extensión, no sabremos si estamos ante un poblado fortificado o simplemente un recinto fortificado de refugio temporal... lo que de ser así, nos llevaría a replantearnos la posibilidad de que el castillo podría haberse construido como fruto del “miedo” de las poblaciones campesinas ante la conquista cristiana, lo que les llevaría a levantarlo en plena contienda, como sería el caso del castillo de Ambra (AZUAR, 2001), es decir entre 1238 y 1250, ya que está en la frontera del Pacto de Almirra (1244), pero fuera del espacio de conquista aragonesa. Esta hipótesis de construcción tardía de la fortificación, se vería reforzada por la posible presencia de un antemural en el castillo, de cuyo trazado se observan restos en el plano publicado, sobre todo en su ladera oriental que da a la ciudad (POVEDA *et alli*, 2003: 33).

Preguntas y dudas que sólo tienen respuesta en la arqueología, en las necesarias futuras excavaciones que se efectúen en la fortaleza y en los distintos solares de la ciudad; gracias a las cuales podremos conocer el origen de la actual ciudad de Elda, otrora “Iyyuh”, a veces “Elota”, en los territorios de Tudmir en el Sharq al-Andalus.

DE NUEVO SOBRE CERÁMICA.
REFLEXIONES SOBRE LA COLECCIÓN DE CERÁMICAS MEDIEVALES Y
POST MEDIEVALES DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO DE ELDA



Figura 1. Vista aérea del
Castillo Palacio de Elda

La creciente oleada de actuaciones arqueológicas en nuestra provincia en los últimos diez años ha traído como consecuencia un enorme aluvión de materiales arqueológicos que llenan y colmatan hasta la saciedad los almacenes de nuestros museos locales. Bien mirado, esta situación podría considerarse afortunada ante las enormes posibilidades de hallazgos de piezas y conjuntos interesantes para ser expuestos en nuestros museos como opciones de mejorar la investigación científica ante la apertura o descubrimiento de nuevos yacimientos arqueológicos hasta ahora ocultos o desconocidos para la comunidad científica. Esta teórica bonanza profesional, actualmente en pleno proceso de declive ante el retroceso de la presión urbanística por la crisis actual, sin embargo, no está trayendo las satisfacciones científicas necesarias de cara a realizar una síntesis sobre la arqueología de una zona en concreto, caso del trabajo que estamos presentando.

Ciertamente, las excavaciones se realizan, se informan y se justifican técnicamente con enormes informes o memorias científicas necesarias para la correcta presentación ante los organismos oficiales, pero, desgraciadamente, carentes de toda ubicación en el contexto cronológico adecuado y de escasa interpretación histórica en la mayor parte de los casos. Bien porque se cuenta con un solar limitado, que sólo deja ver una pequeña parte de un todo imposible de alcanzar en una ciudad urbana en constante cambio; bien por una excesiva extensión de terreno que centuplica las claves de interpretación y supone un enorme desgaste de tiempo, profesionales y dinero, no asumible para la mayor parte de los profesionales de la arqueología actual; o bien por una excesiva dificultad estratigráfica, producto de la sucesiva deposición de contextos arqueológicos sobre el mismo terreno a estudiar que impide desarrollar la correcta información de cada uno de los momentos históricos en los que se enfrenta el profesional; en todos estos casos, por tiempos o por desaliento, finalmente se tiende a una excesiva particularización de la zona a estudiar considerándola un *unicum* frente a una realidad mucho más grande a la que no es posible llegar.

Esta espiral sin fin en la que nos vemos envueltos acaba por tener su final en el material arqueológico que, para bien o para mal, se queda almacenado durante años en los fondos de los museos locales a la espera de que sean estudiados. Estudio que, debido a las diferentes circunstancias científicas y profesionales a las que llega cada arqueólogo, acaban por coger polvo y hollín acabando por perder su contexto, la esencia de su información y la fuente de la que extraer los datos que interesan para el estudio científico. Quizás, para no pecar de negativo, lo que nos salva es que la concentración de datos e información es elevada, gracias a la aplicación de metodologías arqueológicas rígidas y serias, lo que permitirá, en un futuro cercano o lejano, acercarse a estudiar los enormes conjuntos de materiales que residen en nuestros museos locales.

Y este artículo precisamente trata de eso. De ayudar a paliar, en la medida de lo posible y en las breves líneas disponibles, la escasez de información sobre los registros cerámicos medievales y modernos extraídos, en este caso, de las actuaciones arqueológicas realizadas en el municipio de Elda, y, sobre todo, en su casco urbano por el Museo Arqueológico de Elda¹.

Porqué una vuelta a la cerámica? Muy sencillo. La escasez de publicaciones que señalábamos anteriormente ha propiciado un vacío de datos alarmante en lo que a los estudios sobre cerámica medieval se refiere en nuestra provincia. Como ya expusimos en otro trabajo sobre cerámica medieval (MENÉNDEZ FUEYO, 2005, 2008) los problemas a los que se enfrenta cualquier medievalista que pretenda analizar el registro cerámico de un yacimiento cualquiera es la escasez de material con qué confrontar y relacionar los materiales a estudio. Desde la antológica obra de C. Navarro sobre las cerámicas comunes del Castillo de la Mola (1990), escasos trabajos han aparecido en el horizonte de la investigación en cerámica medieval.

Salvando los honrosos casos de algunas reuniones científicas de amplia periodicidad, pero de indudable calidad cuando se convocan –nos referimos a las Jornadas de Arqueología Medieval organizadas desde Novelda y Petrer en los años 1995 y 2005, respectivamente– el caso excepcional de las excavaciones en la Basílica de Santa María de Alicante (AZUAR RUIZ y BEVIÁ GARCÍA, (coord.), 2005), o los trabajos sobre cerámicas de época moderna de procedencia italiana en nuestras ciudades (LÓPEZ PADILLA y MENÉNDEZ FUEYO, 2000; 2004); no ayuda a paliar el vacío científico frente a una enorme cantidad de actuaciones arqueológicas en nuestras ciudades con un registro cerámico mayoritariamente de época medieval y moderna.

Sí que se han acometido trabajos de síntesis sobre cerámica medieval –aunque dedicados a un entorno territorial mayor-, por ejemplo atendiendo a las circunstancias históricas que generaron la aparición de la cerámica feudal valenciana en los talleres de Paterna y la auténtica existencia de un enorme cinturón industrial cerámico en los alrededores de la ciudad de Valencia durante el siglo XIV (MARTÍ, 2007), pero las preguntas y los vacíos siguen

¹ Agradecemos desde estas líneas al Director del Museo Arqueológico Municipal de Elda, D. Antonio Poveda, el ofrecimiento para la redacción de este artículo y la ayuda y facilidades mostradas por el Arqueólogo Municipal del Ayuntamiento de Elda, D. Juan Carlos Márquez en las diferentes visitas que hemos realizado al museo eldense para la consulta de materiales. Asimismo, hacemos extensión de este agradecimiento al arqueólogo D. Joaquín Pina Mira, antiguo becario del museo eldense y al resto del equipo técnico del museo, que me acompañaron durante las tareas de selección del material.

siendo enormes en lo referente a nuestra provincia. Registros, tipología de formas, funcionalidad, centros de producción, vías de distribución, son temas que se quedan sin respuestas. Por establecer una cifra de referencia, podríamos estar trabajando sólo con el 30% de la información, que es la publicada. Para ello, creemos necesario volver al registro, al estudio de las cerámicas, para recuperar el hilo conductor de la investigación.

Uno de los centros de mayor actividad arqueológica en la época medieval y moderna está siendo la ciudad de Elda. Numerosas excavaciones se han realizado en estos años, ante los continuos movimientos urbanísticos que, como en la mayoría de las poblaciones alicantinas, han permitido excavar un buen número de solares de nuestro territorio. En el caso eldense, las actuaciones se han centrado fundamentalmente en el centro histórico de la actual ciudad, englobando el Castillo de Elda como principal eje de actuaciones y los solares que se encuentran en torno al mismo. El presente artículo pretende repasar y actualizar, si así fuese posible, la información que la colección medieval y moderna del museo está ofreciendo en este momento, planteando nuevas claves y posibles hipótesis futuras de trabajo con las que continuar la investigación en el solar urbano eldense. Ante la densidad de piezas existente, hemos creído más oportuno estructurar el texto en clave cronológica, para facilitar el seguimiento de las piezas y del discurso científico.

Bajo el signo de Allah. El registro cerámico de época emiral

A la llegada de los musulmanes a la Península, el Valle del Vinalopó quedará enclavado en la zona geográfica que los árabes denominarán *Sharq al-Andalus* –Levante de *al-Andalus*– heredando la anterior estructura administrativa de tradición visigoda en la que se denominaba *Tudmir*, nombre procedente de la arabización de Teodomiro, uno de los *comes* –caudillos– de la zona, que firmó un pacto

de rendición con *'Abd al-Aziz Ibn Musa* en el año 713, en el que conseguía protección y privilegios para él, su familia y miembros de su clan, a cambio de entregar el territorio y gobierno a los musulmanes.

Este pacto, bien conocido por la comunidad científica pone de manifiesto el modelo de asentamiento inicial de la nueva casta militar islámica, -para esta zona los *Banu Jattab*- que accede al poder mediante acuerdos pacíficos, obteniendo recursos económicos en forma de impuestos y alianzas políticas fusionándose con las élites de los clanes de tradición visigoda, perpetuando su presencia en las comunidades e introduciendo el Islam y sus costumbres de manera progresiva².

La llegada del Islam provoca un cambio radical dentro de una población donde el poder visigodo prácticamente no existía y las principales familias –los *comes*- de la zona gobernaban las villas instaladas en el llano. La arqueología, aún lejos de demostrar al ciento por ciento este planteamiento, ya está ofreciendo muchas claves que indican que la llegada del Islam provocó un punto de inflexión en la población indígena provocando el abandono de las villas rústicas del llano y su instalación en asentamientos en altura. Los estudios espaciales para esta época que están ofreciendo las numerosas prospecciones y excavaciones arqueológicas están revelando el abandono de las villas en los momentos finales del siglo VII y la aparición de poblados en altura durante todo el siglo VIII (GUTIÉRREZ LLORET, 1996). Estos poblados, lejos de mostrar un material cerámico característico del mundo islámico, aún muestran cerámicas indígenas que también se encuentran en el llano en épocas previas a la llegada del Islam, en clara demostración de su procedencia.

Uno de estos poblados en altura sería, sin lugar a dudas, el yacimiento de El Monastil, sito en una elevación al SE de la sierra de La Torreta desde el que se domina todo el Valle de Elda, controlando una buena porción de las vías de comunicación que permitían la entrada y salida del va-

² Es un esquema repetido en otras poblaciones del territorio alicantino. Por ejemplo, en Alicante, la llegada de los *Banu Jattab* y su política de enlaces con los clanes indígenas dominantes supone el germen de la creación de *Madinat Laqant*, la Alicante islámica que citan las fuentes de la época en el siglo IX y el desplazamiento del núcleo urbano a las faldas del Benacantil, abandonando el más que posible asentamiento en la Albufereta (Azuar Ruiz, 1990.; Rosser Liminyana, 1994.; Gutiérrez Lloret, 1996.,).

lle. Poblado desde época ibérica romana y visigoda estaría ocupado a la llegada de los *Banu Jattab* por los clanes tardorromanos que habitaban el valle durante los siglos VI al VIII. Los musulmanes se asientan en el Monastil, dejando su huella en el registro material tanto en la parte alta del cerro como en la llanura próxima, documentándose cerámicas de época emiral asociadas a estructuras de época tardoantigua, como elementos decorativos de la iglesia paleocristiana reutilizados como material constructivo en algunas viviendas islámicas³. (AGULLÓ MARCOS y PEIDRO BLANES, 2006, 127).

Las producciones cerámicas que almacena el museo ofrecen algunos materiales indicados aquí, pero la parte más importante de la colección procede del cercano y vecino yacimiento de El Zambo (Novelda – Monóvar), cuyo conjunto de casi un centenar de piezas procedente en su mayoría de actuaciones ilegales, se halla disperso entre los museos arqueológicos de Novelda y Elda, así como en diferentes colecciones privadas que se encuentran en diferentes centros de la comarca⁴.

La colección de cerámicas islámicas de El Zambo que conserva el museo eldense, y que tiene expuesta en las vitrinas de la colección permanentemente, se ciñe a algo menos de una decena de piezas integrada casi completamente por formas de agua e iluminación. En concreto, algunos jarros con una sola asa y sin decoración, y un conjunto de tres candiles discoidales de piquera que podríamos situar dentro del tipo T33.3 y 4 de la tipología de S. Gutiérrez para las cerámicas de la Cora de Tudmir (1996, 387). Este material, repetidas veces publicado por lo que no vamos a insistir aquí, ofrece un horizonte cronológico entre mediados del siglo IX sin que perpetúe su existencia más allá de los primeros decenios del siglo X (GUTIÉRREZ LLORET, 1996, 388).

En estos momentos, se abandonan en Elda, asentamientos claves hasta el momento como el Monastil y el propio Zambo pasando a ocupar el protagonismo los emplazamientos que se sitúan en el llano, como son Puente II,

Agualejas, Arco Sempere y La Melva (AGULLÓ y PEIDRO, 2006, 128), dentro de la política de estabilidad generada por el Califato tras la represión de las rebeliones de las comunidades rurales en la primera mitad del siglo X, como la del linaje árabe de los *Banû al-Sayh*, famoso por sus episodios de disidencia en los castillos de Alicante y Callosa de Segura entre los años 924 y 928, asentado según *Ibn Hazm* en los distritos y alrededores de Elche (GUICHARD, 2007, 99-105; GUTIÉRREZ, MENÉNDEZ y GUICHARD, 2008).

Los arqueólogos I. Agulló y J. Peidro plantean la existencia de dos grandes núcleos: por un lado, el integrado por los yacimientos de Puente II y Agualejas; y por otra los conformados por los asentamientos de Arco Sempere, La Melva y Galería de Jesús. Es precisamente este amplio sector el que localiza los materiales de época califal más claros de la zona, con el hallazgo en el Peñón de la Tía Gervasia de un pequeño tesoro de *dirhams* de plata con monedas del siglo X y XI, junto a cerámicas de lujo y de uso cotidiano como esta sencilla y clásica jarrita del registro de fines del Califato, de borde recto y dos asas de cinta vertical en cuello y cuerpo que presenta una decoración pintada en blanco con una banda reticulada alrededor del borde de la pieza.

Bajo el dominio almohade (ss. XII – Iª mitad del siglo XIII)

Poco o nada sabemos del mundo taifal en Elda, ante la inexistencia de un registro cerámico claro y sólido. Sólo que la tendencia observada a mediados del siglo X, se mantiene (AGULLÓ y PEIDRO, 2006, 129). Elda recupera el pulso arqueológico con la llegada de los almohades a esta comarca, que marcaron el devenir del Valle de Elda con la fundación del castillo, datada entre los años finales del siglo XII y el primer tercio del siglo XIII (BERNABÉ PONS, 2006, 129), siendo el hito más relevante de la arqueología eldense en estos momentos. Existen otros asentamientos

³ Los investigadores Irina Agulló y Jesús Peidro plantean que el desmonte de la basílica paleocristiana se produjo en el siglo IX, al aparecer en las fosas de expolio gran número de cerámicas emirales (2006, 127).

⁴ Son la Colección de los Padres Reparadores del Colegio Padre Dehón y la Colección Particular de D. Manuel Romero Iniesta.

que coinciden en el tiempo como son los casos de las Agualejas, Puente II, Arco Sempere o La Melva. Incluso el Monastil parece recuperar poblamiento con cierta intensidad a la vista del numeroso ajuar cerámico que aparece en los registros del yacimiento.

Pero dejando a un lado repuntes poblacionales concretos, será el castillo la nueva ubicación, el nuevo elemento vertebrador del territorio, convirtiéndose en el principal enclave defensivo por excelencia del valle en época medieval. Insertado en la necesidad almohade de reforzar las defensas en las principales vías de comunicación y de dotar de fuertes estructuras los abandonados valles de esta zona del *Sharq al-Andalus*, el castillo de Elda actuará como un punto de referencia poblacional para el valle, ya que en sus faldas se concentrará la mayor parte de la población, formando el núcleo primitivo que dará lugar con posterioridad a lo que hoy llamamos Elda (Figura 1).

Con la construcción del castillo se observa una tendencia general a abandonar los asentamientos hasta ahora dispersos del valle como La Melva, Monastil, Arco Sempere o Galería de Jesús y concentrarse alrededor del recinto amurallado en lo que ahora correspondería de forma amplia con el área del Casco Antiguo. Como ya hemos indicado, la intensa actividad arqueológica en las últimas dos décadas que el Museo Arqueológico Municipal ha desarrollado gracias al crecimiento urbanístico de la ciudad, ha elevado exponencialmente el número de actuaciones y la posibilidad de encontrar registros materiales de calidad con los que aumentar la ya dilatada colección de materiales de los que dispone el museo.

Yacimientos destacados que podemos incluir en esta nómina es el solar del número 14-18 de la calle Independencia, situada al suroeste del castillo, donde en el transcurso de una actuación arqueológica de salvamento, aparecieron tres viviendas almohades de uso doméstico; la Plaza de la Constitución, con presencia de un pozo de decantación y amplitud de registro cerámico situado como mucho en la primera mitad del siglo XIII; o el aparecido en las calles Gonzalo Sempere y el Huerto, donde apareció un vertedero de época almohade con abundancia de material cerámico (AGULLÓ y PEIDRO, 2006, 134). Junto a ellos, una serie de yacimientos que ofrecen material descontextualizado pero abundante como son las calles Nueva, Colón

y San Juan Bautista, con la presencia de niveles de época almohade; las excavaciones de la Plaza del Sagrado Corazón, en las calles Juan Vidal y Dos de Mayo, así como establecimientos a las afueras de la ciudad como son Arco Sempere, La Melva y Galería de Jesús, así como la Alquería del Puente II, la finca Molino de Félix o los restos de cerámica islámica residual encontrados en el mismo yacimiento de El Monastil (AGULLÓ y PEIDRO, 2006, 126-137).

En todos ellos, la presencia de cerámicas almohades es elevada y muestra un panorama arqueológico donde los hallazgos principales se sitúan alrededor del castillo -aunque sin poder delimitar del todo-, con la existencia de zonas periurbanas a extrarradios de la ciudad con pozos, silos y establecimientos de carácter industrial (POVEDA NAVARRO, 1993, 105-134), mientras que, gracias a las excavaciones de la calle Independencia, se ha podido documentar zonas residenciales de época almohade configurando las primeras pruebas del tejido urbano de la ciudad almohade de Elda (AGULLÓ y PEIDRO, 2006, 134).

En todos ellos aparece como registro cerámico destacado uno de los materiales determinantes en la colección islámica del Museo de Elda como son las tinajas estampilladas. La colección municipal eldense es, sin lugar a dudas, una de las más amplias y variadas que encontramos en el territorio provincial, con gran profusión de motivos y decoraciones. Dada la amplitud del registro, citaremos brevemente aquí las principales que conforman la colección de cerámicas que se ha desplazado a esta exposición, destacando, en primer lugar la tinaja estampillada y esgrafiada con decoración arquitectónica y epigráfica que apareció en las laderas del Bolón. Dotada de dos asas, presenta cuatro frisos separados por dobles bandas que presentan incisiones. El primer friso está decorado por un texto árabe que se repite a lo largo de toda la banda, en la tradicional manera de expresar y repetir salmódicamente el nombre de Allah como bendición (*baraka*), mientras que los frisos siguientes presentan arcos de herradura encañados (POVEDA NAVARRO, 1986, 91) (Figura 2).

O, cómo no citar un excepcional fragmento de tinaja estampillada procedente de las excavaciones en el castillo de Elda, con una profusa y cuidada decoración en fajas con motivos epigráficos con texto árabe y frisos con arcos lobulados que terminan en una cúpula y que encierran



Figura 2. Tinaja estampillada con faja de arcos de herradura de época almohade



Figura 3. Fragmento de tapadera de tinaja o de brocal con decoración estampillada epigráfica aparecido en un solar ubicado en las calles Gonzalo Sempere y el Huerto

representaciones de cérvidos, y posiblemente caballos ordenados en diferentes bandas metopadas, así como círculos rellenos con espirales con (POVEDA NAVARRO, 1986, 86), en un ejemplo espléndido del estilo *horror vacui* del último momento del dominio almohade. Tampoco podemos dejar de citar el fragmento de tapadera de tinaja o de brocal con decoración estampillada epigráfica con dos bandas de escritura en cúfico y en cursivo que apareció en un solar ubicado en las calles Gonzalo Sempere y el Huerto (Figura 3); el fragmento tinaja de con la representación de un cérvido y el fragmento de tinaja estampillada de un ave en posición frontal como motivo dental, rodeada de roleos y espirales, procedente de las excavaciones de la calle General Solchaga y que recuerda mucho a las encontradas en las excavaciones del casco antiguo de la ciudad de Murcia (NAVARRO PALAZÓN, 1986).

Así como los recientes hallazgos del borde y cuello de una tinaja con decoración mixta, con bandas epigráficas estampilladas y motivos pintados en óxido de manganeso procedente del solar de la calle Francisco Laliga 2-5, y que es una excepcional muestra del arte almohade en la cerámica (Figura 4). Formalmente la pieza recuerda a la forma 15.1. Idg propuesta por Azuar Ruiz para el Castillo del Río de Aspe (AZUAR et alii, 1994). En el área murciana queda documentada en Lorca, en Santa Catalina de Verdolay, en Santa María del Rabal en Jumilla y en la calle San Nicolás de Murcia (NAVARRO PALAZÓN, 1986). En el área valenciana

se documentan en el alfar de Denia, en el Castillo de la Torre Grossa de Jijona, en Villena y el Castillo de la Mola en Novelda. Para el área de Andalucía se constata su presencia en la ciudad de Almería. En Baleares se constata su presencia en el yacimiento medieval de Almallutx.

A la vista de la cronología propuesta en todos ellos, este tipo de tinaja debe corresponder a una producción tardía, que podríamos fechar entre la segunda mitad del siglo XIII y comienzos del siglo XIV (RUIZ MOLINA, 1997, 665-708). Decorativamente es muy llamativa la coexistencia de la decoración mixta entre pintada monocroma en óxido de manganeso y la estampillada con motivos geométricos, epigrafía cúfica, manos de Fátima, motivos en gota, rosetas, estrellas, palmetas, etc. Todo parece indicar que se trata de un tipo circunscrito al ámbito de Murcia y Andalucía. Así en el área murciana se documenta en Fortuna, en el Castillo de Lorca, en la Plaza Cardenal Belluga de Lorca, en Murcia, en el Castillo de Monteagudo en Murcia, en Santa Catalina de Verdolay, en el Castillo de Pliego en Mula, en el Murtal de Alhama de Murcia y en el Castillo de Mula. Para el área de Andalucía se constata su presencia en Almería, Sevilla, Jerez de la Frontera y en Beca (Cádiz). La cronología para este tipo decorativo podemos fijarla entre finales del siglo XII y el segundo tercio del siglo XIII (RUIZ MOLINA, 1997, 665-708).

Desde luego, las muestras no desmerecen el conjunto que se puede contemplar en los almacenes del museo elden-

Figura 4. Borde y cuello de una tinaja con decoración mixta, con bandas epigráficas estampilladas y motivos pintados en óxido de manganeso procedente del solar de la calle Francisco Laliga 2-5



se. Innumerables fragmentos de estas tinajas pueblan las cajas de las campañas arqueológicas que se suceden en la ciudad, lo que lleva a plantearnos, más allá de su clarísima adscripción almohade, el porqué de esta alta frecuencia de piezas con estos motivos. Es evidente su nula vinculación con alfares más cercanos como el de Elche y su clara ascendencia con los alfares murcianos lo que denotaría un más que acusado y natural contacto con el cercano reino de Murcia, sobre todo en aquellos momentos anteriores a la conquista feudal. Paralelos de estas piezas los encontramos en Murcia (NAVARRO PALAZÓN, 1986) y Lorca de manera habitual (MARTÍNEZ y MONTERO, 1989, 456-470; Azuar Ruiz, 1998, 57-71). La profusión obliga a pensar en un intenso comercio con la capital murciana o bien, la existencia de un posible centro productor de estas tinajas en la ciudad eldense. Esta posibilidad no dejaría de ser mera hipótesis de no ser por el hallazgo en el año 2002 de unos restos en un solar entre las calles Independencia, Andrés Amado y Espoz y Mina, que podrían tratarse de un alfar cerámico⁵.

Los responsables de la excavación, el arqueólogo eldense

Gabriel Segura Herrero y apoyado por los técnicos José David Busquier Corbí y Cristina Huesca Pérez excavaron este solar de manera completa lo que permitió una mejor contextualización de los restos encontrados. Entre los diferentes niveles localizados que no vamos a describir aquí, aparecen los claramente vinculados con los siglos XII y XIII, con la presencia —y cito textualmente del informe técnico— “...de silos vertederos amortizados con material arqueológico datable en la segunda mitad del siglo XII y XIII”. A juzgar por la enorme cantidad de fragmentos cerámicos, restos óseos y vidrio, los responsables de la excavación plantean una función como vertedero para este tipo de estructuras, desconociendo su funcionalidad primigenia. Entre los materiales destacan la presencia de cerámicas vidriadas, estampilladas, esgrafiadas, peinadas, pintadas en óxido de manganeso, así como escasos fragmentos de cuerda seca parcial. Entre las formas se encontraban numerosos fragmentos de tinajas estampilladas de gran tamaño, atafores y candiles —de piqueta y de pie alto—. No dejaba de ser un hallazgo similar al documentado en otras zonas del callejero urbano eldense, de no ser por el hallazgo —y vuelvo a citar textualmente— “...de unas bases de torno de piedra, así como restos de ruedas de cerámica colocadas en la parte superior de estos tornos, para la colocación de los elementos cerámicos en el proceso de elaboración”. Un examen visual de los materiales por parte de Rafael Azuar y el que esto suscribe en fechas posteriores a su descubrimiento a petición de los responsables técnicos de la excavación, confirmó lo que el equipo científico había planteado en su informe, al descubrir, además, un buen número de fragmentos cerámicos con claros y visibles defectos de cocción.

La existencia de un testar cerámico en Elda, al menos, estaba planteada y la hipótesis de un posible taller alfarero aumentaba las expectativas. La ubicación además, en un espacio periférico al primigenio núcleo urbano coincide con otros alfares de la Comunidad Valenciana, como en los casos de Elche, en el extrarradio del recinto amura-

⁵ Creemos conveniente recomendar que este solar sea motivo de una pronta monografía científica que palie la escasez de información sobre este interesante hallazgo, por lo que animamos a los arqueólogos del yacimiento y los responsables del Museo eldense para que en breve fecha, podamos disponer de los resultados que aquí sólo esbozamos extraídos del informe preliminar de la excavación cedido amablemente por el arqueólogo Gabriel Segura Herrero al que agradecemos desde aquí, la colaboración mostrada.

Figura 5. Pileta de abluciones
almohade de las excavaciones del
Castillo de Elda



llado almohade (AZUAR y MENÉNDEZ, 1996); Denia, en el camino hacia Ondara, al exterior del recinto de la medina dianense (GISBERT SANTONJA, 1992, 1993); el alfar de la calle Sagunto de Valencia, que se sitúa en el Raval de La Alcudia (Azuar Ruiz, 1998, 59); el alfar de la Arraixaca, a extramuros del sector occidental de *Madinat Mursiya* (NAVARRO PALAZÓN, 1986) o el alfar de la calle Galdó en Lorca, ubicado junto al Raval, a las afueras del recinto amurallado lorquino (MARTÍNEZ y MONTERO, 1989, 456-470).

Dejemos que el tiempo sea el que coloque el alfar almohade de Elda en el contexto de su producción, comercio y tipos de producción aunque podríamos avanzar una producción de cerámicas de agua centrada en jarritas, jarros y sobre todo, las tinajas decoradas, estableciendo una clara conexión con los maestros alfareros almohades residentes en la ciudad de Murcia, de la que algunos seguramente, pudieron desembarcar en la ciudad eldense.

Pero la colección del Museo eldense, no sólo vive de las tinajas estampilladas. La ciudad se nutre en esta época de otros talleres con los que tradicionalmente venía contactando, como son los talleres murcianos y lorquinos y el más cercano de la ciudad de Elche, los cuales le suministraban abundantes cerámicas con decoraciones mixtas –pintadas y esgrafiadas a la vez–. Una correcta representación de ellas las podemos encontrar en la colección permanente del Museo de Elda, donde destacan las de-

coraciones reticulares y las romboidales, acompañadas de bandas metopadas con roleos a su alrededor como en los ejemplares encontrados en las excavaciones de la calle Independencia y General Solchaga y que demuestran el amplio contacto del Valle de Elda con la región murciana en esta época.

Otro importante conjunto de materiales de época almohade jalonan las vitrinas del museo con algunos ejemplares dignos, al menos, de destacar en este artículo. La primera pieza es una pileta de abluciones procedente de las excavaciones del Castillo de Elda, una pieza realmente interesante ya que poseemos escasos ejemplares publicados en la provincia de Alicante (Figura 5). Sus vinculaciones las podemos encontrar más en el área murciana, sobre todo, en la propia ciudad de Murcia, donde se han localizado varios ejemplares en varias casas de gran lujo de la ciudad almohade (NAVARRO PALAZÓN, 1986); esto coincide con los recientes hallazgos producidos incluso en este mismo año, con el hallazgo en Elda de varios fragmentos de yeserías almohades pertenecientes a arcos polilobulados y de rollos que debían formar parte de residencias de cierto lujo existentes en la ciudad de Elda, al estilo de una barriada como la documentada en importantes centros almohades como en *Madinat Mursiya* (Murcia) (NAVARRO y JIMÉNEZ, 1995^a, 177-205; *Madinat Siyasa* (Cieza) (NAVARRO y JIMÉNEZ, 1995b, 117-137), o la ciudad castellanense de Onda (NAVARRO y JIMÉNEZ, 1995, 207-223).

Otras piezas del conjunto a destacar es un fragmento de coroplastia procedente de las excavaciones en la sede Comparsa Realista (Plaza Sagrado Corazón). Parece tratarse de una pequeña cantimplora o lo que en el mundo feudal catalán se le llamará *refredador*, ya que está dotado de un pequeño receptáculo de sección circular y rematada en un extremo con una cabeza zoomorfa (Figura 6). La coroplastia de este tipo está más vinculada al mundo islámico, los casos más conocidos son el jinete vidriado del Museo de Alcoi aparecido en las excavaciones de la ciudad de Denia (GISBERT, BURGUERA y BOLUFER, 1992, 127; Menéndez Fueyo, 2000) o los hallados en las excavaciones de la ciudad de Murcia, Fortuna o la misma Lorca; sin mencionar el amplio conjunto de juguetes de la Alcazaba de Almería o los documentados en Baza, Játiva o Jerez de la Frontera. La función lúdica de este objeto es bien

Figura 6. Coroplastia procedente de las excavaciones en la sede Comparsa Realista (Plaza Sagrado Corazón)



patente, ya que son copias del repertorio cerámico almohade pero de un tamaño menor. La tradición de fabricar juguetes con formas de animales para conmemorar la entrada del nuevo año musulmán o en ocasión de cualquier otra efemérides de importancia en el calendario islámico es una costumbre muy celebrada. Podemos fecharlo en plena época almohade, entre la segunda mitad del siglo XII y el primer tercio del siglo XIII.

Otra pieza interesante del repertorio del Museo de Elda que debemos destacar es un fragmento de cuerpo de jarrita con decoración pintada en óxido de manganeso con una profusa decoración de bandas reticuladas con un gran motivo ocular en el centro de la escena y coronado por un motivo dotado de antenas procedente de las excavaciones realizadas en la calle Ricardo León en el casco antiguo de la ciudad (Figura 7). La presencia del ojo como motivo apotropaico es clara y reconocida en el mundo musulmán, acompañándose en ocasiones de la tradicional Mano de Fátima como elementos protectores. En este caso, aparece asociada con motivos de trazo complejo como el tridente, un motivo muy recurrente de la iconografía almohade constatada en yacimientos cercanos como Castillo del Río en Aspe (AZUAR *et alii*, 1994, 129), o Castillo de la Torre Grossa de Xixona (AZUAR RUIZ, 1985, 51-56), y en la zona murciana, donde mayor cantidad de paralelos se encuentran como en los casos del Pozo de San Nicolás en *Madinat Mursiya*, (Murcia) *Madinat Lurqa*

Figura 7. Fragmento de cuerpo de jarrita con decoración pintada en óxido de manganeso con una profusa decoración de bandas reticuladas con un gran motivo ocular en el centro de la escena procedente de la calle Ricardo León



(Lorca) y *Madinat Siyasa* (Cieza) (NAVARRO PALAZÓN, 1986). Por su amplia distribución, es evidente que se trata de una decoración de carácter supralocal centrada en la zona murciana y sujeta a unos mecanismos de distribución de ámbito regional entre esta área y la cuenca del Vinalopó, alcanzando de forma residual otros puntos más septentrionales del Sharq al-Andalus.

112 / 113

Vespres de Feudals. Las primeras producciones cristianas

El reino musulmán de Murcia, del que formaba parte el Valle de Elda, sufría continuamente presiones por parte del Reino de Castilla para conseguir que continuaran tributando y quedara reconocida de esta manera la autoridad del rey castellano en estos territorios. Las presiones castellanas pretendían asegurar un área de influencia territorial en el Sureste Peninsular. El punto culminante de esta situación se concretó con la firma de los pactos de Torrellas en 1304 y el de Elche (1305) por los que el Reino de Murcia pasaba a manos del Rey de Castilla. Este cambio de titularidad del poder se dejó sentir al poco tiempo en la organización político-administrativa del Valle de Elda. Prueba de ello es la sustitución de la guarnición encargada de la custodia del castillo, cuya función primordial era proteger a las comunidades asentadas en la ladera como proceder al perceptivo cobro de los impuestos. De

este modo, el castillo y la población de Elda pasó a ser definitivamente ocupado por un poder cristiano, quedando los musulmanes ubicados exclusivamente en torno a la fortaleza, ahora feudal.

A pesar de la presencia del nuevo poder feudal, la población de Elda, siguió siendo mayoritariamente musulmana. A diferencia de otros puntos de la provincia, más vinculados con la corona de Aragón, no existieron claros intentos de repoblación con colonos cristianos en esta zona. A pesar de lo que se podría pensar, dado que ya no existía dominio musulmán hasta la frontera con el Reino de Granada, Elda formaba parte de una frontera, en este caso feudal, entre los reinos de Aragón y Castilla. A veces en paz, las más en guerra, la frontera se marcó en Torrellas, en Elche, y marcó para siempre el devenir de las poblaciones del valle.

Porque hubo ruptura. Cambio. No puedo coincidir con Iriña Agulló y Jesús Peidro en la afirmación de que no existió separación cultural alguna entre la cultura musulmana, en claro retroceso y la emergente llegada del poder feudal (2006, 137). Se tiende a dar por sentada una continuidad lineal que no está en absoluto demostrada. Sin duda, la rotundidad de la producción bajomedieval valenciana, unida al

conocimiento del destacado papel que jugó en ella la mano de obra musulmana y a la opinión generalizada sobre el natural «saber hacer» del artesanado mudéjar, han contribuido a ello⁶. La supuesta continuidad en las producciones islámicas durante la primera época feudal tan utilizada por algunos investigadores (LÓPEZ ELUM, 1984, MESQUIDA, 2006) es absolutamente insostenible, ya que las estructuras político-administrativas cambiaron y también afectaron a las propiamente socio-económicas y culturales que son aquellas que mejor puede mostrar el registro material. Desde la arqueología y tomando como referencia los trabajos de síntesis realizados en los últimos años, se observa una absoluta coincidencia en la ausencia total de centros de producción posteriores a la conquista feudal⁷.

Alfares almohades como el de la calle Teulada de la ciudad de Denia (AZUAR, 1989), la fase B del alfar de la calle Filet de Fora en Elche (AZUAR y MENÉNDEZ, 1996); el testar de la calle Galdó en Lorca (MARTÍNEZ y MONTERO, 1989, 456-470); los alfares de la calle de San Antolín y de la Arraixaca en la ciudad de Murcia (NAVARRO PALAZÓN, 1986), han sido colmatados y abandonados con la llegada del poder feudal (AZUAR RUIZ, 1998, 57-71) e incluso la mismísima Paterna, hay pruebas evidentes de que también sostuvo este proceso traumático en sus alfares⁸ (MARTÍ, 2007).

⁶ Es lo que se viene conociendo como el *know how* o la supervivencia del oficio alfarero después de la conquista, esto es, la existencia de la mano de obra especializada que lo practica y de determinadas labores que testimonian la conservación de una pericia técnica, la continuidad lineal del mismo, pero no de las estructuras físicas que lo respaldarían (Martí Oltra, 2007)

⁷ La investigación documental ha demostrado que los hornos estaban en plena producción cuanto menos en el último cuarto del siglo XIII, pero sin duda es el trabajo arqueológico el que ha venido aportando más información sobre las primeras fases de la industria, como resultado de las dos décadas de excavaciones continuadas llevadas a cabo por la hasta hace poco arqueóloga municipal, Mercedes Mesquida. En diversos trabajos publicados por esta autora sobre los niveles iniciales de la ocupación alfarera de Paterna constatamos una coincidencia sustancial entre los materiales allí encontrados y los provenientes de los contextos que acabamos de exponer. Ello nos lleva a considerar a Paterna como el centro o uno de los centros productores de la cerámica de este horizonte post-conquista. No obstante, y creemos que acertadamente, Javier Martí advierte que existe una divergencia de peso entre nuestra propuesta y las hipótesis de Mesquida, quien sostiene que los referidos conjuntos pertenecen a época islámica, datándolos entre el siglo XII y principios del XIII. Si bien se considera que su datación no es acertada, los materiales provenientes de Paterna son con mucho los más abundantes, variados y completos, por lo que sería absurdo elaborar una síntesis del periodo sin tenerlos en cuenta. Una ampliación de estos postulados se puede leer en (Martí, Pascual, Roca *et alii*, 2007)

⁸ En la lista antes citada no aparecen alfareros ni olleros, aunque hay que tener en cuenta que la relación es parcial y que en ella se echan en falta algunos otros oficios. Tal vez podríamos considerar este hecho como un indicio de que Paterna comenzaba ya a monopolizar la producción alfarera, aunque sabemos por el testimonio arqueológico que en ese momento cuanto menos había en Valencia un taller, ubicado en el barrio de Rotereros 19, sobre el que luego volveremos. En Paterna, sin duda, existían ya alfarerías en plena actividad, como demuestra el contrato suscrito en 1285 entre *Mahomet Algebha* y *Arnau de Castellar* por el cual el primero se comprometió a fabricar cien *alcolles* para contener aceite²⁰. La fabricación debió haber arrancado bastante antes, pues por esos años ya se empleaba la expresión “alcolla de Paterna” para denominar una clase concreta de recipientes de contención, lo que indica hasta que punto había adquirido carta de naturaleza entre los consumidores.

Figura 8. Escudilla en verde y morado patenero con motivo organizado por una estrella de seis puntas en el estilo conocido como Paterna Clásico



El registro formal cambia, se imponen unas nuevas formas que el nuevo poder exige que se distribuyan entre los habitantes del reino, sea musulmanes o colonos cristianos recién llegados. Es cierto que este proceso no es inmediato, pero sí es perceptible en los registros formales de la transición, como ya se pudo apreciar en los niveles del Castell d'Ambra en Pego (AZUAR, MARTÍ y PASCUAL, 1996). En el caso de Elda, la colección de cerámicas adscritas a este primer momento es escasa, pero representativa de lo que ocurre en la localidad. Frente a otras poblaciones con una presencia mayoritaria de cerámicas procedentes de los nuevos talleres feudales de Paterna, en Elda encontramos escasa presencia del mismo. Es posible que su inicial vinculación con el Reino castellano frenara la presencia de las cerámicas valencianas en el valle. Habrá que esperar hasta la toma de posesión de Doña Blanca, esposa de Jaime II de Aragón, para apreciar la presencia de las primeras producciones pateneras en la población y castillo de Elda. Los dos ejemplares que muestra el Museo Arqueológico Municipal de Elda en su exposición permanente son reveladores en este sentido. Una, es una escudilla con repié anular y borde recto simple, con la típica y conocida forma A1.1 que presenta como decoración en el solero un motivo organizado por una estrella de seis puntas rellena de microelementos triangulares rellenos de espirales, mientras en el centro muestra un hexágono

reticulado (Figura 8). Es el conocido como el Paterna Clásico, asociado a las primeras producciones que salen del taller feudal valenciano y que inundan las *novas poblas* del Reino de Valencia y las antiguas ciudades pre-existentes en el ya desaparecido *Sharq-al-Andalus* y que actualmente podemos situar en los albores del siglo XIV.

Junto a ella, una interesante y clásica muestra del Estilo Evolucionado, con el fragmento de un plato de repié anular con la decoración de una figura humana, en concreto una mujer, de larga cabellera, vestida con una túnica larga de mangas estrechas, con la mano derecha alzada y la izquierda se dobla en sentido contrario, que se encuentra flanqueada por dos piñas. La investigación ha atribuido a estas mujeres el papel de bailarinas (LERMA et alii, 1992) a juzgar por el balanceo del cuerpo y el movimiento de los brazos. La iconografía medieval, tan perversa en ocasiones a tratar la figura femenina, habría que asociarla en estos casos con los contenidos simbólicos, casi conceptuales de la herencia provenzal del mundo aragonés más que con la carnalidad y lujuria con que se suele presentar a la mujer en estos momentos. En ambos casos, nos encontramos ante piezas que no trascienden su cronología más allá de la primera mitad del siglo XIV, coincidiendo con la llegada de Doña Blanca y el inicio de una intensa política de desarrollo del urbanismo de Elda y de su castillo (CABEZUELO PLIEGO, 2007, 148), en la idea de convertirlo en bastión del Reino frente al vecino poder castellano.

Fuera del estudio de las cerámicas vidriadas, existen las cerámicas comunes, la llamada obra aspra que aparece en la documentación de época, las cerámicas sin barnizar. Es lo que conocemos por las documentaciones de la época como *obra aspra*, cerámicas ásperas, sin barnizar. Producciones cuyo destino está alejado del lujo decorativo y técnico que rodea a las lozas del servicio de mesa. Piezas donde prima la función para lo que fueron creadas antes que la función estética o decorativa.

Entre ellas, traemos a este trabajo una curiosa pieza perteneciente a las excavaciones realizadas en el año 2002 en la calle Independencia de Elda, y que responde a un cuerpo estrecho largo y moldurado, con una perforación en su eje interior y que se presenta una decoración pintada en óxido de manganeso con multitud de bandas horizontales alternadas con un motivo vegetal en la zona superior, don-



Figura 9. Fragmento de lámpara o velón del taller de Paterna procedente de las excavaciones en la calle Independencia de Elda

de se ensancha la pieza. La pasta es bizcochada de textura anaranjada con desengrasante mineral de mediano tamaño y baja densidad. Su extraña forma puede llegar a confundir aunque aquí nos atrevemos, por un lado, a reivindicar su origen feudal, y su pertenencia al taller paternero; y por otro, a plantear, como hipótesis de partida, que se trate de un fragmento perteneciente a una lámpara o velón para la iluminación doméstica. Entre los posibles paralelos que hemos revisado no hemos encontrado referencias exactas con esta pieza, -también se planteaba que se tratara de la parte de un mueble- aunque la existencia de un eje vertical en el centro de la pieza la hace estar mas cerca de las piezas de iluminación como los velones, una producción muy abundante y presente en el repertorio formal paternero (MERCEDÉS MESQUIDA, 2000, 2001, 2006) (Figura 9).

Igual ocurre con la tinajería, muy abundante en el repertorio cerámico del Museo, sobre todo en los fondos aparecidos con las últimas excavaciones arqueológicas realizadas por el Museo de Elda y que ha revelado al existencia de diferentes tipos que tuvimos ocasión de estudiar en profundidad con las excavaciones realizadas en la cubierta de la Basílica de Santa María (MENÉNDEZ FUEYO, 2005, 72-119). Los ejemplares documentados en Elda coinciden con lo que denominamos contenedor tipo IV, que responde a una pieza de gran tamaño, de base plana, cuerpo de tendencia bitruncocónica, cuello cilíndrico corto, borde

recto con engrosamiento exterior de sección triangular y labio convexo. En su zona inferior del cuerpo había una perforación circular realizada post-cocción.

Estas piezas están modeladas a mano en varias partes mediante la utilización del sistema de “a colombines”. Las piezas presentan un buen acabado exterior con la aplicación de una decoración en relieve que refuerza y oculta las uniones entre las fajas de barro y con un tratamiento alisado. Por el contrario, la superficie interior, que no recibe tratamiento alguno se muestra irregular, deformada y con abundantes marcas digitales.

Aunque se hace presente en las excavaciones de Elda de forma abundante, es una pieza con difíciles paralelos. Los más próximos los hallamos en el Castillo de la Mola (Novelda). Aunque de este yacimiento sólo se han publicado, por el momento, algunos fragmentos de cuello, el cuello y el borde son similares y el arranque del cuello presenta idéntica decoración a nuestros ejemplares. Los fragmentos de la Mola se encuentran encuadrados entre finales del siglo XIII y el tercer cuarto del siglo XIV (NAVARRO POVEDA, 1990). Un fragmento de borde análogo proviene de las excavaciones de una casa islámica de la ciudad de Murcia, cuyo ajuar cerámico ha sido datado en la primera mitad del siglo XIII. Matizando esta horquilla cronológica y también, en parte, confirmándola, hay que señalar que recientemente, Jaime Coll ha publicado algunas piezas, consideradas por el investigador con cronologías islámicas y aparecidas en el puerto de Palma de Mallorca y que son formalmente idénticas a las aparecidas en Santa María, sólo que dotadas de dos asas de cinta vertical. Este nuevo paralelo incide en una datación muy temprana para este tipo de piezas, cosa que hace plantearnos si se tratan de formas de transición; a la vez que nos indican una enorme perduración de las mismas, que deben de fabricarse durante toda la Baja Edad Media.

Lo cierto es que las marcas estampilladas que presentan son enormemente comunes en el mundo medieval, localizándose en piezas con cronologías post-conquista. Lo cierto es que el buen estado que presentan estas piezas, muy poco desgastadas por el uso, permite pensar que han tenido una fecha de fabricación cercana al momento de ser introducidas en la cubierta lo que nos lleva a una horquilla cronológica de cierre situada entre la mitad y las décadas finales del siglo XV.

Desde un punto de vista ornamental y formal, los ejemplares documentados parecen entroncar con prototipos islámicos de época tardoandalusí (Aguado, 1991). Mientras que, llama la atención la ausencia total de este tipo de producción en otros puntos más septentrionales del área levantina y de Cataluña. La existencia de un área de producción de grandes contenedores cerámicos en torno a la cuenca del Vinalopó, para última época islámica fue documentada por R. Azuar en su obra sobre la Denia islámica (1989). Aunque la ubicación concreta de los talleres no pudo ser determinada, nada nos impide pensar que estos mismos alfares pervivirían con igual especialización en época bajomedieval, pues los datos del tipo IV así parecen corroborarlo. En este sentido también desconocemos hoy en día el origen de los talleres medievales que fabrican estas piezas, aunque la pasta de tonalidad anaranjada, los excelentes acabados de las piezas y el uso reiterado de marcas muy utilizadas en Paterna, recuerdan enormemente a las producciones de este taller valenciano. Evidentemente, se tratan de piezas de gran tamaño, lo que viene a denominarse en la documentación medieval, como *gerres vinaderes*, con una capacidad cercana a los 350 litros, lo que corresponde a unos 35 cántaros.

También hemos podido constatar en los almacenes la existencia del contenedor de tipo I, que corresponde a una tinaja de gran tamaño, con una base plana, cuerpo de tendencia elipsoide vertical, cuello cilíndrico corto, borde engrosado al exterior y labio plano y suelen presentar un orificio de desagüe en la zona inferior; con una capacidad de unos 375 litros. Este tipo fue determinado en los primeros trabajos realizados en la cubierta en el año 1993 y reflejado en los trabajos publicados por las autoras de la actuación (BORREGO Y SARANOVA, 1994, 181-198; 1994). Al igual que el tipo anterior, los ejemplares están realizados a mano mediante la superposición de “*a colombines*” a partir de una base plana. Las uniones entre las diversas tiras cilíndricas de barro no se aprecian, presentando las paredes un tratamiento alisado y exterior. El cuello y borde, modelados por separado, se pegan posteriormente al cuerpo dejando un reborde interior testigo de este sistema. Sus pastas son bizcochadas de color anaranjado con pequeñas intrusiones minerales.

Ejemplares análogos de este tipo se encuentran en los fondos depositados en el Servicio de Investigación Arqueológica de Valencia (SIAM) (DIES y VILLAESCUSA, 1986, 613-631), en el Museo Municipal de Paterna (Valencia) (AGUADO, 1991, fig. 86) y en el horno excavado en el yacimiento del Testar del Molí de dicha población (AMIGUES y MESQUIDA, 1987). Con su origen en el área valenciana, parece obvio que su área de distribución se circunscribe a la zona de Levante. Para algunos autores estas piezas deben encuadrarse cronológicamente a partir de 1350. Si bien la documentación medieval menciona grandes contenedores de vino, parangonables con este tipo, en la primera mitad del siglo XIV. En la ciudad de Valencia aparecen reutilizadas en contextos del siglo XV. Este tipo puede considerarse un recipiente de vino, inferido de su recubrimiento de pez y su morfología en otros ejemplares que pudimos documentar en la Basílica de Santa María de Alicante. Pueden identificarse atendiendo a su capacidad con las “*gerres vinaderes*” citadas en los documentos de época. En su momento se planteó que este tipo de contenedores de gran tamaño tenía una función prioritaria como envases de transporte, función confirmada gracias a los restos de esparto que se habían conservado en una de las piezas.

Sin embargo, esta afirmación, una vez se ha excavado toda la cubierta y se ha recogido toda la información disponible, habría que matizarla, ya que casi todas las piezas que se encuentran en la cubierta eran elevadas desde el exterior de la iglesia a través grandes esteras de esparto que eran atadas a las poleas para elevar las piezas hasta su colocación en los senos de la cubierta central. En nuestra opinión, estas piezas de gran tamaño, de complicado y dificultoso movimiento estando vacías como llenas, deberían de hallarse fijas y estables en almacenes, cuestión que está avalada por la existencia de agujeros vertedores en las zonas próximas a la base, donde era apto acoplar algún tipo de grifo para actuar como dosificadores. Seguramente, estas piezas se hallarían en almacenes o *çellers* que, una vez llenas, permitían rellenar de manera más cómoda, piezas de inferior tamaño cuyo transporte era más sencillo (MENÉNDEZ FUEYO, 2005, 72-119).

También hemos podido documentar otras formas de tinajería patenera que presentan las típicas marcas precocción. La estampilla o sello matriz es, a tenor de los es-



Figura 10. Fragmento de tinaja con rosetas estampilladas del taller de Paterna procedente de las excavaciones de la calle Independencia de Elda.

pecialistas, el tipo de marca más común para demostrar la filiación de una pieza y su adscripción a un taller alfarero concreto. En general, se han dicho de ellas que hacen alusión a la óptima calidad del producto y al cumplimiento de unas normativas gremiales determinadas. La elección de las figuras no parece obedecer a criterios simbólicos sino a un determinado afán de diferenciación entre los diferentes maestros que producen en un mismo centro alfarero (GONZÁLEZ, 1987, 477). De esta manera, los sellos actuarían como garante de la calidad del contraste de la obra del alfarero. Al estampar su sello, el artesano establecería su marca registrada, su garantía que avala la calidad del producto realizado. Los sellos son, pues, una prueba del compromiso adquirido, una señal de garantía entre el maestro alfarero y el comprador, que se facilitaba sólo a los agremiados, permitiendo una propaganda eficaz de determinadas manufacturas que, en su momento, contribuyó a la divulgación de un tipo determinado de forma sobre otras (BERNAT y SERRA, 1987, 478).

Las estampillas pueden encontrarse en cuerpos, hombros o, como en este ejemplar procedente de las excavaciones de la calle Independencia, en todo el cuello de la pieza con la típica roseta, posiblemente la marca estampillada más presente en el repertorio paterno, aquí esquematizada en forma radial, que además suele aparecer punteada, las rosetas también pueden registrarse en solitario o agrupadas, envueltas por una faja o cartucho con forma hemie-

lipsoide (MENÉNDEZ FUEYO, 2005, 120-145) (Figura 10).

Otro tipo de piezas documentado entre los materiales almacenados en el Museo son las cerámicas de uso arquitectónico, como varios ejemplares de atadores o tuberías cerámicas procedentes de la calle Ricardo León, 12-14, utilizadas para recanalizar y evacuar el agua de lluvia caída de las cubiertas de los edificios. El tipo de atador o tubería cerámica documentado en Elda responde a una pieza sin base, abierta por ambos extremos, con el cuerpo bitroncocónico de inflexión alta, donde un extremo es más ancho que el otro, en la intención de servir de perfecta conexión con el tubo siguiente. Estas piezas, por la misión que tienen, presentan un tratamiento alisado de forma homogénea, tanto al exterior como al interior; así como una pasta de textura bizcochada de tonalidad anaranjada con intrusiones minerales de pequeño tamaño y media densidad. No presenta ningún tipo de marca ni decoración. Parece claro que, a la vista del repertorio que muestra Paterna para este tipo de materiales, sus orígenes haya que situarlos en el taller valenciano (MESQUIDA GARCÍA, 1997, 659, Lám. II, 11), donde se fabricaban gran cantidad de tubos de canalización y saneamiento. Un aspecto importante a resaltar es que, a partir del siglo XV, ya no se fabrican tuberías de sección circular, sino sólo cuadrangular (1997, 656), por lo que éstas que encontramos en Elda deben ser fabricadas como mucho a finales del siglo XIV.

Otras formas documentadas en la colección del Museo,

son las formas de agua, destacando una jarrita procedente de la excavación de la Plaza Sagrado Corazón, actual sede social de la comparsa Moros Realistas de Elda (POVEDA, MÁRQUEZ y PEIDRO, 2004, 36-39). De base con repié cóncavo moldurado, con cuerpo bitroncocónico de inflexión media, cuello cilíndrico ancho, bajo y simple, con el borde no diferenciado de tipo recto, simple con el labio convexo, es una pieza que presenta doble asa de cinta vertical en cuello y cuerpo. Está fabricada a torno con una pasta bizcochada de tonalidad blanquecina y desengrasante mineral de pequeño tamaño y baja densidad. Tanto al exterior como al interior, muestra un tratamiento alisado. La pieza seleccionada muestra una decoración pintada exterior parcial monocroma en óxido de manganeso. Un panel que ocupa el ancho del cuello de la pieza muestra una banda con doble metopa que enmarca una doble cenefa surcada de gruesos trazos perpendiculares. En el cuerpo de la pieza se presenta una doble banda metopada que integran gruesos goterones en el centro de cada metopa.

Destaca la presencia del repié que le confiere a la pieza un grado de arcaísmo muy evidente, lo que podría retrotraer su datación. Habitualmente los pies de las piezas del tardo-gótico suelen ser planos e incluso ligeramente convexos, como se documenta en los registros de platos y escudillas de las cerámicas valencianas. La pieza podría tener un origen en los alfares bajomedievales murcianos que existen en la ciudad después de la conquista cristiana, cuestión que, de todas maneras habría que comprobar. El único paralelo reconocido de esta pieza lo hemos encontrado –aunque no exactamente con la misma decoración– en las excavaciones del Castillo de la Mola (Novelda) (NAVARRO POVEDA, 1990), que le confieren un marco cronológico bastante temprano a la pieza situado entre finales del siglo XIII y mediados del siglo XIV.

Tiempo de Feudales. Las producciones cerámicas bajo el dominio de Ximén Pérez de Corella

A finales de Octubre de 1424, como bien glosa el profesor J.V. Cabezuelo (2007, 153 y ss.) la Reina Violante, viuda de Juan I de Aragón vende sus posesiones en el Vinalopó a Ximén Pérez de Corella, caballero y copero de Alfonso



Figura 11. Azulejo en azul cobalto y blanco con el escudo de los Corella procedente del Castillo de Elda

V el Magnánimo y a Francesc d'Arinyó, secretario del rey. A partir de ese instante, la familia Corella será la que rija los destinos de buena parte del Medio Vinalopó, pues Elda y Aspe pronto se les unirá el castillo de Petrer, al desaparecer Jofré de Loaysa y quedar vinculado al oriolano Rocafull, el cual emparentaría con los Corella.

Ximén Pérez fue uno de los personajes más influyentes de la corte de Alfonso V con el que participó en la toma de Nápoles a principios de 1440, destacándose en el asalto a la ciudad por la puerta de San Genaro lo que le valieron el uso de armas reales y una renta sobre la ciudad italiana. Gobernador General del Reino, Virrey, capitán circunstancial de las tropas terrestres y navales y Embajador en la Corte de Castilla y en la Santa Sede, amplió sus dominios en la actual provincia de Alicante con la adquisición de la villa y condado de Cocentaina en 1448, generando un enorme e influyente señorío con capital en la villa montañera, apoyando desde allí el desarrollo y poderío de la Fortaleza-Palacio de Elda, segundo lugar de residencia del seño para practicar el deporte de la caza.

El auge y desarrollo socio-económico de Elda en estos momentos bajo el amparo de los Corella, se aprecia también en el registro material, donde la colección permanente del Museo Municipal alberga las mejores piezas descubiertas en las sucesivas excavaciones que se han realizado en el castillo. Entre el registro cerámico, destacan por encima de todo, los ejemplares de pavimento hidráulico, donde destacan tres piezas de una calidad meridiana. El primero es, evidentemente, la propia representación del escudo de los Corella (Figura 11) de la que recogemos aquí la profusa descripción que de él hizo A.M. Poveda



Figura 12. Propuesta de reconstrucción de A.M. Poveda Navarro del pavimento del Castillo-Palacio de Elda con la ubicación de los azulejos y alfarzones descubiertos en las excavaciones

Navarro, (1992, 298) definirlo como una *rajola* o azulejo cuadrangular en azul cobalto, rodeado de una serpiente con cabeza de mujer a cuyo cuello se enrosca la cola. El reptil contiene el escudo cuarteado con los siguientes elementos: en el cantón diestro del jefe, dos barras o palos verticales, en el centro del jefe, cuatribarrada horizontal; en el cantón izquierdo del jefe, dos flores de lis una sobre la otra ya una cruz patada que representa en el inferior de sus ángulos rectos pequeñas cruces decussatas. Ocupa el flanco derecho otra cuatribarrada horizontal, las flores de lis —esta vez sobre fondo azul— y la misma cruz patada, mientras que en el centro del cuerpo y flanco izquierdo aparecen dos dobles barras verticales y dos águilas sin corona, el cantón diestro de la punta y parte del centro de ésta son de campo azul, y el resto del centro y el cantón siniestro de la punta acogen una campana, parcialmente visible debido a la rotura del azulejo en este punto.

La importancia de este azulejo radica, aparte de la perfecta cronología que ofrece —binomio 1444-1446— para el estudio histórico de la zona; y a la introducción de los talleres de Manises en el registro material del Valle de Elda, cosa que hasta ahora era difícil de precisar; en la escasez de este tipo de representaciones en el registro cerámico de la provincia. Claros y profusos son los casos estudiados por M. González Martí (1952) para los pavimentos feudales en el Reino de Valencia, pero escasos o prácticamente nulos los existentes en la provincia

de Alicante. Sólo los casos de Cocentaina y Elda, salvan un panorama en este apartado realmente llamativo. Y lo es mucho más el haber podido conservar hasta los azulejos principales del pavimento, ya que este azulejo no se muestra solo en la colección permanente del Museo de Elda sino acompañado de otros elementos que conformaban un gran pavimento cerámico existente en el Palacio feudal de Elda.

Los otros azulejos se centran básicamente en los alfarzones, azulejos de forma hexagonal estirada que se combinan con otros azulejos formando dibujos o motivos repetitivos en el suelo. El Museo de Elda conserva algunos ejemplares excepcionales de alfarzones, como es el ampliamente conocido y publicado alfarzón con la leyenda SDEVENDOR, frase valenciana en letras góticas que además el lema de la famita Corella significando “el futuro por venir” (POVEDA NAVARRO, 1992, 311). Éste, algo habitual en los pavimentos de las mejores familias nobiliarias del Reino de Valencia, va acompañado de otros alfarzones con motivos alegóricos a los Corella, como la peineta de 7 puntas, que se muestra fragmentado en dos partes. Este alfarzón presenta la particularidad de mostrar una cenefa de idéntica factura que el alfarzón del lema, lo que ha permitido plantear a A.M. Poveda la reconstrucción teórica del pavimento (1992, 310-311) (Figura 12).

La azulejería es, desde luego, fundamental en este período, a la hora de hablar del registro cerámico feudal el-

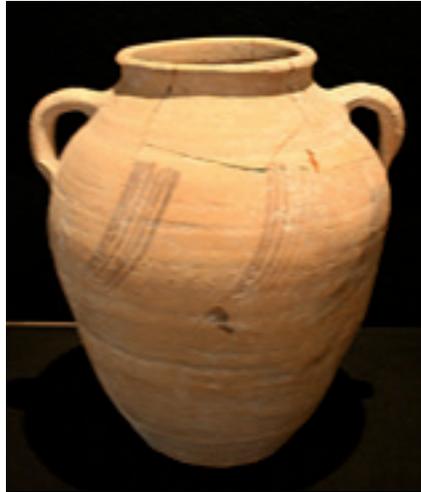


Figura 13. Escudilla en reflejo metálico procedente de las excavaciones en la sede de la Comparsa Realistas en Elda



Figura 14. Orza feudal procedente de las excavaciones en el Castillo de Elda

dense. Sin embargo, no sólo se han encontrado restos del taller de Manises en este sector, sino también en las formas feudales, aunque eso sí, escaso. Podemos destacar la existencia de fragmentos de escudillas en azul cobalto con microelementos discriminados que sirven de acompañamiento, como es el caso de los helechos que actúan como ornamentación de la pieza y que pueden fecharse de forma general en el siglo XV.

También localizamos la presencia de las típicas producciones en reflejo metálico, en concreto dos espléndidos ejemplares de escudillas procedentes de las excavaciones en la sede de la Comparsa Realistas. La primera, presenta una decoración cuarteada en el interior con cuartos con decoración vegetal con tréboles de flores circulares y otros con decoración geométrica a bandas y retículas. La otra pieza es una escudilla de idéntica distribución cuarteada pero donde aparece una decoración reticulada en lugar de los tréboles. La solidez y cierta oscuridad del tono metálico nos hace pensar en piezas de producción feudal tardía, mas propias del siglo XV pleno, incluso llegando a las décadas finales de la centuria (Figura 13).

Dejando a un lado la cerámica de lujo, el registro del Museo también presenta algunas piezas destacables en el apartado de la *obra aspra* o de las producciones sin vidriar, de la cerámica común. Entre ellas destacan las denominadas orzas (Figura 14), en concreto dos ejemplares procedentes de las excavaciones en el Castillo de

Elda, tratándose de una de las formas características del servicio doméstico medieval. Utilizadas como pequeños contenedores para almacenar especias, alimentos perecederos y otros productos de uso cotidiano en la cocina, responden a piezas de base plana, con un cuerpo de tenencia globular, ausencia de cuello, y borde saliente curvo engrosado exterior con el labio convexo. Como otras piezas del repertorio, presenta una pasta de textura bizcochada, con tonalidad blanquecina con intrusiones de tipo mineral de mediano tamaño y media densidad. Presenta un tratamiento alisado en interior y exterior de la pieza, mientras que conserva restos de una decoración pintada monocroma en óxido de manganeso, situada en el centro del cuerpo, donde aparecen un conjunto de trazos finos paralelos verticales y oblicuos que recorren la pieza sin cruzarse. El asa también muestra esa decoración pintada, con finas pinceladas paralelas.

El registro cerámico postmedieval. Un mundo por explorar

Mas allá del registro medieval feudal, la arqueología continúa ofreciendo multitud de aspectos y un enorme panorama en el registro cerámico que hoy aun está por explorar. Si de algo pueden estar llenos los fondos de museos como el de Elda, es de material adscrito a niveles arqueológicos postmedievales, o sea, todo aquel registro

cuyas cronologías se sitúan -a grosso modo- en contextos entre los siglos XVI y XIX.

La intensa actividad arqueológica en el municipio eldense no pasa desapercibida en este tipo de registro material, abundantísimo en los almacenes del museo y presente en la colección permanente. Aquí traemos algunas piezas hasta ahora inéditas y otras, que llevan expuestas largo tiempo en las vitrinas del Museo. Abarcar todo el conjunto del material nos parece tarea imposible de este artículo pero si es interesante apuntar algunos detalles a la vista de los materiales descubiertos en las excavaciones.

Los talleres nacionales

En este sentido, la colección arqueológica postmedieval eldense cumple con los parámetros básicos de cualquier ciudad de nuestra provincia: en primer lugar, constatar la lógica abundancia de registro de fabricación valenciana, frente a otros centros de producción; en segundo lugar, la presencia de gran cantidad de material de origen murciano, dada la tradicional vinculación comercial de Elda con dicha región a lo largo de los siglos medievales como ya hemos podido constatar en párrafos anteriores; y la presencia minoritaria, aunque sólida de cerámica procedentes de la Península Itálica, producto de la moda que se instala en nuestra península durante los momentos finales de la época medieval y sobre todo, durante las centurias renacentistas y barrocas⁹.

En cuanto a las producciones locales, hay que indicar una acusada presencia de dos centros alfareros en la esfera de contacto del Valle de Elda. Por un lado, las fábricas valencianas, centradas, primero, en las producciones distribuidas por el taller de Paterna en los estertores de la época medieval (MESQUIDA GARCÍA, 1996); y después en las emanadas de los talleres de la ciudad de Valencia, que distribuyen cerámica en todo el territorio valenciano, sobre todo en las ciudades, auténticos lugares donde se

concentra la burguesía adinerada que gusta de contar con vajillas de lujo que recuerden el viejo esplendor de las lozas doradas y de las cerámicas moradas el Siglo de Oro Valenciano.

Los ejemplares que aquí mostramos poseen las dos características decorativas básicas de la cerámica valenciana. Por un lado, el clásico motivo del *pardalet*, en el centro del solero, como en el plato de reflejo metálico localizado en el casco antiguo eldense y que podemos fechar, grosso modo, en pleno siglo XVII (MESQUIDA GARCÍA, 2001, 2002). Por otro, la decoración a ramajes, o vegetal que adorna de forma completa el solero del plato de reflejo metálico descubierto en la Placeta Colón y que también podemos fechar de forma genérica en el siglo XVII pleno (MERCEDES MESQUIDA, 2002).

Aparte de las fábricas valencianas, también se mantienen y acrecientan los tradicionales contactos con los distribuidores alfareros de la ciudad de Murcia, sobre todo en el suministro de cerámicas para usos domésticos especiales como este bacín –también llamado con la acepción castellana de *dompedro* o la *moixina* catalana- procedente de las excavaciones de la calle San Roque, 46-52. Esta pieza es conocida por su uso higiénico, cuya función principal es la de evacuar las aguas mayores y menores de las estancias de las casas, por lo que se trataba de una pieza de primera necesidad en el ajuar de los hogares de la época. Parece ser que su función estaba condicionada a la presencia de elementos complementarios, como los que aparecen en algunos inventarios de objetos, como el de Miguel de Pacs, referido por M. Barceló y G. Rosselló, indica que su retrete tenía “..*hum citi como a caxó folrat de drap vermell ab son pany per ceure a la moixina...*” (1996, 180); o sea, el bacín se coloca en la parte inferior de un cajón de madera forrado, dotado de un agujero donde el individuo podía descansar las posaderas mientras se aliviaba.

Junto a estas piezas también es habitual que los talleres murcianos suministrasen escudillas con vidriado monocromo de un tono blanquecino o verdoso, produccio-

⁹ Estos tres parámetros no anulan otros muchos que un estudio de mayor calado de este registro seguramente matizaría. En este sentido, animamos desde aquí a jóvenes investigadores que profundicen con trabajos futuros en esta línea, ya que será la única manera de que este inicial artículo muestre un progreso.



Figura 15 y 16. Plato de la serie negra de la Casa Pickman de la Fábrica de la Cartuja de Sevilla, procedente de las excavaciones de la c/ Independencia en Elda.



nes muy bien documentadas en el alfar murciano de la Arraixaca, fechado en el siglo XVII (MATILLA SEIQUER, 1992, 47), como dos ejemplares presentes en la colección permanente del Museo y que proceden de las excavaciones realizadas en el casco antiguo de la localidad.

Aparte de este conjunto, la colección del museo eldense presenta una novedad interesante que será expuesta en la exposición a realizar en el MARQ y es la confirmación de la existencia de piezas de estilo británico, procedentes de la afamada y prestigiosa Casa Pickmann. En concreto, el Museo de Elda posee en sus almacenes algunas piezas de las que hemos podido rescatar un plato de la serie negra de la Casa Pickman de la Fábrica de la Cartuja de Sevilla, procedente de las excavaciones de la c/ Independencia, con el motivo de una vista imaginaria occidental en el solero. La Cartuja, al igual que se predecesor decoró vajillas con paisajes imaginarios orientales y occidentales. En las vistas occidentales, se representan jardines con lagos y fuentes en primer término y escalinatas, edificio o templos al fondo en el centro, rodeado de una peculiar orla de motivos florales, alternados con óvalos de vistas imaginarias. Estas representaciones, en opinión de B. Maestre, son de tipo italianizante siendo muy similares a las empleadas por la empresa *Copeland & Garret* entre los años 1833-1847 en su modelo "Venice".

Es una de las series decorativas más características de la historia de Pickman en Sevilla son las vistas de paisajes, que

solían ser reales o imaginarios y se subordinaban a una composición general. Los antecedentes hay que buscarlos en los diseños de inspiración chinesca que las fábricas inglesas utilizaron para decorar sus vajillas, con el fin de copiar la cerámica china importada en gran escala a Inglaterra a través de los puertos de sus colonias. Con el tiempo, los paisajes chinoscos dejaron paso a a vistas imaginarias y ornamentales más occidentales donde se representaban escenas e mas pura fantasía, ofreciendo una imagen íntima de los ideales victorianos (MAESTRE, 1993, 121) (Figura 15).

En la mayor parte de las escenas salen cascadas de agua entre arboledas con edificios en la lejanía, pabellones neogóticos o ruinas, un puente en la media distancia una barca, o dos o tres figuras y una escalinata bajando hasta el agua. La mayoría de estos diseños, a juicio de B. Maestre, eran irreales e imaginarios, inspirados en la actitud idealista del paisaje, propia del romanticismo inglés. En otros casos, no como en este ejemplar del museo eldense, se trataba de paisajes reales y se identificaban con sus topónimos siendo muchos de ellos rurales y otros urbanos (MAESTRE, 1993, 122)

La pieza viene con el característico sello estampado de la fábrica sevillana, formado por un óvalo imitando ferroina y la inscripción PICKMAN Y CO SEVILLA, modelo documentado en la carpeta de patentes y en las carpetas de pruebas de planchas de estampación de la fábrica figurando en ella desde la década de 1880 a 1899. Se utilizo

este sello para todo tipo de piezas (ARAGONESES, 1982, 534; MAESTRE, 1993, 223) (Figura 16).

Las producciones italianas

A partir del siglo XVI, con la creación del estado español, y la pérdida de autonomía de los reinos, la demanda decrece sin desaparecer. Paterna continúa produciendo cerámica, pero con una distribución más localizada al Reino de Valencia¹⁰. Según Mercedes Mesquida, se han localizado un barrio alfarero en funcionamiento durante este momento (1996), aunque las producciones, en la tradicional variedad de la alfarería patenera, no alcanzan la cantidad y calidad de las anteriores producciones. De esta forma, en las excavaciones realizadas en la ciudad de Elda, en los niveles considerados postmedievales, hasta ahora dominadas en exclusividad por las producciones valencianas que anteriormente hemos visto, van a encontrar un elemento nuevo, diferente: las lozas italianas.

Es cierto que la presencia de cerámicas italianas durante los siglos XIII y XIV está arqueológicamente documentada en el Reino de Valencia –Novelda (NAVARRO POVEDA, 1992; Denia (GISBERT y BOLUFER, 1992, 7-40; Elche (LÓPEZ Y MENÉNDEZ, 2000, 547-563), o Alicante (LÓPEZ Y MENÉNDEZ, 2004, 217-239), por ejemplo–, incluso a través de hallazgos de carácter subacuático, como el Derelicto de Denia (GISBERT SANTONJA, 1999, 139-141). Pero será a partir del siglo XVI cuando esa presencia se haga más sólida y determinante. Todos conocemos la eterna lucha por el control de las rutas marítimas que han mantenido el Reino de Valencia y las diferentes repúblicas italianas durante los siglos medievales, sobre todo con Pisa, Venecia y Génova. A veces, la fina línea que marcaba el equilibrio medite-

rráneo se inclinaba a favor de los aragoneses y, otras, la balanza caía del lado italiano.

Es a partir de finales del siglo XV cuando los barcos italianos, mantenidos por el poderío económico y militar de genoveses, venecianos y pisanos, comienzan a dejarse ver por las costas valencianas, persiguiendo objetivos militares como comerciales. Además, la política expansiva de Alfonso V el Magnánimo ayuda a ampliar los contactos con Italia. La creación del Reino de Nápoles facilita el establecimiento valenciano en tierra italiana con claros fines comerciales. La burguesía valenciana, verdadera beneficiada con la política expansionista aragonesa, entrará en contacto con los apreciados productos italianos y, también, con la cerámica. El continuo contacto con los comerciantes genoveses, pisanos o venecianos, va desarrollando progresivamente un gusto por las lozas italianas en las clases elevadas de la sociedad valenciana. Poco a poco, lo italiano está de moda. Poseer loza italiana en la vajilla de mesa da prestigio y denota buen gusto. Comienza a demandarse cada vez más asiduamente cerámicas de los talleres más importantes: Montelupo, Savona, Albisola o Pisa empiezan a ser habituales –sin excesos, eso sí.

Las excavaciones arqueológicas de los últimos 20 años avalan esta impresión. Por poner algunos ejemplos, en la ciudad de Valencia son numerosos los solares con materiales de este tipo¹¹. Mismamente, las excavaciones realizadas en el solar del Palacio del Marqués de Dos Aguas, sede del actual Museo Nacional de Cerámica “González Martí”, permitió documentar un gran número de fragmentos de procedencia italiana¹² (COLL CONESA, 2001, 41-73). De la misma manera podemos hablar de lo que sucede en el resto de puertos y embarcaderos de la costa levantina. Denia, por ejemplo, conserva una importante colección de loza italiana (GISBERT y BOLUFER, 1992, 7-40). La villa de Xàbia es otra de las que ofrece materiales de este tipo,

¹⁰ En las áreas geográficas que tradicionalmente han sido receptoras de la loza valenciana se aprecia, no sólo una disminución de los registros, sino una marcada ausencia, como ocurre en los barrios acomodados de la ciudad de Murcia durante el siglo XVI (Coll Conesa, 1998, 51).

¹¹ Agradecemos a Xavier Martí, Director del Museu d’Historia de Valencia (MHV) y a D^a Josefa Pascual, miembro del Servicio de Investigación Arqueológica del Ayuntamiento de Valencia, los comentarios realizados sobre este tipo de materiales en referencia a los solares excavados en la ciudad.

¹² En concreto, se hace referencia a la cata 5200, donde en la cimentación de uno de los pilares aparecieron fragmentos de lozas ligures en azul y blanco, de la serie decorada a *paesaggio sfumatto* (Coll, 2001, 59).

Figura 17. Plato fragmentado del denominado estilo “a losanges”, con los típicos ajedrezados policromos en el solero y decoración con motivos vegetales en las alas, fechable en la primera mitad del siglo XVI



en un número significativo, en la espera de su estudio y publicación que, esperemos que se produzca pronto.

Elda, al igual que todas estas poblaciones alicantinas, recibirá el impacto de esta moda, de las que nos ha quedado testimonio de tres piezas que nos indican la procedencia de los dos centros industriales más representativos de la alfarería de lujo italiana de estos momentos: El taller de Montelupo en la Liguria, y Pisa, el centro de los talleres alfareros de la Toscana.

Entre las producciones cerámicas procedentes de la Liguria, tienen un sitio preferente las fabricadas en el taller de Montelupo, uno de los centros alfareros italianos más importantes de toda la Edad Moderna. Sus fábricas se abrieron camino en el Mediterráneo a partir del siglo XVI, proporcionando un amplio repertorio de formas y decoraciones durante prácticamente tres centurias (Berti, 1986). Desde el 1500 hasta finales del siglo XVIII salieron de sus talleres un amplio abanico formal con una pasta muy compacta y depurada, sin apenas desgrasantes, de textura arenosa y con coloraciones variadas, que van desde el blanco amarillento o amarillo cremoso a tonos rosados y rojizos. Montelupo ofrece una enorme variedad de registros decorativos, donde dominan las policro-

mías y la abundancia de temas, destacando los geométricos -como los estilos *spiralli aranci*, *alla porcellana*, o el *policromo-geométrico*-, los naturalísticos -*foglia verdi*- y los figurativos -*a mostacci*-. La producción documentada en el Museo de Elda, corresponde con un plato fragmentado del denominado estilo “a losanges”, con los típicos ajedrezados policromos en el solero y decoración con motivos vegetales en las alas, fechable en la primera mitad del siglo XVI (Figura 17).

El otro ejemplar documentado es un plato procedente de las excavaciones de la calle Andrés Amado – Sagrado Corazón, que presenta algunas dudas razonables sobre su origen, dado que es una producción que, en fechas posteriores, se copia en la Península Ibérica en diversos centros alfareros peninsulares¹³. De ser italiano, habría que adscribirlo al taller de Montelupo, por tanto, sigue suministrando material a la actual provincia de Alicante en fechas más tardías, y esta vez con las producciones como este ejemplar, en azul sobre blanco *a paesi* con la característica cenefa “a la porcellana” y sus típicas y reconocibles decoraciones vegetales en el centro del solero.

En cuanto a la presencia de cerámicas pisanas en el regis-

¹³ Hay que indicar que esto hecho se produce por la numerosa llegada de alfareros italianos emigrantes desde la Península Itálica a trabajar aquí, lo que produce una asimilación de los modelos italianos en las cerámicas de lujo que salen de los talleres españoles.

tro hay que indicar que prácticamente, desde la segunda mitad del siglo XV, se tiene registrado que la ciudad de Pisa exporta piezas de loza que se caracterizan fundamentalmente por los motivos decorativos esgrafiados bajo cubierta y por las pastas compactas, finas y de color rojizo (BERTI y TONGIORGI, 1982). Siendo una producción importante, las referencias pisanas en la provincia de Alicante, son sensiblemente menores que las aportadas por los talleres ligures y montelupinos.

Después de esta producción, nada sabemos sobre cerámicas pisanas hasta bien entrado el siglo XVII, donde encontramos en el registro del Museo de Elda la presencia un ejemplar de producciones jaspeadas —o también llamadas marmoteadas— procedente del Casco Antiguo de la población (Figura 18). La cerámica denominada *jaspeada* (ROSSELLÓ y CAMPS, 1974; ABEL, 1993) o marmoleada (GISBERT y BOLUFER, 1992) es otra de las producciones cerámicas típicas de Pisa que será también imitada en talleres ligures y del Sur de Francia. Esta técnica decorativa, aplicada sobretudo a escudillas, cuencos y platos, consiste en una mezcla de engobes que, agitados en su interior, conforman un motivo de aguas característico. Se encuentran distintas combinaciones de colores, empleándose el ocre y el marrón, o también añadiéndoles otros colores, como el verde y el negro.

En la Península este tipo se halla bastante bien documentado, aunque hemos de indicar que son producciones tremendamente imitadas por los talleres franceses. Tantas es la intensidad de su imitación que es realmente imposible determinar las producciones pisanas de las francesas. Siendo Alicante un puerto de una enorme intensidad comercial que servía de puente a las producciones que llegaban hacia el interior como las de Elda, se nos hace difícil establecer el origen de la producción. Baste, de momento, que señalemos su posible adscripción pisana, a falta de estudios más concluyentes y de un mayor número de registros.

A modo informativo, indiquemos que se han localizado piezas de este tipo en Barcelona —Sant Pau del Camp y Plaça Comercial, con decoraciones en verde y ocre— y en el monasterio de Sant Feliu de Guíxols (CERDÀ y TELESE, 1994). Aparte de la ciudad de Alicante, hemos podido documentarlas en la vecina ciudad de Elche, con fragmentos aparecidos en las excavaciones de los Baños Árabes de Elche, en su transformación postmedieval de



Figura 18. Plato con decoración jaspeada procedente del Casco Antiguo de Elda

ermita a bodega del Convento de Mercedarios (AZUAR, LÓPEZ y MENÉNDEZ, 2000). En Palma de Mallorca, a las piezas publicadas por G. Rosselló y J. Camps (1974) procedentes del Palau Desbrull se añaden hallazgos posteriores como los del Pozo nº 3 de Santa Catalina de Sena, también en Palma (COLL CONESA, 1998), mientras que en Murcia J. Coll (1997) localizó otro fragmento entre los materiales procedentes de la C/Platería. Las piezas más próximas a nuestro ejemplar ilicitano, sin embargo, se encuentran en Denia, en donde P. Gisbert y J. Bolufer (1992) documentaron seis piezas procedentes de la Vila Vella entre las que predominan claramente las decoraciones bícromas —marrón y amarillo— sobre las policromas —amarillo, marrón, verde y negro—. Prácticamente todos los hallazgos se presentan en contextos que pueden fecharse entre mediados del siglo XVII e inicios del siglo XVIII.

Como colofón, conviene señalar que no estamos ante una circulación masiva que inunda el mercado peninsular. Hay que señalar la existencia de una gradación comercial en las demandas de cerámicas de lujo en el área valenciana. Sin duda, si echáramos mano de un recuento estadístico después de haber estudiado todos los lotes cerámicos hallados en excavaciones arqueológicas de la Comunidad Valenciana; observaríamos que la cerámica predominante de forma indiscutible es la cerámica valenciana en todas sus acepciones —Alcora, Manises, Paterna aunque ésta menos documentada en los siglos XVII y XVIII—. En grado

de presencia en los yacimientos le seguiría sin duda, las cerámicas de ámbito catalano-aragonés, sobre todo las cerámicas de Muel e Inca¹⁴ (Mallorca); mientras que la cerámica italiana, de gran demanda desde que el reino posee propiedades en la península Itálica, estaría situada en un grado de demanda más residual aunque no por ello menos importante.

Por ejemplo, a modo de apunte, J. Cerdà y A. Telese cifran la cantidad de loza italiana entorno a un 2 ó 3% del total de cerámica hallada en los yacimientos catalanes, donde predominan ampliamente las lozas autóctonas. Fenómeno similar se señala en el caso del yacimiento mallorquín de Can Bordils, en el que las producciones importadas –italianas, catalanas y valencianas- se hallan en franca minoría respecto de las lozas con decoraciones en verde y manganeso de producción local (x, 1997).

Finalmente hay que señalar el hecho, ya comentado por diversos autores (CERDÀ y TELESE, 1994) de que la mayor parte de las lozas exportadas desde Italia hacia las costas occidentales del Mediterráneo no pertenece a las series más lujosas fabricadas en sus alfares, sino a producciones dentro de una gama alta de vajilla: un lujo accesible que estaba al alcance de consumidores con cierto poder adquisitivo. Nos hallaríamos, pues, ante un producto del que raramente entrarían partidas importantes, puesto que no era un objeto al alcance de amplias capas de la sociedad y no ocupaba, por tanto, el grueso de la carga en los buques que las transportaban a lo largo del litoral mediterráneo.

A partir del siglo XVI en todas las ciudades portuarias importantes, no obstante, creció el interés por esta vajilla entre una burguesía en pleno desarrollo que en mayor o menor medida podía acceder a piezas de loza que implicaban cierto lujo. En el Reino de Valencia, este progresivo interés fue en detrimento de la loza de Paterna y Manises, talleres que siguieron produciendo y abasteciendo mayoritariamente la demanda local de vajilla durante los siglos XVI y XVII.

Este hecho es patente en la mayor parte de los registros arqueológicos de las principales ciudades del Reino, como en el caso de la ciudad de Elda, en donde aparecen en gran número las lozas de reflejo metálico de los talleres valencianos. Sin embargo, la cerámica de sus alfares ya no alcanza la calidad de las producciones precedentes del siglo XV, y sus motivos decorativos decaen hacia formas repetitivas aplicadas a piezas de ejecución más descuidada, con señales evidentes del torneado en las que las decoraciones ofrecen un aspecto más pesado y oscuro contrapuesto a la blancura de las pastas.

La loza valenciana de este momento ha dejado de ser un producto demandado por los estamentos más altos de una sociedad que, alejada del nuevo centro de poder –cada vez más basculado hacia Castilla- pone sus ojos en otro tipo de productos como la vajilla de metal importado de las minas americanas y la porcelana china (SOLLER, 1997, 167) y que además también ha de competir en el mercado urbano con las producciones de loza, tanto italianas y francesas como de otros talleres peninsulares, tales como Teruel o Talavera. Sólo la ausencia de mayores registros y estudios sobre este tipo de materiales nos impide profundizar en el ejemplo que aquí hemos presentado sobre la ciudad de Elda.

Como hemos indicado al principio del artículo, la investigación continua y la memoria almacenada en los museos y en estos trabajos, permanece. Las reflexiones expuestas en este trabajo son una pincelada sobre las posibilidades que el registro cerámico sigue ofreciendo al panorama de la investigación arqueológica en cualquier ciudad de nuestro territorio. Por eso, volvemos al planteamiento de partida y al título de este trabajo, hay que volver a hablar del registro, hay que volver a hablar de cerámica. Solo a través del registro y de una cuidada y constante investigación, apoyada en instituciones como los museos, solventaremos muchos de los vacíos que la continua actuación arqueológica sobre nuestros solares urbanos está impidiendo desarrollar con el espacio y el tiempo necesarios.

¹⁴ Quedaría al margen un pequeño grupo de materiales procedentes del área murciana, y siempre asociados con cerámica de uso doméstico –lebrillos, escudillas, etc...- así como talleres locales como los ilicitanos en azul cobalto pero cuyo desarrollo real se produce ya bien entrado el siglo XVIII.

ORIGEN, DESARROLLO Y SIGNIFICADO DEL MUSEO ARQUEOLÓGICO MUNICIPAL DE ELDA



Antonio Manuel Poveda Navarro

Vista actual del Museo
Arqueológico Municipal
de Elda

Intentar presentar el origen, formación, desarrollo, naturaleza y características de este Museo es una tarea agrídulce, por un lado es hablar de la institución cultural municipal más polivalente por la diversidad de obligaciones legales y sociales que ha de atender, y sin temor a equivocarnos la que desarrolla más actividades de investigación, pero por otro lado es un departamento municipal sin desarrollar plenamente ante la sociedad a la que pertenece y sirve, de modo que el Museo es en general el auténtico desconocido para aquélla, para buena parte del sector escolar, docente, que debería ser su máximo beneficiario, e incluso para las distintas corporaciones municipales, que más allá de ser sus responsables legales podrían obtener grandes momentos de protagonismo político y social si apoyaran y explotaran todos los recursos de este Museo, el único enteramente público, sin intereses privados ni de ningún colectivo, el único que sí es de todos los eldenses y el que alberga más objetos de su más lejano pasado. Es por tanto la exposición que ahora se realiza en el MARQ, gracias a su fundación, una oportunidad única para sensibilizar a todos, responsables y usuarios, y conseguir de una vez por todas que el Museo Arqueológico de Elda sea más conocido y a partir de ahí más valorado.

El valor histórico y original de las piezas que ascienden a más de 100.000 permite que hoy Elda tenga una historia que contar, para ser enseñada a los estudiantes y presentada a sus habitantes y visitantes. Pongamos un ejemplo incuestionable, la historia de Elda se inicia con sus primeros habitantes ya en torno al año 4.000 antes de Cristo, durante la fase prehistórica del Neolítico, y llega hasta nuestro días, en el año 2008 después de Cristo, total, 6.000 años de habitar Elda, pues bien, la única parte de esa historia que está fuera del Museo y se estudia fuera del mismo es la de los doscientos últimos años, es decir, el siglo XIX y XX. Por tanto, gracias a lo que guarda y estudia el Museo podemos hablar orgullosos de 5.800 largos años, los que explican de dónde venimos y dónde estamos. Pero todo esto, para satisfacción y disfrute de todos, hay que explicarlo a los cuatro vientos y con mucho esfuerzo, por eso es imprescindible que el Museo Arqueológico Municipal posea la más adecuada y eficaz infraestructura, que le permita disponer de un protagonismo propio para hacer social y culturalmente rentable su existencia.

Primeros pasos de aproximación al patrimonio arqueológico de Elda

Algo evidente pero nunca dicho es que el Castillo de Elda, el de sus antiguos condes, fue el primer elemento histórico-arqueológico que despertó el interés de los habitantes de Elda; quizá el más famoso de ellos, D. Emilio Castelar, fuera el primero en acercarse pues promovió el que se arreglase alguna parte de la fortaleza para poder realizar ciertas actuaciones culturales, donde sabemos que intervino en alguna declamación literaria y breves escenificaciones teatrales, eran momentos cercanos a los años 1850-1860. Poco después, el erudito local Lamberto Amat y Sempere, escribía una historia de Elda (AMAT y SEMPERE, 1983 [1873-1874]), en la que muestra su interés y conocimiento por la ciudad ibero-romana de El Monastil, lamentándose del desinterés de sus paisanos que no han realizado en el lugar ninguna excavación arqueológica, e informando de algunos hallazgos arqueológicos ocurridos allí que no parecen haber llegado hasta el Museo. Hace referencia igualmente a otros edificios de valor histórico y arqueológico, como el convento franciscano de Nuestra Señora de los Ángeles, la iglesia parroquial de Santa Ana y el ya mencionado Castillo. En el año 1906 hubo un gran hallazgo en la partida rural de El Chorrillo, donde se encontró la escultura, en piedra local de un toro de la cultura ibérica, que está desaparecido y cuyo descubrimiento conllevó confusiones, pues las primeras referen-

cias escritas defendían que apareció en tierras de Sax o de Petrer, sin embargo, está ya probado que se encontró junto al molino de El Chorrillo, en término de Elda (SEGURA y JOVER, 1995, 235-240; POVEDA, 2006a, 52).

Se tuvo que llegar a los años treinta del siglo XX para que el interés de nuevas personas, ahora maestros de enseñanza nacional, diera como fruto la realización de prospecciones arqueológicas que derivaron en la publicación de algunos escritos y la recogida y conservación de objetos arqueológicos. Los protagonistas, entre los años 1932 y 1935, fueron Antonio Sempere Rico, Juan Vidal Vera, Jesús Andrés Sinobas y Antonio González Vera. El primero de ellos consiguió formar una pequeña y novedosa primera colección arqueológica en una sala de las entonces Escuelas Nacionales Graduadas (llamada posteriormente y hasta hoy C.P. Padre Manjón) (Poveda, 2004). Las piezas reunidas procedían de los yacimientos arqueológicos del Peñón del Trinitario, el Monte Bolón, y El Monastil, también objetos recuperados por maestros de escuela y personas particulares. Pero estas importantes iniciativas y colección se truncaron bruscamente, llegó la Guerra Civil y las escuelas se convirtieron en Hospital de Sangre, desapareciendo la documentación y la mayor parte de los materiales arqueológicos coleccionados, aunque otros se salvaron y forman parte del actual Museo Municipal.

Una curiosa actividad arqueológica es la que durante los años 40 del pasado siglo desarrolló el sacerdote José Bel-

Miembros de la antigua Sección de Arqueología del Centro Excursionista Eldense (C. E. E.) en las excavaciones de El Monastil



da, director del Museo Arqueológico Provincial de Alicante, hasta el año 1965, pues acordó con un cabrero de Elda que le daría una gratificación por cada cráneo humano u objeto arqueológico que le encontrase de las cuevas de enterramiento existentes en Monte Bolón, donde se encontraba la necrópolis de la Edad del Bronce del poblado del Peñón del Trinitario. Lamentablemente, y tal como era el proceder del padre Belda, no dejó información escrita de la mencionada labor en Elda.

La fase premunicipal: la colección arqueológica del Centro Excursionista Eldense (1959-1983)

Entre los años 1951 y 1955 se estuvieron produciendo hallazgos arqueológicos relacionados con las actividades de jóvenes aficionados a la arqueología. El hallazgo del enterramiento múltiple de la Cueva del Hacha (Petrer), junto a la orilla septentrional del Pantano de Elda, llevado a cabo por Joaquín Payá González, Joaquín Ruiz y José Starli, hizo surgir el impulso definitivo para que la afición por la arqueología cristalizase en la formación de un grupo vinculado con una asociación excursionista local, cuyo presidente de entonces, Francisco Prat Beltrán, les acogió y apoyó para formar una sección en su entidad. De este modo se formó un equipo humano que consiguió recuperar importantes objetos del patrimonio arqueológico de Elda, con el que formaron en el año 1959 una Sec-

ción de Arqueología de ese centro excursionista, siendo su primer vocal responsable Antonio Martínez Mendiola (AA.VV., 1967, 4-5). Esta sección sería muy activa al realizar excavaciones y prospecciones arqueológicas, exposiciones, viajes a museos y yacimientos, charlas, y catalogación de piezas, logrando formar una modesta pero importantísima colección arqueológica, como recoge el cronista local e investigador Alberto Navarro Pastor (1964), que luego constituirá el principal germen de lo que sería el actual Museo Municipal (RODRÍGUEZ CAMPILLO, 1980; SEGURA, 1997, 485-495; POVEDA, 2006c, 224-225; SOLER, 2006b, 222-223). Su labor arqueológica se centró principalmente en los yacimientos arqueológicos del Peñón del Trinitario –Monte Bolón, La Melva, Cueva de la Casa Colorá, El Monastil, Cueva del Hacha– Terraza del Pantano, Caprala, Las Agualejas, el Castillo y el Casco Antiguo. Además, llegaron a realizar algunas publicaciones, destacando la edición en Valencia, en el año 1972, de una elemental, pero entonces fundamental, *Carta Arqueológica del Valle de Elda* (AA.VV., 1972, 199-208). En muchas de sus actividades contaron con la estimada ayuda y colaboración de importante investigadores y arqueólogos de prestigio provincial, nacional e internacional, pues en la colección arqueológica ubicada en un pequeño local de la calle Menéndez Pelayo (junto a la sede de Correos en la ciudad), se dieron cita a lo largo de su historia José María Soler García (Museo de Villena), Alejandro Ramos Folqués (Museo de La Alcudia de Elche), Enrique A. Llobregat Conesa (Museo Arqueológico

Provincial de Alicante), Domingo Fletcher (director del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia), Martín Almagro Basch (profesor universitario y representante del Ministerio de Cultura), Samuel de los Santos Jener (Museo Arqueológico Provincial de Albacete) o la arqueóloga sueca Solveig Nordström. Además del hallazgo de objetos y yacimientos arqueológicos, es muy meritorio el corpus de documentación gráfica y escrita que consiguieron elaborar, sirviendo de documentación de gran valor, pues al tratarse de partes de actividad diaria, semanal o mensual, ha permitido crear un archivo rico de información que constituye actualmente parte fundamental del existente en el Museo Arqueológico Municipal de Elda.

Otros hallazgos pudieron producirse por la actuación de las maestras del Colegio Padre Manjón doña Eutimia Gutiérrez Rodríguez y Teresa Martínez de Riera, que dirigieron, entre los años 1967 y 1976, a varios grupos de alumnas incluidas en el programa nacional "Misión Rescata" (grupos núms. 12, 92, 93, 591), pero el material recuperado no parece haber llegado hasta el museo a excepción de un exíguo lote de piezas (POVEDA, 2004).

Si bien en el año 1969 hubo una primera "creación" del museo, para evitar que fuera requisado ministerialmente, y quedaba así bajo la hipotética tutela municipal, será a partir del año 1980 cuando el Ayuntamiento de Elda y el Centro Excursionista Eldense tengan muy adelantadas las gestiones para, con la colección arqueológica de éste, crear realmente el Museo Arqueológico Municipal de Elda, que encontraría así su ubicación hasta la actualidad en la Casa de Cultura. Después de 25 años de dedicación abnegada y altruista, los miembros de la Sección de Arqueología del Centro Excursionista Eldense iban a entregar el fruto de su vida, unas ricas colecciones arqueológicas como legado histórico impagable para la ciudad, por lo que todos tenemos que estarles eterna y profundamente agradecidos.

Creación del Museo Arqueológico Municipal de Elda

Desde los últimos meses del año 1982 los miembros de la sección de arqueología fueron preparando el traslado de los fondos de su colección, de modo que con los mismos ya dispuestos en las vitrinas de las nuevas instalacio-

nes de la Casa de la Cultura de Elda, se llegó a septiembre del año 1983, cuando abrió sus puertas por primera vez el Museo Arqueológico de titularidad pública municipal, siendo su primer director Antonio M. Poveda Navarro, que recién acabada su licenciatura en la Universidad de Alicante y habiendo sido introducido pocos años antes por Enrique A. Llobregat en la Sección de Arqueología del CEE, comenzó en solitario la gestión del novel Museo. Posteriormente le sucedió en el cargo la arqueóloga María Luisa Delgado, hasta que en febrero del año 1990 se cubría la plaza en propiedad de arqueólogo municipal y director del Museo Arqueológico de Elda, que recaía en su primer director. Desde entonces y hasta junio del año 2005 se encargó de las múltiples y diversas funciones que conlleva dirigir un Museo de estas características. En esa fecha y hasta abril de 2007 quedó en excedencia, para volver después y hasta la actualidad. Mientras se produjo la situación de excedencia se produjo su sustitución interina por la arqueóloga M.^a Dolores Soler García, mientras que las tareas de arqueólogo municipal del Museo las desempeñaría Juan Carlos Márquez Villora.

Después de su efectiva creación municipal, el Museo recibió su reconocimiento autonómico por parte de la Conselleria de Cultura, Educación y Ciencia el día 24 de marzo del año 1994. Desde ese momento quedó incluido en la red de museos reconocidos de la Comunidad Valenciana, pudiendo acogerse anualmente a las diversas ayudas y subvenciones convocadas por la referida Conselleria valenciana.

SIGNIFICADO Y FUNCIONES DEL MUSEO

Desde ese momento el Museo ha sido el instrumento municipal para intentar asesorar técnicamente y gestionar el patrimonio arqueológico y en parte el histórico, de la ciudad de Elda; ha tenido que implantar líneas de difusión con charlas, publicaciones divulgativas y científicas, realización de congresos nacionales e internacionales, clasificación y estudio de miles de materiales y conservación y restauración de buena parte de éstos. Hoy los almacenes están repletos de piezas que los desbordan y que piden a gritos unas amplias y modernas salas donde exponer las ricas muestras del pasado cultural e histórico de todos

Visita de Enrique Llobregat a El Monastil (1967), acompañado por miembros del C. E. E.



los habitantes del Valle de Elda. Pero el Museo ha servido también de práctica educativa y formativa para un ya largo número de estudiantes y licenciados de la Universidad de Alicante, e incluso de varias universidades italianas encabezadas por la de Perugia. De esta forma el Museo puede presumir de que muchos arqueólogos de importante nivel se han formado con prácticas profesionales y becas, completando sus conocimientos universitarios en él. Si la administración local da el paso definitivo y necesario Elda puede reconvertir su actual Museo Municipal en un centro de gran valor educativo, cultural y científico, con unos valores turísticos que no se han explotado hasta la fecha; las colecciones prehistóricas, de la cultura ibérica, la cultura romana, la cultura medieval y la postmedieval, son ricas y de calidad, permitiendo explicar visualmente la historia vivida por nuestra ciudad, sus habitantes y nuestra civilización. Entre sus variados fondos existen auténticas “joyas”, como prendas textiles de la Prehistoria; cerámicas ibéricas con artísticas decoraciones pictóricas, la escultura en piedra de una sirena ibérica; la tapa de mármol italiano de un sarcófago tardo-romano; tinajas decoradas islámicas o cerámicas valencianas medievales cristianas, lozas italianas y de otras procedencias. Estas y otras piezas son únicas en España y tienen un gran atractivo para sus visitantes.

Entre las muy diversas tareas del museo se pueden destacar las siguientes. Anualmente se restauran lotes de

piezas arqueológicas para garantizar su estado de conservación y su mejor exposición en las salas permanentes. Precisamente en esta actividad ha sido recientemente fundamental la participación del MARQ, pues su equipo técnico de restauración ha acometido la limpieza y restauración de medio centenar de objetos, e igualmente ha sido excepcional el excelente trabajo que con el mismo fin ha realizado el Instituto del Patrimonio Cultural de España, dependiente del Ministerio de Cultura, que se ha centrado en dos piezas textiles de la Edad del Bronce, únicas entre el patrimonio arqueológico de España. La investigación y difusión de los objetos arqueológicos que constituyen los fondos del museo viene siendo muy importante, de modo que se publican libros y artículos sobre los mismos, se presentan en congresos arqueológicos nacionales e internacionales. La publicación de una revista científica, *Alebus*, es otra tarea destacable al permitir el conocimiento de parte de las actividades investigadoras del personal y colaboradores del museo, además de servir para presentar científicamente buena parte de sus fondos. El interés de éstos hace que sea habitual la elaboración de memorias de licenciatura y tesis doctorales, que de forma parcial o total hace que numerosos investigadores universitarios estudien y presenten piezas arqueológicas de sus colecciones. Para incentivar esa línea investigadora y contextualizar a nivel nacional las mismas, el museo se responsabiliza para la Concejalía de Patrimonio Histórico del Ayuntamiento de Elda, de organizar con la Univer-

sidad de Alicante seminarios de Historia y Arqueología, actividad que lleva desarrollándose anualmente desde el año 2001. Una nueva labor promovida por el museo es la de crear exposiciones eventuales, como las que en los últimos años se producen con la colaboración del profesorado y alumnado del Instituto de Enseñanza Secundaria “El Monastil”. Además, todos los años se aceptan solicitudes de préstamo de importantes objetos arqueológicos de sus colecciones, de modo que los mismos aparezcan en importantes exposiciones nacionales, en algunos casos con carácter itinerante, logrando así una difusión multitudinaria de este patrimonio arqueológico que custodia y conserva el museo. Por ello exposiciones tan importantes como la serie de La Luz de las Imágenes, El Mediterráneo desde la otra orilla, 100 imágenes de la cultura ibérica, El Gusto de Ausias March, Regnum Murciae o Alicante, el gran puerto del Reino de Valencia en tiempos de Alfonso el Magnánimo, entre otras, han contado en sus montajes expositivos con importantes y numerosas piezas de los fondos del Museo Arqueológico de Elda. Recientemente se ha dotado al museo de una sala de exposiciones temporales, donde también se presentan a lo largo del año exposiciones externas y de variada temática. La gestión del patrimonio arqueológico de la ciudad de Elda, a nivel de sus monumentos o yacimientos arqueológicos, ocupa y centra una parte importante de la tarea del museo, de modo que se excavan y restauran lugares como la Atalaya medieval de La Torreta, el Castillo de Elda o la ciudad ibero-romana de El Monastil, que son los tres bienes de Interés Cultural valenciano y nacional de que dispone Elda; las visitas guiadas a dichos lugares son habituales para que personas y colectivos puedan conocerlos de un modo pedagógico pero riguroso, realizándose también jornadas de puertas abiertas para dar a conocer los nuevos logros y hallazgos en esos sitios arqueológicos. De especial trascendencia para la salvaguarda del patrimonio arqueológico de Elda es que los arqueólogos del museo supervisen el cumplimiento del Plan General de Ordenación Urbana, asesorando e informando cotidianamente a la Concejalía de Urbanismo, y ocupándose incluso de realizar excavaciones arqueológicas de salvamento en solares del Casco Antiguo de la ciudad de Elda y en otras áreas de su término municipal. Otra tarea callada pero necesaria es el registro, inventariado, catalogación y almacenamiento

ordenado de los materiales arqueológicos que ya forman parte de los fondos, y sobre todo de los miles de objetos que se depositan anualmente fruto de las excavaciones arqueológicas que se realizan en ese término.

Un aspecto poco conocido pero de alto valor para profesionales, estudiosos y estudiantes de todos los niveles educativos, es la gestión de una biblioteca especializada que en su momento fue creada en el museo y que actualmente está a punto de alcanzar los 5.000 volúmenes, constituyendo una biblioteca pública de gran calidad científica, que se puede considerar un fondo bibliográfico único en la ciudad y en la comarca.

Por último, los trabajos de realizar fotografías de yacimientos arqueológicos, piezas arqueológicas y monumentos, ha permitido crear una fototeca que garantiza la existencia y conservación de una rica información gráfica de la historia de la ciudad de Elda. De esta manera se garantiza que la misma quedará siempre a disposición de las generaciones futuras.

LAS COLECCIONES ARQUEOLÓGICAS DE LOS FONDOS DEL MUSEO

Los actuales fondos de material arqueológico del museo son el resultado de diversas actividades y situaciones, tanto del pasado como del presente. Hasta 1983, año de creación del Museo Arqueológico Municipal de Elda, la colección estaba íntegramente formada por la Colección arqueológica perteneciente al Centro Excursionista Eldense, que estaba compuesta por objetos procedentes de Monte Bolón, el Peñón del Trinitario, Casa Colorá, La Torreta, El Monastil, Las Agualejas, Laderas de Bolón, La Melva, solares del Casco Antiguo, Terraza del Pantano – Cueva del Hacha (Petrer), Caprala (Petrer), El Zambo (Monóvar), Serreta la Vella (Monóvar), La Torre (Sax), Cerro del Castillo (Lezuza, Albacete) y Amarejo (Fuentelamo, Albacete). Las piezas halladas y recuperadas en estos yacimientos y algunas donaciones de particulares, como por ejemplo las de los eruditos y estudiosos Juan Madrona y Alberto Navarro, más algún objeto procedente de la colección del Colegio Público Padre Manjón, son las que fueron donadas por la entidad excursionista al Ayuntamiento de Elda, de manera que constituyen los fondos

Vista parcial del local que albergó la colección arqueológica del C. E. E., ubicada junto a la oficina de Correos de Elda, antes de su traslado definitivo al actual Museo Arqueológico Municipal



134 / 135

fundacionales del museo arqueológico municipal creado para recepcionar esas piezas, que de este modo se convertían en patrimonio arqueológico público.

Desde ese momento hasta la actualidad, el depósito de materiales no ha cesado nunca por la llegada de nuevos lotes de objetos, procedentes de excavaciones arqueológicas realizadas en el término municipal de Elda, fruto de la intervención de empresas de arqueología, arqueólogos libres profesionales y de las propias actuaciones de los técnicos del museo.

El Museo de Elda ha recibido también depósito de materiales para atender y apoyar algunas intervenciones arqueológicas realizadas en otros municipios próximos, de modo que materiales del municipio de Sax y más rara vez del de Petrer, fueron depositados para su salvaguarda en el museo legalmente constituido en la comarca, por reconocimiento y decisión de la Conselleria de Cultura de la Generalitat Valenciana.

La actividad arqueológica desarrollada desde el Museo Arqueológico de Elda ha dado lugar a que las colecciones

iniciales se quintupliquen, además de diversificar en gran medida los yacimientos de procedencia. Los fondos hoy albergan piezas arqueológicas de los mismos yacimientos citados para la etapa premunicipal o de la Sección de Arqueología del Centro Excursionista Eldense, pero sumando los de yacimientos de conocimiento más reciente, como son los de Camara, Pont de La Jaud / Zambo Pequeño, el Charco (Monóvar), el Prado (Pinoso), la Molineta (Salinas), el Chorrillo (Elda – Petrer), Atalaya de La Torreta, Casa Colorá, Plan Parcial Torreta-Monastil, Puente I, Puente II, Arco Sempere y una larga serie de solares diseminados por todo el Casco Antiguo o Histórico de la ciudad.

Las Culturas representadas en los fondos del Museo Arqueológico de Elda

De la etapa **Prehistórica** se cuenta con los materiales neolíticos líticos y cerámicos de El Chopo-El Chorrillo y Torreta-Monastil, además de enterramientos de Serreta la Vella (Monóvar); de la fase calcolítica existen también



Detalle de una de las vitrinas de la antigua colección arqueológica del C.E.E.

enterramientos humanos con ajuares en la Cueva de la Casa Colorá, es destacable que se trata de un enterramiento múltiple con presencia de cerámicas lisas y punzones de cobre, otros objetos proceden de zonas de hábitat como los de El Canalón (Sierra de la Torreta), El Monastil, y Terraza del Pantano de Elda (Petrer); de los momentos de la Edad del Bronce se posee material procedente del Peñón del Trinitario (Monte Bolón), Pont de la Jaud (Sierra de Bateig) y El Monastil, siendo los objetos más notables los restos textiles de esparto y lino hallados en las cuevas de la necrópolis del Trinitario, que han sido recientemente datados hacia el 1700 a.C., y que se han restaurado en el Instituto del Patrimonio Cultural de España del Ministerio de Cultura. De la fase **Orientalizante** sobresalen las piezas halladas en Camara y El Monastil, donde se han recogido cerámicas fenicias e indígenas con presencia de escritura fenicia, también es de interés la recuperación de fíbulas de bronce de doble resorte. A la etapa **ibérica** pertenece uno de los más amplios y mejores lotes de los fondos, los yacimientos representados son El Monastil, El Chorrillo y Bolón, siendo de destacar la colección del primero, compuesta por relieves y esculturas de monumentos arquitectónicos de prestigio, siendo la mejor muestra la escultura en piedra de una sirena, dos relieves sobre sillares o tres volutas de las nacelas o capiteles de otros tantos monumentos funerarios del tipo pilar-estela; notables son igualmente sus numerosas cerámicas, especialmente las decoradas con estilo propio,

del denominado taller del “maestro del monastil”, o las del estilo Elche-Archena; en metal es de interés un juego de pesos de bronce y las fíbulas; de los materiales importados entonces destaca un grupo de cerámicas griegas, especialmente las áticas de figuras rojas; también son interesantes las cuentas de collar de pasta vítrea de origen púnico, una moneda púnica, otra griega y varias ibéricas ilustran la presencia de monetario del momento ibero. La cultura **romana** está muy bien representada en todas sus fases, con aportaciones del yacimiento de El Monastil y de las principales villas de su entorno, como Arco Sempere, Puente II, Las Agualejas o El Melich, de esos lugares son piezas dignas de mención los lotes de cerámica helenística de relieves del Mediterráneo oriental, las cerámicas de barniz negro etrusco-campanienses, las cerámicas de terra sigillata con decoración en relieve y marcas alfareras, lucernas, incluso dos moldes para su fabricación, ánforas, algunas con marcas y grafitos, cerámicas comunes, cerámicas de paredes finas, vidrios, instrumentos de hueso para escribir, inscripciones sobre piedra, fíbulas de variada tipología y un buen lote de monedas romanas. El período **tardorromano, bizantino y visigodo** ofrece un conjunto muy importante procedente de El Monastil y de Casa Colorá, ese momento está bien ilustrado con cerámicas comunes de producción local o regional, cerámicas finas africanas y orientales, cerámicas sigillatas paleocristianas grises del sur de Francia, ánforas africanas y del Mediterráneo oriental, lucernas africanas, ponderales de

bronce y de plomo de origen bizantino, una píxyde de marfil bizantina decorada con la cierva que capturó Hércules, vidrios y monedas; del mismo periodo, pero con matiz cristiano y de El Monastil, son el fragmento de tapa de mármol de Carrara con los relieves bíblicos de la historia del profeta Jonás engullido por el gran cetáceo, los fragmentos de mármol egeo pertenecientes a un altar, los fragmentos de piedra tallada pertenecientes a una celosía de ventana del ábside de la iglesia, las basas de columnas o columnillas, un sillar con una serpiente en relieve, y un sillar de piedra vaciado para servir de pileta que pudiera contener agua en la misma iglesia, mención especial merece el conjunto de ajuares cerámicos y ornamentales de los enterramientos de fase bizantina de El Monastil, donde junto a escasas cerámicas sobresalen los pendientes, collares y brazaletes de cobre, bronce, pasta vítrea y ámbar, o los dos anillos de cobre adornados con una letra griega en un caso y una cruz griega en otro. De la amplia duración de la presencia **islámica** se dispone de una gran colección, cuyas piezas proceden principalmente del Castillo de Elda, de la Galería de Jesús-La Melva, de El Monastil y de numerosos solares del Casco Antiguo de Elda, destacando especialmente los de las calles Independencia, Gonzalo Sempere, Luis Buñuel, General Solchaga (hoy Espoz y Mina), Juan Vidal y Colón. De los fondos de ese periodo histórico destacamos el lote de cerámicas comunes locales o regionales, y las cerámicas decoradas con motivos pintados propios de los musulmanes de Al-Andalus, también cerámicas decoradas con técnicas como la cuerda seca, el esgrafiado y las estampillas y apliques, entre las dos últimas sobresale la aparición de textos institucionales o sacros de la cultura musulmana, igualmente de interés es un tesorillo de monedas de plata hallado en Monte Bolón y otra moneda de plata aparecida en el castillo, no faltan tampoco objetos de cobre, bronce, hueso y vidrio; habría que subrayar entre esas cerámicas una pileta de abluciones para el culto coránico, las tinajas almohades de decoración estampillada, que muestran entre su decoración textos musulmanes, arquitectura, fauna, elementos geométricos y símbolos de su credo; también pertenece a esa producción una interesante tapadera de tinaja, donde se combina esa misma técnica con la del esgrafiado y la pintura en manganeso, la abundancia de estas piezas por todo el castillo

y Casco Antiguo, y la aparición de un taller alfarero en la calle Independencia, apuntan hacia la posibilidad de que sean materiales fabricados en el núcleo urbano musulmán primitivo de Elda. La cultura medieval **cristiana** tiene una importante presencia entre los fondos del museo, las piezas de la misma proceden de la Atalaya de la Torre, del Castillo y de solares del Casco Antiguo, de calles como las mencionadas más arriba. Procedentes del Castillo se cuenta con un amplio lote de cerámicas de naturaleza ornamental arquitectónica, de talleres valencianos de Manises, destacando alfarones y rajolas pintados en blanco y azul cobalto, con armas y leyendas heráldicas de la casa noble de los Corella, tinajas, cántaros, jarras y otras cerámicas comunes de talleres locales y sobre todo de Paterna, estas últimas cerámicas bajomedievales abundan por todo el Casco Antiguo, también se poseen objetos de vidrio, hueso y metal, como pulseras, anillos o broches de cinturón, notable es también la colección de monedas de las coronas castellana y aragonesa o valenciana, de notable mención es la existencia de dos fragmentos de muros desprendidos, que en un caso contiene un grafito con el dibujo de una nave medieval, y en otro contiene restos de un fresco con una escena sacra en la que una mano alza un cáliz, que proceden, respectivamente, de la torre circular y de la capilla del castillo. Por último, de la época **moderna** y procedentes del Castillo y el Casco Antiguo, existe una amplia colección de objetos, principalmente de cerámicas de alfarerías locales o comarcales, pero también de talleres de Manises, de donde procede abundante loza dorada o de reflejo metálico, de Sevilla y otros talleres andaluces, e incluso de alfares italianos de la Toscana, de los que se tienen platos de las producciones Monte Luppo y marmorizzata; se cuenta también con un lote de objetos de vidrio y otro de diversos objetos metálicos; las monedas del Reino de Valencia también encuentran un importante espacio; de arte sacro existen dos piezas singulares, un pequeño aplique de cornalina, de forma cuadrada donde aparece representado un “rostrillo” de Jesucristo, y una escultura mutilada de piedra, donde aparece esculpido un monje con hábitos franciscanos, la primera pieza apareció en un solar de la calle Colón y la segunda procede del antiguo convento de Nuestra Señora de los Ángeles, ya desaparecido tras su existencia final como manicomio provincial de Alicante.





CATÁLOGO DE PIEZAS

M^º Esther Gil González [EGG]

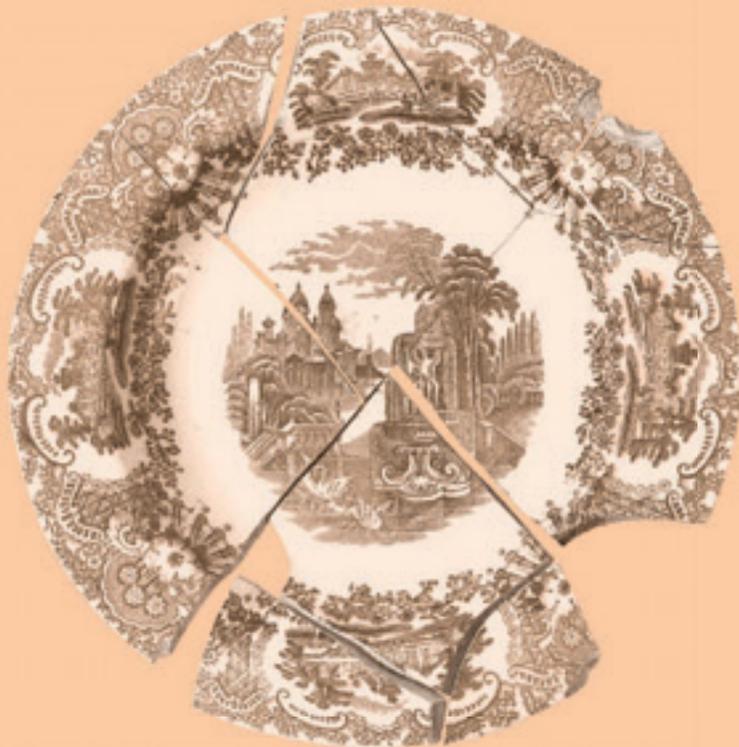
Juan Carlos Márquez Villora [JCMV]

Jesús Peidro Blanes [JPB]

Antonio M. Poveda Navarro [AMPN]

Joaquín Salmerón Juan [JSJ]

Héctor Uroz Rodríguez [HUR]





I. ENTERRAMIENTO INFANTIL

Óseo, textil, orgánico vegetal
Necrópolis de Monte Bolón

Enterramiento de un individuo infantil, de 3 años de edad, en posición decúbito lateral, con las extremidades tanto superiores como inferiores flexionadas, colocado sobre una bolsa acampanada de esparto. A los pies presenta una serie de elementos orgánicos (ramaje y frutos silvestres), mientras en la parte superior aparecía en parte cubierto por fragmentos de lino, que pudo ser de una pieza textil usada como sudario. Apareció en la Cueva n° 9 de la necrópolis que se asocia al poblado del Peñón del Trinitario, en Monte Bolón.

Alt.: 150 mm; anch. máx.: 480 mm; long. máx.: 760 mm
Edad del Bronce (1700 a. C.)

Inv.: SVI C0000100008945; CMB-88-104, CMB-120-123

- Rodríguez: 1981

- Poveda: 1999 b

- Márquez: 2005

- Soler et alii, en este volumen

[AMPN]



2. HACHA

Piedra
El Chopo I-El Chorrillo

Hacha de sillimanita pulida, de forma poligonal. Presenta caras convexas, bordes biconvexos, talón roto, corte convexo y sección rectangular, sinuosa en un lateral.

Long. máx. 125 mm; anch. máx. 47 mm; gros.: 32 mm

Neolítico (inicios-mediados V milenio a. C.)

Inv. SVI: C0000100009064; CHOPO-I/CH-I

- Vicente: 1987

- Poveda: 1988

- Jover y Segura: 1997

- Jover: 2006

[JCMV]



3. CUENCO

Cerámica
Torreta-El Monastil

Conjunto de doce fragmentos pertenecientes a un cuenco o vaso de tendencia esférica con decoración en su pared externa. Muestra varias bandas paralelas de motivos incisos oblicuos o de tendencia triangular, encadenados en zig-zag y rellenos de puntillado. La pasta es de color ocre-marrón, alisada al exterior, con desgrasantes calizos.

Long.: 145 mm; anch.: 120 mm; gros.: 6 mm

Neolítico Final-Calcolítico Pleno (2800-2200 a. C.)

Inv. SVI: C0000100009060; TM-1885 (1)-TM-1749 (11)

- Jover, Esquembre, Poveda y Soler: 2000-2001

[JCMV]



4. PUNTA DE FLECHA

Sílex

Cueva de la Casa Colorá

Punta de flecha de forma losángica. Se trata de un producto lítico tallado en sílex marrón, con retoque plano cubriente total.

Long.: 53 mm; anch.: 16 mm; gros.: 5.5 mm

Calcolítico-Edad del Bronce (III-II milenio a. C.)

Inv. SVI: C0000100008956; E-CC/38

- *Hernández: 1982*

- *Rodríguez: 1984*

- *Vicente: 1987*

- *Poveda: 1988*

- *Segura y Jover: 1997*

- *Jover: 2006*

- *Soler: 2002*

[JCMV]



5. VASIJA

Cerámica

El Monastil

Fragmento de borde ligeramente saliente, labio biselado y decorado en la cara exterior a base de incisiones e impresiones. Con la primera de las técnicas se han logrado tres líneas paralelas al borde, que originariamente correspondieron a dos frisos corridos. El friso superior presenta un relleno a base de dos incisiones consecutivas de punzón. El segundo de los frisos, situado más abajo, también presenta el motivo decorativo anterior, con la novedad de un conjunto punteado realizado con instrumento circular; a modo de metopa, entre incisiones oblicuas. La superficie de la pieza aparece bruñida, de color beige en la cara exterior y alisada de color gris en el interior. El desgrasante es de pequeño tamaño y la pasta es de color gris.

Long.: 37 mm; anch.: 33 mm; gros.: 4 mm

Fase Campaniforme (fines III milenio-inicios II milenio a. C.)

Inv. SVI: C0000100009053; 10/EM/74

- *Poveda: 1988*

- *Segura y Jover: 1997*

[JCMV]



6. COLLAR

Malacofauna

Monte Bolón (cueva nº 2)

Conjunto de 68 cuentas perforadas de collar, halladas en el interior de una cueva con un posible enterramiento múltiple.

Long.: 78 mm; anch.: 6 mm

Edad del Bronce (II milenio a. C.)

Inv. SVI: C0000100008958; CMB-9

- Segura y Jover: 1997

[JCMV]



7. VASIJA CARENADA

Cerámica

El Monastil

Fragmento informe de carena redondeada, decorado en la cara externa mediante la técnica de boquique. La decoración se dispone formando el característico motivo a base de guirnaldas. La superficie de color negro es bruñida tanto en el exterior como en el interior. La pasta es gris en sección, con desgrasante de pequeño tamaño.

Long. máx.: 45 mm; anch.: 40 mm; gros.: 4 mm

Bronce Tardío (II milenio a. C.)

Inv. SVI: C0000100009049; 10/EM/79

- Poveda: 1988

- Segura y Jover: 1997

[JCMV]

8. CUENTA DE COLLAR

Pasta Vitrea

Necrópolis de Monte Bolón



Cuenta de pasta de vidrio del tipo de forma de tonelete, de color negro, decorada con líneas blancas en espiral. Procede de un taller del Mediterráneo oriental desde donde habría llegado por medio del comercio fenicio. Apareció en la Cueva nº 1 de la necrópolis de Monte Bolón, que siendo de la Edad del Bronce habría sido reutilizada en época orientalizante.

Alt.: 9 mm; anch.: 8 mm; diám. máx.: 7 mm

Orientalizante (siglos VIII-VII a. C.)

Inv.: SVI C0000100008948; CMB-118

- Poveda: 1994; id.: 2006a

[AMPN]

9. ÁNFORA

Cerámica

Camara

Fragmento de pared de ánfora fenicia de la forma A1 con grafitos de escritura fenicia bajo el asa. Pertenece a una producción fenicia local o regional, que aparece abundantemente en el enclave orientalizante de Camara, a 850 m.s.n.m, junto a la laguna salobre de Salinas y las veredas ganaderas de la Alta Andalucía y la Serranía de Cuenca.

Alt.: 325 mm; anch. máx.: 147 mm; gros.: 9 mm

Orientalizante (725-650 a. C.)

Inv.: SVI C0000100008964; C-219

- Poveda: 1994; id.: 1994-1995; id.: 2006a

[AMPN]





10. ÁNFORA

Cerámica
El Monastil

Asa de ánfora preibérica sobre la que aparece la impresión de dos rosetas como posible marca anepigráfica del taller que la fabricó. Las rosetas se realizaron con una misma matriz, son una iconografía de influencia helenística. Puede pertenecer a un ánfora de la forma A1, posiblemente del taller indígena-fenicio de Peña Negra (Sierra de Crevillente).

Alt.: 88 mm; anch.: 60 mm; gros.: 9 mm

Orientalizante (siglos VII-VI a. C.)

Inv.: SVI C0000100000004; EM-901

- Poveda: 1994-1995; id.: 1995; id.: 2000c; id.: 2006a

- Mederos y Ruiz: 2000-2001

[AMPN]



11. PLATO

Cerámica
El Monastil

Borde y pared de plato fenicio de la producción de barniz rojo, importado del Mediterráneo oriental y comercializado en ambiente indígena del Valle de Elda, pudo llegar desde la colonia fenicia localizada en la costa de Guardamar del Segura.

Alt.: 47 mm; diám.: 40 mm; gros.: 7 mm

Orientalizante (siglos VII-VI a. C.)

Inv.: SVI C0000100008966; EM-20319

- Poveda: 2006a

[AMPN]





146 / 147

12. SIRENA

Piedra arenisca-caliza blanca

El Monastil

Escultura de bulto redondo que representa el cuerpo de sirena al que le faltan la cabeza, las patas y el final de la cola. Muestra alas plegadas y pegadas al cuerpo, aparecen por debajo de una serie de plumones cortos dispuestos en filas, el cuerpo está totalmente cubierto por dos grupos de plumas largas que llegan hasta la cola. Su fisonomía es estilizada y rectilínea, con clara influencia helenística. Presenta dos hendiduras laterales que atraviesan las alas debido a que tuvo que ser sujeta la figura mediante abrazaderas metálicas, seguramente porque había perdido las extremidades inferiores donde se apoyaba. Formaba parte de un monumento funerario de la necrópolis ibérica del poblado de El Monastil. Se colocaría en lo alto de un pilar-estela para con su función apotropaica defender la tumba del difunto y a la vez transportar su alma al Más Allá.

Alt.: 260 mm; long.: 650 mm; gros.: 270 mm

Época ibérica (siglo V a. C.)

Inv.: SVI C0000100008981; EM-33152

- Poveda: 1993a; id.: 1995; id.: 1997

- Izquierdo: 2000

[AMPN]



13. COPA

Cerámica
El Monastil

Fragmento de pared de un *kýlix-skýphos* ático de figuras rojas. Muestra decoración antropomorfa en su cara externa, donde se representa una escena de palestra, con un joven desnudo en posición de semiperfil con su mano derecha sobre la cintura, mientras la izquierda está en alto y probablemente sujetando un estrígilo. Junto este personaje, se observa a la derecha el inicio de las vestiduras de otra figura, y a la izquierda, posiblemente, el comienzo de una palmeta. Este tipo de vaso y su decoración son muy comunes a partir de finales del siglo V a. C., siendo realizados en su mayoría por el denominado *Pintor Q*.

Long.: 42 mm; anch.: 38 mm; gros.: 4 mm

Época ibérica (primera mitad del siglo IV a. C.)

Inv. SVI: C0000100008969; EM-2377

- Poveda: 1988; id.: 2006a

- Tordera: 1992-1993

[JCMV]



14. CRÁTERA

Cerámica
El Monastil

Fragmento de borde de crátera ática de campana de figuras rojas. El motivo representado es un friso vegetal de hojas lanceoladas. Esta decoración se sitúa bajo el engrosamiento del borde vuelto hacia al exterior, delimitado por dos líneas en reserva. A continuación, en la parte inferior, se ubicaría algún tipo de escena.

Long. máx.: 71 mm; anch.: 47 mm; gros.: 10 mm

Época ibérica (siglo IV a. C.)

Inv. SVI: C0000100009065; EM-35591

[JCMV]



148 / 149

15. KALATHOS DECORADO

Cerámica
El Monastil (Elda)

Kalathos fragmentado de tendencia cilíndrica y con decoración pintada de “dientes de lobo” en su labio, en cuyo friso central se representa una escena protagonizada por una figura masculina agitando una fusta, un carnicero y un équido. El hombre de la vara, con la cabeza vuelta, podría estar sujetando con su otra mano las bridas de un segundo caballo, mientras que con el primero, conservado en su totalidad, se pierde la escena por la derecha. El lobo destaca por la ferocidad de sus fauces, pero está privado de la monstruosidad de los carnassiers. El episodio se desarrolla entre una exuberante vegetación, en la que destacan, por su número, los brotes reticulados.

Long.: 184 mm; anch.: 135 mm; gros.: 4 mm
Época ibérica (finales siglo III – siglo I a. C.)

Inv. SVI: C0000100008774/EM – 34726

- Poveda, 1985; id.: 1988; id.: 1996

- Aranegui: 1987

- Maestro Zaldivar: 1989

- Poveda y Uroz Rodríguez: 2007

[HUS]



16. CABEZA DE LOBO

Cerámica
El Monastil

Cabeza de lobo que aparece con un orificio en la boca, pues servía de elemento vertedor del líquido contenido en una especie de imitación ibérica de un lagynos helenístico. El hocico apuntado y las orejas puntiagudas y alargadas hacia atrás le dan un aire de estar ágilmente corriendo hacia delante, quizá para atacar a alguna presa. Su valor simbólico fue grande en la cultura ibérica, era un ser mítico, temido y admirado por igual, vinculado a la heroización de personajes de la elite social ibérica.

Alt.: 40 mm; anch.: 50 mm

Época ibérica (siglos III-II a. C.)

Inv.: SVI C00000100009035; EM-35373

- Poveda: 1988

[AMPN]



17. FÍBULA

Bronce
El Monastil

Fragmento superior de figura de bulto redondo que representa un guerrero; se realizó a molde y se acabó mediante pulido y cincelado. Presenta los brazos doblados en ángulo recto, sin indicación de las manos pero con brazaletes en los antebrazos realizados con incisiones. Aparece tocado con un casco semiesférico. La cara está realizada en cuatro planos para indicar frente, nariz, boca y mentón. Sobre el pecho y la espalda se cruzan las correas que sujetarían a los típicos discos-coraza. Pertenecía sin duda al tipo de fíbula denominada de "caballito con jinete", propia del mundo céltico peninsular.

Alt.: 180 mm; anch. máx.: 190 mm

Época ibérica (siglos III-II a. C.)

Inv.: SVI C0000100009061; EM-35436

- Poveda: 1988

- Llorio: 1994-1995

[AMPN]



18. FUSAYOLA-CUENTA

Pasta vítrea
El Monastil

Fusayola o cuenta de pasta de vidrio azul con líneas onduladas amarillas que componen un motivo seriado a modo de hojas nervadas. Procede de importación del ámbito púnico. La forma es de fusayola pero pudo servir de cuenta junto a otros elementos ornamentales de un collar púnico.

Alt.: 13 mm; diám. máx.: 20 mm

Época ibérica (siglos III-II a. C.)

Inv.: SVI C0000100009030; EM-35554

[AMPN]

150 / 151



19. VASO DECORADO

Cerámica
El Monastil

Fragmento de una vasija de forma indeterminada en el que se vislumbra una pequeña porción de la pintura de una danza ritual en la que intervendrían hombres y mujeres, como se documenta en la cerámica de Lliria. En éste se ha conservado parte de dos personajes, de factura tosca y vestimenta a base de franjas verticales, que, cogidos de la mano, se desplazan hacia la derecha: uno de ellos indudablemente masculino, y otro femenino, en virtud de la trenza o coleta que le cae por su lado visible. Entre ellos asciende un pez, haciendo aparición, asimismo, esos elementos geométricos tan comunes que constan de una línea cruzada perpendicularmente por otras muchas, y que se encuentran en más representaciones de El Monastil y del conjunto de la pintura vascular ibérica del Sudeste.

Long. máx.: 74 mm; anch.: 80 mm; gros. 6 mm

Época ibérica (finales siglo III – siglo I a. C.)

Inv. SVI: C0000100008965/EM-35533

- Nordström: 1973

- Lucas: 1981

- Poveda: 1985; id.: 1988; id.: 1996

- Maestro Zaldívar: 1989

- Moneo: 2003

- Poveda y Uroz Rodríguez: 2007

[HUR]



20. JARRA DECORADA

Cerámica
El Monastil

Jarra fragmentada a la que le falta parte del cuerpo, la base, y el pico vertedor, que podría haber sido en origen de tipo trilobulado, propio de los oinochoai. De su aparato decorativo pintado destaca el friso central, protagonizado por el prótomo de un ser híbrido que corresponde al tipo iconográfico del carnassier alado, presente en ejemplares de La Alcudia de Elche y del Cabezo del Tío Pío de Archena. Dicho ser nace de un friso inferior a base de serie de “SSS”, tan común en la cerámica del Estilo I ilicitano, y de él destacan su hocico dentado y su lengua prominente, que miran hacia un elemento vegetal que bien pudiera constituir una reminiscencia del Árbol de la Vida.

Alt.: 265 mm; anch. máx.: 275 mm; diám. cuello: 84 mm
Época ibérica (finales siglo II – primera mitad siglo I a. C.)

Inv. SVI: C0000100008962; EM- 34725

- Poveda y Uroz Rodríguez: 2007

- Uroz Rodríguez, 2006; id.: 2007

[HUR]



21. CUENCO

Cerámica
El Monastil

Borde entrante y pared de vaso oriental de la clase helenística de relieves, presenta en el friso superior decoración seriada con motivo de ondas marinas que acaban en voluta o espiral. Es un producto comercializado por los romanos a la llegada a la península Ibérica.

Alt.: 42 mm; anch.: 50 mm; gros.: 4 mm
Época ibérica (siglos II-I a. C.)

Inv.: SVI C0000100008971; EM-21196

- Poveda: 2006a

[AMPN]



22. MONEDA

Bronce
El Monastil

As ibérico de bronce, de la ceca de *Saiti*. En el anverso se representa una cabeza masculina mirando a la derecha, ataviada con una diadema, mientras que detrás aparece una palma. El reverso presenta un jinete con lanza avanzando hacia la derecha. Finalmente, en el exergo puede leerse la leyenda *saiti* en caracteres ibéricos.

Diám.: 27 mm; peso: 14,9 gr.; posición: 3.

Época ibérica (mediados siglo II a. C.)

Inv. SVI: C0000100008980; EM-35586

- *Poveda: 1988*

- *Alberola y Abascal: 1998*

[JPB]



23. ÁNFORA

Cerámica
El Monastil

Ánfora de producción ibérica, de cuerpo con tendencia cilíndrica u ovoide muy estilizada, y de marcadas líneas de torno, que se compone de un borde simple, una pareja de asas en el galbo, y un fondo ápodo.

Alt.: 875 mm; anch. máx.: 390 mm; diám. borde: 149 mm

Época ibérica (finales siglo III-siglo I a. C.)

Inv. SVI: C0000100009041/EM88-18575

- *Poveda: 1988; id.: 2006a*

[HUR]



24. COPA

Cerámica
El Monastil

Copa cerámica de barniz negro itálico, de probable origen campano (especie Morel 1220-Lamboglia 2). Se trata de una pieza de borde vuelto hacia el exterior y labio redondeado, pared prácticamente vertical, con una profunda inflexión que marca la transición con la base, formada por un pie anular con fondo interior plano.

Diám. borde: 96 mm; diám. base: 53 mm; alt.: 40 mm

Época romana (fines del siglo II-primer mitad del siglo I a. C.)

Inv. SVI: C0000100008974; EM-2340/00

-Tordera: 1991

[JCMV]



25. LUCERNA

Cerámica
El Monastil

Lucerna cilíndrica de barniz negro itálico, de probable manufactura campana a torno (tipo Ponsich Ic-Ricci H-Amaré II-IA). Posee cuerpo cilíndrico con amplio *infundibulum* circular, paredes altas y rectas, aleta lateral, moldura entre la marga y el disco, base plana y *rostrum* terminado en forma de yunque.

Long.: 60 mm; alt.: 30 mm; anch.: 42 mm

Época romana (último cuarto siglo II-primer cuarto siglo I a. C.)

Inv. SVI: C0000100008982; EM-2391

- Poveda: 1988

- Tordera: 1991

- Poveda y Márquez, 2006

[JCMV]



26. ANILLO

Hierro y pasta vítrea
El Monastil

Anillo de hierro con pieza de pasta vítrea engastada en su parte superior. La pieza es de tendencia ovalada, con la parte posterior plana, y muestra un color azul verdoso pálido.

Alt.: 33 mm; anch.: 24 mm; gros.: 7 mm

Época romana

Inv. SVI: C0000100008989; EM-35462

- Poveda: 1988

[JCMV]



27. GEMA

Ágata
El Monastil

Gema de ágata en la que se ha tallado en bajorrelieve el caballo alado mítico Pegaso, que se desplaza hacia la izquierda del observador. Sirvió como entalle o piedra de un anillo probablemente de oro.

Alt.: 10 mm; anch.: 14 mm; gros.: 3 mm

Época romana (siglo I d. C.)

Inv. SVI: C0000100008805; EM-34739

- Poveda y Márquez: 2006

[AMPN]



28. PALETA COSMÉTICA O MEDICINAL

Piedra. Por sus características externas, podría tratarse de una calcárea metamórfica, posiblemente del tipo *Bigio Antico* negro con veteado blanco
Las Agualejas

Paleta rectangular con los bordes biselados, de uso cosmético o medicinal, para la aplicación de ungüentos y cremas. Se usaba paralelamente como tapadera de la caja donde se conservaban los citados productos.

Long.: 97 mm; anch.: 62 mm; gros.: 10 mm

Época romana imperial

Inv. SVI: C0000100009003;AG-04
- *Centro Excursionista Eldense*: 1972
- *Márquez*: 2004; id.: 2005; id. 2006

[JCMV]



29. JARRA

Bronce
Casa Colorá

Borde, cuello y arranque del hombro de una jarra de bronce. La pieza, originariamente ensamblada con el cuerpo del recipiente, muestra un amplio orificio o pico vertedor.

Alt.: 76 mm; diám. borde: 28 mm; diám. base : 87 mm

Época romana (Alto Imperio)

Inv. SVI: C0000100009004;TCC'01-86

- *Esquembre y Torregrosa*: 2001

[JCMV]



30. INSCRIPCIÓN

Piedra de mármol turco
El Monastil

Fragmento de mármol de la parte superior de una lápida funeraria en la que se ha pintado una leyenda latina: *TVRON[...]* / *[...]AMICO [OPTIMO]*, que parece hacer referencia a la dedicatoria funeraria que un personaje romano le realiza a un buen amigo.

Alt.: 125 mm; anch. máx.: 120 mm; gros.: 20 mm

Época romana (siglo I d. C.)

Inv. SVI C0000100009005; EM-35252

- Poveda: 1984a

- Mayer: 1995

- Corell: 1999

- Poveda y Márquez: 2006

[AMPN]



31. COPA

Cerámica
Arco Sempere

Fragmento del cuerpo de una copa de la forma Dragendorff 37 de tierra sigillata sudgálica, que presenta decoración en relieve con cervatillo en la parte izquierda, planta vegetal en el centro y perro en la parte derecha, en friso inferior serie de arcos.

Alt.: 163 mm; anch. máx.: 55 mm; gros.: 8 mm

Época romana (mitad siglo I d. C.-inicios siglo II d. C.)

Inv. SVI: C0000100009007; AS-8 I AI2I

- Poveda: 1985

[AMPN]



32. CRÁTERA

Cerámica
El Monastil

Dos fragmentos de la parte superior de una crátera de terra sigillata de un taller de *Arretium* (Arezzo), que presenta decoración en relieves, desde arriba hacia abajo se aprecia serie de ovas y lengüetas, hojitas horizontales, y dos danzarinas que se desplazan hacia la izquierda del observador.

Alt.: 142 mm; anch. máx.: 92 mm; gros.: 4 mm
Época romana (primera mitad siglo I d. C.)

Inv. SVI: C0000100009008; EM-144-145

- *Poveda: 1985a*

- *Poveda y Márquez: 2006*

[AMPN]



33. OLPE

Cerámica
El Monastil

Fragmento de pared de olpe de cerámica romana decorada con una escena típica del relieve histórico romano, en la que un personaje togado que porta en una mano el clásico olpe de bronce para libaciones, camina hacia la derecha cerrando una comitiva cívica, ante las columnas (se observan dos) de un templo, que se dirige hacia el trípode-altar ante el que se realizaría el sacrificio de un toro, del que se conservan sus cuartos traseros. Quizá el toro formara parte de una escena de *suovitaurilia*. Este olpe era un objeto ritual y de prestigio, asociable a conmemoraciones del culto imperial.

Alt.: 77 mm; anch.: 56 mm; gros.: 14 mm
Época romana (siglo I d. C.)

Inv. SVI: C0000100008791; EM-34735

- *Poveda: 1988*

- *Poveda y Márquez: 2006*

[AMPN]



34. ALTARCILLO

Piedra caliza
Puente II

Parte inferior de un pequeño altar utilizado en el culto doméstico de una *domus* romana perteneciente a la villa romana de Puente II. La pieza es de sección cuadrada y base moldurada.

Alt.: 110 mm; anch. máx.: 155 mm; gros.: 155 mm

Época romana (siglos I-III d. C.)

Inv. SVI: C0000100008893; PII-872

- Márquez: 2006

[AMPN]



35. ÁNFORA

Cerámica
Caprala

Ánfora romana del tipo Dressel 2-4. Se trata de un envase elaborado a torno, manufacturado en la Tarraconense y destinado al transporte de vino. Muestra en el pivote un grafito anterior a la cocción.

Alt.: 114 cm.; diám. borde: 17.5 cm.; anch. máx.: 28 cm.

Época romana imperial (siglos I-III d. C.)

Inv. SVI: C0000100009019; CAPR-3

- Jover y Segura: 1995

- Márquez: 2006

[JCMV]



36. INSCRIPCIÓN

Piedra caliza
Arco Sempere

Fragmento de la parte superior de una lápida funeraria pétrea sobre la que aparece la leyenda latina: *G(aius)·SEM[pronius]/PRO[culus]*, miembro de la familia propietaria de la villa romana de Arco Sempere.

Alt.: 147 mm; anch. máx.: 85 mm; gros.: 24 mm

Época romana (siglos II-III d. C.)

Inv. SVI: C0000100008892; AS-9000

- Poveda: 1982; id.: 1984a

- Corell: 1999

- Márquez: 2006

[AMPN]



37. VENUS

Cerámica
El Monastil

Figura de barro cocido que conserva restos de policromía ocre-rojiza, representa una figura femenina que se ha identificado con la diosa romana Venus. Presenta mutilada la boca, la nariz, el ojo izquierdo, el brazo derecho y falta de la cintura para abajo. Muestra un característico tocado con peluca de cabello ondulado bajo la que penden dos mechones, uno bajo cada oreja. La figura aparece encorvada, sin marcarse los pechos, con los brazos abiertos en uve, la mano izquierda cerrada, con el dedo pulgar dentro del puño.

Alt.: 53 mm; anch.: 51 mm; gros.: 29 mm

Época romana (siglo III d. C.)

Inv. SVI: C0000100008792; EM-34736

- Poveda: 1982; id.: 1988

- Poveda y Márquez: 2006

[AMPN]



160 / 161

38. MONEDA

Bronce
El Monastil

Follis del emperador Maximiano, acuñado en la tercera oficina de la ceca de *Ticinum*. En el anverso aparece el busto laureado de Maximiano mirando a la derecha, con la leyenda MAXIMIANVS·NOB·CAES. En el reverso se muestra a Juno Moneta, estante, a la izquierda, portando balanza en la mano derecha y cornucopia en la izquierda. La imagen está circunscrita por la leyenda SACRA·MONET·AVGG·ET·CAESS·N·OSTR, mientras en el exergo puede leerse T G y un punto arriba. Diám.: 28 mm; peso: 9,7 gr.; posición: 6. Época romana (304-305 d. C.)

Inv. SVI: C0000100008998; EM-35590

- Poveda: 1988; id.: 1996a

- Alberola y Abascal: 1998

[JPB]

39. SARCÓFAGO

Piedra marmórea de Carrara
Castillo

Fragmento de la tapa decorada de un sarcófago romanocristiano, con la escena del ciclo bíblico del profeta Jonás, de izquierda a derecha se observa la *tabella inscriptionis* enmarcada por una gruesa moldura, la nave de vela latina desplegada bajo la que aparecen el timonel, el personaje que lanza por la borda a Jonás y el personaje orante o aterrizado por la escena, de entre fuerte oleaje aparece el gran cetáceo marino que engulle al profeta, todavía a la derecha se ve el comienzo de la segunda escena de la historia, el mismo monstruo que estaría vomitando hacia la orilla de la playa a Jonás, que aparecería reposando bajo la pérgola de cucúrbitas o calabaceras, una de las cuales se aprecia sobre la cabeza del cetáceo en su segunda aparición. Sirvió de sepulcro de lujo a un rico romano de posible culto cristiano y miembro de la elite del Valle de Elda.

Alt.: 660 mm; anch.: 370 mm; gros.: 100 mm
Época romana (primer tercio siglo IV d. C.)

Inv. SVI: C0000100008888; CE-7326
-Poveda: 1990; id.: 2003; id.: 2001; id.: 2006b

[AMPN]





40. LUCERNA

Cerámica

El Monastil

Lucerna africana del tipo Atlante VIII-Bussièrre E-V2g, manufacturada en la Mauritania Cesariense (Argelia). Muestra una piquera larga decorada con un corazón u hoja de parra entre dos líneas. La marga, moldurada, está decorada con una palma circular estilizada. El *infundibulum*, rodeado a su vez por cuatro pequeños orificios dispuestos en cruz, está ornamentado por una moldura circular con incisiones que recuerdan igualmente el motivo de palma. La base está decorada por una palma circular también esquemática dispuesta en torno a un círculo inciso, y una decoración similar; pero en forma de pequeña banda, hacia el arranque del asa maciza. La pasta es dura y compacta, de marrón claro en sección y verde pálido en superficie.

Long.: 123 mm; alt. 32 mm; anch. 77 mm

Época romana (siglos IV-VI d. C.)

Inv. SVI: C0000100008986; EM-976

- *Centro Excursionista Eldense*: 1972

- *Poveda*: 1988

[JCMV]



164 / 165

41. FUENTE

Cerámica
El Monastil

Fragmentos de plato cerámico de la clase terra sigillata africana clara D-African Red Slip Ware (ARS, tipo Hayes 50 B). La pieza fue manufacturada a torno en talleres de los alrededores de Cartago (Túnez). Muestra fondo plano y borde redondeado, apenas diferenciado. En el centro de la pieza, en su cara interna y enmarcada por dos círculos concéntricos, aparece la representación estampillada del profeta Daniel, con túnica corta y brazos en posición de orante, flanqueado por dos leones estantes adaptados por el artesano a una posición rampante. Esta escena, habitual en el arte y artesanía cristiana primitiva, recuerda el episodio bíblico (*Daniel, 6, 16-24*) en el que se arroja al profeta al foso de los leones en Babilonia. La imagen simboliza el alma salvada, el hombre protegido del Mal o del Infierno por Dios.

Long.: 240 mm; anch.: 180 mm; alt.: 64 mm; diám. borde: 340 mm

Época romana tardía (mediados del siglo IV-mediados del siglo V d. C.)

Inv. SVI: C0000100008822; EM-48

- Poveda: 1988; id.: 1991; id.: 2006b

- Reynolds: 1993

- Poveda y Ramos: 2003

- Lara: 2006

[JCMV]



42. ÁNFORA

Cerámica
El Monastil

Ánfora romana del tipo Keay XXXbis, perteneciente al grupo de los grandes contenedores cilíndricos del período tardorromano. Se trata de un envase elaborado a torno, de probable manufactura africana, destinado al transporte marítimo de aceite o conservas de pescado.

Alt.: 100 cm.; diám. borde: 11.5 cm.; anch. máx.: 40 cm.

Época romana tardía (siglos IV-VI d. C.)

Inv. SVI: C0000100009042; EM-792

- *Poveda: 1988*

- *Reynolds: 1993*

[JCMV]



43. PONDERAL

Plomo
El Monastil

Peso o ponderal de plomo del tipo flan cuadrado que presenta las letras griegas alfa y omega flanqueando un crismón, su valor parece ser el de un *sextans* del sistema administrativo estatal bizantino; los ponderales de este tipo se guardaban en las iglesias principales de las poblaciones desde el siglo IV d.C., y fueron adoptados por la misma administración visigoda de Hispania. Probablemente proceda de un taller de Alejandría.

Long.: 29 mm; anch.: 29 mm; gros.: 6 mm

Época visigodo-bizantina (siglos VI-VII d. C.)

Inv. SVI: C0000100008793; EM-34738

- *Poveda: 1988; id.: 2000a; id.: 2003; id.: 2006b*

[AMPN]



44. BRAZALETE

Bronce
El Monastil

Brazalete de bronce de sección circular, con los extremos de sección aplanada y terminados con forma de cola de milano, en la que se representa una cabeza de ofidio (dos), configurada por tres pequeños círculos que encierran motivos cruciformes que parecen indicar ojos y boca, así como incisiones en forma de espiga para simular la piel del ofidio.

Diám.: 21 mm; gros.: 5 mm

Época bizantina (finales siglo VI-comienzos siglo VII d. C.)

Inv. SVI: C0000100008900; CM-26-218-9

- *Poveda: 1996c; id.: 2006b*

- *Segura y Tordera: 1997; id.: 1999; id.: 1999a; id.: 2000*

[AMPN]



45. COLLAR

Vidrio y pasta vítrea
Necrópolis del Camino de El Monastil (tumba nº 2)

Collar formado por 6 cuentas de vidrio de tendencia esférica y baño dorado, así como por 290 minúsculas cuentas circulares y cilíndricas de pasta vítrea de color verde.

Long.: 440 mm; anch.: 6 mm

Época visigodo-bizantina (2ª mitad del siglo VI-inicios del siglo VII d. C.)

Inv. SVI: C0000100008995; CM/26/221/7-1

- *Poveda: 1996c; id.: 2006b*

- *Segura y Tordera: 1997; id.: 1999; id.: 1999a; id.: 2000*

[JCMV]



46. TINAJA

Cerámica
El Monastil

Tinaja modelada a mano, de borde vuelto hacia fuera, engrosado y biselado hacia el exterior; labio apuntado, cuerpo alargado y base cóncava. Presenta decoración en relieve, a modo de pellas de barro adheridas a la superficie exterior de la pieza.

Alt.: 530 mm; diám. borde: 360 mm; diám. base: 110 mm; anch. máx.: 410 mm

Época visigodo-bizantina (segunda mitad siglo VI-siglo VII d. C.)

Inv. SVI: C0000100009022; EM-35253.

- *Gutiérrez: 1996*

- *Poveda: 1996b; id.: 2006b.*

[JPB]



47. OLLA

Cerámica
Torreta-Casa Colorá

Olla de borde vuelto hacia fuera, de sección triangular y labio ligeramente apuntado, cuerpo globular y fondo convexo. Presenta un acabado espatulado en el exterior de la pieza y en el interior pronunciadas marcas de torno.

Alt.: 162 mm; anch. máx.: 160 mm; diám. ext.: 127 mm; diám. int.: 97 mm

Época visigodo-bizantina (siglos VI-VII d. C.)

Inv. SVI: C0000100008933; TCC'01-36

- *Esquembre y Torregrosa: 2001*

[JPB]



48. ARCO DE ROLLOS

Argamasa de yeso
C/ Andrés Amado-Plaza Sagrado Corazón (Casco Antiguo)

Fragmento de arco de herradura con ocho rollos conservados, junto a los cuales corre, de forma paralela al desarrollo de los mismos, una línea incisa en la cara anterior del arco. La banda de rollos está compuesta de cilindros de 3.5 cm de grosor y no ocupa en su desarrollo longitudinal la totalidad del intradós sino tan sólo la parte anterior del arco (4.6 cm de los 11.2 cm en total), siendo el resto liso. También la albanega del arco es lisa salvo la referida línea incisa curva que recorre la totalidad de la cara conservada del arco. Los rollos están formados por una cinta que, "enrollándose" de forma rítmica, se desarrolla longitudinalmente a lo largo de la cara anterior del arco, dejando un pequeño hueco cilíndrico en el centro de cada uno de los mismos, así como una línea de pequeños huecos triangulares entre los mismos y la albanega.

Long. máx.: 30 cm.; anch. máx.: 17 cm.; gros.: 11.2 cm.

Época islámica (estilo almorávide– 1ª taifa: finales siglo XI-mediados siglo XII)

Inv. SVI: C0000100009062;AA/SC-2698

[JSJ]

168 / 169



49. JARRITA

Cerámica
Galería de Jesús

Jarrita de borde recto, cuello cilíndrico, cuerpo globular y asas de cinta. Presenta decoración geométrica en el borde pintada en blanco, formada por sendas líneas paralelas horizontales sobre las que se representa una sucesión de aspas.

Alt.: 168 mm; diám. boca: 107 mm; diám. base: 90 mm; anch. máx.: 174 mm

Época islámica (siglos XI-XII)

Inv. SVI: C0000100009014; GJ8.51/GJ8.53

- Agulló: 2004

- Agulló y Peidro: 2006

[JPB]



50. ARCO POLILOBULADO

Argamasa de yeso
Castillo

Arranque derecho y fragmento de arco apuntado polilobulado. Como siempre en estos casos, este arco no tenía función arquitectónica real (de sustentación) sino exclusivamente decorativa, tal y como puede observarse a tratarse de una pieza adosada a un vano de paredes verticales y rectas, presuntamente cubiertas de forma adintelada. El polilobulado está formado, en la parte conservada del arco, por cuatro lóbulos completos (simétricos entre sí) y el arranque de un quinto. Éstos tienen una decoración incisa con tres líneas curvas, paralelas a cada uno de los lóbulos, entre las cuales se desarrollan líneas rectas seguidas de un punto (semejantes a signos de exclamación) perpendiculares al centro del arco que parece tener una albanega lisa.

Long. máx.: 50 cm.; anch. máx.: 49.30 cm.; gros.: 20 cm.

Época islámica almohade (finales siglo XII-mediados siglo XIII)

Inv. SVI: C0000100009071; CE-02-LZ1

[JSJ]



51. CANDIL

Cerámica
Castillo-Casco Antiguo

Candil de base plana, cazoleta baja con inflexión redondeada, cuerpo troncocónico invertido con borde exvasado y labio ligeramente engrosado; piquera alargada y cóncava, realzada; asa anular, que arranca en la parte alta de la cazoleta, llegando hasta debajo del borde. Presenta restos de uso en el extremo de la piquera. Decoración exterior con motivos geométricos pintada en óxido de manganeso.

Alt. máx.: 74 mm; long. máx.: 134 mm; anch. máx.: 48 mm; long. piquera: 70 mm; anch. piquera: 28 mm

Época islámica almohade (segunda mitad siglo XII)

Inv. SVI: C0000100009010; CCC-4

- Bernabé: 2006

[JPB]



52. CANDIL

Cerámica
Galería de Jesús

Candil realizado a molde, de cerámica vidriada melada, de base plana, cuerpo con cazoleta abierta, piquera de pellizco y asa de cinta, desde el borde a la base de la pieza.

Alt.: 95 mm; anch.: 63 mm; gros.: 20 mm

Época islámica almohade (último tercio siglo XII-finales siglo XIII)

Inv. SVI: C0000100009011; GJ-05

- Agulló: 2004

[JPB]

170 / 171



53. TAPADERA

Cerámica
Ci Gonzalo Sempere (Casco Antiguo)

Fragmento de tapadera de tinaja, de borde recto, ligeramente redondeado. La pieza está profusamente decorada, alternando las técnicas de estampillado, incisión y esgrafiado, así como la pintura en óxido de manganeso. La decoración conservada se presenta en varios frisos, divididos entre sí por líneas incisas horizontales. El friso inferior muestra una sucesión de motivos geométricos entrelazados, mientras que el segundo contiene decoración epigráfica estampillada con relleno vegetal. La leyenda, que se repite a lo largo de la pieza, puede leerse como *al-mulk* (el poder). La separación entre este friso y los superiores viene marcada por sendas bandas estrechas de líneas cortas verticales incisas, entre las que aparece una línea irregular incisa. En el tercer y cuarto friso se representa una seriación de motivos vegetales, siendo estampillados en el primer caso y pintados y esgrafiados en el friso superior.

Alt.: 186 mm; anch.: 197 mm; gros.: 16 mm

Época islámica almohade (siglos XII–XIII)

Inv. SVI: C0000100009013; GS-01

- Rodríguez: 1984

- Poveda: 1986a

[JPB]



54. AGUAMANIL

Cerámica
Castillo

Recipiente cerámico rectangular de borde recto con visera de borde redondeado. Aparece dividido en dos mitades por un nervio central que presenta una acanaladura en la parte superior. En la parte trasera de la pieza se aprecia un apéndice semicircular o elíptico con una hendidura. La parte frontal está decorada con motivos geométricos incisos, dividiéndose el espacio mediante series de dos líneas verticales paralelas que delimitan las metopas en las que se representan aspas pequeñas en serie o bien grandes e individuales. El uso de esta pieza estaría relacionado con las abluciones rituales islámicas previas a la oración.

Alt.: 108 mm; anch.: 232 mm; long.: 326 mm

Época islámica almohade (finales siglo XII-primer mitad siglo XIII)

Inv. SVI: C0000100008910; CCC-13.

- Poveda: 1999b

- Agulló y Peidro: 2006

[JPB]



55. TINAJA

Cerámica
Laderas del monte Bolón

Pieza de grandes dimensiones, de borde recto y labio redondeado, cuello recto y cuerpo globular, de fondo plano, no diferenciado del cuerpo. Presenta abundante decoración que alterna la técnica del estampillado con la incisión y se dispone en cuatro frisos. En el primero aparece un texto en escritura cúfica árabe que se repite a lo largo de todo el friso. Tanto en el segundo como en el tercero, el motivo decorativo elegido es arquitectónico, con una sucesión de arcos de herradura encadenados. Finalmente, el último friso está ornado con decoración ondulada.

Diám.: máx.: 500 mm; diám. int. de la boca: 179 mm; diám. ext. del borde: 252 mm; alt.: 750 mm

Época islámica almohade (finales siglo XII-mediados siglo XIII)

Inv. SVI: C0000100009021; GJ-02

- Azuar: 1983

- Poveda: 1986a

- Agulló y Peidro: 2006

[JPB]



56. MONEDA

Plata
Castillo

Dirham anónimo en el que se lee la leyenda “*no (hay) dios sino Dios / el mando todo él (es) para Dios / no (hay) fuerza sino en Dios*”. En el reverso puede leerse “*Dios es nuestro Señor / Mahoma, nuestro Enviado / Al-Mahdī nuestro Imām*”.

Diám.: 15 mm; peso: 1,50 gr.

Época islámica almohade (finales del siglo XII-principios del siglo XIII)

Inv.C0000100009073; CE-7610

- Poveda: 1986a

[JPB]



57. SILBATO O BIBERÓN

Cerámica
C/ Andrés Amado-Plaza Sagrado Corazón (Casco Antiguo)

Recipiente zoomorfo cerámico de cuerpo circular con varios apéndices, dos de menores dimensiones, a modo de patas, y otro que con tres pequeñas incisiones, que representan los ojos y la boca, probablemente de un cervatillo. Conserva el arranque de un asa de cinta y señales de cuerda en la parte inferior de la pieza. Su uso pudo haber sido variado (biberón, silbato, etc...)

Alt.: 94 mm; anch.: 67 mm

Época islámica almohade (siglos XII-XIII)

Inv. SVI: C0000100008931; SR-02-354/SR-02-145

-Poveda, Márquez y Peidro: 2004

[JPB]



58. JARRITA

Cerámica

C/ Ricardo León (Casco Antiguo)

Jarrita de cerámica fina de mesa con borde redondeado, cuello recto y cuerpo globular. Presenta decoración pintada con óxido de manganeso de motivos geométricos y simbólicos, así como esgrafiada de motivos geométricos. El cuerpo muestra un marco rectangular con metopas, todo ello pintado e inciso, que encuadra al resto de la decoración pintada. En el espacio central aparece un motivo oculado de carácter apotropaico, rodeado por sendas metopas que ofrecen una sucesión de cintas, alternando motivos en V continuos o espaciados, con seriaciones de puntos. Dicho marco muestra un adorno de pestaña en el extremo superior izquierdo. La decoración pintada y esgrafiada del cuello es análoga a la del cuerpo, con la introducción de trazos oblicuos incisos continuos a lo largo del borde y en la unión con aquél. Articulando la decoración de ambas partes se muestra la mano de Fátima, que al igual que la representación del ojo indican un propósito protector.

Alt.: 101 mm; anch.: 110 mm; gros.: 4 mm

Época islámica almohade (último tercio siglo XII- mediados siglo XIII)

Inv. SVI: C0000100008908; RL-85/1196

- Márquez: 2005

- Bernabé: 2006

[EGG]



59. SOPORTE

Cerámica

C/ Independencia (Casco Antiguo)

Soposte cerámico alargado dividido en varios cuerpos. La base plana y circular troncocónica se halla decorada con acanaladuras pronunciadas, pintadas a bandas con óxido de manganeso, que le confieren perfil anillado. Ésta se remata con dos cintas cerámicas unidas a digitaciones alternas, resultando una decoración ondulada a modo de volantes completada con seriación de trazos oblicuos pintados. El segundo cuerpo más estrecho, muestra una sección y decoración similar a la base, finalizando en un ensanchamiento con decoración pintada en motivos vegetales enmarcados por dos líneas horizontales. El tercero, conservado parcialmente, es más estrecho que el anterior y reproduce la misma decoración vegetal enmarcada. En la rotura se constata una tendencia a abrirse. La base e inicio del segundo cuerpo son macizos, mientras que el resto se halla hueco. Su factura imperfecta por la asimetría que presenta, podría indicar su descarte del alfar en que se halló.

Diám. borde: 5 cm.; diám. base: 8.5 cm.; long.: 15 cm.; anch. máx.: 8.5 cm.; alt. máx.: 8 cm.

Época bajomedieval (siglos XIII- XIV)

Inv. SVI: C0000100009055; IND-02-1011-36

[EGG]



60. MONEDA

Plata y cobre (vellón)
Castillo

Dinero de Pedro III de Barcelona (IV de Aragón y II de Valencia), acuñado en Barcelona. En el anverso puede observarse el busto del monarca mirando a la izquierda, coronado y drapeado, con la leyenda +PETRVS·REX. En el reverso se representa una cruz patada cortando la gráfila, con puntos en el primer y cuarto cuartel, y anillos en el segundo y tercero, con la leyenda B(ar)-QI-NO-NA.

Diám.: 18 mm; peso: 0,6 gr.; posición: 12

Época bajomedieval (1387-1396)

Inv. SVI: C0000100008927; CE LZ-5

[JPB]



61. ORZA

Cerámica
Castillo

Orza de borde ligeramente exvasado, labio recto, sin cuello, cuerpo globular, base plana y asas de cinta. Presenta decoración monocroma pintada en óxido de manganeso, que va desde la parte alta de la pieza al centro, siendo de trazos finos verticales paralelos que se enlazan en la parte inferior.

Alt.: 322 mm; anch. máx: 259 mm; diám. ext. boca: 146 mm; diám. int. boca: 128 mm; diám. base: 130 mm

Época bajomedieval (siglo XV)

Inv. SVI: C0000100009009; CE-31

- Poveda, Márquez y Sánchez: 2003

[JPB]



62. ESCUDILLA

Cerámica

C/ Andrés Amado-Plaza Sagrado Corazón (Casco Antiguo)

Escudilla de cerámica de reflejos metálicos sobre esmalte blanco estannífero, de borde no diferenciado, labio redondeado y cuerpo y base cóncavos. Presenta decoración en la cara interna, dividida en cuatro secciones radiales separadas por metopas. Se alterna decoración vegetal con geométrica, formada por líneas horizontales paralelas enmarcadas por líneas entrelazadas en la parte superior e inferior. El fondo muestra un motivo vegetal aislado. En la cara externa la decoración se limita a una serie de líneas horizontales paralelas.

Alt.: 54 mm; diám. borde: 131 mm; diám. base: 46 mm

Época bajomedieval (siglo XV)

Inv. SVI: C00001008924; SR-02-04, SR-02-36

[EGG]



63. PLATO

Cerámica

Placeta Colón (Casco Antiguo)

Plato de cerámica de reflejos dorados, de borde ligeramente colgante, con una pequeña acanaladura en el labio, que es redondeado. Presenta una fuerte inflexión en la transición entre el borde y el cuerpo, que es cóncavo, mientras la base tiene una acanaladura que la diferencia del cuerpo. La pieza está decorada con motivos geométricos y cordones entrelazados en el borde así como con el motivo central denominado "pardalet" o pajarillo, rodeado a su vez de espirales entrelazadas entre sí, en la mayoría de los casos a pares, aunque aparecen igualmente aisladas. Como fondo se aprecia el motivo de tres puntos agrupados, interpretado como representación esquemática de un triángulo equilátero propio de este tipo de producciones y de la cerámica pintada en verde y morado.

Alt.: 60 mm; diám. borde: 270 mm; diám. base: 74 mm

Época bajomedieval (siglo XV)

Inv. SVI: C0000100009026; PC83-21

[JPB]



64. ALFARDÓN

Cerámica
Castillo

Rajola triangular recubierta de vedrío y óxidos de plomo, estaño y cobalto. Decorado con el motivo de una campana flanqueada por motivos decorativos rectangulares alternos, símbolo de Ximén Pérez de Corella. Formaba composición con otros alfardones (n° 65), decorando igualmente pavimentos, en solera, pared o cubierta.

Long. máx.: 143 mm; alt.: 77 mm; gros.: 23 mm
Época bajomedieval (siglo XV)

Inv. SVI: C0000100009037; CE-7606

[EGG]



65. ALFARDÓN

Cerámica
C/ Andrés Amado - Plaza Sagrado Corazón (Casco Antiguo)

Rajola cuadrada recubierta de vedrío y óxidos de plomo, estaño y cobalto, decorada con motivo heráldico nobiliario en azul cobalto sobre blanco. Se representa el escudo de armas de Ximén Pérez de Corella, donde se funden las divisas de la Corona de Aragón con las propias de su linaje nobiliario, en este caso una serpiente con cabeza de mujer a cuyo cuello se enrosca la cola del animal, y una campana. El conjunto está enmarcado por doble filete, mientras en los ángulos aparecen motivos vegetales. Formaba composición con los alfardones con el lema *sdevenydor*, decorando igualmente pavimentos, en solera, pared o cubierta.

Long.: 78 mm; anch.: 80 mm; gros.: 20 mm
Época bajomedieval (1444 – 1446)

Inv. SVI: C0000100009040; SR-02-59-196
- Poveda, Márquez y Peidro: 2004

[EGG]



66. ESCUDILLA

Cerámica

C/ Andrés Amado-Plaza Sagrado Corazón (Casco Antiguo)

Escudilla de cerámica toscana de Montelupo con borde de visera conservado parcialmente, cuerpo redondeado que presenta un engrosamiento en la parte inferior de la cara interna y base cóncava. Pertenece a la serie decorada “a ovali e rombi” (óvalos y rombos). La parte interior del cuerpo muestra los citados motivos romboidales bicromos (verde y rojo) sobre fondo azul y blanco. Éstos se unen mediante lazos de espirales entre los que aparece un motivo sin identificar compuesto por tres líneas verticales articuladas entre sí. La visera muestra decoración geométrica enmarcada en óvalos, entre los que destacan elementos vegetales. El fondo posee una decoración pintada con motivo ajedrezado en tres colores (verde, blanco y vermellón) enmarcado por fondo azul y circunscrito por una pequeña orla en blanco y otra de color ocre de escamas.

Alt.: 44 mm; diám. base: 59 mm; gros.: 11 mm

Época moderna (principios siglo XVI)

Inv. SVI: C0000100009016; SR-02-373, SR-02-374, SR-02-238

- Poveda, Márquez y Peidro: 2004

- Berná y Soler: 2006

[EGG]



67. PLATO

Cerámica

Casco Antiguo

Plato de cerámica mayólica “marmorizzata” de borde exvasado, labio redondeado ligeramente engrosado, de cuerpo cóncavo y base plana con pequeño pie anular. La superficie de la pieza está revestida con una capa de esmalte vítreo verdoso compuesto de sílice cenizas sódicas calcinadas, plomo y estaño, aplicado produciendo un efecto sinuoso.

Diám. ext.: 199 mm; diám. int.: 122 mm; diám. base: 84 mm; alt.: 41 mm

Época moderna (mitad siglo XVI-siglo XVIII)

Inv. SVI: C0000100009015; CAN-8

[EGG]



68. ROSTRILLO

Coral rojo
Calle Colón (Casco Antiguo)

Pequeña placa cuadrada con la representación tallada en altorrelieve del rostro de Cristo difunto. Esta pieza, con la parte anterior plana para favorecer su engaste, forma parte de los denominados “rostrillos”, destinados a usarse como aplique decorativo en otros objetos de mayor porte (cálices, custodias, etc...)

Alt.: 25 mm; anch.: 22 mm; gros. máx.: 12 mm

Época moderna (siglos XVII-XVIII)

Inv. SVI: C0000100008918; CSR-24

- Marhuenda: 1995

- Berná y Soler: 2006

[JCMV]



69. MONJE FRANCISCANO

Piedra
Convento de Nuestra Señora de los Ángeles

Escultura estante tallada en piedra, con la cabeza y las manos mutiladas, que representa a un monje de la orden franciscana. La figura está caracterizada por su hábito de estameña, con muceta (denominada *ucloma*) y una pequeña capucha. El cordón con tres nudos de la cintura simboliza los fundamentos de la vida franciscana y su compromiso religioso. Por sus características formales, especialmente el desbastado y talla trasera tosca, así como su soporte inferior irregular, la pieza probablemente estuvo concebida para ser contemplada frontalmente, encastrada o colocada en un marco arquitectónico, tal vez la fachada del edificio. La escultura conserva restos de policromía original (color marrón del hábito) y de un repinte posterior gris-azulado.

Alt. 88 cm.; anch. máx.: 45 cm.

Épocas moderna y contemporánea (siglos XVI-XIX)

Inv. SVI: C0000100009044; CNSA-I

-Berná y Soler: 2006

[JCMV]



70. PLATO

Cerámica

C/ Independencia (Casco Antiguo)

Plato hondo de loza fina tipo Pickman de “*forma Ochavada*” con decoración estampada mediante serigrafía en negro. Borde de visera desde el que parte el cuerpo circular, el cual se une con la base plana a través de una acanaladura externa. En la cara interna del borde presenta una decoración profusa estampada en negro de orla con guirnalda vegetal, de rocallas y celosías, que enmarca un paisaje fantástico repetido a lo largo de la secuencia. El motivo central muestra un paisaje idealizado donde se combinan arquitectura y naturaleza. En la cara externa de la base posee dos sellos, el primero redondo y estampillado fue colocado en la primera fase de fabricación de la cerámica, y muestra un ancla en la parte central, rematada por “*CARTUJA*” y enmarcándolas puede leerse “*PICKMAN•SEVILLA*”. Junto a él también estampillado se observa el número de serie de la producción “*33*” El otro sello fue impreso con “*PICKMAN.Y.CA*” y debajo “*SEVILLA.*” rodeados por una orla ovalada.

Alt.: 64 mm; diám.: 230 mm; diám. base: 83 mm

Época contemporánea (1841-siglo XX)

Inv. SVI: C0000100009075; IND-02-5020-1

[EGG]

- ABAD CASAL, L. (1987). "El poblamiento ibérico de la provincia de Alicante". *Iberos. Actas de las primeras Jornadas sobre el Mundo Ibérico (Jaén, 1985)*: 159-169. Jaén.
- (1992). "Las culturas ibéricas del área suoriental de la Península". *Paleoetnología de la Península Ibérica, Complutum*: 2-3. Madrid.
- ABAD, L.; SALA, F. (1993). *El poblado ibérico de El Oral (San Fulgencio, Alicante)*. Valencia.
- (1997). "Sobre el posible uso cáltico de algunos edificios de la Contestania ibérica". *Espacios y lugares cultuales en el mundo ibérico, Q.P.A.C.*, 18: 91-102.
- (2001). *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuela*. Biblioteca Archaeologica Hispana, 12. Madrid.
- ABAD, L.; SALA, F.; GRAU, I.; MORATALLA, J.; PAS-TOR, A.; TENDERO, M. (2001). *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuela*. Madrid.
- ABAD NAVARRO, E. (1984). *El Castillo de la Mola de la ciudad de Novelda*. Alicante.
- ABEL, V. (1993). "A la mode de Pisa". *Un goût d'Italie. Céramiques et céramistes italiens en Provence du Moyen Âge au XVème siècle*. Narration Aubagne.
- ABEL, V.; DEMIANS (1993). "L'umilité selon Saint Victor, Un goût d'Italie". *Céramiques et céramistes italiens en Provence du Moyen Âge au Xxème siècle*. Narration Aubagne.
- AGUADO, J. (1991). *Tinajas medievales españolas. Islámicas y mudéjares*. Madrid.
- AGULLÓ MARCOS, I. (2004). *Aproximación a la época islámica en el valle de Elda: el caso de Galería de Jesús*. Inédito.
- AGULLÓ, I.; PEIDRO, J. (2006). "Los musulmanes en las tierras de Elda. II. Islamización del territorio". *Historia de Elda*, Tomo I: 128-139.
- ALFARO GINER, C. (1980). "Estudio de los materiales de cestería procedentes de la cueva de los Murciélagos (Albuñol, Granada)". *Trabajos de Prehistoria*, 37: 109-146.
- (1984). *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la Romanización*. Bibliotheca Prehistorica Hispana. Madrid.
- ALMAGRO GORBEA, M. (1983). "Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica". *MM*, 24: 177-293.
- (1999). *El Rey Lobo de La Alcudia de Elche*. Murcia.
- AMAT Y SEMPERE, L. (1983). *Elda. Su antigüedad. Su Historia*. (facs. Ayuntamiento de Elda – Universidad de Alicante, Alicante). Elda.
- AMAT, M.; NAVARRO, A. (1991). "El Club de la Juventud". *Bitrir*, I. Petrer.
- AMIGUES, F.; MESQUIDA, M. (1985). *Cerámica medieval de Paterna en la Col.lecció Rafael Alfonso Barberá*. Paterna.
- (1987). *Un horno de cerámica medieval: El Testar del Molí de Paterna (Valencia)*. Valencia.
- ANDRÉS SINOBAS, J. (1935). "Por el campo de la prehistoria eldense". *Revista el Cronista*, 4. Elda.
- APARICIO, J.; MARTÍNEZ, J. V.; VIVES, D.; CAMPILLO, D. (1981). "Las raíces de Bañeres". *Serie arqueológica*, 8. Valencia.
- ARANEGUI, C. (1987). *Historia de la cerámica valenciana*, I. Valencia.
- ARANEGUI, C.; BONET, H.; MARTÍ, M. A.; MATA, C.; PÉREZ, J. (1997). "La cerámica con decoración figurada y vegetal del Tossal de Sant Miquel (Llíria, Valencia): una nueva propuesta metodológica". *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura (Coloquio Internacional, Roma 1993)*: 153-175. Madrid
- ARCE, J. (2005). *Bárbaros y romanos en Hispania (400-507 A. D.)*. Madrid.
- AUBET, M. E. (1994). *Tiro y las colonias fenicias de occidente*. Barcelona.
- AYALA JUAN, M^a. M. (1987). "Enterramientos calcolíticos de la sierra de La Tercia, Lorca, Murcia. Estudio preliminar". *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 3: 9 -24.
- AYALA, M^a M.; JIMÉNEZ, S.; MALGOSA, A.; ALESSAN, A.; SAFONT, S. (1999). "Los enterramientos infantiles en la Prehistoria reciente del Levante y Sureste peninsular". *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 15: 15- 27.
- AZUAR, R. (1981). *Castellología Alicantina. Área meridional*. Alicante.
- (1983). "Panorama de la Arqueología Medieval de los Valles Alto y Medio del Vinalopó (Alicante)". *Lucentum*, II: 349-383.
- (1985). *El castillo de la Torre Grossa de Jijona*. Alicante.
- (1989). *Denia islámica. Arqueología y poblamiento*. Alicante.
- (1997). "Castillo-palacio de Elda". *Castillos de España: 1440*. León.
- (2000). "Ciudades y territorio en el Sharq al-Andalus". *Ciudad y Territorio en al-Andalus*: 471-499.
- (2002). "Campesinos fortificados frente a los conquistadores feudales". *Mil Anos de Fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500), Simpósio Internacional sobre Castelos, (Palmela-Portugal)*: 229-238. Palmela.
- (2004). "Campesinos fortificados frente a conquistadores feudales en los valles del Vinalopó". *De la Medina a la Vila : 263-291*. Petrer-Novelda.
- AZUAR, R.; BEVIÁ, M. (coord.) (2005). *Santa María Descubierta. Arqueología, Arquitectura y cerámica*. Alicante.
- AZUAR, R.; GUTIÉRREZ, S.; VALDÉS, F. (eds.) (1993). *Urbanismo medieval del País Valenciano*. Madrid.
- AZUAR, R.; NAVARRO, F. (1995). "Castillo palacio de Elda". *Castillos de Alicante*: 42-43. León
- AZUAR, R. et alii (1994). *El castillo del Río (Aspe, Alicante)*. *Arqueología de un asentamiento andalusí y la transición al feudalismo (siglos XII-XIII)*. Alicante.
- BARCELÓ, M.; ROSELLÓ-BORDOY, G. (1996). *Terrissa. Dades documentals per a l'estudi de la ceràmica mallorquina del segle XV*. Palma de Mallorca.
- BAXTER, J. E. (2005). *The archaeology of childhood*. Altamira Press, Walnut Creek.
- BERNÁ, M. T.; SOLER, M. D. (2006). "Arte en los siglos XVI-XVIII". *Historia de Elda*, Tomo I: 273-288.
- BERNABÉ PONS, L. F. (2006). "Los musulmanes en las tierras de Elda". *Historia de Elda*, Tomo I: 119-139.
- BERNABEU AUBÁN, J. (dir.) (1993). *El III milenio a.C. en el País Valenciano. Poblados de Jovades (Cocentaina) y Arenal de la Costa (Ontinyent)*. Ontinyent.

- (1995). "Origen y consolidación de las sociedades agrícolas. El País Valenciano entre el neolítico y la Edad del Bronce". *Jornades d'arqueologia valenciana (Alfàs del Pi, 1993)*: 37-90. L'Alfàs del Pi.
- BERNABEU, J.; AURA, J. E.; BADAL, E. (1993). *Al Oeste del Edén. Las primeras sociedades agrícolas en la Europa mediterránea*. Serie Historia Universal, 4: Prehistoria. Madrid.
- BERNABEU, J.; BADAL, E. (1990). "Imagen de la vegetación y utilización económica del bosque en los asentamientos neolíticos de Les Jovades y Niuet (Alicante)". *Archivo de Prehistoria Levantina*, vol. X: 143-166. Valencia.
- BERNABEU, J.; PASCUAL, J. L.; OROZCO, T.; BADAL, E.; GARCÍA, O. (1994). "Niuet (l'Alqueria d'Asnar) poblado del III Milenio a.C.". *Recerques del Museu d'alcoi*, 3: 9-74. Alcoi.
- BERNAT i ROCA, M.; SERRA; BARCELÓ, J. (1987). "Metodología para el estudio de los graffiti medievales y postmedievales: El caso de Mallorca". *II Congreso de Arqueología Medieval Española*: 26-33. Madrid.
- BERRY, A.C.; BERRY, R. (1967). "Epigenetic variation in the human cranium". *Journal of Anatomy*, 101: 361-379.
- BLÁZQUEZ, J. M. (1977). *Imagen y mito. Estudio sobre religiones mediterráneas e ibéricas*. Madrid.
- BONET, H.; IZQUIERDO, I. (2001). "Vajilla ibérica y vasos singulares del área valenciana entre los siglos III y I a.C.". *APL* 24: 272-313.
- BORREGO, M.; SARANOVA, R. (1994). "Envases cerámicos recuperados de las bóvedas de la Iglesia de Santa María: Alicante, importante enclave comercial mediterráneo en el Bajo Medioevo". *LQNT*, 2: 181-199.
- BOUCHER, B. J. (1955). "Sex difference in the foetal sciatic notch". *Journal of Forensic Medicine*, v.2: 51-54.
- (1957). "Sex differences in the foetal pelvis". *American Journal of Physical Anthropology*, 15: 581-600.
- BRU RONDA, C. (1992). *Los caminos del agua: El Vinalopó*. Paterna.
- BUIKSTRA, J. E.; UBELAKER, H. (1994). "Standars for data collection from human skeletal remains". *Arkansas Archeological Survey Research Series*, nº44.
- BUSSIÈRE, J. (2000). *Lampes antiques d'Algérie, Monographies Instrumentum*, 16. Montagnac.
- BUXÓ CAPDEVILA, R. (1997). *La Arqueología de las plantas*. Barcelona.
- CABEZUELO PLIEGO, J. V. (2006). "Elda medieval. El dominio cristiano". *Historia de Elda*, Tomo I: 139-154. Elda.
- (2006a). "Elda medieval. Estructura social y actividad económica en un espacio de frontera". *Historia de Elda*, Tomo I: 155-173. Elda.
- (2006b). "Elda medieval. El castillo". *Historia de Elda*, Tomo I: 175-184. Elda.
- CARA, L.; RODRIGUEZ, J. M. (1998). "Introducción al estudio crono-tipológico de los castillos almerienses". *Castillos y territorio en al-Andalus*: 164-245.
- CARRIÓN MARCO, Y. (2005). *La vegetación mediterránea y atlántica de la Península Ibérica. Nuevas secuencias antracológicas*. Serie Trabajos Varios del S.I.P., 104. Valencia.
- CENTRO EXCURSIONISTA ELDENSE (1972). "Carta Arqueológica del Valle de Elda (Alicante)". *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIII: 199-208. Valencia.
- CERDÁ, J. A.; TELESE, A. (1994). "Cerámica de procedencia italiana aparecida en Cataluña". *Laietania*, 9: 293-353. Mataró.
- CHAPA, T. (1985). *La escultura ibérica zoomorfa*. Madrid.
- (1986). *Influjos griegos en la escultura zoomorfa ibérica*. Madrid.
- (2003). "El tiempo y el espacio en la escultura ibérica: un análisis iconográfico". *Arqueología e iconografía. Indagar en las imágenes*: 99-119. Roma.
- (2003a). "La percepción de la infancia en el mundo ibérico". *Trabajos de Prehistoria*, 60: 115-138. Madrid.
- (2005-2006). "Iconografía y economía: un ejemplo aplicado a los orígenes de la escultura ibérica en el área del Bajo Segura (Alicante)". *Homenaje a Jesús Altuna, Munibe*, 57: 243-256.
- COLL CONESA, J. (1987). "Importaciones cerámicas bajomedievales en el valle del Sòller (Mallorca)". *II Congreso de Arqueología Medieval Española*: 358-373. Madrid.
- (1994). "Contenedores cerámicos en las costas de Mallorca". *IV Congreso de Arqueología Medieval Española. Sociedades en transición*, Tomo III: 1069-1080. Alicante.
- (1997). "Cerámica moderna en Platería 14. Sobre cuatro casas andalusíes y su evolución (siglos X-XIII)". *Excavaciones arqueológicas en la ciudad de Murcia*, 1: 51-64. Murcia.
- (1998). "Mallorca, moviments i corrents comercials a través de la ceràmica". *Mallorca i el comerç de la ceràmica a la Mediterrània*: 64-92. Barcelona.
- CORELL, J. (1999). *Inscripcions romanes d'Ilici, Lucentum, Allon, Dianium i els seus territoris*. Valencia.
- DELGADO, C. (1996). *El toro en el Mediterráneo. Análisis de su presencia y significado en las grandes culturas del mundo antiguo*. Madrid.
- DOMÉNECH, C. (2003). *Dinares, dirhames y feluses. Circulación monetaria islámica en el País Valenciano*. Alicante.
- DOMÉNECH, G.; MORENO, M.; FERNÁNDEZ-VILLACAÑAS, M. A.; RUÍZ, T. (1987). "Estudio preliminar de los restos óseos procedentes del enterramiento colectivo localizado en la Cueva Sagrada I". *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 3: 25-30.
- DOMÍNGUEZ MONEDERO, A. J. (1998). "Poder, imagen y representación en el mundo ibérico". *Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica*: 195-206. Barcelona.
- EIROA GARCÍA, J. J. (1987). "Noticia preliminar de la primera campaña de excavaciones arqueológicas en el poblado de La Salud y en Cueva Sagrada I (Lorca)". *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 3: 53-76. Murcia.
- (1990). "Datación absoluta del poblado eneolítico de La Salud y de Cueva Sagrada I (Lorca, Murcia)". *Homenaje a Jerónimo Molina García*: 39-50. Murcia.
- ESQUEMBRE, M. A. (1997). *El poblamiento prehistórico en el Alto Vinalopó*. Villena.

- ESQUEMBRE, M.A.; TORREGROSA, P. (2001). *Memoria de la actuación arqueológica en la finca Torreta Casa Colorá (Elda), TCC/01*, inédito.
- FEREMBACH, D.; SCHWIDETZKY, I.; STLOUKAL, M. (1979). "Recommandations pour déterminer l'âge et le sexe sur le squelette". *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, T.6 série XIII: 7-45.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ, J.; GÓMEZ, M.; DÍEZ, A.; FERRER, C.; MARTÍNEZ-ORTÍ, A. (2008). "Resultados preliminares del proyecto de investigación sobre los orígenes del Neolítico en el Alto Vinalopó y su comarca: la revisión de El Arenal de la Virgen (Villena, Alicante)". *IV Congreso del Neolítico peninsular*: 107-116. Alicante.
- FERNÁNDEZ LÓPEZ DE PABLO, J. (1997). "El poblamiento durante el holoceno inicial en Villena (Alicante): algunas consideraciones". *Agua y Territorio. I Congreso de Estudios del Vinalopó (Petrer-Villena, 1997)*: 17-34. Petrer.
- (1999). *El yacimiento prehistórico de Casa de Lara, Villena (Alicante). Cultura material y producción lítica*. Villena.
- FERNÁNDEZ MAROTO, D.; VÉLEZ, J.; PÉREZ, J. (2007). "La cerámica estampillada ibérica de tipo figurativo del Cerro de las Cabezas (Valdepeñas)". *Actas del Congreso de Arte Ibérico en la España Mediterránea, (Alicante, octubre 2005)*: 211-227. Alicante.
- FERNÁNDEZ PERIS, J. (1998). "La Coca (Aspe). Área de aprovisionamiento y talla del Paleolítico medio". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 7: 9-46. Alcoi.
- 2001. "La Cova del Bolomor (Tavernes de la Valldigna, València)". *De neandertales a cromañones. El inicio del poblamiento humano en las tierras valencianas*: 389-392. Valencia.
- FLETCHER VALLS, D. (1983). *Els Ibers*. Valencia.
- FORTEA PÉREZ, J. (1973). *Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español*. Salamanca.
- FORTEA, J.; MARTÍ, B.; FUMANAL, M. P.; DUPRÉ, M.; PÉREZ, M. (1987). "Epipaleolítico y neolitización en la zona oriental de la Península Ibérica". *Premières communautés paysannes en Méditerranée Occidentale*: 581-592. París.
- FRÍAS CASTILLEJO, C. (2005). *El paisaje rural de los territorios de Dianium, la ciudad romana de Villajoyosa, Lucentum e Ilici. Bases para su estudio*. Memoria de licenciatura. Inédito.
- GARCÍA ATIENZAR, G.; JOVER, F. J.; IBAÑEZ, C.; NAVARRO, C.; ANDRÉS, D. (2006). "El yacimiento neolítico de la calle Colón (Novelda, Alicante)". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 15: 19-28.
- GARCÍA GANDÍA, J. R. (2001). *Carta arqueológica de Aspe, Hondón de las Nieves y Hondón de los Frailes*. Memoria de Licenciatura. Inédito.
- GISBERT SANTONJA, J. A. (1999). "El derelict català". *Sicilia y la Corona de Aragón. Rutas mediterráneas de la cerámica*: 139-141. Valencia.
- GISBERT, J. A.; BOLUFER, J. (1992). "Maiolica italiana en el registro arqueológico de la ciudad de Denia (Alacant). Catálogo y algunas consideraciones en torno a su contexto material". *ATTI XXV Convegno Internazionale della ceramica (Centro Ligure per la Storia della ceramica)*: 7-40. Albisola.
- GISBERT, J. A., BURGUERA, J. V.; BOLUFER, J. (1992). *La cerámica de Daniya. Alfares y ajuares domésticos de los siglos XII-XIII*. Valencia.
- GÓNGORA y MARTÍNEZ, M. [1868] (1991). *Antigüedades Prehistóricas de Andalucía*. (Edición facsímil). Colección Archivium. Granada.
- GONZÁLEZ ALCALDE, J.; CHAPA, T. (1993). "Meterse en la boca del lobo. Una aproximación a la imagen del carnassier en la religión ibérica". *Complutum*, 4: 169-174.
- GONZÁLEZ MARTÍ, M. (1944). *Cerámica del Levante Español. Siglos Medievales*. Loza. Madrid-Barcelona.
- GONZÁLEZ NAVARRETE, J. A. (1987). *Escultura ibérica de Cerrillo Blanco (Porcuna, Jaén)*. Jaén.
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1983). *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*. Anejo Lucentum, I. Alicante.
- (1990). *Nueva luz sobre la protohistoria del Sudeste*. Alicante.
- (1998). "La Fonteta. El asentamiento fenicio de la desembocadura del río Segura (Guardamar, Alicante, España). Resultados de las excavaciones de 1996-97". *Rivista di Studi Fenici*, 26 (2): 191-228.
- (2002). *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España) (Siglos IX-VII AC)*. Alicante.
- GONZÁLEZ, A.; RUIZ, E., (1992). "Un poblado fortificado del Bronce Final en el Bajo Vinalopó". *Trabajos Varios del S.I.P. (Homenaje a E. Pla)*, 89: 17-27. Valencia.
- (1995). "Urbanismo defensivo en la Edad del Bronce en el Bajo Vinalopó. La fortificación argárica de Caramoro I (Elche, Alicante)". *Estudios de vida urbana*: 85-107. Murcia.
- GONZÁLEZ VERA, A. (1933). "Resumen histórico de Elda". *El Cronista*, 2. Elda.
- GOZÁLVEZ PÉREZ, P. (1974). "La centuriatio de Ilici". *Estudios sobre centuriaciones romanas en España*: 101-113. Madrid.
- GRAU MIRA, I. (2002). "La formación del mundo ibérico en los valles de l'Alcoià y El Comtat (Alicante): un estado de la cuestión". *Lucentum*, XIX-XX: 95-111. Alicante.
- (2007). "Los jinetes de la Contestania. Sobre el uso del estilo cerámico como emblema étnico". *Actas del Congreso de Arte Ibérico en la España Mediterránea, (Alicante, octubre 2005)*: 111-123. Alicante.
- GRAU, I.; MORATALLA, J. (1998). *El poblamiento de época ibérica en el Alto Vinalopó*. Villena.
- (2001). "El poblamiento comarcal", *Poblamiento ibérico en el Bajo Segura. El Oral (II) y La Escuela*. Biblioteca Archaeologica Hispana, 12. Madrid.
- GRUPO ARQUEOLÓGICO PRETRENSE (1976). "Antecedentes romanos en la villa de Petrel". *Revista de Moros y Cristianos*. Petrer.
- GRUPO DE RESCATE n° 688, (1978). "Mapa arqueológico de Novelda". *Instituto de Estudios Alicantinos*, 23: 59-66. Alicante.
- GUILABERT, A.; JOVER, F. J.; FERNÁNDEZ, J. (1999). "Las primeras comunidades agropecuarias del río Vinalopó". *Actes del II Congrés del Neolític a la Península Ibérica*: 283-290. Valencia.

- GURT, J. M.; LANUZA, A.; PALET, J. M.; EDAT (1996). "Revisión del catastro romano de Illici (Elche)". *Pyrenae*, 27: 215-226. Barcelona.
- GUSI, F.; OLARIA, C. (1995). "Cronologies absolutes en l'arqueologia del País Valencià". *Actes de les II Jornades d'Arqueologia, (Alfàs del Pi, 1993)*: 119-148. Valencia.
- GUTIÉRREZ LLORET, S. (1996). *La Cora de Tudmir. De la Antigüedad tardía al mundo islámico. Poblamiento y cultura material*. Madrid-Alicante.
- HÄGG, I. (2004). "Analyse eines Stoffabdrucks in lehm aus der Spät- mittelbronzezeitlichen Gefasbestattung III am Südhang der Höhensiedlung Fuente Álamo". *Madridier Mitteilungen*, 45: 140- 146. Madrid.
- HERNÁNDEZ ALCARAZ, L. (1996). "El urbanismo ibérico en el Alto Vinalopó: Puntal de Salinas y Salvatierra". *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995)*, I: 407-414. Elche.
- HERNÁNDEZ PÉREZ, M. S. (1982). "La Cueva de la Casa Colorá: Un yacimiento eneolítico en el valle Medio del Vinalopó (Alicante)". *Lucentum*, I: 5-18. Alicante.
- (1983). "La metalurgia prehistórica en el valle Medio del río Vinalopó (Alicante)". *Lucentum*, II: 17-42. Alicante.
- (1994). "Consideraciones sobre los conceptos de encastillamiento y fortificación en la Edad del Bronce del País Valenciano. A propósito de algunos poblados del Vinalopó". *Fortificaciones y castillos de Alicante. Comarcas del Vinalopó*: 11-18. Petrer.
- (1997). "Agua, río, camino y territorio. A propósito del Vinalopó". *Agua y Territorio. I Congreso de Estudios del Vinalopó*: 17-34. Villena.
- (2001). "La Edad del Bronce en Alicante", ...Y acumularon tesoros. *Mil años de historia en nuestras tierras*: 201-217. Alicante.
- (2004). "José María Soler García y la Edad del Bronce en las tierras valencianas". *La Edad del Bronce en las tierras valencianas y zonas limítrofes*: 31-40. Villena.
- HERNÁNDEZ, M. S.; ALBEROLA, E. (1988). "Ledua (Novelda, Alacant): Un yacimiento de llanura en el Neolítico valenciano". *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVIII: 149-158. Valencia.
- HERNÁNDEZ, M. S.; LÓPEZ, J. A. (1992). "Bronce Final en el Medio Vinalopó. A propósito de dos conjuntos cerámicos del Tabayá (Aspe, Alicante)". *T.V. S.I.P.*, 89: 1-15. Valencia.
- HERNÁNDEZ, M. S.; PÉREZ, J. M. (2005). "En busca de nuestros orígenes. El poblamiento prehistórico en Sax". *Historia de Sax*, Tomo I: 103-128. Sax.
- HERNÁNDEZ, M. S.; SIMÓN, J. L.; LÓPEZ, J. A. (1994). *Agua y poder. El Cerro de El Cuchillo (Almansa, Albacete)*. Toledo.
- HERNÁNDEZ, L.; SALA, F. (1996). *El Puntal de Salinas. Un hábitat ibérico del siglo IV a.C. en el Alto Vinalopó*. Villena.
- HERNANDO GONZALO, A. (1983). La orfebrería durante el Calcolítico y el Bronce Antiguo durante el Calcolítico y el Bronce Antiguo en la Península Ibérica. *Trabajos de Prehistoria*, 40: 85-138. Madrid.
- IBARRA Y MANZONI, A. (1879). *Ilici. Su situación y antigüedades*. Alicante.
- INFORMACIÓN (1954). "Hallazgo antropológico en Elda". *Diario Información*, 11 de marzo. Alicante.
- IZQUIERDO PERAILE, I. (2000). *Monumentos funerarios ibéricos: los pilares-estela*. Valencia.
- (2003). "Seres híbridos en piedra: un recorrido a través del imaginario de la muerte en Iberia". *Seres híbridos. Apropiación de motivos míticos mediterráneos*: 261-289. Madrid.
- JIMÉNEZ DE CISNEROS, D. (1911). "Excursión a Catí (Alicante)". *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XI: 285-295. Madrid.
- (1925). "Indicación de algunos yacimientos prehistóricos y noticias acerca de otros". *Boletín de la Real Sociedad Española de Historia Natural*, XXV: 71-81. Madrid.
- JORDÁ CERDÁ, F. (1958). "Los enterramientos de la Cueva de la Torre del Mal Paso (Castelnuovo- Castellón de La Plana)". *Archivo de Prehistoria Levantina*, VII: 55- 92. Valencia.
- JOVER MAESTRE, F. J. (1999). *Una nueva lectura del "Bronce Valenciano"*. Alicante.
- (2006). "La ocupación prehistórica en el valle de Elda". *Historia de Elda*, Tomo I: 29-43. Elda.
- JOVER, F. J.; ESQUEMBRE, M. A.; POVEDA, A. M.; SO- LER, M. D. (2000-2001). "La Torreta-El Monastil (Elda, Alicante): un nuevo asentamiento calcolítico en la cuenca del río Vinalopó". *Lucentum XIX-XX*: 27-37. Alicante.
- JOVER, F. J.; LÓPEZ PADILLA, J. A. (1995). "El Argar y el Bronce Valenciano. Reflexiones en torno al mundo funerario". *Trabajos de Prehistoria*, 52, I: 71-86. Madrid.
- (1997). "El Vinalopó. Gestión del territorio y de los espacios hídricos durante el II milenio ANE". *Iº Congreso de Estudios del Vinalopó*: 163-189. Villena.
- (1999). "Una nueva propuesta del alcance espacial septentrional de las prácticas sociales argáricas". *XXIV Congreso Nacional de Arqueología, 1997*, vol.2: 275- 286. Cartagena.
- (1999a). "Campesinado e Historia. Consideraciones sobre las comunidades agropecuarias de la Edad del Bronce en el Corredor del Vinalopó". *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXIII: 233-257. Valencia.
- (2004). "2200-1200 BC: Aportaciones al proceso histórico en la cuenca del río Vinalopó". *I Jornadas de la Edad del Bronce en las tierras valencianas y área limítrofes (Villena, 2002)*. Villena.
- (2005). *Barranco Tuerto y el proceso histórico en el corredor del Vinalopó durante el II milenio BC*. Villena.
- JOVER, F. J.; LÓPEZ, J. A.; GUILABERT, A. (1999). "Excavaciones arqueológicas en el yacimiento de la Edad del Bronce de Barranco Tuerto (Villena, Alicante). 1995". *Memorias arqueológicas y paleontológicas de la Comunidad Valenciana, Nº 0*. Valencia.
- JOVER, F. J.; LÓPEZ MIRA, J. A.; LÓPEZ PADILLA, J. A. (1995). *El poblamiento durante el II milenio a.C. en Villena*. Villena.
- JOVER, F. J.; LÓPEZ, J. A.; MACHADO, C.; HERRÁEZ, M. I.; RIVERA, D.; PRECIOSO, M. L.; LLORACH, R. (2001). "La producción textil durante la Edad del Bronce: un conjunto de husos o bobinas de hilo del yacimiento de Terlinques (Villena, Alicante)". *Trabajos de Prehistoria*, 58, I: 171-186. Madrid.
- JOVER, F. J.; LÓPEZ, J. A.; SEGURA, G. (1989). *Estudio de los materiales de la Edad del Bronce en el Valle Medio del río Vinalopó*. Inédito.

- JOVER, F. J.; MOLINA, F. J. (2005). "El proceso de implantación de las primeras comunidades agropecuarias en las tierras meridionales valencianas". *Revista del Vinalopó*, 8: 11-28. Petrer.
- JOVER, F. J. y SEGURA, G. (1995). *El poblamiento antiguo en Petrer*. Petrer.
- JOVER, F. J.; SOLER, M. D.; ESQUEMBRE, M. A.; POVEDA, A. M. (2002). "La Torreta-El Monastil (Elda, Alicante): un nuevo asentamiento calcolítico en la cuenca del río Vinalopó". *Lucentum*, XIX-XX: 27-40. Alicante.
- JUAN CABANILLES, J. (1992). "La neolitización de la vertiente mediterránea Peninsular: Modelos y problemas". *Aragón/Litoral Mediterráneo. Intercambios culturales durante la Prehistoria*: 255-268. Zaragoza.
- KROGMAN W. M. (1962). *The human skeleton in forensic Medicine*. Springfield.
- LARA VIVES, G. (2006). "Plato con la escena de San Daniel con los leones". *Catálogo de la Exposición La Luz de las Imágenes. La Faz de la Eternidad, Alicante, 2006*: 126-129. Alicante.
- LEÓN, P. (1998). *La sculpture des Ibères*. París.
- LERMA ALEGRÍA, J. V. (1981). "Los orígenes de la metalurgia en el País Valenciano". *Archivo de Prehistoria Valenciana*, XVI: 129-140. Valencia.
- LERMA, J. V.; et alii (1992). *La loza gótico-mudéjar en la ciudad de Valencia*. Madrid.
- LIESAUVON LETTOW-VORBECK, C. (2001). "Fuente Álamo: evidencias de huesos humanos digeridos". *Actas del V Congreso Nacional de Paleopatología, Alcalá la Real, 29 abril-2 mayo 1999*. Alcalá la Real.
- LISTER, F. C.; LISTER, R. H. (1976). "Ligurian maiolica in Spanish America". *Atti del XII Convegno Internazionale della ceramica*: 311-320. Albisola.
- LLOBREGAT CONESA, E. A. (1972). *Contestania Ibérica*. Alicante.
- (1973). *Teodomiro de Oriola. Su vida y su obra*. Alicante.
- (1977). *La primitiva cristiandad valenciana*. Valencia.
- (1977a). "El altar paleocristiano del Monastil". *Alborada*, XXIII, s/p. Elda.
- (1981). "Toros y agua en los cultos funerarios ibéricos". *Saguntum*, 16: 149-164. Valencia.
- (1985). "Las épocas paleocristiana y visigoda". *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas. Anejos de la revista Lucentum*: 383-414. Alicante.
- LOMBA MAURANDI, J. (1999). "El megalitismo en Murcia. Aspecto de su distribución y significado". *Quaderns de Prehistòria i Arqueologia de Castelló*, 20: 55-82. Castellón.
- LÓPEZ ELUM, P. (1984). *Los orígenes de la cerámica de Manises y Paterna (1285-1335)*. Valencia.
- LÓPEZ GARCÍA, P. (1980). "Estudio de la cerámica, industria ósea y lítica de la Cueva de los Murciélagos de Albuñol (Granada)". *Trabajos de Prehistoria*, 37: 163-180. Madrid.
- LÓPEZ MIRA, J. A.; ORTEGA, J. R. (1991). "La Prehistoria". *Historia de Novelda*, II: 21-44. Novelda.
- LÓPEZ PADILLA, J. A. (2006). "Consideraciones en torno al Horizonte Campaniforme de Transición". *Archivo de Prehistoria Levantina*, XXVI: 193-243. Valencia.
- (2008). "Entre piedra y cavernas. Una propuesta de explicación histórica a la ausencia de megalitismo en el área centro-meridional del Levante peninsular". *Actas del IV Congreso del Neolítico Peninsular*, Tomo II. Alicante.
- LÓPEZ PADILLA, J. A.; MENÉNDEZ, J. L. (2004). "La circulación de loza italiana en el Levante Peninsular en la Edad Moderna. La Colección del Museo Arqueológico Provincial de Alicante". *Rotte e porti del Mediterraneo dopo la caduta dell'Impero Romano d'Occidente. Continuità e innovazioni tecnologiche e funzionali*: 217-239. Génova.
- LÓPEZ, J. A.; MENÉNDEZ, J. L.; AZUAR, R. (2000). "Importación de loza italiana en el Convento de Santa Lucía (Elche, Alicante). Siglos XVI al XVIII". *Scripta in Honorem Enrique A. Llobregat Conesa*, Tomo I: 547-563. Alicante.
- LÓPEZ SEGUÍ, E. (1996). *Arqueología de Agost, Alicante*. Alicante.
- LÓPEZ SEGUÍ, E.; GARCÍA, M. A.; ORTEGA, J. R. (1990-91). "La Cova del Cantal (Biar, Alicante)". *Lucentum*, IX-X: 25-49. Alicante.
- LORRIO ALVARADO, A. J. (1994-1995). "A propósito de una fibula celtibérica de El Monastil (Elda, Alicante)". *Alebus*, 4-5: 74-82. Elda.
- LUCAS PELLICER, M. R. (1981). "Santuarios y dioses en la Baja Época Ibérica". *La Baja Época de la Cultura Ibérica (Actas de la Mesa Redonda celebrada en conmemoración del décimo aniversario de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología, Madrid, marzo 1979)*: 233-293. Madrid.
- (1991). "La arqueología no profesional. Antecedentes y panorama cultural". *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (s. XVIII-XX)*. Madrid.
- LULL, V. (1983). "El Argar". *Un modelo de estudio de las formaciones económico sociales prehistóricas*. Madrid.
- LULL, V.; MICÓ, R.; RISCH, R.; RIHUETE, C. (2006). "Las relaciones de propiedad en la sociedad argárica. Una aproximación a través del análisis de las tumbas de individuos infantiles". *Mainake*, XXVI: 233-272. Málaga.
- LULL, V.; RISCH, R. (1995). "El estado Argárico". *Verdolay*, 7: 97-109. Murcia.
- MAESTRE, B. (1993). *La Cartuja de Sevilla, Fábrica de cerámica*. Sevilla.
- MAESTRO ZALDÍVAR, E. (1989). *Cerámica ibérica decorada con figura humana*. Zaragoza.
- MARHUENDA SOLER, J. (1995). "Un rostro de Cristo aparecido en el subsuelo de Elda. La arqueología como fuente de conocimiento de nuestro pasado". *Alborada*, 40: 134-135.
- MÁRQUEZ VILLORA, J. C. (1994-1995). "Comercio oriental y culto cristiano en el Valle del Vinalopó: la mesa polilobulada de El Monastil (Elda, Alicante)". *Alebus*, 4-5: 109-128. Elda.
- (1996). "La cristianización preislámica de las comarcas alicantinas. Balance y estado de la cuestión". *Actas de las Jornadas "La Sede de Elo 1400 años de su fundación. El espacio religioso y profano en los territorios urbanos de occidente (siglo V-VII)*, Elda, 22-24 de abril de 1991, *Alebus*, 6: 375-395. Elda.
- (1999). *El comercio romano en el Portus Ilicitanus. El abastecimiento exterior de productos alimentarios (siglos I a. C. - V d. C.)*. Alicante.

- (2000). "Mesas polilobuladas de tradición oriental en la Península Ibérica: entre la religión y el comercio". V *Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica, Cartagena (1998)*: 519-527. Barcelona.
- (2001). "El Monastil. Mil años de importaciones de alimentos en el valle medio del Vinalopó". *Alborada*, 45: 116-119. Elda.
- (2004). "Roma en el valle de Elda. El testimonio de la villa de Las Agualejas". *Alborada*, 48: 197-200. Elda.
- (2005). "Vida a través de la muerte. La aportación de la Arqueología y la Antropología física al estudio de los fondos del Museo Arqueológico de Elda". *Alborada*, 49: 19-22. Elda.
- (2006). "El Valle de Elda en época romana: el mundo rural". *Historia de Elda*, Tomo I: 73-94. Elda.
- MÁRQUEZ, J. C.; MOLINA, J. (2001). *El comercio en el territorio de Ilici. Epigrafía, importación de alimentos y relación con los mercados mediterráneos*. Alicante.
- MÁRQUEZ, J. C.; POVEDA, A. M. (2000). "Espacio religioso y cultura material en Elo (ss. IV-VII dC)". V *Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica, Cartagena (1998)*: 177-184. Barcelona.
- MÁRQUEZ, J. C.; POVEDA, A. M.; SOLER, M. D.; TORRES, F. J. (1999). "El edificio ibérico de El Chorrillo (Elda-Petret-Sax, Alicante)". *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997)*, 3: 327-336. Cartagena.
- MARTÍ CEBRIÁN, J. A. (1981). "Las terrazas del Pantano". *Alborada*, XXVII. Elda.
- (1982). "El Peñón del Trinitario". *Alborada*, XXVIII. Elda.
- (1983). "La Edad del Bronce en El Monastil". *Alborada*, XXIX. Elda.
- MARTÍ OLIVER, B. (1983). *El naiximent de l'agricultura al País Valencià: del Neolític a l'Edat del Bronze*. Valencia.
- MARTÍ, B.; HERNÁNDEZ, M. S. (1988). *Neolític valencià. Art rupestre y cultura material*. Valencia.
- MARTÍ, B.; JUAN, J. (1997). "Epipaleolíticos y neolíticos: población y territorio en el proceso de neolitización de la Península Ibérica". *Espacio, Tiempo y Forma, Serie I, Prehistoria y Arqueología*, 10: 215-264. Madrid.
- MARTÍ, J.; PASCUAL, J.; ROCA, L.; et alii (2007). *Entre el «know how» y el mercado. El horizonte cerámico de la colonización feudal en el territorio valenciano*. Valencia.
- MARTÍNEZ AGUIRRE, J. M., (1954). "De la Historia a la anécdota". *Diario Información*, 19 de marzo. Alicante.
- MARTÍNEZ LORENZO, J. M. (2006). *Elda, una mirada desde el cielo*. Elda.
- MARTÍNEZ, G.; RODRÍGUEZ, F. (1992). *La Colección Canónica Hispana. V. Concilios hispanos: segunda parte*. Madrid.
- (2002). *La Colección Canónica Hispana. VI. Concilios hispanos: tercera parte*. CSIC. Madrid.
- MATARREDONA COLL, E. (1982). *El Alto Vinalopó. Estudio Geográfico*. Alicante.
- MATILLA SEIQUER, G. (1992). *Alfarería popular en la antigua Arraixaca de Murcia. Los hallazgos de la Plaza de San Agustín (siglos XV-XVII)*. Murcia.
- MAYER, M. (1995). "Las inscripciones pintadas en Hispania. Estado de la cuestión". *Acta Colloquii Epigraphici Latini, Helsingiae*, 3-6 sept.: 79-92. Helsinki.
- MEDEROS, A.; RUIZ, L. A. (2002). "Transhumancia, sal y comercio fenicio en las cuencas de los ríos Vinalopó y Bajo Segura (Alicante)". *Lucentum*, XIX-XX: 83-94. Alicante.
- MENÉNDEZ FUEYO, J. L. (1993). "Excavaciones arqueológicas en el castillo de Polop (Marina Baja, Alicante)". *Castells*, 3: 16-20.
- (1995). "El hisn de Planes (El Comtat, Alicante): Un recinto fortificado almohade en el tránsito al feudalismo". *Castells*, 5: 13-28.
- (1996). "El Castell de Planes (Alicante): un poblado fortificado almohade a la luz de los nuevos descubrimientos arqueológicos". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 5: 163-173. Alcoi.
- (2005). "Apuntes para el estudio de los contenidos cerámicos medievales: Las tinajas de las bóvedas de la Iglesia de Santa María de Alicante". *Santa María Descubierta. Arqueología, Arquitectura y Cerámica. Excavaciones en la Iglesia de Santa María de Alicante (1997-1998)*: 72-119. Alicante.
- (2005a). "Sellos y marcas de los contenedores cerámicos de la Iglesia de Santa María de Alicante. Aproximación a su estudio". *Santa María Descubierta. Arqueología, Arquitectura y Cerámica. Excavaciones en la Iglesia de Santa María de Alicante (1997-1998)*: 120-145. Alicante.
- (2005b). "Ollas, cántaros y cerámicas de uso doméstico en la Edad Media. La obra aspra de las bóvedas de la Iglesia de Santa María de Alicante". *Santa María Descubierta. Arqueología, Arquitectura y Cerámica. Excavaciones en la Iglesia de Santa María de Alicante (1997-1998)*: 146-184. Alicante.
- (2008). *Las cerámicas de la Basílica de Santa María de Alicante. Arqueología, cerámica y arquitectura de una actuación arqueológica singular*. Oxford.
- MENÉNDEZ PIDAL, R. (1947). *Historia de España*. Madrid.
- MESQUIDA GARCÍA, M. (1987). *Una terrisseria dels segles XIII i XIV*. Paterna.
- (1989). *La ceràmica de Paterna al segle XIII*. Paterna.
- (1990). *Candelers i cresols medievals*. Paterna.
- (1996). *Paterna en el Renacimiento. Resultado de las excavaciones de un barrio burgués*. Paterna.
- (1997). "Cerámica de uso arquitectónico fabricada en Paterna". *La ceràmique médiévale en Méditerranée*: 655-666. Aix-en-Provence.
- (2001). *Las Ollerías de Paterna. Tecnología y producción. Siglos XII y XIII*, Volumen I. Paterna.
- (2001a). *La cerámica dorada*. Valencia.
- (2002). *La cerámica de Paterna. Reflejos del Mediterráneo*. Valencia.
- MESQUIDA GARCÍA, M.; et alii (2001). *Las Ollerías de Paterna. Tecnología y producción. Volumen I. Siglos XII y XIII*. Paterna.
- MOLINA BURGUERA, G.; ESQUEMBRE, M. A. (2001). "Plan de actuación 26 del PGOU. Finca Molinos de Félix". *Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante, 2000*. Alicante.
- MOLINA GONZÁLEZ, F.; RODRÍGUEZ, M. O.; JIMÉNEZ, S.; BOTELLA, M. (2003). "La sepultura 121 del yacimiento argárico de El Castellón Alto (Galera, Granada)". *Trabajos de Prehistoria*, Vol. 60 n°1: 153-158. Madrid.
- MOLINA VIDAL, J. (1997). *La dinámica comercial romana entre Italia y Hispania Citerior (siglos II a. C.- II d.*

C.). Alicante.

- (2004). "Comercio y relaciones portuarias en el territorio de Ilici". *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*: 189-196. Alicante.

MONEO, T. (2003). *Religio Iberica. Santuarios, ritos y divinidades (siglos VII-I a.C.)*. Madrid.

MOORREES, C. F.; FANNING, E. A.; HUNT, E. E. (1963). "Formation and resorption of three deciduous teeth in children". *American Journal and Physical Anthropology*, v. 21: 205-213.

- (1963a). "Age variation of formation stages for ten permanent teeth". *Journal of Dental Research*, v. 42, n° 6: 1490-1502.

MORATALLA JÁVEGA, J. (2001). "Restos de catastró romanos en el medio Vinalopó y unos apuntes sobre Aspis". *Alquibla*, 7: 551-579. Orihuela.

NAVARRETE ENCISO, M. S. (1976). *La Cultura de las cuevas con cerámica decorada en Andalucía Oriental*. Granada.

NAVARRO GUILLÉN, D. (1977). "Petrer y los petrolancos hace 3500 años". *Moros y Cristianos*, 38: s/p. Petrer.

NAVARRO MEDEROS, J. F. (1981). "La explotación del territorio en la Península Ibérica durante el Bronce Pleno". *Tabona*, 1: 29-92. La Laguna.

- (1982). "Materiales para el estudio de la Edad del Bronce en el Valle Medio del Vinalopó (Alicante)". *Lucentum*, 11: 19-70. Alicante.

- (1986). "La Lloma Redona". *Arqueología en Alicante 1976-86*: 102-103. Alicante.

- (1988). "Lloma Redona (Monforte del Cid, Vinalopó Mitjà)". *M.A.C.V. 1984-85*: 79-81. Valencia.

NAVARRO PALAZÓN, J. (1987). "Formas arquitectónicas en el mobiliario cerámico andalusí". *Cuadernos de la Alhambra*, 23: 21-65. Granada.

NAVARRO, J.; JIMÉNEZ, P. (1993). "Piletas de abluciones en el ajuar cerámico andalusí". *Verdoly*, 5: 171-177. Murcia.

- (1995). "Maquetas arquitectónicas en cerámica y su relación con la arquitectura andalusí". *Casas y Palacios de Al-Andalus*: 287-302. Murcia.

- (1995a). "Un palacio protonazarí en la Murcia del siglo XIII: *Al-Qasr al-Sagir*". *Casas y Palacios de al-Andalus*: 177-205. Murcia.

- (1995b). La decoración protonazarí en la arquitectura doméstica: La casa de Onda". *Casas y Palacios de al-Andalus*: 207-223. Murcia.

- (1995c). "La decoración de la casa almohade en la arquitectura doméstica: La casa n° 10 de Siyasa". *Casas y Palacios de al-Andalus*: 117-137. Murcia.

NAVARRO PASTOR, A. (1951). "Arqueología eldense". *Dahellos*. Elda.

- (1954). "Los hallazgos del Pantano de Elda". *Diario Información*, 12 de marzo. Alicante.

- (1954a). "En torno al Hombre del Vinalopó". *Diario Información*, 18 de marzo. Alicante.

- (1954b). "Hallazgos arqueológicos en Elda". *Dahellos*. Elda.

- (1955). "Los hallazgos prehistóricos del Pantano". *Revista de Fiestas Mayores*. Elda.

- (1964). "El Museo arqueológico Municipal y la sección de Arqueología del Centro Excursionista Eldense". *Alborada*, X: s/p. Elda.

- (1966). "Hallazgos recientes en El Monastil". *Semanario Valle de Elda*, 487. Elda.

- (1981). *Historia de Elda*, Tomo I. Elda.

NAVARRO POVEDA, C. (1990). *Excavaciones arqueológicas en el Castillo de la Mola (Novelda-Alicante) II. Las cerámicas comunes (ss. XIV-XV)*. Alicante.

NOCETE CALVO, F. (1989). *El espacio de la coacción. La transición al Estado en las campiñas del Guadalquivir (España) 3000-1500 a .C.* Oxford.

- (2001). *Tercer milenio antes de nuestra era. Relaciones y contradicciones centro/periferia en el Valle del Guadalquivir*. Barcelona.

NORDSTRÖM, S. (1973). *La céramique peinte ibérique de la province d'Alicante*, 11. Stockholm

OLIVIER, G. (1960). *Pratique Anthropologique*. Vigot Frères Eds. París.

OLMOS, R., (1987). "Posibles vasos de encargo en la cerámica ibérica del Sureste". *AespA*, 60: 21-42.

- (1988-1989). "Originalidad y estímulos mediterráneos en la cerámica ibérica: el ejemplo de Elche". *Lucentum*, 7-8: 79-102. Alicante.

- (1996). "Pozo Moro: ensayos de lectura de un programa escultórico en el temprano mundo ibérico". *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*: 99-114. Madrid.

- (1998). "Naturaleza y poder en la imagen ibérica". *Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica (Actas del Congreso internacional)*: 147-157. Barcelona.

- (1999). (coord.) *Los Iberos y sus imágenes*. Madrid.

- (2000). "El vaso del 'ciclo de la vida' de Valencia: una reflexión sobre la imagen metafórica en época helenística". *AespA*, 73: 59-78. Madrid.

- (2002). "Los grupos escultóricos del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén). Un ensayo de lectura iconográfica convergente". *AEspA* 75: 107-122. Madrid.

- (2003). "Combates singulares: lenguajes de afirmación de Iberia frente a Roma". *Arqueología e iconografía. Indagar en las imágenes*: 79-97. Roma.

- (2004). "Los príncipes esculpidos de Porcuna (Jaén): una aproximación de la naturaleza y de la historia". *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 189: 19-43. Jaén.

OLMOS, R.; GRAU, I. (2005). "El Vas dels Guerrers de La Serreta". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 14: 79-98. Alcoi.

PASTOR M.; PACHÓN, J. A. (1991). *Estudio Preliminar. Antigüedades Prehistóricas de Andalucía, IX-LV*. Ed. Facsimil. Granada.

PEIDRO BLANES, J. (2005). *La Tardoantigüedad en el Valle de Elda: las cerámicas de El Monastil (ss. V-VIII d. C.)*. Memoria de Licenciatura. Inédito.

- (en prensa). "La región de la Oróspeda tras Leovigildo. Organización y administración del territorio". *Verdoly*, 11. Murcia.

PÉREZ, L.; HERNÁNDEZ, L. (2006). "Noticia sobre las prospecciones arqueológicas realizadas en la partida de El Campo (Villena, Alto Vinalopó)". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 15: 93-102. Alcoi.

PERICOT, L. (1950). *Los sepulcros megalíticos catalanes y la Cultura Pirenaica*. Barcelona.

PIDAL, S.; PEIDRO, J. (2007). "Ritos y creencias de las prácticas funerarias. Honrar a los muertos". *Alborada*, 51: 126-127. Elda.

POLITIS, G. (1998). "Arqueología de la infancia: una perspectiva etnoarqueológica". *Trabajos de Prehistoria*, 55: 5-19. Madrid.

POVEDA NAVARRO, A. M. (1982). "Fragmento de inscripción hallado en Elda". *Alborada*, XXVIII. Elda.

- (1984). *La Terra Sigillata de Elda (Alicante)*. Memoria de Licenciatura. Inédito.
- (1984a). "Restos arqueológicos de la aparición de la escritura en Elda". *Alborada*, 30: 85-92. Elda.
- (1985). "Representaciones humanas pintadas sobre la cerámica ibérica de el Monastil (Elda, Alicante). La ideología en la cerámica ibérica pintada". *Saguntum*, 19: 183-193. Valencia.
- (1985a). "Contribución a la economía de época romana en el Valle de Elda (Alicante). Las importaciones de terra sigillata". *Alborada*, 31: 85-92. Elda.
- (1986). "El Monastil, Elda (Alicante)". *Arqueología en Alicante 1976-1986*: 104-105. Alicante.
- (1986a). "Villa et castiello de Ella (Elda, Alicante) en el siglo XIII". *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, 4-5: 67-98. Alicante.
- (1986b). "Arco Sempere". *Arqueología en Alicante, 1976-1986*: 108-109. Alicante.
- (1988). *El poblado ibero-romano de El Monastil. Introducción histórico-arqueológica*. Elda.
- (1988a). "La Sede Episcopal Visigoda de Elo (Elda, Alicante)". *Adellum*, 2: 20-28. Elda.
- (1990). "El fragmento de tapa de sarcófago paleocristiano de Elda". *Espacio, Tiempo y Forma*, II, 3: 259-278. Madrid.
- (1990a). "La romanización del territorio de Villena (materiales para su estudio)". *Ayudas a la investigación 1986-1987, vol. III, Arqueología, Arte, Toponimia*: 159-175. Alicante.
- (1991). "La creación de la sede de Elo en la expansión toledana de finales del s.VI en el SE. Hispánico". *Actas del XIV Centenario del III Concilio de Toledo (589-1989)*: 611-626. Madrid.
- (1991a). "Transformación y romanización del hábitat ibérico contestano de las cuencas alta y media del Vinalopó (provincia de Alicante). Del final de la República al Alto Imperio". *Alebus*, 1: 65-78. Elda.
- (1992-1993). "La estructura territorial en el Valle Medio del Vinalopó durante los ss.V-VII". *Alebus*, 2-3: 179-194. Elda.
- (1992-1993a). "Piezas cerámicas emblemáticas del Señorío de los Corella en el Valle de Elda (siglo XV)". *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Medieval*, 9: 297-317. Alicante.
- (1993). "Aproximación al urbanismo medieval de Elda". *Urbanismo medieval del País Valenciano*: 105-133. Madrid.
- (1993a). "La sirena de El Monastil". *Alborada*, 38: 40-41. Elda.
- (1994). "Primeros datos sobre las influencias fenicio-púnicas en el corredor del Vinalopó (Alicante)", *El mundo púnico. Historia, sociedad y cultura (Coloquios de Cartagena I. Cartagena, 17-19 noviembre 1990)*. Murcia.
- (1994-1995). "La fase del Hierro Antiguo y la influencia fenicia en la cuenca interior del Vinalopó (Alicante)". *Alebus*, 4-5: 49-71. Elda.
- (1995). "Un nuevo conjunto escultórico ibérico del Sudeste: los hallazgos de El Monastil (Elda, Alicante)". *XXII CNA (Vigo, 1993)*: 153-160. Vigo.
- (1996). "Representaciones humanas en la cerámica ibérica de 'El Monastil' de Elda". *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995)*, vol. I: 319-328. Elche.
- (1996a). "El Monastil: del oppidum ibérico a la civitas hispanorromana de Ello". *Actas XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995)*, vol. I: 415-426. Elche.
- (1996b). "La creación de la Sede de Elo en la frontera visigodo-bizantina". *Actas de las Jornadas "La Sede de Elo 1400 años de su fundación. El espacio religioso y profano en los territorios urbanos de occidente (siglo V-VII), Elda, 22-24 de abril de 1991. Alebus*, 6: 113-136.
- (1996c). "La necrópolis del camino de El Monastil (Elda, Alicante)". *Actas de las Jornadas "La Sede de Elo 1400 años de su fundación. El espacio religioso y profano en los territorios urbanos de occidente (siglo V-VII), Elda, 22-24 de abril de 1991. Alebus*, 6: 351-373. Elda.
- (1997). "Nuevos hallazgos de escultura ibérica del Vinalopó en 'El Monastil' de Elda". *Iconografía ibérica, iconografía itálica: propuestas de interpretación y lectura (Coloquio Internacional, Roma 1993)*: 353-367. Madrid.
- (1998). "La iberización y la formación del poder en el valle del Vinalopó (Alicante)". *Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica (Actas del Congreso internacional, Barcelona 1998)*: 413-424. Barcelona.
- (1998a). "Una nueva Figlina en la Hispania Citerior. La officina de L. Eros". *Espacio, Tiempo y Forma*, II, 11: 271-293. Madrid.
- (1999). "El horno romano (siglo I a. C.) de El Monastil (Elda, Alicante)". *XXIV Congreso Nacional de Arqueología, Cartagena 1997*, vol. 4: 481-493. Cartagena.
- (1999a). "Fragmento de sarcófago paleocristiano con el Ciclo de Jonás". *Catálogo de la Exposición "La Luz de las Imágenes"*, II, 1: 34-35. Valencia.
- (Coord). (1999b). "El comienzo". *Elda, una historia para todos*: 11-15. Elda.
- (2000). "El obispado de Ilici". *Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno*: 85-92. Valencia.
- (2000a). "El obispado de Elo". *Los orígenes del cristianismo en Valencia y su entorno*: 93-99. Valencia.
- (2000b). "Arquitectura sacra de la Carthaginiensis Oriental durante la Antigüedad Tardía: las aportaciones de La Alcudia (Elche) y El Monastil (Elda)". *Actas do III Congresso de Arqueologia Peninsular*, vol VI: 569-579. Oporto.
- (2000c). "Penetración cultural fenicia en el territorio indígena del Valle Septentrional del Vinalopó (Alicante)". *Actas IV CIEFP (Cádiz 1995)*, IV: 1863-1874. Cádiz.
- (2001). "El sarcófago del ciclo de Jonás de Elda y su contexto histórico-arqueológico". *El sarcófago romano. Contribuciones al estudio de su tipología, iconografía y centros de producción*: 283-299. Murcia.
- (2003). "La iglesia paleocristiana de "El Monastil" (Elda, Alicante) en la Provincia Carthaginense (Hispania)". *Hortus Artium Medievalium. Journal of the International Research Center for Late Antiquity and Middle Ages*, vol. 9: 113-125. Zagreb-Motovun.
- (2003a). "Las escuelas Graduadas del antiguo colegio Padre Manjón y el Patrimonio Arqueológico eldense". *C.P. Padre Manjón, Elda, 1932-2003, 71 años de Historia*: 37. Elda.
- (2005). "Edad Antigua. Iberos y romanos". *Historia de Sax*, vol. I: 141-181. Sax.
- (Coord.) (2006). *Historia de Elda. I. De las cabañas a la villa (desde la Prehistoria hasta el siglo XVIII)*. Elda.
- (2006a). "Iberos en el Valle de Elda". *Historia de Elda*, Tomo I: 45-62. Elda.
- (2006b). "La cristianización del Valle de Elda. Épocas tardorromana y visigodo-bizantina". *Historia de Elda*, Tomo I: 97-117. Elda.
- (2006c). "El Museo Arqueológico Municipal de Elda: origen y funciones", en Matallana Hervás, F. (coord.): *Valle de Elda, 1956-2006, 50 años al servicio de la ciudad*: 224-225. Elda.
- (2007). "De monasterium visigodo a al-munastir islámico. El Monastil (Elda, Alicante) durante la Alta Edad Media". *Monasteria et territoria. Elites, edilicia y territorio en el Mediterráneo medieval (siglos V-XI)*: 181-201. BAR, I.S., 1720. Oxford.

- (2007a). "Las piedras hablan: la vida cotidiana en un castillo alicantino". *Canelobre*, 52: 58-71. Alicante.
- Del sincretismo de la *Potnia* Ibérica con *Tanit* a la *interpretatio* como *luno Dea Caelestis* en la Contestania romanizada". *Actas del II Colóquio Internacional de Epigrafía: Divinidades indígenas e interpretatio romana* (Sintra, 1995-2005), 3-4: 403-423. Sintria.
- (en prensa a). "Reorganización episcopal visigoda en el sureste hispano de finales del siglo VI. La creación y localización de la sede de *Elo*".
- POVEDA, A. M.; MÁRQUEZ, J. C. (2006). "La romanización del Valle de Elda: El Monastil". *Historia de Elda*, Tomo I: 61-72. Elda.
- POVEDA, A. M.; MÁRQUEZ, J. C.; PEIDRO, J. (2004). "Los cimientos y la historia: la excavación arqueológica en la plaza Sagrado Corazón, sede social de la Compañía Moros Realistas". *Aljafería Realista*: 36-39. Elda.
- (2008). "La iglesia paleocristiana de El Monastil (Elda, Alicante) y su contexto arqueológico y urbano (ss.V-VII d. C.)". *XV Congreso Internacional de Arqueología Cristiana, libro de pre-actas*: 94-95. Toledo.
- POVEDA, A. M.; MÁRQUEZ, J. C.; SÁNCHEZ, F. (2003). *El castillo de Elda. Del origen a la recuperación. 800 años de historia*. Elda.
- POVEDA, A. M.; PEIDRO, J. (2003). "Plaza Sagrado Corazón". *Actuaciones arqueológicas en la provincia de Alicante 2002*. Alicante.
- (2007). "Cerámicas tardorromanas y altomedievales en El Monastil (*Elo*), Elda, Alicante". *Estudios de cerámica tardorromana y altomedieval*: 319-355. Granada.
- POVEDA, A. M.; RAMOS, R. (2003). "Los orígenes del cristianismo en el sur de la Comunidad Valenciana". *La Luz de las Imágenes. Orihuela Marzo/Diciembre 2003*: 17-35. Valencia.
- POVEDA, A. M.; SOLER, M. D. (1999). "La villa romana de Puente II (Elda); aproximación a su estructura productiva". *Actas del XXV Congreso Nacional de Arqueología, Valencia, del 24 al 27 de febrero de 1999*: 269-274. Valencia.
- POVEDA, A. M.; UROZ, H. (2007). "Iconografía vascular en El Monastil". *Actas del Congreso de Arte Ibérico en la España Mediterránea*: 125-139. Alicante.
- PRESOTTO, D. (1971). "Notizie sul traffico della ceramica attraverso i registri della Gabella dei Carati (1586-1636)". *Atti del VII Convegno Internazionale della ceramica*: 33-51. Albisola.
- PUJANTE, A. (2002). "El castillo de Puentes y las alquerías de su entorno: aproximación a la estructura del poblamiento". *Alberca*, 1: 57-89. Lorca.
- QUESADA, T. (1998). "Poblamiento y fortificación del territorio en los siglos XII-XIII. El caso de las sierras meridionales de Jaén". *Castillos y territorio en al-Andalus*: 141-163.
- RAMOS FERNÁNDEZ, R. (1991-1992). "Los templos ibéricos de La Alcudia de Elche". *Anales de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Murcia*, 7-8: 87-95. Murcia.
- (1992). "La cratera iberorromana de La Alcudia". *Estudios de Arqueología Ibérica y Romana: Homenaje a E. Pla Ballester*: 175-189. Valencia.
- (1996). "Las representaciones de grifos en la cerámica ibérica de La Alcudia, su interpretación simbólica". *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995)*, vol. I: 313-318. Elche.
- RAMOS FOLQUÉS, A. (1953-54). "Mapa arqueológico del término municipal de Elche (Alicante)". *Archivo Español de Arqueología*, 87: 323-354. Madrid.
- (1989). *El Eneolítico y la Edad del Bronce en la comarca de Elche*. Elche.
- (1990). *Cerámica ibérica de La Alcudia (Elche, Alicante)*. Alicante.
- RAMOS MOLINA, A. (1989). "Presencia neolítica en la Alcudia de Elche". *XIX Congreso Nacional de Arqueología (Castellón de la Plana, 1987)*: 161-176. Zaragoza.
- RAMOS, R.; RAMOS, A. (2004). "La escultura ibérica de La Alcudia". *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*: 133-144. Alicante.
- REYNOLDS, P. (1993). *Settlement and pottery in the Vinalopó Valley. 400-700 A. D.* Oxford.
- RIBERA i LACOMBA, A. (2004). "Spania". *Iberia, Hispania, Spania. Una mirada desde Ilici*: 57-68. Alicante.
- RODRÍGUEZ CAMPILLO, J. (1980). "Historia Breve del Museo Arqueológico Municipal de Elda". *Alborada*, XXVI: s/p. Elda.
- (1981). "Bolón: Algo sobre su historia antigua y contemporánea". *Alborada*, XXVII: s/p. Elda.
- (1982). "La Torreta-Monastil". *Alborada*, XXVIII: 64-67. Elda.
- (1983). "Sector eldense con profusión de yacimientos arqueológicos". *Alborada*, XXIX: s/p. Elda.
- (1984). "Cómo se desarrollaron las vivencias humanas en el Valle de Elda". *Alborada*, 30: 41-44. Elda.
- ROLDÁN HERVÁS, J. M. (1975). *Itineraria Hispana*. Valladolid.
- ROSELLÓ CREMADES, N. (1986). "Casa Colorá". *Excavacions arqueològiques de salvament a la Comunitat Valenciana 1984-1988. II. Intervencions rurals*: 60-61. Valencia.
- RUIZ MOLINA, L. (1997). "VIII campaña de excavaciones arqueológicas en el cerro del Castillo de Yecla, Murcia (1997)". *Memorias de Arqueología*, 12: 665-708. Murcia.
- (2000). *Hisn Yakka. Un castillo rural del Sharq al-Andalus. Siglos XI al XIII. Excavaciones arqueológicas en el castillo de Yecla (1990-1999)*, 10. Yakka.
- RUIZ, A.; SÁNCHEZ, A. (2003). "La cultura de los espacios y los animales entre los príncipes iberos del sur". *Arqueología e iconografía. Indagar en las imágenes*: 137-154. Roma.
- SALA SELLÉS, F. (1992). *La "tienda del alfarero" en el yacimiento ibérico de La Alcudia (Elche-Alicante)*. Alicante.
- (1996). "Algunas reflexiones sobre la Fase Antigua de la Contestania Ibérica: de la tradición orientalizante al período clásico". *AnCórdoba*, 7: 9-32. Córdoba.
- (2007). "Algunas reflexiones a propósito de la cultura ibérica de la Contestania y su entorno". *Actas del Congreso de Arte Ibérico en la España Mediterránea*: 51-82. Alicante.
- SÁNCHEZ-GÓMEZ, P.; CARRIÓN, J. S.; JORDÁN, J.; MUNUERA, M. (1995). "Aproximación a la historia reciente de la flora y vegetación en las sierras de Segura Orientales". *Al-Basit: Revista de estudios albacetenses*, 36: 87-111. Albacete.
- SANTOS VELASCO, J. A. (1996). "Sociedad ibérica y cultura aristocrática a través de la imagen". *Al otro lado del espejo. Aproximación a la imagen ibérica*: 115-130. Madrid.

- (2003). "La función de la imagen entre los iberos". *Arqueología e iconografía. Indagar en las imágenes*: 155-165. Roma.
- SCHEUER, L.; BLACK, S. (2000). *Developmental Juvenile Osteology*. Academic Press.
- SCHUBART, H. (2004). "Das reiche Grab einer jungen Frau aus dem El Argar- zeitlichehn Fuente Álamo". *Madridr Mitteilungen*, 45: 57- 79. Madrid.
- SEGURA HERRERO, G. (1995). "El castillo palacio de Elda a la luz de las últimas investigaciones". *Boletín de Arqueología Medieval*, 9: 179-195. Madrid.
- (1997). "Un siglo de arqueología en el Valle de Elda (Alicante): de la afición y vocación no profesional a la creación del Museo Arqueológico de Elda". *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Universidad de Málaga- Ministerio de Educación y Cultura-CSIC: 485-495. Málaga.
- (2001). "El castillo-palacio de Elda (Medio Vinalopó)". *Castillos y Torres del Vinalopó*: 115-124. Petrer.
- SEGURA, G.; JOVER, F. J. (1995). "El toro ibérico de Sax y su contexto arqueológico: el yacimiento del Chorrillo (Sax-Petrer-Elda, Alicante). *Actas del XXII Congreso Nacional de Arqueología (Vigo, 1993)*: 235-240. Zaragoza.
- (1997). *El poblamiento prehistórico en el Valle de Elda*. Alicante.
- SEGURA, G.; MARTÍ, J. A. (2007). "Les Canyaetes de la Noguera: un nuevo yacimiento arqueológico". *Festa*: 120-123. Petrer.
- SEGURA, G.; SIMÓN, J. L. (coord.) (2001). *Castillos y torres del Vinalopó*. Petrer.
- SEGURA, G.; TORDERA, F. F. (1997). "La necrópolis tardorromana del Camino de El Monastil (Elda, Alicante)". *Actas XXIII Congreso Nacional de Arqueología*, vol. II: 379-388. Elche.
- (1999). "La Antigüedad Tardía en la cuenca del río Vinalopó (Alicante): el panorama funerario de los siglos V-VII d. C.". *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997)*, 4: 531-542. Cartagena.
- (1999a). "Los depósitos funerarios de la necrópolis del Camino de El Monastil (Elda, Alicante)". *Actas del XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997)*, 4: 543-555. Cartagena.
- (2000). "La necrópolis tardorromana del Camino de El Monastil (Elda, Alicante): cristianismo y paganismo en la Cuenca del Río Vinalopó durante el siglo VI d. C.". *Actes de la V Reunió d'Arqueologia Cristiana Hispànica (Cartagena, 1998)*: 263-270. Barcelona.
- SEGURA, G.; TORREGROSA, P. (1999). "Las pinturas rupestres de Camara (Elda, Alicante)". *XXIV Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena, 1997)*, I: 223-227. Cartagena.
- SEMPERE RICO, A. (1933). "Los antecedentes remotos de Elda". *Revista Albor*, I. Elda.
- SIMÓN GARCÍA, J. L. (1998). *La metalurgia prehistórica valenciana*. Valencia.
- (1999). "La ocupación del territorio durante la Edad del Bronce en el Sinus Illicitanus: cambios en el litoral y su influencia en el hábitat". *Geomorfología i Quaternari litoral. Memorial M. P. Fumana*: 257-267. Valencia.
- SIRET, E.; SIRET, L. (1890). *Las Primeras Edades del Metal en el Sudeste de España*. Barcelona.
- SOLER DÍAZ, J. (2002). *Cuevas de inhumación múltiple en la Comunidad Valenciana*. Madrid.
- (Ed.) (2006). *La ocupación prehistórica de la Illeta dels Banyets (El Campello, Alicante)*. Alicante.
- SOLER FERRER, M. P. (1997). "Cerámica valenciana". *Summa Artis*, XLII: 137-178. Madrid.
- SOLER GARCÍA, J. M. (1955). "El poblado de la Casa de Lara". *Villena*, 5. Villena.
- (1956). *El yacimiento musteriense de la Cueva del Cochino (Villena, Alicante)*. Valencia.
- (1961). "La Casa de Lara, de Villena (Alicante). Poblado de llanura con cerámica cardial". *Saitabi*, XI: 193-203. Valencia.
- (1965). "El Arenal de la Virgen y el Neolítico Cardial de la comarca de Villenense". *Revista Anual Villenense*, 15: 32-35. Villena.
- (1976). *Villena. Prehistoria. Historia. Monumentos*. Alicante.
- (1981). *El Eneolítico en Villena*. Valencia.
- (1983). "Excavación en los recuerdos. Breve excursión por la Prehistoria Eldense". *Moros y Cristianos*. Elda.
- (1987). *Excavaciones arqueológicas en el Cabezo Redondo*. Alicante.
- (1991). *La Cueva del Lagrimal*. Alicante.
- SOLER, J. M.; FERNÁNDEZ, E. (1970). "Terlinques. Poblado de la Edad del Bronce en Villena (Alicante)". *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 10: 27-65. Valencia.
- SOLER GARCÍA, M. D. (2006). "50 años de arqueología en Elda", en F. Matallana Hervás (coord.): *Valle de Elda, 1956-2006, 50 años al servicio de la ciudad*: 222-223. Elda.
- STLOUKAL, M.; HANAKOVA, H. (1978). "Die Länge der Längsknochen altslavischer Bevölkerungen unter besonderer Berücksichtigung von Wachstumsfragen", 29: 53-69. Homo.
- TARRADELL, M. (1965). "En torno a la arquitectura megalítica: algunos problemas previos". *Arquitectura megalítica y ciclópea catalano-balear*: 17-24. Barcelona.
- (1969). "La cultura del Bronce Valenciano. Nuevo ensayo de aproximación". *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 6: 7-30. Valencia.
- TERRAY, E. (1971). "El materialismo histórico frente a las sociedades segmentarias y de linajes". *El marxismo ante las sociedades primitivas*: 95-176. Buenos Aires.
- THOMSON, A. (1899). "The sexual differences of the foetal pelvis". *Journal of Anatomy and Physiology*, v.33, n°3: 359-380.
- TORDERA GUARINOS, F. F. (1991). *La cerámica importada del poblado ibero-romano de El Monastil. De los siglos V al I a. C.* Memoria de Licenciatura. Inédito.
- (1991a). "Boles helenísticos en relieve del poblado de El Monastil". *Alebus*, 1: 9-32. Elda.
- (1992-1993). "La cerámica griega de El Monastil (Elda, Alicante)". *Alebus*, 2-3: 97-117.
- (1996). "El comercio de barniz negro en el poblado de El Monastil (Elda, Alicante), ss. III-I a.C.". *Actas del XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995)*, vol. I: 481-492. Elche.
- TORREGROSA GIMÉNEZ, P. (2002). "Pintura rupestre esquemática y territorio: Análisis de su distribución espacial en el levante peninsular". *Lucentum*, XIX-XX: 39-63. Alicante.

- TORREGROSA, P.; LÓPEZ, E. (2004). *La Cova de Sant Martí (Agost, Alicante)*. Alicante.
- TORRÓ, J. (1998). "Fortificaciones en Yibal Balansiya. Una propuesta de secuencia". *Castillos y Territorio en al-Andalus*: 385-418.
- TORRÓ, J.; SEGURA, J. M. (2000). "El castell d'Almizra y la cuestión de los graneros fortificados". *Recerques del Museu d'Alcoi*, 9: 145-164. Alcoi.
- TORTOSA, T. (2001). "La dialéctica con el Más Allá a través de una tumba ilicitana". *En el umbral del Más Allá. Una tumba ibérica de Elx*: 29-46. Elche.
- (2004). "Tipología e iconografía de la cerámica ibérica figurada del enclave de La Alcudia (Elche, Alicante)". *El yacimiento de La Alcudia: pasado y presente de un enclave ibérico*, (Anejos de AEspA 30): 71-222. Madrid.
- (2006). *Los estilos y grupos pictóricos de la cerámica ibérica figurada de la Contestania*, Anejos de AEspA, 38. Mérida.
- TRELIS MARTÍ, J. (1996). "Aportaciones al conocimiento de la metalurgia del Bronce Final en el sudeste peninsular: El conjunto de moldes de El Bosch (Crevillente, Alicante)". *XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995)*, vol. I: 185-190. Elche.
- UBELAKER, D. H. (1989). *Human skeletal remains*. Washington.
- UROZ RODRÍGUEZ, H. (2006). *El programa iconográfico religioso de la "Tumba del orfebre" de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante)*. Monografías del Museo de Arte Ibérico de El Cigarralejo, 3. Murcia.
- (2007). "El *carassier* alado en la cerámica ibérica del Sudeste". *Verdolay*, 10: 63-82. Murcia.
- (2008). "Religión en tiempos de transición: de Iberia a Hispania. Poder, control y autoafirmación", *Iberia e Italia: modelos romanos de integración territorial*: 465-492. Murcia.
- UROZ SÁEZ, J. (1981). *Economía y Sociedad en la Contestania Ibérica*, Alicante.
- UROZ, J.; POVEDA, A. M., MUÑOZ, F. J.; UROZ, H. (2007). "El departamento 86: Una taberna del barrio industrial ibérico de Libisosa (Lezuza, Albacete)". *Arqueología de Castilla-La Mancha. Actas de las I Jornadas (Cuenca, diciembre 2005)*: 143-170. Cuenca.
- VALLEJO GIRVÉS, M. (1993). *Bizancio y la España tar-doantigua (ss. V-VIII): Un capítulo de historia mediterránea*. Madrid.
- VAN STRYDONCK, M.; BOUDIN, M.; ERVYNCK, A. (2005). "Humans and *Myotragus*: the issue of sample integrity in radiocarbon dating". *International Symposium "Insular Vertebrate Evolution: the Palaeontological Approach"*. Monografies de la Societat d'Història Natural de les Balears, 12: 369-376. Palma de Mallorca.
- VÁZQUEZ HOYS, A. M. (1996). "A propósito de la serpiente en las cerámicas ibéricas de Elche". *XXIII Congreso Nacional de Arqueología (Elche, 1995)*, vol. I: 329-338. Elche.
- VICENTE SIRVENT, I. (1987). "Economía prehistórica en Elda según el registro arqueológico". *Alborada*, 34: 20-24. Elda.
- VILA VALENTI, J. (1982). "El campus espartarius". *Estudios de geografía de Murcia*: 11-21. Murcia.
- VILANOVA Y PIERA, J. (1882). "Serreta la Vella". *Revista Valencia*. Valencia.
- VILLAVARDE, V. (2001). *De neandertales a cromañones. El inicio del poblamiento humano en las tierras valencianas*. Valencia.
- VIVES, J. (1963). *Concilios Visigóticos e Hispanorromanos*. Madrid.
- VV. AA. (1967). "La sección de Arqueología en el X aniversario de la fundación del Centro Excursionista Eldense". *IX Marcha Regional*: 4-5. Valencia.
- VV. AA. (1990). *La casa hispanomusulmana*. Granada.
- VV. AA. (1991). *Fortificaciones y castillos de Alicante*. Alicante.
- VV. AA. (1994). *Fortificaciones y castillos de Alicante. Los Valles del Vinalopó*. Petrer.
- VV. AA. (1997). *Castillos de España*. León.
- WALKER, M. J. (1981). "El yacimiento prehistórico de Catí-Foradà (Petrel, Alicante)". *Revista del Instituto de Estudios Alicantinos*, 32: 87-89. Alicante.
- ZOFÍO, S.; CHAPA, T. (2005). "Enterrar el pasado: la destrucción del conjunto escultórico del Cerrillo Blanco de Porcuna (Jaén)". *Verdolay*, 9: 95-120. Murcia.